

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ESPAÑA

Felix Morrow



IZQUIERDA
revolucionaria 

**REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCION EN
ESPAÑA. LA GUERRA CIVIL**

FELIX MORROW

**REVOLUCIÓN Y CONTRAREVOLUCIÓN EN ESPAÑA.
LA GUERRA CIVIL**

Ediciones digitales *Izquierda Revolucionaria*
Transcripción de *Celula2*
Versión Abril 2008

Puedes descargar otras obras en
www.marxismo.org

Introducción

Las trincheras de los soldados fascistas y las de los milicianos están unas junto a otras. A través de ellas, en un alto de la lucha, discuten a gritos:

“Vosotros sois hijos de campesinos y de obreros”, grita un miliciano. “Vosotros deberíais estar aquí con nosotros, luchando por la república, donde hay democracia y libertad.”

La respuesta no se hace esperar; es el argumento con el cual el campesino ha contestado a todo llamamiento reformista desde la llegada de la república en 1931:

“¿Te ha dado de comer la república? ¿Qué ha hecho la república por nosotros para que debamos luchar por ella?” En este pequeño incidente, aparecido casualmente en la prensa, se encuentra la esencia del problema de la guerra civil.

El campesinado, el 70 por 100 de la población, tiene aún que ser ganado para la causa del proletariado. No jugó ningún papel en la implantación de la república en 1931. Su pasividad y hostilidad condujo al triunfo de la reacción en noviembre de 1933. Menos en Cataluña y en Valencia, donde el proletariado se ha declarado en favor de confiscar la tierra y se la está entregando al campesino, y en partes de Andalucía, donde los jornaleros se han apoderado de la tierra, las masas del campesinado no se han levantado a luchar junto a la clase obrera.

Nunca se ha ganado una guerra civil tan profunda como la española sin presentar un programa social revolucionario. Sin embargo, el único programa de la coalición gubernamental, encabezada por Caballero, es un programa meramente militar. “Sólo después de la victoria podremos defender los problemas sociales y políticos de los distintos grupos que componen el Frente Popular”, dice un portavoz gubernamental, (*New York Times*, 20 de septiembre). “Sólo hay un punto en nuestro programa: obtener la victoria.” Sin embargo, la consigna de la coalición gubernamental “Defiende la república democrática”, sí que contiene un programa social; pero es el programa reformista de defender el “bondadoso” instrumento político del modo de producción burgués.

En la gran Revolución francesa, la consigna “Libertad, Igualdad y Fraternidad” significaba, concretamente, tierra para los campesinos, libertad para los siervos, un nuevo mundo de trabajo y enriquecimiento, arrebatarse el poder económico de los opresores feudales y poner a Francia en las manos de la burguesía revolucionaria. En la Revolución rusa, la consigna “Tierra, Pan y Libertad” unió con éxito al pueblo contra Kornilov y

Kerensky porque significaba la transformación de Rusia. El proletariado español o elabora igualmente consignas revolucionarias o no ganará la guerra civil.

El proletariado catalán ya ha reconocido esta gran verdad. Su programa revolucionario no permanecerá confinado dentro de sus propias fronteras. Hoy mismo han llegado noticias de que otro partido del Frente Popular, el Partido Sindicalista, formado después de la insurrección de octubre por anarcosindicalistas que reconocían la necesidad de participar en la vida política, han exigido un programa socialista para continuar la guerra civil.

El gobierno de Caballero, la “extrema” izquierda del Frente Popular, es en sí una prueba, aunque tergiversada, de que las masas no lucharan por mantener el capitalismo. Pero los éxitos anteriores de Caballero no pueden y no sustituirán el contenido definido de un programa de socialismo revolucionario.

En las siguientes páginas se relata la rica historia de la experiencia revolucionaria que cinco cortos años han brindado al proletariado español. Aparte de la sabiduría que ha logrado en tan extraordinaria y concentrada experiencia, el proletariado español está aprendiendo a tomar en sus manos su propio destino. A las lecciones de la Revolución rusa se añaden ahora las igualmente profundas lecciones de la Revolución española.

New York, 22 de septiembre de 1936.

La guerra civil en España

I. El nacimiento de la república. 1931

“Gloriosa, incruenta, pacífica, armoniosa” fue la revolución del 14 de abril de 1931. Dos días antes el pueblo había votado la coalición republicano-socialista en las elecciones municipales; esto fue suficiente para terminar con Alfonso. La república española llegó tan fácilmente... Su advenimiento, sin embargo, fue casi el único hecho incruento conectado con la revolución antes o desde 1931.

Durante un siglo España había intentado crear un nuevo régimen. Pero la parálisis de siglos de decadencia senil desde los días del imperio habían frustrado cualquier intento. La historia de las derrotas y sus castigos fue sangrienta. Cuatro revoluciones importantes antes de 1875, seguidas por cuatro terrores blancos, fueron simplemente crescendos en una sinfonía casi continua de revueltas campesinas y motines militares, guerras civiles, insurrecciones regionalistas, pronunciamientos del ejército complots de las camarillas cortesanas.

Cuando la burguesía moderna irrumpió tardíamente en escena, no pasó a preparar la revolución burguesa. El transporte y la industria moderna datan de la guerra hispano-americana, que trajo a España un nuevo fermento. Los años 1898-1914 son llamados del “renacimiento nacional” (fueron también los años de penetración del capitalismo mundial en la India). Los industriales españoles y catalanes que florecieron en esas dos décadas rivalizaban en lealtad a la monarquía con las más antiguas familias propietarias de la tierra. Algunos –como el conde de Romanones- fueron ennoblecidos, compraron grandes extensiones de tierra y combinaron en sus propias personas la antigua y la nueva economía; otros fortalecieron los lazos entre ambas a través de hipotecas y matrimonios con la aristocracia. El rey mantuvo los atavíos feudales, pero apenas tuvo reparos en asociarse con la burguesía en sus aventuras económicas más dudosas. Buscando nuevos campos de explotación, la burguesía obtuvo de Alfonso la campaña y conquista de Marruecos, comenzada en 1912. Con la rentable neutralidad de España durante la guerra mundial, Alfonso logró el apoyo de la burguesía, que durante cuatro años encontró el mercado mundial abierto a sus mercancías.

Cuando después de la guerra los imperialistas recuperaron el mercado, el proletariado catalán y español emprendió grandes luchas y los campesinos y obreros no respetaban al régimen a raíz de los desastres militares en Marruecos, los industriales catalanes financiaron el golpe de Primo de Rivera.

El programa del dictador, de obras públicas y control de precios, prohibición de los anarcosindicalistas y los comités paritarios obligatorios para los sindicatos socialistas, dio un nuevo ímpetu a la industria y Rivera y Alfonso obtuvieron la adulación más ferviente de la burguesía. La crisis mundial truncó la prosperidad española y Rivera cayó, junto con la peseta, en enero de 1930. Pero la burguesía, en su mayor parte, todavía se aferraba a Alfonso. Así, el 28 de septiembre de 1930, en un acto de masas contra la política del gobierno, Alcalá Zamora, que iba a presidir la república, pudo aún terminar su discurso con una alabanza a la corona.

Mientras tanto, en mayo de 1930 los estudiantes y obreros de Madrid habían enarbolado banderas rojas y republicanas. Se produjeron disparos en los enfrentamientos con la policía. En septiembre los socialistas y la UGT pactaron con los grupos republicanos para terminar con la monarquía: huelgas generales revolucionarias se sucedieron en Sevilla, Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia, con gravísimos encuentros con las fuerzas armadas en cada caso. La sublevación de soldados del 12 de diciembre, realizada precipitadamente antes del momento planeado, frustró un levantamiento de obreros que debía coincidir con un motín republicano en el ejército; pero la ejecución de los líderes provocó la firma de un manifiesto por los dirigentes republicanos y socialistas que anunciaba el siguiente objetivo: La inmediata instauración de la república. Los firmantes fueron encarcelados en la Prisión Modelo, de Madrid, que se volvía así el centro de la vida política española. El intento desesperado del primer ministro Berenguer de establecer unas Cortes, basadas en el viejo modelo, de apoyo a Alfonso, fue derrotado por el boicot republicano-socialista; Berenguer dimitió. Las elecciones municipales demostraron que las masas estaban con la república.

Sólo en este último momento los industriales, atemorizados por las huelgas generales, el progresivo aumento de armas en poder de los obreros que se realizaba abiertamente y por la amenaza socialista de una huelga general nacional, decidieron que la monarquía era un sacrificio barato que había que hacer a los lobos revolucionarios. Entonces, y sólo entonces, cuando el mismo Alfonso aceptaba que luchar era inútil, la burguesía aceptó la república.

El espíritu de la nueva república se caracteriza por el hecho de que el más antiguo y el mayor de los partidos republicanos, el Partido Radical de Lerroux, no hizo nada para traerla y pronto se alió con los monárquicos. Los cargos contra este partido, de sobornos, chantajes, engaños y estafas, llenan tres décadas del parlamentarismo español. Los demagogos del Partido Radical sirvieron a la monarquía en su lucha contra el nacionalismo catalán. El robo y el chantaje que hicieron famosos a sus homónimos franceses (ahora

encabezando el Frente Popular) empalidecen al compararlos con las atrevidas campañas que los radicales españoles dirigieron contra banqueros e industriales y que terminaron repentinamente, en cada caso, al ser entregado silenciosamente el esperado y abultado sobre. Dentro del Partido Radical, el método de polémica normal eran mutuas acusaciones de corrupción y chantaje. A causa de su historia, extremadamente sucia, y a pesar de ser el partido burgués republicano más antiguo y más numeroso, hubo una oposición fortísima a que participara en el primer gobierno republicano. Esta oposición vino hasta de los católicos que, como Alcalá Zamora, al principio estaban seriamente a favor de la república y que, al haber sido ministros de la monarquía, sabían muy bien cómo Alfonso había utilizado a los radicales.

A pesar de tener muchos partidarios entre la burguesía, por ser el partido republicano más conservador, los radicales de Lerroux no lograron un liderazgo político. Se ocupaban en buscar puestos lucrativos. El horror, compartido por igual por otros republicanos y socialistas, de que cualquier escándalo alcanzara a la joven república, tuvo una influencia terriblemente represiva para los radicales.

Fueron más felices cuando rápidamente abandonaron el gobierno y se aliaron con los clericales de Gil-Robles. ¡Los radicales, cuya principal mercancía en venta había sido el anticlericalismo!

Los otros partidos republicanos, menos la izquierda catalana, que tenía campesinos entre sus filas, eran meras componendas creadas para las elecciones de abril y sin apoyo de masas, ya que la clase media baja española es insignificante e impotente.

El único apoyo real para la república venía, entonces, del proletariado socialista y sindicalista. Este hecho significaba que la república sólo podía ser la transición a una lucha por el poder entre la reacción monárquico-fascista y el socialismo. En España no tenía sentido, en esta tardía etapa, la república democrática.

Sin embargo, desafortunadamente, la dirección socialista no se preparó para esta lucha. Por el contrario, compartió el proyecto pequeño-burgués de los “azañas”.

Este proyecto fue elaborado explícitamente en la Revolución francesa de 1789. Se suponía que España tenía ante sí una larga etapa de desarrollo pacífico, en el cual las tareas de la revolución burguesa serían realizadas por los socialistas aliados con los obreros. Después de esto -décadas después de 1931- la república se transformaría en una república socialista. ¡Esto es demasiado lejano!, pensaban los líderes socialistas: Prieto, Caballero, De los Ríos, Basteiro, Del Bayo, Araquistáin, quienes habían ya llegado a la edad madura, como mínimo, bajo el régimen casi asiático de la monarquía. Madrid, bastión del socialismo, era

aún, en parte, la ciudad de artesanos de principios de siglo; su socialismo era una mezcla del reformismo provinciano de Pablo Iglesias, su fundador, y de la peor socialdemocracia alemana: la de la postguerra.

La otra corriente importante en el proletariado español, el anarcosindicalismo, que disponía en la CNT de alrededor de la mitad de la fuerza que tenía la UGT, el sindicato socialista, dominaba Barcelona, moderna ciudad industrial, pero había cambiado poco desde su origen en el Congreso de Córdoba en 1872. Apolítico, sin remedio, no jugó ningún papel en la llegada de la república; luego viró, en los días de luna de miel, hacia una postura de apoyo pasivo, que se transformó en un *putschismo* salvaje tan pronto como la atmósfera rosa desapareció. España no encontraría su liderazgo político aquí. Fueron necesarios cinco años de revolución para que el anarcosindicalismo rompiera con su negativa doctrinaria a entrar en el juego político y luchar por un estado de obreros.

La construcción de la Unión Soviética -país campesino, como España- y sus logros alcanzaron un gran eco popular. Pero la metodología bolchevique de la Revolución rusa era prácticamente desconocida. La formación teórica del socialismo español había producido sólo una pequeña escisión bolchevique en 1918. Los progresos que ésta había logrado en 1930 fueron truncados por la expulsión por la Komintern de prácticamente todo el partido, por trotskista, “derechista” y otras herejías. A pesar del amplio apoyo que la Komintern brindó al PC oficial, éste no desempeñó ningún papel importante en el período inmediato. En marzo de 1932 la Komintern descubrió una nueva herejía y expulsó de nuevo a toda la dirección. Siguiendo su ideología del “tercer período” (1929-1934), los estalinistas se opusieron a los frentes unitarios con organizaciones anarquistas y socialistas, a las que consideraban gemelas del fascismo; formaron vacíos “sindicatos rojos” opuestos a la CNT y a UGT; hicieron vacuos alardes de que estaban formando *soviets* campesinos, en un momento en que no tenían seguidores entre el proletariado, que es quien debe dirigir tales *soviets*. Agitaban a favor de la “revolución democrática de obreros y campesinos” -concepto repudiado por Lenin en 1917-, diferenciándola de las revoluciones burguesas y proletarias, confundiendo así, sin remedio, las tareas de luchar por el apoyo de las masas y la ulterior lucha por el poder. Los estalinistas abandonaron el confucionismo del “tercer período” en 1935, para levantar el desacreditado “Frente Popular”, política de coaliciones con la burguesía. Del principio al final jugaron un papel profundamente reaccionario.

La verdadera tradición bolchevique fue representada coherentemente en España sólo por un pequeño grupo, la Izquierda Comunista, simpatizante del movimiento “trotskista” internacional. Trotsky mismo escribió dos importantes panfletos, *La revolución en España*,

algunos meses antes de la llegada de la república; *La revolución española en peligro*, poco después, y varios artículos a medida que los hechos se desarrollaban. Nadie puede entender la dinámica de la revolución española sin leer los proféticos análisis de Trotsky. En cada cuestión básica los hechos han refrendado sus escritos. Rebatí las doctrinas pseudojacobinas del socialismo oficial con una demostración marxista-leninista, rico en análisis concretos de las condiciones españolas, de la imposibilidad de que la república burguesa realizara las tareas democráticas de la revolución. A las tonterías pseudoizquierdistas de los estalinistas opuso el programa concreto con el cual un partido revolucionario podía ganarse las masas españolas y conducir las a una revolución victoriosa.

Pero la Izquierda Comunista era un pequeño grupo y no un partido. Los partidos no se construyen, ni siquiera en una situación revolucionaria, de la noche a la mañana. Un grupo no es un partido. La Izquierda Comunista, desgraciadamente, no comprendió esto, y no siguió a Trotsky en su valoración del significado profundo-del giro izquierdista entre las filas socialistas, después de que los hechos confirmaron las predicciones de Trotsky. A este “izquierdismo” siguió una línea oportunista que condujo a firmar el programa del Frente Popular. Sólo después de comenzar la actual guerra civil, los anteriores trotskistas (ahora en el POUM) volvieron a una línea bolchevique.

Así el proletariado, cuando llegó la república, carecía de una dirección que le preparase para sus importantes tareas. ¡Hubo de pagar muy caro por este vacío!

II. Las tareas de la revolución democrático-burguesa

La república burguesa se enfrentó a cinco grandes tareas; habían de ser resueltas o el régimen daría paso a la reacción monárquica o fascista, o a una nueva revolución y a un estado de trabajadores.

1. *La cuestión agraria*

Más de la mitad de la renta nacional, casi dos tercios de las exportaciones y la mayor parte de los ingresos fiscales internos, provenían de la agricultura; el 70 por 100 de la población era rural. La agricultura se convertía así en el problema clave para el futuro de España.

La distribución de la tierra es la más desigual de Europa. Los terratenientes poseen un tercio de la tierra, en algunos casos, con fincas que cubren la mitad de una provincia. El

grupo de “medianos propietarios”, más numeroso que el de los terratenientes, posee otro tercio, también en grandes extensiones cultivadas por aparceros y jornaleros. El tercio restante pertenece a los campesinos, la mayoría dividido en explotaciones equipadas de forma primitiva, de cinco hectáreas o menos de secano, tierra pobre, insuficiente para mantener a sus familias. Si el campesino dispone de buenas tierras -extensiones hortícolas en la costa mediterránea-, éstas están divididas en parcelas del tamaño de un pequeño jardín.

Cinco millones de familias campesinas pueden dividirse en tres categorías:

-Dos millones poseen extensiones insuficientes. Sólo en las provincias del Norte hay algunas familias campesinas que llevan una existencia moderadamente confortable. La gran mayoría de estos millones de “propietarios” se mueren de hambre igual que los que no poseen nada de tierra, teniendo que trabajar de jornaleros siempre que pueden.

-Un millón y medio de aparceros dividen la cosecha con el propietario de la tierra, sujetos a una triple opresión: la del propietario, la del usurero que financia la cosecha y la del comerciante que la compra.

-Un millón y medio de jornaleros venden su fuerza de trabajo a jornales increíblemente bajos y, en el mejor de los casos están en paro durante noventa a ciento cincuenta días por año. Un *buen* jornal es de seis pesetas por día.

La explotación del trabajo se complementa con el expolio impositivo. Del total de impuestos recaudados en el campo en el primer año de la república, más de la mitad provenían de los campesinos propietarios.

Las condiciones bajo las que viven millones de familias es indescriptible. Algo comparable se puede encontrar en Oriente, en las condiciones de vida del campesino chino e hindú. Morirse de hambre entre las cosechas es un proceso *normal*. La prensa española, en estas ocasiones, informa repetidas veces que en comarcas enteras los campesinos se alimentan de raíces y de hierbas silvestres cocidas. Revueltas desesperadas, saqueos de grano, ataques a almacenes de víveres y períodos de lucha semibandolera han formado parte de la historia de España durante un siglo. En cada ocasión se demostró, una vez más, que el campesinado disperso, sin ayuda de las ciudades, no podía liberarse.

Las últimas décadas hostigaron al campesino. Los serenos años de la guerra mundial, 1914-1918, dieron a la agricultura española la oportunidad de entrar en el mercado mundial y de obtener altos precios. El alza resultante en el precio de los productos y de la tierra fue

capitalizada en efectivo por los terratenientes a través de hipotecas. Los campesinos apenas obtuvieron beneficios. Sin embargo, el peso del hundimiento de la agricultura, al terminar la guerra, recayó sobre los campesinos. La crisis de la agricultura, parte de la crisis mundial, agravada por los obstáculos arancelarios establecidos por Inglaterra y Francia contra la agricultura española, llevó al campesino a tal estado que, en 1931, en regiones enteras había peligro de exterminación por hambre; y un ejército permanente de parados en el campo.

La única solución de esta situación deplorable era la inmediata expropiación de los dos tercios de tierra en manos de los propietarios (grandes y “medianos”) y su distribución entre el campesinado. Aun esto no sería suficiente. Excepto en las regiones hortícolas del Mediterráneo, los métodos de cultivo utilizados son primitivos. El rendimiento por hectárea es el más bajo de Europa. Los métodos intensivos de agricultura, que requieren formación técnica, herramientas modernas, fertilizantes, etc., e implican una ayuda estatal sistemática a la agricultura, tendrían que completar la distribución de la tierra,

La propiedad feudal de la tierra en Francia fue destruida por los jacobinos, favoreciendo las relaciones de producción capitalistas. Pero en España, en 1931, la tierra ya se explotaba bajo relaciones capitalistas. Hacía tiempo que la tierra era enajenable, comprada y vendida en el mercado; por tanto, hipotecable y endeudable. *Por consiguiente, confiscar la tierra significaría confiscar el capital bancario, e implicaría un golpe de muerte al capitalismo español, agrícola e industrial.*

De este hecho evidente, la coalición gubernamental llegó a la conclusión de que entonces la tierra no podía confiscarse. En su lugar elaboró extensos e inútiles planes, de acuerdo con los cuales el gobierno, a través del Instituto de Reforma Agraria, debía comprar extensiones de tierra y parcelarlas para arrendárselas a los campesinos. Como España es un país empobrecido, con un estado de pocos recursos, este proceso sería necesariamente muy largo. Los propios cálculos gubernamentales demostraron que este método de distribuir la tierra después de comprarla y arrendarla a su vez duraría, al menos, un siglo.

2. *El desarrollo de la industria española*

Si la coalición republicano socialista no podía resolver el problema agrario, ¿podía desarrollar las fuerzas productivas de la industria y el transporte?

Comparada con la industria de las grandes potencias imperialistas, España está muy atrasada. ¡Sólo 8.500 millas de vía férrea en un país más grande que Alemania! En 1930

suponía el 1,1 por 100 del comercio mundial, un poco menos de lo que suponía antes de la guerra.

La etapa de desarrollo de la industria española fue corta: 1898-1914. El desarrollo de la industria en los años de la gran guerra se transformó en una fuente de dificultades posteriores. El fin de la guerra provocó que la industria española, infantil y sin el respaldo de una potencia fuerte, pronto se quedará atrás en la carrera imperialista por los mercados. Ni siquiera el mercado interno pudo ser preservado para su propia industria. El control de precios de Primo de Rivera provocó represalias de Francia e Inglaterra contra la agricultura española. Como ésta suponía de un tercio a los dos tercios de las exportaciones, la medida conllevó una terrible crisis agrícola, seguida del derrumbe del mercado interior para la industria. Esta crisis, en 1931, fue el anuncio de la república,

Estos hechos saltaban a la vista, pero la coalición republicano-socialista repetía, como si fuera una fórmula mágica, que España estaba en el comienzo del desarrollo capitalista, que de alguna forma desarrollarían la industria y el comercio, que la crisis mundial se solucionaría, etc. La república encontró casi un millón de parados entre obreros y campesinos; antes de finales de 1933 eran un millón y medio que, junto con las personas que de ellos dependían, suponían el 25 por 100 de la población.

Con lógica de hierro los trotskistas demostraban que la débil industria española, bajo relaciones capitalistas, *sólo puede desarrollarse en un mercado mundial en expansión, y el mercado mundial se ha reducido progresivamente; la industria española sólo puede desarrollarse bajo la protección de un monopolio del comercio exterior*; pero la unión del capitalismo mundial en España y la amenaza de Francia e Inglaterra sobre las exportaciones agrícolas significaban que un gobierno burgués no podía crear un monopolio de comercio exterior.

Si el retraso de la industria española impidió su desarrollo posterior bajo el capitalismo, ese mismo retraso (como el de Rusia) ha provocado la concentración del proletariado en grandes empresas en unas pocas ciudades. Barcelona, el puerto y centro industrial más importante, junto a las ciudades industriales de Cataluña, concentran el 45 por 100 de la clase obrera española. Vizcaya, Asturias y Madrid, la mayor parte del resto. España, en conjunto, tiene menos de dos millones de obreros industriales, pero su peso específico, por su concentración, es comparable al del proletariado ruso.

3. La Iglesia

La separación de la Iglesia y el estado no era una tarea meramente parlamentaria. Para lograr la separación, la Revolución francesa confiscó las tierras de la Iglesia, alentó a los

campesinos a apoderarse de ellas, disolvió las órdenes religiosas, confiscó las iglesias y su riqueza y durante muchos años ilegalizó y prohibió el ejercicio del sacerdocio. Sólo entonces la aún inadecuada separación de la Iglesia y el estado fue llevada a cabo en Francia.

En la España de 1931 el problema era todavía más urgente y acuciante. La Iglesia, por su pasado, sólo podía ser un mortal enemigo de la república. Durante siglos la Iglesia había impedido cualquier tipo de progreso. Hasta un rey tan católico como Carlos III se había visto obligado a expulsar a los jesuitas en 1767; José Bonaparte tuvo que disolver las órdenes religiosas y el liberal Mendizábal las suprimió en 1835. La Iglesia había aniquilado todas las revoluciones del siglo XIX; como respuesta, cada revolución, cada avance en la vida española, había sido necesariamente anticlerical. Incluso el rey Alfonso, después de las revueltas en Barcelona en 1909, tuvo que anunciar que “daría cauce a las aspiraciones populares de reducir y regular el excesivo número de órdenes religiosas” y que establecería la libertad religiosa. Sin embargo, Roma cambió la decisión de Alfonso. Cada intento de ampliar las bases del régimen fue frustrado por la Iglesia, la última vez en 1923, cuando vetó la propuesta del primer ministro, marqués de Alhucemas, de convocar Cortes Constituyentes, y apoyó la dictadura. No es extraño, entonces, que cada período de agitación desde 1912 haya sido seguido por quema de iglesias y matanzas de clérigos.

Se puede medir el poder económico de la Iglesia por la estimación, dada a las Cortes en 1931, de que la Orden de los jesuitas poseía un tercio de la riqueza nacional. Las tierras confiscadas después de la revolución de 1868, fueron indemnizadas por la reacción tan generosamente que la Iglesia emprendió una carrera en el mundo de la industria y las finanzas. Sus bancos monopolistas de “crédito agrícola” eran los usureros del campo y sus bancos urbanos los socios de la industria. Las órdenes religiosas eran dueñas de establecimientos industriales (molinos de harina, lavaderos, talleres de costura, vestidos, etc.) con fuerza de trabajo gratis (huérfanos, “estudiantes”), compitiendo, con gran ventaja, con la industria. Como era la religión oficial, recibía anualmente decenas de millones del presupuesto estatal, estaba libre de impuestos, incluso en la producción industrial, y recibía sustanciosos honorarios por bautizos, bodas, entierros, etc.

Su control oficial de la educación salvaguardaba al estudiante de radicalismos y mantenía al campesino analfabeto. La mitad de la población española en 1931 no sabía leer ni escribir. Hasta hace poco las indulgencias papales se vendían por unas cuantas pesetas; firmadas por el obispo, se compraban en tiendas que exhibían el anuncio: “Las bulas están

baratas hoy.” Esto nos da una idea de la magnitud de la superstición originada por la Iglesia.

Sus “hordas ataviadas” eran un verdadero ejército que se enfrentaba a la república; de 80 a 90.000 en 4.000 casas de órdenes religiosas, y más de 25.000 curas párrocos. El número de religiosos sobrepasaba el total de los estudiantes de enseñanza media y doblaba el número de estudiantes de enseñanza superior en el país.

En los primeros meses de la república, la Iglesia actuó cautelosa y deliberadamente en su lucha contra el nuevo régimen: una carta pastoral aconsejando a los católicos votar a los candidatos católicos que no eran ni “republicanos ni monárquicos” fue contestada, en mayo, por la quema masiva de iglesias y de conventos. Sin embargo, para nadie era un secreto que el ejército innumerable de monjes, monjas y curas párrocos agitaban vigorosamente, de casa en casa. Como en cada período crucial de la historia española en que la Iglesia se sentía amenazada por el cambio, su actividad se centraba en propagar rumores supersticiosos de incidentes calificados como milagros -estatuas que lloraban, crucifijos que sangraban-, presagios de malos tiempos que hacían su aparición. ¿Qué podía hacer el gobierno republicano ante esta poderosa amenaza?

El problema con la Iglesia provocó la primera crisis gubernamental; Azaña formuló un compromiso que fue aceptado. Las órdenes religiosas no debían ser molestadas a no ser que se probase, como en el caso de cualquier otra organización, que eran nocivas al bien público. Hubo un pacto de caballeros de que esto se aplicaría sólo a los jesuitas, que fueron disueltos en enero de 1932, después de que se les brindó amplias oportunidades para transferir la mayor parte de su riqueza a particulares y a otras órdenes. La declaración de separación Iglesia-Estado terminó formalmente con las subvenciones gubernamentales al clero, pero fueron recuperadas, en parte, por la Iglesia, en pagos por la educación; ya que la expulsión de la Iglesia de los colegios iba a ser un plan de “larga duración”. Este fue todo el programa eclesial del gobierno. Aún esta legislación patéticamente insuficiente, provocó las iras de la burguesía; se opusieron, por ejemplo, no sólo los ministros católicos Alcalá Zamora y Maura, sino también Lerroux, republicano radical, que había hecho carrera, durante toda una vida en la política española, basándose en el anticlericalismo. Anticlerical de palabra y deseosa de un reparto más justo del botín, la burguesía republicana estaba tan unida a los intereses de los terratenientes-capitalistas que, a su vez, se apoyaban en la Iglesia, que era incapaz de un ataque serio a su poder político y económico.

La Izquierda Comunista declaró que ésta era una prueba más de la bancarrota del gobierno de coalición. Ni siquiera podía cumplir la tarea “democrático-burguesa” de

controlar a la Iglesia. Los revolucionarios exigieron la confiscación de toda la riqueza eclesial, la disolución de todas las órdenes, la inmediata prohibición de profesores religiosos en los colegios, la utilización de los fondos de la Iglesia para ayudar al campesinado a cultivar la tierra y llamaron a los campesinos a apoderarse de las tierras de la Iglesia.

4. *El ejército*

La Historia de España, durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, es una historia de complots y pronunciamientos militares. La monarquía acudió al ejército para terminar con la oposición; esto le otorgó un papel privilegiado y tuvo como consecuencia el mitemo de una casta oficial. Los oficiales llegaron a ser tan numerosos que toda la administración colonial y gran parte de la nacional (incluida la Guardia Civil) les fue confiada. Los oficiales utilizaron la necesidad, cada vez mayor, de Alfonso de apoyo militar para atrincherarse. La Ley de Jurisdicciones de 1905, que otorgó a los tribunales militares el poder de juzgar y castigar los libelos civiles sobre el ejército, transformó la crítica de la prensa y de la clase trabajadora en crimen de lesa majestad. Incluso en 1917, el primer ministro de Alfonso, Maura, señaló que los oficiales estaban impidiendo el gobierno civil. En 1919 la casta militar, en desacuerdo con las concesiones hechas a raíz de la huelga general, organizada en Juntas de Oficiales para presionar al gobierno y a la opinión pública, exigieron la destitución del jefe de Policía. El ministro de la Guerra era siempre uno de ellos. Había un oficial por cada seis soldados, y el presupuesto militar crecía junto con ellos. El presupuesto militar llegó a ser tan insoportable que incluso Primo de Rivera intentó reducir la oficialidad; las Juntas de Oficiales se vengaron, dejándolo caer sin protestar, a pesar de que lo habían apoyado cuando el golpe. Alfonso los defendió hasta el final.

La tradición de una casta independiente y privilegiada era un grave peligro para la república. En un país donde la clase media baja es tan insignificante, los oficiales tienen que ser reclutados entre las clases altas; así estarán unidos por lazos de parentesco, amistad, posición social, etc., con los terratenientes e industriales reaccionarios. Para evitar esto, los oficiales deberán ser reclutados entre el campesinado y los obreros. Este problema era acuciante: el control del ejército es una cuestión de vida o muerte para cualquier régimen.

La coalición republicano-socialista puso este grave problema en las manos de Azaña, ministro de Guerra. Azaña redujo el ejército por un sistema de retiro voluntario para los oficiales tan favorable, que en pocos días 7.000 oficiales se retiraron. El Cuerpo de Oficiales disminuido, continuó siendo lo que había sido bajo la monarquía.

La Izquierda Comunista denunció esto como una traición a la revolución democrática... Exigió la destitución de todo el Cuerpo de Oficiales y su sustitución por oficiales reclutados entre la tropa, elegidos por los soldados. Izquierda Comunista llamó a los soldados a tomar el asunto en sus manos, señalando que la república burguesa les trataba tan bárbaramente como la monarquía. Su meta era conducir a los soldados a confraternizar y formar consejos comunes con los obreros revolucionarios.

La democratización del ejército era considerada por los revolucionarios como una tarea necesaria, no para el derrocamiento revolucionario de la burguesía -otros órganos eran necesarios para esto- sino como medida de defensa contra el regreso de la reacción. El fracaso del gobierno de coalición en esta tarea elemental de la revolución democrática era, simplemente, otra prueba más de que sólo la revolución proletaria resolvería las tareas democrático-burguesas en la revolución española.

5. El problema colonial y nacional

La monarquía “feudal” había sido no sólo moderna para alentar el origen, desarrollo y decadencia de la industria y finanzas burguesas, sino también ultramoderna, al embarcarse en la conquista y explotación de colonias en el estilo más reciente del capitalismo financiero. El “renacimiento nacional” incluyó la conquista y pacificación de Marruecos (1912-1926).

Sólo en el desastre de Annual (1921) perdieron la vida 10.000 obreros y campesinos, obligados al Servicio Militar durante dos años. El coste de la campaña de Marruecos después de la guerra mundial fue de 700 millones de pesetas. El golpe de Primo de Rivera fue precedido de alborotos al llamamiento de reclutas y reservas y de motines al embarcarse. La alianza con el imperialismo francés al año siguiente llevó a la victoria decisiva sobre el pueblo marroquí. Una administración colonial cruel y asesina explotó a los campesinos y tribus marroquíes para beneficio del gobierno y de unos pocos capitalistas.

La coalición republicano-socialista gobernó las colonias españolas en Marruecos como lo había hecho la monarquía, a través de la Legión Extranjera y de los mercenarios nativos. Los socialistas argumentaban que cuando se diesen las condiciones extenderían la democracia y las mejoras de un régimen progresista a Marruecos.

Trotsky y sus partidarios calificaron la postura socialista de acto de traición a un pueblo oprimido. Incluso por la seguridad del pueblo español, Marruecos debía ser liberado. Los especialmente viciosos legionarios y mercenarios que allí se criaban serían la primera fuerza en ser utilizada por un golpe reaccionario y Marruecos su base militar. Los

trabajadores debían luchar por la retirada inmediata de todas las tropas y la independencia de Marruecos, e incitar al pueblo marroquí en este sentido. La libertad de las masas españolas estaría en peligro mientras las colonias no fuesen liberadas.

La solución a la *liberación nacional* de los pueblos catalán y vasco era similar a la de la cuestión colonial. El fuerte partido pequeño-burgués *Esquerra Catalana* tenía su principal apoyo entre los aparceros militantes, que debían aliarse con los trabajadores revolucionarios, pero que sucumbieron al programa nacionalista de la pequeña burguesía, la cual encontró así el apoyo del campesinado contra el papel desnacionalizador del gran capital y la burocracia estatal española. En las provincias vascas la cuestión nacional, en 1931, tuvo consecuencias aún más serias; el movimiento nacionalista estaba controlado por los clericales y conservadores y se transformó en el bloque de los diputados más reaccionarios en las Cortes Constituyentes. Como las provincias vascas y catalanas son las regiones industriales más importantes, éste era un problema decisivo para el futuro del movimiento obrero. ¿Cómo liberar a estos obreros y campesinos del control de clases enemigas?

Los bolcheviques rusos dieron el modelo para la solución: inscribieron en su programa la liberación nacional y la llevaron a cabo después de la Revolución de Octubre. La autonomía más amplia para las regiones nacionales es perfectamente compatible con la unidad económica; las masas no tienen nada que perder con una medida de este tipo, que en una república de obreros permitirá a la economía y a la cultura desarrollarse libremente.

Cualquier otra postura que no sea el apoyo a la liberación nacional apoya, directa o indirectamente, la máxima centralización burocrática de España exigida por la clase dominante, y así será extendida por las nacionalidades oprimidas.

El nacionalismo catalán se había desarrollado bajo la opresión de la dictadura primorriverista. Así, un día antes de la proclamación de la república en Madrid, los catalanes habían ocupado los edificios del gobierno y proclamado una república catalana independiente. Una comisión de los líderes republicanos y socialistas se precipitaron a Barcelona y combinaron promesas de un estatuto de autonomía con amenazas extremas de represión; el arreglo final dio a Cataluña una autonomía muy restringida, que dejó a los políticos catalanes agraviados, hecho que podían utilizar provechosamente para mantener a sus seguidores obreros y campesinos. Bajo el pretexto de que el movimiento nacionalista vasco era reaccionario, la coalición republicano-socialista retrasó la solución de esta cuestión, y otorgó así a los clericales vascos, amenazados por la proletarianización de la región, una nueva influencia entre las masas. Los socialistas, alegando liberarse de los prejuicios

regionales, se identificaban con el punto de vista del imperialismo burgués español. Así, en todos los campos, la república burguesa demostró ser absolutamente incapaz de realizar las tareas “democrático-burguesas” de la revolución española. Esto significaba que la república no podía tener estabilidad; sólo podía ser una corta etapa de transición, que dejaría su lugar a la reacción militar, fascista o monárquica, o a una revolución social auténtica que diese a los obreros poder para construir una sociedad socialista. La lucha contra la reacción y por el *socialismo* era la única tarea y en el orden del día.

III. El gobierno de coalición y el retorno de la reacción

La revolución de 1931 no tenía un mes cuando ya ocurrieron luchas sangrientas entre obreros y soldados.

El mandato del cardenal primado a los católicos de no votar ni monárquicos ni republicanos condujo a la masiva quema de iglesias. Los obreros abuchearon una reunión en un club monárquico el 10 de mayo. Los monárquicos dispararon e hirieron a obreros; al correrse la noticia en Madrid, grupos de obreros iniciaron una redada de monárquicos. La lucha contra la Iglesia y los monárquicos alcanzó tales proporciones que los obreros comprometidos no acudieron a las fábricas por unos días, para llevar adelante la lucha. Los socialistas se unieron a los republicanos pidiendo calma y la vuelta al trabajo; los revolucionarios exigían exterminar las organizaciones monárquicas y arrestar a sus líderes. Los socialistas dieron órdenes a sus milicias de ayudar a la Policía a mantener la ley y el orden. En las luchas siguientes la Guardia Civil hirió a 10 trabajadores. Una comisión de sus compañeros exigió del gobierno provisional la disolución de la Guardia Civil. La réplica del gobierno fue la declaración de la ley marcial y el acuartelamiento de tropas en las ciudades importantes. El ejército y la policía de Alfonso, su casta de oficiales, todavía llorando al rey exiliado, se solazaban en ataques a aquellos que habían provocado la huida del rey. Los trabajadores tuvieron su primer contacto con la república y con la participación socialista en el gobierno burgués.

Al redactar la nueva Constitución, los socialistas consideraron la coalición republicano-socialista como el gobierno permanente de España. Era más importante dar al gobierno español fuertes poderes que dejar las riendas sueltas a los anarquistas y a los comunistas “irresponsables”, para que incitaran a las masas al desorden.

¿Había alguna justificación posible de la postura socialista? Los socialistas españoles planteaban que su apoyo al gobierno estaba justificado porque ésta era una revolución

burguesa, que podía ser realizada por un gobierno republicano y que la “consolidación de la república” era la tarea más inmediata para evitar el regreso de la reacción. Con este argumento se hacían eco de la socialdemocracia alemana y austríaca de la postguerra. Pero negaban abiertamente la auténtica tradición y práctica del marxismo.

Las revoluciones de 1848 habían fracasado y habían sido seguidas por el retorno de la reacción por la indecisión de los republicanos pequeño-burgueses. Sacando lecciones de 1848, Marx llegó a la conclusión que la lucha contra la vuelta de la reacción y para asegurar los máximos derechos a los obreros bajo la nueva república requerían que en las revoluciones burguesas siguientes el proletariado luchase con *independencia, política y organizativa*, de los republicanos pequeño-burgueses¹.

Las concepciones estratégicas de Marx fueron aplicadas en la Revolución rusa de 1905, donde el proletariado creó *soviets* de obreros, constituidos por delegados elegidos en las fábricas, talleres y barrios, como instrumento flexible para unificar a los obreros de distintas tendencias en la lucha contra el zarismo. Los obreros rusos siguieron el consejo de Marx de que no es necesario ninguna alianza con, incluso, los sectores más progresistas de la burguesía: ambas clases golpean al mismo enemigo, pero las organizaciones proletarias persiguen fines independientes sin la limitación y el compromiso innecesario de una alianza -esto es, un programa común que sólo podrá ser mínimo y, por tanto, un programa

¹ “Para luchar contra un enemigo común no se precisa ninguna unión especial. Por cuanto es necesario luchar directamente contra tal enemigo, los intereses de ambos partidos coinciden por el momento...” El propósito de la pequeña burguesía será, en cuanto quede asegurada la victoria, utilizarla en beneficio propio, invitar a los obreros a que permanezcan tranquilos y retornen al trabajo, evitar los llamados excesos y despojar al proletariado de los frutos de la victoria”...

“Durante la lucha y después de la lucha, los obreros, en cada oportunidad, deben presentar sus propias exigencias en contradicción con las exigencias que plantean los demócratas burgueses... Deben detener, siempre que sea posible, cualquier manifestación de embriaguez por el triunfo y de entusiasmo por el nuevo estado de cosas, y deben explicar claramente su falta de confianza, en todos los sentidos, en el nuevo gobierno a través de un análisis despiadado del nuevo estado de cosas. Deben, simultáneamente, erigir su propio gobierno obrero revolucionario paralelo al nuevo gobierno oficial, sea en la forma de comités ejecutivos, juntas de barrios, clubs obreros o comités obreros, para que el gobierno democrático-burgués no sólo pierda la posibilidad de contener a los obreros, sino que, además, se sienta observado y amenazado por una autoridad que representa las masas de obreros. En una palabra: desde el primer momento del triunfo, y después de él, la desconfianza de los obreros no debe ya dirigirse al vencido partido reaccionario, sino a su anterior aliado, los demócratas pequeño burgueses, que desean explotar el triunfo común solamente a su favor.” (Marx: “Mensaje del Comité Central de la Liga de los Comunistas” [1850], tercer apéndice a “Revolución y contrarrevolución”, de Engels.)

burgués- con la burguesía. En febrero de 1917 los *soviets* fueron creados nuevamente, en un momento en que la mayoría de los marxistas pensaban que se trataba de una revolución burguesa.

Así, aun para una revolución “burguesa”, los *soviets* eran necesarios. Las revoluciones alemana y austríaca enseñaban cosas muy distintas a las lecciones que los socialistas extraían. Estas revoluciones también habían creado *soviets*; pero dominados por los reformistas, fueron disueltos tan pronto el capitalismo recuperó su estabilidad. Las verdaderas lecciones de las revoluciones alemana y austríaca eran que los *soviets* requieren un programa revolucionario; que como órganos sin poder político no pueden existir indefinidamente, que no se puede apoyar, a la vez, al gobierno y a los *soviets*, como los reformistas alemanes y austríacos y los mencheviques rusos intentaron hacer; que los *soviets* pueden comenzar como comités de huelga poderosos, pero que deben transformarse en órganos de poder estatal.

Estas habían sido las conclusiones de Marx ochenta y seis años atrás, reforzadas por todas las revoluciones siguientes.

El rumbo seguido por los socialistas españoles de 1931 era, entonces, completamente ajeno al marxismo. “España es una república de trabajadores de todas las clases.” Esta necia frase fue aprobada, bajo la iniciativa socialista, como el primer artículo de la Constitución.

La Constitución limitó el voto a los mayores de veintitrés años y estableció un sistema para elecciones a Cortes que favorecía las coaliciones y hacía casi imposible la representación de los partidos minoritarios. ¡Los líderes socialistas confesaron, cuando este método se volvió contra ellos, que lo habían aprobado bajo el supuesto de que la coalición con los republicanos duraría indefinidamente!

Igual que bajo la monarquía, el Servicio Militar obligatorio se establecía en la Constitución. El presidente de la república tenía poder de elegir al primer ministro y de disolver las Cortes dos veces en el período presidencial de seis años; sólo podía ser sustituido de su cargo por el voto de los tres quintos de las Cortes. También se estableció un tribunal de garantías constitucionales con poderes, para anular la legislación, equivalentes a los del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, y un dificultoso sistema para enmendar la Constitución.

El documento español, como la Constitución de Weimar, contenía una gran cantidad de fraseología sobre derechos sociales, pero con un “comodín”, el artículo 42, que preveía la suspensión de todos los derechos constitucionales. Inmediatamente se aprobó la Ley

para la Defensa de la República, copiada casi literalmente de la ley alemana equivalente. Difundir noticias que perturben el orden público y la buena reputación, denigrar las instituciones públicas, posesión ilícita de armas, rehusarse irracionalmente a trabajar y promover huelgas fueron definidos como “actos de agresión contra la república”. Todavía se le dio aún más poder al ministro del Interior, para suspender reuniones públicas “en interés del orden público”; suspender clubs, asociaciones y sindicatos; investigar las cuentas de asociaciones y sindicatos y requisar armas en posesión ilícita.

También fue sancionada una ley que continuaba los comités paritarios mixtos de Primo de Rivera para solucionar las huelgas. El ministro de Trabajo, Largo Caballero, declaró el 23 de julio de 1931: “Introduciremos el arbitraje obligatorio. Aquellas organizaciones obreras que no lo acepten serán declaradas ilegales.” Las huelgas por motivos políticos fueron declaradas ilegales, y era también ilegal hacer huelga sin haber presentado las exigencias por escrito a los patronos con diez días de antelación.

Esta fue la estructura legal adoptada por la coalición republicano-socialista. Ni un solo diputado votó en contra y fue aprobada el 9 de diciembre de 1931 por 368 votos a favor y 102 abstenciones.

Los revolucionarios replicaron recordando a los socialistas la teoría marxista del estado. El gobierno español, independientemente de quien se sienta en el Gabinete, es un gobierno capitalista. Sus poderes son poderes en manos de la clase capitalista. Dar a este gobierno el poder de suspender las garantías constitucionales o de intervenir en las disputas laborales, etc., es un acto de traición contra el proletariado.

Limitar el voto a los mayores de veintitrés años (¡en un país meridional, donde los muchachos de dieciséis años son figuras activas del movimiento obrero!) es despojar a la clase obrera de un medio poderoso de introducir en la vida política la fuerza más revolucionaria del país: la juventud. El proletariado es el que menos debe temer una democracia profunda: el esquema electoral asegura que grandes sectores del proletariado y del campesinado no estarán representados en las Cortes.

Democratizar el régimen burgués concentrando las funciones gubernamentales en el Cuerpo más representativo, las Cortes, es un principio fundamental de la política de la clase obrera; dar poderes a un Tribunal Supremo, un presidente y un Gabinete es un crimen contra la democracia. Teniendo en cuenta que estos órganos más pequeños son mucho más susceptibles a las influencias reaccionarias.

¿Buscamos democratizar el estado para apoyarle? ¡No! La clase obrera fortalece sólo sus propias organizaciones, sus propios órganos de clase. Las limitadas posibilidades de

democratizar el aparato del estado burgués son importantes sólo en cuanto nos permiten construir el DOBLE PODER de los *soviets*.

* * *

Los sangrientos enfrentamientos de mayo fueron sólo el principio. “Distribuir noticias que perturben el orden público y la buena reputación” fue una descripción lo suficientemente amplia como para incluir la mayoría de la crítica marxista o anarquista. No es raro que los hombres de Azaña secuestraran cinco de seis ediciones sucesivas de un periódico comunista. La prohibición de promover huelgas fue un golpe de muerte a los métodos sindicalistas de lucha. Las huelgas eran desplazadas del campo de batalla a los cauces debilitantes de los comités paritarios antes de que los obreros tuvieran la oportunidad de presionar para obtener un arreglo favorable. Los socialistas advirtieron a los huelguistas de la CNT de que obtendrían mejores condiciones si se integraban en “el sindicato gubernamental”. Ante la crisis, cada vez más profunda, de la agricultura, los terratenientes arreciaban sus ataques al “nivel” de vida de los aparceros y jornaleros; no fueron respetados los convenios que elevaban sus salarios y a los trabajadores se les prohibió hacer huelga, mientras los delegados gubernamentales realizaban interminables investigaciones y conversaciones con los terratenientes.

El clero, ileso por las insignificantes leyes eclesiales, presentó sus exigencias, que encontraron importantes portavoces en el gobierno. Cuando en agosto de 1931 el vicario general de Sevilla fue cogido cruzando ilegalmente la frontera con documentos que revelaban la venta y la ocultación de propiedades pertenecientes a los jesuitas y a la Iglesia en general, los ministros católicos en el gobierno provisional, Maura y Zamora, lograron impedir la publicación de tales documentos. Maura se retiró del gobierno cuando finalizó, en diciembre, el Gabinete provisional; pero Zamora, que quería irse porque era contrario a las cláusulas constitucionales y a las leyes que atañían a la Iglesia, los socialistas le persuadieron de aceptar la presidencia de la república. Desde ese importante puesto y desde el primer día, Zamora ayudó a las fuerzas clericales de la reacción.

El socialista Indalecio Prieto se integró en el Gabinete como ministro de Finanzas. El gobierno fue sacudido como por un terremoto ante su primer intento de controlar el Banco de España. Hubo un cambio de gobierno y el Ministerio de Finanzas fue ocupado por un capitalista, quien nombró directores “satisfactorios” para el Banco.

El último día del primer año republicano, los campesinos de Castelblanco dieron el primer grupo importante de presos políticos a la república. Los líderes campesinos, que

habían resistido firmemente un ataque de la Guardia Civil, fueron enviados a prisión por largos períodos.

Desde aquí en adelante, el drama siguió su curso hacia un fin inexorable: la reacción. Cuando llegó a ser evidente que el curso gubernamental no sólo dejaba intacta a la reacción, sino que además la permitía fortalecerse, los líderes socialistas tuvieron que hablar más de sus propias organizaciones y menos de los logros gubernamentales. Los miembros, crecientes, de la UGT y las milicias socialistas sujetaban a los trabajadores rebeldes. Los revolucionarios señalaban que la UGT no podía ser un baluarte contra la reacción mientras apoyase al gobierno. La lucha contra el capitalismo y el apoyo a un gobierno burgués son incompatibles. El prestigio del gobierno depende de su capacidad para “mantener el orden”, el ministro de Trabajo, Caballero, debe impedir las huelgas con la ayuda de los comités paritarios (de arbitraje) o reprimirlas si estallan sin su consentimiento. Así, las milicias socialistas, creadas con el consentimiento del gobierno y usadas como auxiliar de la policía, sólo servían para hacer ostentación en desfiles. Una milicia realmente proletaria no puede comprometerse a apoyar a un gobierno burgués ni limitarse ni verse limitada por las organizaciones obreras leales al régimen; debe ser una genuina arma de clase que lucha por los derechos democráticos sin limitarse a la legalidad burguesa, tan dispuesta a pasar a la ofensiva como a luchar a la defensiva.

Al aplastar a la CNT, las tropas extendieron la represión a toda la clase obrera. Con la excusa de reprimir un golpe anarquista en enero de 1933, la Guardia Civil “limpió” varios grupos de activistas. El enfrentamiento de Casas Viejas llegó a ser una causa célebre que conmovió al régimen y abrió la puerta a la reacción.

La contrarrevolución se había alzado en armas (10 de agosto de 1932) en Sevilla cuando el general Sanjurjo, al mando de tropas y de guardias civiles, intentó restaurar la monarquía (el movimiento fue aplastado por obreros sevillanos que enarbolaban *slogans* revolucionarios y que alarmaron más a Azaña que a Sanjurjo). La contrarrevolución descubría ahora que podía vencer a los socialistas y republicanos por medio de llamamientos demagógicos a las masas. Los partidos monárquicos y católicos enviaron su propia comisión investigadora a Casas Viejas; desenterraron una terrible historia. La Guardia Civil, obedeciendo órdenes directas de Quiroga, ministro del Interior, de “no hacer prisioneros”, había bajado al pequeño pueblo, donde, después de dos años de esperar pacientemente que el Instituto de Reforma Agraria dividiera la finca próxima del duque, ocuparon la tierra y comenzaron a cultivarla. Los campesinos apenas pudieron resistirse a la Guardia Civil; fueron cazados por los campos como animales; hubo 20 muertos y varios

heridos. Los delegados gubernamentales previnieron a los supervivientes de que, de no quedarse tranquilos, correrían la misma suerte.

Azaña se negó a investigar y retrasó la interpelación en las Cortes. Finalmente, la coalición republicano-socialista tuvo que enfrentarse al problema. Los diputados monárquicos católicos derramaban abundantes lágrimas por los campesinos masacrados y enronquecieron condenando a un gobierno tan cruel. Cuando Azaña finalmente admitió la verdad sobre Casas Viejas, intentó responsabilizar a la Guardia Civil, pero ésta implicó al mismo Quiroga. Los diputados socialistas permanecieron silenciosos y votaron una moción de confianza. Los reaccionarios avanzaban posiciones: aparte de Casas Viejas, denunciaron al gobierno por reprimir la prensa obrera y por el gran número de prisioneros políticos, casi todos obreros, en las cárceles (los comunistas estimaron unos 9.000 en 1933). Los reaccionarios también presentaron a las Cortes un proyecto de amnistía para todos los presos políticos, aplaudido con entusiasmo por los anarquistas.

Los obreros, y sobre todo los campesinos, asistían desconcertados ante tan audaz y efectiva demagogia. ¿Quiénes eran sus amigos? Los republicanos y socialistas les habían prometido tierra y habían incumplido su promesa. “¿Te ha dado de comer la república?” La república había matado y encarcelado a los valientes campesinos de Castelblanco y Casas Viejas. Los socialistas en vano daban argumentos y se defendían; lo que los campesinos conocían era su propia miseria.

El final fue bastante rápido. En junio de 1933 Alcalá Zamora maniobró para echar a la coalición, pero no lo logró; los socialistas anunciaron que responderían ante cualquier otro intento con la huelga general. Era una amenaza vacía. Es dudoso que los obreros, desconcertados y desilusionados, hubiesen respondido al llamamiento. ¡Demasiado habían pasado por el aro! Tres meses más tarde, Alcalá atacó de nuevo, destituyó al Gabinete y disolvió las Cortes, Lerroux fue nombrado primer ministro.

En noviembre se celebraron elecciones; la victoria de la coalición de reaccionarios y derechistas fue aplastante. Los socialistas dieron muchas explicaciones; los recalcitrantes anarquistas habían agitado con efectividad por el boicot; los comunistas habían llevado listas separadas; las mujeres, que votaban por primera vez, estaban bajo la influencia clerical.

Los socialistas, con listas independientes en la mayoría de los sitios por la presión de la base, cayeron víctimas de sus propias estúpidas medidas sobre el funcionamiento electoral; los caciques locales y terratenientes aterrorizaron a los pueblos y compraron votos; las elecciones fueron fraudulentas en varios lugares, etc. Pero ésta era una mala

coartada y sus detalles, sin lugar a dudas, una prueba del fracaso, en dos años y medio, de la coalición republicano-socialista para ganarse y compenetrarse con las masas o para aplastar la reacción. Las frías estadísticas señalaban que de 13 millones de electores ocho votaron, más de la mitad, por la coalición de derechas, el “frente antimarxista”, y otro millón por los partidos de centro. Los republicanos pequeño-burgueses fueron derrotados, sólo obtuvieron siete diputados; la mayoría, como Azaña, por los votos socialistas.

Citamos a Indalecio Prieto como testigo de nuestro análisis de las causas de la victoria de la reacción. En un vuelo a París, después de la insurrección de octubre de 1934, y en un arranque de extrema honestidad y sinceridad, Prieto declaró al *Petit Journal*, contestando a la pregunta ¿cómo explica usted el descontento en España y el éxito de Gil-Robles en las elecciones?: “Precisamente por la política derechista del régimen de izquierdas -dijo Prieto-. Este gobierno nacido con la república y creado por la república se volvió el baluarte de las fuerzas adversas a la república. Es verdad que el gobierno español de izquierda llevó a cabo una política de derechas enfrentándose a Lerroux y a Samper. En este periodo de declive del capitalismo, la burguesía española no podía llevar a cabo ni la revolución democrático-burguesa.”

IV. La lucha contra el fascismo.

Noviembre 1933-febrero 1936

Aunque las crisis gubernamentales cambiaron los integrantes del Gabinete seis veces durante dos años, los radicales de Lerroux permanecieron al timón, con Lerroux o sus lugartenientes -Samper, Martínez Barrios -como primer ministro. Los radicales garantizaron a la izquierda que ningún hombre de Gil-Robles entraría al Gabinete. Este arreglo fue ordenado por Gil-Robles, quien había estudiado los métodos de Hitler y de Mussolini, y no se atrevía a tomar el poder abiertamente hasta que su movimiento fascista adquiriese una base de masas.

Ciertamente era adecuado que este régimen degenerado y reaccionario fuese dirigido por los radicales, a cuya maloliente historia nos hemos referido anteriormente. Un partido tan grotesco y bufón (“¡De cada monja una madre!”), había sido un *slogan* de Lerroux) sólo podía existir mientras el capitalismo y el proletariado no se enfrentasen en un combate a muerte. Pronto se disolvería; su final fue provocado, en el momento justo, por una serie de escandalosas revelaciones de especulaciones financieras que comprometían a toda la dirección del Partido. Pero durante el bienio negro sus cínicos sátiros sirvieron como ministros a los austeros clericales.

La estructura legal proporcionada por la coalición republicano-socialista fue de gran utilidad a Lerroux y a Gil-Robles. Más de cien ediciones de *El Socialista* fueron requisadas en un año. La Internacional Socialista calculó que en septiembre de 1934 había 12.000 obreros encarcelados. Las milicias socialistas fueron prohibidas y sus armas confiscadas. Se cerraron los locales de reunión de los obreros, se revisaron las cuentas de los sindicatos para descubrir el uso de fondos con propósitos revolucionarios. Los socialistas y otros trabajadores elegidos en las elecciones municipales fueron destituidos. Todas las leyes que los socialistas pensaban utilizar contra los “irresponsables” eran usadas contra ellos.

El problema principal de Gil-Robles era asegurarse una base de masas, tarea difícil en España porque la clase media baja es extremadamente pequeña. Aparte del pequeño grupo de prósperos campesinos -propietarios del Norte (Vizcaya y Navarra), donde fue organizada una fuerza similar a la milicia clerical-fascista austríaca-, le iba a ser muy difícil a Gil-Robles reclutar entre las clases más bajas. Estaban, sin embargo, el millón y medio de parados en la ciudad y en el campo. Para ganárselos, Gil-Robles presentó un proyecto de ley estableciendo el seguro de desempleo, buscando explotar el hecho de que el gobierno republicano-socialista había abandonado a los parados. Los clericales presentaron un programa de repoblación forestal gubernamental, utilizando los campos de trabajo como escuelas de fascismo. Fundaron un movimiento juvenil: Federación Sindical Católica y una Federación de Campesinos Católicos. Gil-Robles hasta atemorizó a sus aliados, los terratenientes del Partido Agrario, al hablar de dividir las grandes fincas. Aparentemente, aun para los observadores hostiles, Gil-Robles estaba logrando seguidores entre las masas. Pero cuando, después de unos meses de trabajo paciente y grandes gastos, los fascistas clericales intentaron enseñar los resultados a través de grandes concentraciones de masas organizadas, fueron aplastados y disgregados por el proletariado socialista.

¿Por qué? Es un hecho que a menudo el fascismo clerical era inepto. Sin embargo, la falta de una demagogia convincente no había impedido al fascismo clerical derrotar al proletariado en Austria. El fascismo clerical español no venció porque el proletario, a diferencia del alemán, luchó, y luchó antes de que fuese demasiado tarde, a diferencia del proletariado austríaco.

El proletariado español demostró estar realmente decidido a no dejarse vencer por el fascismo. El giro hacia la izquierda que tomó la socialdemocracia internacional, después de las derrotas en Alemania y Austria, se realizó en España antes que en ningún otro lado. Caballero se unió al ala izquierda, cuyo soporte principal, la juventud socialista, tenía una postura muy crítica con respecto a la II y III Internacional. El ala izquierda se declaró a

favor de preparar la revolución proletaria, que debía conseguirse por la insurrección armada. El ala central del Partido, encabezada por Prieto y González Peña, prometió públicamente en las Cortes que cualquier intento de establecer un régimen fascista sería combatido con la revolución armada. Sólo una pequeña ala derechista, encabezada por Besteiro, rehusó aprender de lo que había sucedido en Alemania y Austria. En la UGT, Caballero libró una decidida batalla; los socialistas del ala derecha que se opusieron fueron obligados a dimitir de la Ejecutiva. Precisamente porque habían dependido tanto ideológicamente de los Kautskys y Bauers, la caída de sus maestros permitió a los socialistas españoles una ruptura tan radical con su pasado. Los burgueses, analizando la política proletaria por analogía a la burguesa, pensaron que todo era un *bluff*, hasta que se convencieron, atemorizados, al encontrar grandes depósitos de armas en los edificios y hogares socialistas.

Con el Partido Socialista dispuesto a batallar, la lucha contra el fascismo se vio facilitada enormemente; no es exagerado decir que el giro a la izquierda del Partido Socialista hizo posible, en las condiciones existentes, la victoria sobre el fascismo. Haber reorganizado a las masas *a pesar* de los socialistas, hubiese requerido un partido revolucionario de un calibre y proporciones que no existía en España.

Sin embargo, fue imposible que el Partido Socialista asumiese la concepción marxista de la insurrección. Aun los mejores líderes socialistas de izquierda sostenían una concepción extremadamente estrecha. En términos pseudoizquierdistas, similares a los de los anarquistas y de los estalinistas del “tercer periodo”, los socialistas declararon no estar ya interesados en el curso de la política republicano-burguesa. ¡Como si la revolución no pudiese beneficiarse de, o influir en, el curso de la política burguesa! Por ejemplo, los derechistas habían ganado Cataluña en las elecciones de noviembre, pero era tal el resurgir de las masas que, sólo dos meses después, el bloque de izquierdas los barrió en las elecciones municipales catalanas. La derrota de noviembre provocó una crisis en la CNT, donde parte de los líderes exigían terminar con el boicot a las elecciones. Así, una campaña socialista exigiendo la disolución de las Cortes y nuevas elecciones, podría haber unido a las masas, arrancando a los sindicalistas de los anarquistas e introduciendo una cuña entre Gil-Robles y muchos partidarios de Lerroux. Aparentemente, sin embargo, los socialistas temían no ser suficientemente izquierdistas.

El carácter amplio de la insurrección proletaria fue explicado por la Izquierda Comunista (trotskista). Dedicó sus esfuerzos a construir el instrumento indispensable para la insurrección: los consejos obreros constituidos por delegados de todos los partidos y

sindicatos obreros, de los talleres y barrios. Debían ser creados en cada localidad coordinados a nivel nacional; una verdadera dirección de masas en la que, a medida que funcionase, se irían integrando todos los obreros, los sin partido, sin sindicato, los anarquistas, que estuviesen seriamente interesados en luchar contra el capitalismo. Desafortunadamente, los socialistas no comprendieron la profunda necesidad de estas alianzas obreras. No era tan fácil superar las tradiciones burocráticas. Caballero, que no podía comprender mucho más que Prieto, comprendía que el liderazgo de las masas en la revolución debía ser más amplio que el liderazgo de un partido. Para los líderes socialistas, las alianzas obreras significaban que tendrían, simplemente, que compartir la dirección con la Izquierda Comunista y otros grupos comunistas disidentes. De este modo, aunque la Izquierda Comunista logró crear las alianzas en Asturias y Valencia y existían en Madrid y en algún otro sitio, no pasaron de ser, en la mayoría de los casos, comités en las “alturas”, sin delegados elegidos o de la base, es decir, comités de coordinación entre las direcciones de las organizaciones. Y ni siquiera esto se completó con la unión de un comité nacional.

Aunque parezca increíble, la obra del escritorzuelo fascista Curzio Malaparte, *Técnica del golpe de Estado*, estaba de moda entre los líderes socialistas. ¡Pensaban que los descabellados diálogos de Malaparte entre Lenin y Trotsky, que elaboraban una concepción puramente putschista de la toma del poder por pequeños grupos de hombres armados, eran transcripciones reales! Los socialistas parecían tener una completa ignorancia del papel de las masas en la Revolución de Octubre del 17. No explicaron a las masas lo que la revolución venidera significaría para ellas. Aunque dirigieron, en junio de 1934, una huelga general de casi medio millón de pequeños propietarios del campo, no consolidaron la unión entre el campo y la ciudad, organizando a los obreros ciudadanos para que apoyasen la huelga con piquetes y fondos; tampoco se utilizó la huelga para difundir sistemáticamente el *slogan* de ocupar la tierra, aunque durante esos meses la ocupación de tierras por los campesinos alcanzaron el punto más alto. Como consecuencia, cuando la amarga huelga terminó sin la victoria, la conciencia de clase de los trabajadores del campo, siempre mucho más débil que la del proletariado industrial, estaba tan golpeada que no jugaron ningún papel en la insurrección de octubre. Tampoco estaba el proletariado industrial preparado para ocupar las fábricas y las instituciones públicas, ni estaba imbuido de la convicción de que era cosa suya derrotar al capitalismo y comenzar a construir un orden nuevo. Por el contrario, los socialistas aludían oscuramente a sus preparativos para hacer la revolución por ellos mismos.

A pesar de esto, en sus luchas parciales contra la amenaza fascista, los socialistas se comportaron magníficamente, Gil-Robles había dedicado grandes esfuerzos a planificar, cuidadosamente, tres concentraciones: la de El Escorial, cerca de Madrid, el 22 de abril de 1934; la de los terratenientes, en Madrid, el 8 de septiembre, en contra de las leyes de arriendo liberales aprobadas por el gobierno catalán, y la del 9 de septiembre en Covadonga, Asturias. Ninguna tuvo éxito. Los obreros declararon huelgas generales en cada zona; se rompieron calzadas, se interceptaron los trenes, era imposible comer y alojarse, se bloquearon las carreteras con barricadas y con puños y armas se hizo retroceder y se dispersó a los reaccionarios. Los pequeños grupos de jóvenes ricos y sus sirvientes, clérigos y terratenientes que lograron pasar con la ayuda del ejército y de la Guardia Civil contrastaban de forma tan ridícula con las fuerzas de sus adversarios que la pretensión fascista clerical de representar a toda España recibió un golpe irreparable.

La oposición de los obreros fue reforzada por la lucha de liberación nacional. Cataluña se movilizó contra su estatuto de semiautonomía. Companys, todavía en el poder, tuvo que permitir una serie de gigantescas manifestaciones contra Gil-Robles. Finalmente, los diputados nacionalistas abandonaron, todos juntos, las Cortes. El centralismo reaccionario encontró la hostilidad, incluso, de los conservadores vascos; en agosto de 1934, en una reunión de ayuntamientos vascos, se decidió no colaborar con el gobierno. La respuesta de Lerroux, arrestar a todos los alcaldes vascos, sólo agudizó la crisis.

Los fascistas clericales no se atrevieron a esperar más. No habían logrado una base de masas, pero cada día que pasaba la oposición se fortalecía. La desunión entre los trabajadores tendía a disminuir de forma lenta pero eficaz. A pesar del juego de Lerroux de trato favorable a la CNT, para reforzar los elementos apolíticos que planteaban que todos los gobiernos eran iguales de malos y el gobierno de Lerroux no era peor que el último, las propuestas socialistas comenzaron a ser aceptadas. En varias huelgas la CNT cooperó con la UGT, y en varios sitios, sobre todo en Asturias, los anarquistas se habían integrado en las alianzas obreras.

También los estalinistas tuvieron que integrarse. Desde noviembre de 1933 habían recibido cada giro socialista hacia la izquierda con las invectivas más injustas. Kuusinen, informador oficial en el XIII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en diciembre de 1933, acusó a los socialistas españoles de cooperar “en la preparación para establecer una dictadura fascista”. “No existen desacuerdos entre los fascistas y los socialfascistas en cuanto a la necesidad de la facistización posterior de la dictadura burguesa”, sostenía el CEIC. “Los socialdemócratas están a favor de la facistización

siempre que se preserve la forma parlamentaria...; lo que le preocupa a este gente es que los fascistas, en su furibundo ardor, puedan acelerar la caída del capitalismo...; la fascistización de la socialdemocracia está ocurriendo a pasos acelerados” (*INPRECORR*, vol. 14, pág. 109). Cuando en abril de 1934 el secretario del Partido Comunista de España, Balbontín, dimitió porque la Internacional Comunista no aprobó un frente unitario, se le contestó: “Los socialfascistas tienen que mantener el engaño entre las masas de que ellos son *enemigos* de fascismo, y de que se entabla una gran lucha entre el socialismo y el fascismo, como algunos contrarrevolucionarios pequeño-burgueses (Balbontín) pretenden hacer creer a las masas” (*ibid.*, pág. 545).

En junio de 1934, cuando los fascistas mataron a la socialista Juanita Rico en Madrid, el Partido Comunista tuvo que aceptar la invitación socialista a participar en el funeral. Sin embargo, el 12 de julio rechazó una invitación socialista para unificar la acción y entrar en las alianzas obreras y declaró: “Nuestra táctica correcta con respecto al frente unitario nos permite frustrar los planes contrarrevolucionarios de las alianzas obreras.” Alrededor del 12 de septiembre la presión desde sus propias filas era irresistible; los delegados del Partido Comunista se integraban el 23 de septiembre a las alianzas obreras, justo unos pocos días antes de que la lucha armada comenzase. Si los exponentes principales de la teoría del socialfascismo se habían integrado al frente unitario proletario, pronto los obreros de la CNT seguirían el mismo camino. Gil-Robles no podía esperar más; y contraatacó.

Alcalá Zamora nombró a Lerroux para formar un nuevo gobierno; entraron tres de los candidatos de Gil-Robles. Los socialistas habían declarado que responderían con las armas a un cambio de este tipo. Si no cumplían su palabra, Gil-Robles tomaría la iniciativa y las masas quedarían desmoralizadas. Los socialistas asumieron el reto en seis horas. Las alianzas obreras y la UGT, en la medianoche del 4 de octubre, declararon la huelga general.

Los agitados sucesos de los quince días siguientes son conocidos y, por tanto, no se repetirán aquí. A pesar de la ausencia de verdaderos *soviets*, de la falta de claridad acerca de los objetivos de la lucha, de no haberse llamado a los campesinos y a los obreros a ocupar la tierra y las fábricas, los obreros se lanzaron heroicamente a la lucha. La negativa de los obreros ferroviarios de la CNT a unirse a la huelga quebró la columna vertebral de la resistencia y permitió al gobierno transportar municiones y tropas. Las pocas horas de diferencia entre el llamamiento a la huelga general y la movilización de las milicias obreras dieron tiempo al gobierno para arrestar a los soldados, con los cuales se contaba para dividir al ejército; el fallo de no haber armado a los obreros de antemano no podía repararse en unas pocas horas, mientras las tropas gubernamentales y la Policía revisaban

todos los edificios sospechosos. Hubo muchas delaciones de depósitos de armas; muchos hombres claves huyeron cuando la derrota parecía inminente. En Cataluña, que debía haber sido el alma de la insurrección, fue fatal depender del gobierno pequeño-burgués de Companys. Más temeroso de armar a los obreros que de capitular con Gil-Robles, difundió mensajes tranquilizadores hasta que, rodeado por tropas madrileñas, se rindió de forma abyecta.

A pesar de todo esto, los obreros resistieron tremendamente. En Madrid, Bilbao y otras ciudades los encuentros armados no pasaron de “paqueos” por parte de la clase obrera; pero las huelgas generales continuaron largo tiempo, sostenidas por el proletariado con ejemplar entusiasmo y disciplina, paralizando la vida industrial y comercial como no se había hecho nunca. La lucha de Asturias fue la más importante y gloriosa. En Asturias, las alianzas obreras eran casi *soviets* y habían funcionado, durante un año, dirigidas por el Partido Socialista y la Izquierda Comunista. Los mineros, conducidos por Peña y Manuel Grossi, a falta de armas utilizaban dinamita y herramientas para llevar a cabo su victoriosa insurrección. “La república de obreros y campesinos” dio la tierra a los campesinos, confiscó las fábricas, juzgó a sus enemigos en tribunales revolucionarios y durante quince días históricos resistió a la Legión Extranjera y a las tropas moras. Se dice en España que, de haber habido tres Asturias, la revolución habría triunfado. Sólo el fracaso de la revolución en otras partes permitió al gobierno concentrar todas sus fuerzas en Asturias.

El período siguiente no fue de pesimismo en las filas obreras. Por el contrario, se reconocía que no habían sido derrotados a nivel global. Como las masas habían hecho solamente huelga y limitado su lucha a desembarazarse de esquirols, sus filas estaban intactas. Pronto lucharían de nuevo, y esta vez con más experiencia. La terrible historia de cómo habían sido asesinados 3.000 obreros asturianos, la mayoría después de rendirse, sólo sirvió para fortalecer la decisión de las masas. Se ofreció una fiera resistencia a los intentos de Gil-Robles de apoderarse de los “cuarteles generales” obreros, clausurar sindicatos y confiscar los fondos. Aparecieron órganos ilegales para sustituir a la prensa obrera confiscada, que circulaban abiertamente. Se hicieron huelgas generales cuando se ejecutaron a los prisioneros de octubre. Numerosas huelgas económicas demostraron que la moral proletaria permanecía incólume. El 1.º de mayo de 1935, a pesar de los esfuerzos frenéticos del gobierno, se paralizó totalmente las actividades laborales, menos los servicios públicos, atendidos por las tropas del gobierno. Las campañas proamnistía, pidiendo el indulto de los condenados y la liberación de los presos, movilizó amplios sectores del campesinado y de la pequeña burguesía. El grito de “¡Amnistía! ¡Amnistía!” integró a la vida política a estratos

que hasta ahora se habían mantenido al margen. El régimen clerical-radical comenzó a resquebrajarse.

El presidente, Alcalá Zamora, no se atrevió a ir más lejos. Antes de que finalizara la lucha, conmutó la pena de muerte de los dirigentes catalanes. El Partido Radical se dividió cuando en mayo el perspicaz Martínez Barrios (que como primer ministro, en 1933, había reprimido ferozmente una intentona anarquista) encabezó un grupo antifascista y se unió con Azaña y otros republicanos para luchar por la amnistía. El mismo Lerroux retrocedió e indultó el 29 de marzo a Peña y otros 18 socialistas condenados. Cuando Gil-Robles se vengó retirando a sus ministros, Alcalá nombró a Lerroux nuevamente primer ministro. Lerroux disolvió las Cortes durante un mes, en que los radicales gobernaron solos. El 4 de mayo Lerroux formó gobierno de nuevo con los fascistas clericales, esta vez con Gil-Robles como ministro de la Guerra. Pero el curso de los acontecimientos había quedado claro desde el 1.º de mayo. Ahora sabemos que Gil-Robles aceptó el Ministerio de la Guerra para preparar el ejército, los depósitos de armas y emplazamientos secretos alrededor de Madrid para la lucha que actualmente se está desarrollando, previendo, como todo el mundo sabía, que pronto sería desplazado del poder.

Se realizaron grandes concentraciones antifascistas exigiendo la disolución de las Cortes y nuevas elecciones. Eran normales los mítines de 1.000 y 2.000 personas. El sentimiento de unidad era dominante en la clase obrera. Los anarquistas, muy desacreditados por su negativa a unirse a la insurrección de octubre, intentaban disculparse alegando la represión, que en su momento desató Companys contra ellos, y aseguraban que estaban dispuestos a unirse a los socialistas para luchar por la libertad. Angel Pestaña se escindió de la CNT y organizó el Partido Sindicalista para participar en las elecciones que se acercaban; y hasta la dirección de la CNT declaró que permitiría a sus integrantes votar contra el régimen semifascista. Ante la marcha de los acontecimientos, la mayoría de la prensa burguesa se puso en contra de Gil-Robles. Sólo hacía falta el toque final de que un escándalo financiero comprometiese al gobierno de Lerroux. Los fascistas clericales habían llegado a un callejón sin salida y tuvieron que retirarse.

No tenían idea, sin embargo, de la magnitud de la ola que los barrería. Pensaban que los grupos centristas ganarían las elecciones de febrero. Así también pensaba Azaña, quien ocho días antes de las elecciones intentó posponerlas, temiendo que la coalición republicano-obrera no hubiese tenido suficiente tiempo para hacer propaganda. Pero las masas de campesinos y de obreros, de hombres y mujeres, pudieron expresarse finalmente. Y no sólo en las urnas. Al conocer los resultados electorales, las masas se manifestaron en

las calles. A los cuatro días de las elecciones, Azaña estaba nuevamente a la cabeza del gobierno; pedía paz y que los obreros regresaran al trabajo, desechando cualquier espíritu de venganza. ¡Ya estaba repitiendo las frases y siguiendo la política de los años 1931-1933!

V. El gobierno del Frente Popular
y sus aliados. 20 de febrero-
17 de julio de 1936

¿Quiénes son los criminales y traidores, responsables de haber hecho posible que, cinco meses después de los días de febrero en que los obreros arrancaron a los fascistas clericales del gobierno, los reaccionarios dirijan al ejército y a la policía en una contrarrevolución tan poderosa?

Todo comunista y socialista serio quiere saber responder a esta pregunta fundamental no sólo importante para España y para Francia, donde algo similar está ocurriendo, sino para el proletariado de todo el mundo.

La respuesta es: Los criminales y traidores son el gobierno republicano de “izquierda” y sus aliados, el Partido Comunista y los socialistas reformistas.

Cuando llegaron las elecciones de febrero, el ala izquierda de los socialistas se oponían a una lista electoral común con los republicanos, porque no creían que los republicanos tuviesen respaldo real y por el odio de las masas contra estos hombres: la Esquerra Catalana de Companys había traicionado en la revolución de octubre; la Unión Republicana de Martínez Barrios era sólo un vestigio de los radicales de Lerroux, que entonaban una nueva canción apropiada a la situación; Azaña y sus republicanos de izquierda repudiaron a la revolución de octubre y no eran nada más que un puñado de intelectuales. Los socialistas de izquierda fueron especialmente ultrajados cuando Prieto y el Partido Comunista accedieron a dar la mayoría a estos republicanos en las listas electorales comunes: ¡Las listas daban 152 diputados a los republicanos y 116 a las organizaciones obreras!

Pero no fue éste el verdadero crimen. Los bloques con propósitos electorales no son una cuestión de principios para los revolucionarios, aunque muy pocas veces se justifican por consideraciones tácticas. Pero esos acuerdos electorales deben limitarse *sólo* al intercambio de votos. Antes, durante y después de las elecciones, el partido proletario continúa expresándose desde su *propia* plataforma, con su *propio* programa, explicando a los obreros que no puede llegar a ningún acuerdo *programático* con sus temporales aliados electorales. Porque el llamado “programa común” podía ser, y era realmente, únicamente el programa de la clase enemiga. Este fue el verdadero crimen, que las organizaciones obreras

suscribieron y garantizaron otra carta de la burguesía, necesariamente idéntica a la de 1931-1933.

Prieto olvidó que había dicho: “En este período de declive del capitalismo, la burguesía española no podía llevar a cabo ni la revolución democrático-burguesa.” El Partido Comunista, obedeciendo servilmente la nueva orientación de la Internacional, abandonó su crítica de los años 1931-1933 sobre la imposibilidad de la burguesía de realizar las tareas democráticas de la revolución, y declaró que la coalición con la burguesía llevaría a cabo estas tareas².

El programa del Frente Popular fue un documento básicamente reaccionario:

1. *La cuestión agraria*. El programa establece: “Los republicanos no aceptan el principio de la nacionalización de la tierra y su libre distribución entre los campesinos, solicitado por los delegados del Partido Socialista.” En su lugar promete estimular las exportaciones, créditos, seguridad a los arrendatarios y la compra de fincas para arrendarlas a los campesinos. En otras palabras, el programa de 1931, que ya había demostrado ser una broma cruel.

2. *La expansión de la economía española* promete un sistema más eficaz de protección arancelaria, instituciones para encaminar la industria (un departamento de comercio, de trabajo, etc.), colocar el Tesoro y los bancos al servicio de la “reconstrucción nacional”, sin pasar por alto el hecho de que “cosas tan sutiles como el crédito no pueden ser arrancadas del campo seguro del esfuerzo útil y remunerativo”. Los partidos republicanos no aceptan

² Para atraer con engaños a los socialistas de izquierda a la coalición, los estalinistas utilizaron un lenguaje muy de “izquierdas”: “El Partido Comunista conoce la peligrosidad de Azaña igual que los socialistas que colaboraron con él cuando estaba en el poder. Ellos saben que es un enemigo de la clase obrera... Pero también saben que la derrota de la CEDA (Gil-Robles) traería automáticamente ‘un debilitamiento de la represión, al menos por cierto tiempo.’” (INPRECORR, vol. 15, pág. 762.) Pero ¿propusieron entonces los estalinistas que una vez que Azaña estuviese en el poder los obreros debían luchar contra él? No: por el contrario, este “enemigo de los obreros” realizaría las tareas democráticas básicas: “Tierra para los campesinos, libertad para las nacionalidades oprimidas y liberar a Marruecos de la opresión imperialista.” (*Ibid.*, pág. 639.) Para justificar esta clara adhesión a la concepción menchevique de la revolución burguesa, los estalinistas tuvieron que ocultar su pasado: García, en el séptimo congreso, denunció a la dirección del Partido de 1931: “En lugar de proponer consignas que correspondieran al momento, se pronunciaron en contra de la república, alimentando así ilusiones muy fuertes entre las masas, proponiendo las consignas ‘Abajo la república burguesa’, ‘Vivan los *soviets* y la dictadura del proletariado’. Con la expulsión de estos renegados (en 1932), nuestro Partido español comenzó a actuar de una manera comunista (*ibid.*, pág.

las medidas de nacionalización de los bancos propuestas por los partidos obreros. “Grandes planes” de obras públicas. “Los republicanos no aceptan el subsidio de paro solicitado por la delegación obrera, ya que se piensa que las medidas de política agraria y las que se llevarán a cabo en la industria, las obras públicas y, en suma, todo el plan de reconstrucción nacional, cumplirán no sólo sus fines propios, sino también la tarea esencial de absorber el desempleo.” Esto, también, igual que en 1931.

3. *La Iglesia*. Sólo el párrafo sobre educación afecta a la Iglesia. La república “impulsará, con el mismo ritmo que en los primeros años de la república, la creación de escuelas primarias... La educación privada estará sujeta a vigilancia en interés de la cultura, análoga a la de las escuelas públicas”. ¡Sabemos, por la historia de los años 1931-1933, de qué ritmo se trataba!

4. *El ejército*. El único párrafo que afecta al ejército es el que promete la investigación y el castigo de los abusos de la policía, destituyendo a los oficiales con mando encontrados culpables. ¡Ni siquiera la democratización insincera del ejército que se planteaba en 1931! Así el Cuerpo de Oficiales queda intacto. En los cinco meses posteriores, el gobierno del Frente Popular eludió cualquier investigación de la masacre de Asturias y otros crímenes perpetrados por el Cuerpo de Oficiales.

5. *Las cuestiones nacional y colonial*. Ni una palabra en el programa del Frente Popular. Marruecos permaneció en las manos de la Legión Extranjera hasta que finalmente, el 18 de julio, tomaron absolutamente el poder. El estatuto de semiautonomía para Cataluña fue más tarde restaurado, pero no garantizó más autonomía. Para los vascos hubo una solución aún menos liberal.

6. *Democratización del aparato de estado*. Consejos laborales mixtos, Tribunal Supremo, presidente, censura, etc., todo fue restaurado como en 1931. El programa prometía la reorganización de los consejos laborales para que “los partidos interesados pudieran adquirir conciencia de la imparcialidad de sus decisiones”. Y, como una bofetada final, “los partidos republicanos no aceptan el control obrero solicitado por la delegación socialista”.

Por este plato de lentejas los líderes socialistas depusieron la lucha de clases contra la república burguesa. ¡Piénselo el lector! El mismo programa, por el cual los socialistas y estalinistas se comprometían a defender el gobierno de la república burguesa, hacía inevitable el asalto de la reacción. Las bases económicas de la reacción, tierras, industrias, finanzas, la Iglesia, el ejército y el Estado quedaban intactas. Los tribunales eran colmenas

1310). ¡Pero estas consignas habían sido enarboladas no sólo por los ‘renegados’, sino por el Partido, al comienzo de 1935, por Ercoli, Pieck y la misma Komintern!”

de reaccionarios; la prensa obrera está llena, entre febrero y julio, con relatos de fascistas que, cogidos con las manos en la masa, quedaban en libertad, y de obreros detenidos por motivos triviales.

El día que la contrarrevolución estalló, en las cárceles de Madrid y de Barcelona había miles de presos políticos obreros, especialmente de la CNT, pero también muchos de la UGT. La burocracia administrativa estaba tan corrompida por la reacción, que permaneció aparte el 18 de julio. Todo el Cuerpo diplomático y consular, salvo unas pocas excepciones, se pasó a los fascistas.

La “imparcialidad” gubernamental impuso una rígida censura de prensa, modificó la ley marcial, prohibió manifestaciones y mítines sin autorizar y se denegaba la autorización en todos los momentos cruciales. En los días críticos, después de los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo, se clausuraron las sedes obreras. El día antes del alzamiento fascista, la prensa obrera apareció con espacios en blanco porque el gobierno había censurado los editoriales y las partes de artículos donde se prevenía contra el golpe de estado!

En los últimos tres meses antes del 18 de julio, en intentos desesperados para parar el movimiento huelguístico, cientos de trabajadores fueron encarcelados en masa, las huelgas generales locales declaradas ilegales y las sedes regionales de los socialistas, comunistas y anarquistas clausuradas durante semanas. Por tres veces, en junio, la sede madrileña de la CNT fue clausurado y su dirección encarcelada.

Para los líderes socialistas y comunistas fue imposible contener el odio de sus partidarios por esta repetición de los años 1931-1933. Incluso ese vociferante defensor del gobierno, José Díaz, secretario del Partido Comunista, tuvo que admitir: “El gobierno, a quien apoyamos lealmente en la medida en que cumple el pacto del Frente Popular, es un gobierno que está comenzando a perder la confianza de los trabajadores.” Y luego añade este importante reconocimiento: “Y yo digo a este gobierno republicano de izquierda que su camino es el camino equivocado de abril de 1931” (*Mundo Obrero*, 6 de julio de 1936).

¡Así, en el mismo momento que pedía a los mineros asturianos que no rompiesen con el Frente Popular, José Díaz tenía que admitir que febrero-julio de 1936 era la repetición del desastre de 1931-1933! Cuando la contrarrevolución estalló, los estalinistas aseguraron que no habían cesado de apremiar al gobierno acerca de la necesidad de aplastar a la reacción. Ya hemos visto, sin embargo, que el programa del Frente Popular protegía a la reacción en todos los frentes importantes.

Ningún apremio puede cambiar a la república burguesa. Un gobierno de coalición así, comprometido en mantener el capitalismo, debe actuar como Azaña en 1931 y en 1936. El gobierno se comporta de forma idéntica en ambos casos porque su programa es construir la economía española bajo el capitalismo. Esto significa que *no puede tocar las bases económicas de la reacción porque no quiere destruir al capitalismo*. El programa básico de Azaña se resume en dos frases que dijo poco después que regresó al poder: “Ninguna venganza”; “Gil-Robles también será un día azañista.” Este programa no está dictado por debilidad psicológica, sino que se debe a las premisas capitalistas de Azaña. Su gobierno no ha sido débil y no ha cometido “equivocaciones”. Ha dado a los reaccionarios amplias posibilidades de armarse y movilizarse, porque ésa es una consecuencia inevitable del carácter capitalista del programa del Frente Popular.

Trotsky ha dejado al descubierto la anatomía de la relación del gobierno del Frente Popular con la reacción: “El Cuerpo de Oficiales representa el centinela del capital. Sin este guardián la burguesía no se mantendría ni un solo día. La selección de sus miembros, su educación y entrenamiento hace de los oficiales, como grupo definido, enemigos intransigentes del socialismo. Así se plantean las cosas en todos los países burgueses... Eliminando cuatro o cinco agitadores reaccionarios del ejército, se deja todo básicamente igual a como estaba antes... Es necesario sustituir las tropas en los cuarteles bajo el mando de la casta de oficiales por las milicias populares, es decir, por la organización democrática de los obreros y campesinos armados. No hay otra solución. Pero un ejército así es incompatible con la dominación de los grandes y pequeños explotadores. ¿Pueden los republicanos estar de acuerdo con una medida así? Radicalmente, no. El gobierno del Frente Popular, es decir, el gobierno de coalición de los obreros con la burguesía es, en su esencia, un gobierno de capitulación ante la burocracia y los oficiales. Esta es la gran lección de los acontecimientos ocurridos en España, por la cual se pagan ahora miles de vidas humanas.”

De la misma manera que en 1933, el apoyo socialista al gobierno imposibilitó evitar la reacción, el apoyo comunista-socialista en 1936 abrió las puertas a la contrarrevolución. Pero los obreros pueden preguntar: ¿No es posible apoyar al gobierno y al mismo tiempo movilizar a los obreros y campesinos contra sus enemigos? ¡No! Dos importantes ejemplos serán suficientes:

1. En la provincia de Albacete, cerca de Yeste, los campesinos ocuparon una gran finca. El 28 de mayo de 1936 fueron atacados por la Guardia Civil; el saldo fue de 23 campesinos muertos y 30 heridos. El ministro del Interior saludó este baño de sangre

enviando un telegrama de felicitación a al Guardia Civil. La prensa consideró, correctamente, esta situación una repetición de la masacre de Casas Viejas en 1931. La interpelación en las Cortes el 5 de junio fue aguardada con ansiedad... pero los diputados comunistas y socialistas absolvieron al gobierno de toda responsabilidad. “Sabemos que el gobierno no es responsable por lo que ha sucedido y que tomará medidas para que no se repita, pero estas medidas deberán ser tomadas rápidamente en interés del Frente Popular”, dijo un diputado socialista. “El complot está claro”, decían los estalinistas. “Los terratenientes provocan, sistemáticamente, la desesperación en los campesinos, y cuando éstos toman medidas para arreglar la situación, los terratenientes encuentran guardias civiles venales dispuestos a derribarles a tiros. La Guardia Civil ha consumado un baño de sangre y los políticos de derechas se esfuerzan para explotar este suceso y destruir al Frente Popular. Políticamente el asunto de Yeste fue un fracaso, pero puede ser y será repetido.”

“El Partido Comunista tenía razón cuando respondió a la maniobra política de la derecha situando el asunto en sus bases reales y exigiendo acciones contra los terratenientes ricos. El Partido Comunista señaló que la lucha debía orientarse, sobre todo, contra la miseria y el hambre; aumentadas por los caciques y terratenientes cuando sabotean las órdenes del gobierno y de la república y niegan el pan a las masas. *El Partido Comunista exigió que la reforma agraria debía acelerarse*” (INPRECORR, núm. 32, 11 de julio de 1936, pág. 859).

En pocas palabras: la lucha contra los terratenientes debe limitarse a los intentos ‘de persuadir al gobierno a que realice la reforma agraria. Porque ir más allá, y que el mismo campesinado luche con actos militantes en la tierra, que es la única manera verdadera de luchar, conduce a sucesos como el de Yeste, que provocan conflictos entre las masas y el gobierno, y debemos evitar la ruptura con el Frente Popular. “¡No romper con el Frente Popular” sólo significa limitar la lucha a la persuasión amistosa en la arena del parlamento!

2. Los obreros madrileños de la construcción, más de 80.000, fueron a la huelga, exigiendo, principalmente, la semana de treinta y seis horas. El gobierno impuso arbitraje a los trabajadores; se decidió una semana de cuarenta horas. La UGT y los comunistas aceptaron y dieron instrucciones a sus miembros de volver al trabajo. La CNT, sin embargo, se negó a aceptar el arreglo gubernamental y, lo que es más importante, los obreros de la UGT apoyaron a los anarquistas. Los estalinistas dieron las siguientes razones para suspender la huelga:

“No es un secreto para nadie que, después del 16 de febrero, los patronos fascistas utilizan como forma de lucha el empujar primero a los obreros a declarar conflictos y luego prolongar su solución, mientras sea necesario y posible, para desesperar a las masas, lo cual

provocará actos esporádicos sin finalidad ni efectividad..., pero que enfrentarán a los obreros con el gobierno, por que ésta es una de las condiciones... para un golpe de estado... La actitud de los patronos... hace necesario que los obreros de la construcción, aunque no estén satisfechos con el convenio, terminen una situación cuya prolongación implica un grave peligro para todos los trabajadores... Ha llegado el momento de saber cómo finalizar una huelga, sin renunciar a la posibilidad, establecida en el convenio, de continuar las conversaciones sobre el problema de los salarios en el consejo laboral mixto” (*Mundo Obrero*, 6 de julio). En pocas palabras: los patronos insisten en combatimos, pero esto os lleva a un conflicto con el gobierno (¡lo cual significa que el gobierno tiene más en común con los patronos que con vosotros!) y pone en peligro al Frente Popular. Por tanto, finalizada la huelga. Pero, entonces, ¿para qué comenzar huelgas? La lógica del reformismo no siempre va tan lejos, porque entonces los obreros lo rechazarían de plano. Los obreros insisten en hacer huelga. El deber del Partido Comunista es parar la huelga antes de que el gobierno se enfurezca.

Esta política de limitar la lucha contra la reacción a la arena parlamentaria sólo llevaría a la derrota eventual de las masas, Es un principio fundamental del marxismo *que la movilización de las masas sólo puede realizarse a través de la lucha militante*. Si los obreros hubiesen seguido la política del Frente Popular, hoy lloraríamos la ruina del proletariado español.

VI. La lucha de las masas contra el fascismo a pesar del Frente Popular: 16 de febrero a 16 de julio de 1936

Afortunadamente para el futuro de España y de la clase obrera internacional, las masas, desde el primer día de la victoria de febrero, no cesaron de luchar. Las lecciones del período 1931-1933 estaban grabadas en su memoria. Si ahora, por el momento, estaban libres de la dominación de Gil-Robles, era porque habían ganado esta libertad con las armas en la mano, a pesar de la traición de Companys y la “neutralidad” de Azaña. Las masas no esperaron que Azaña cumpliera sus promesas. En los cuatro días entre las elecciones y la entrada precipitada de Azaña en el gobierno, las masas llevaron a cabo eficazmente la amnistía, abriendo a la fuerza las cárceles; con tal eficacia que la comisión permanente de las anteriores Cortes, incluido Gil-Robles, ratificó unánimemente el decreto de amnistía de Azaña, tanto por miedo a las masas en la calle como para aparentar que el gobierno constitucional controlaba el país. Tampoco esperaron los obreros el decreto gubernamental ni la decisión sobre su constitucionalidad -¡que no llegó del Tribunal de Garantías

Constitucionales recién el 6 de septiembre!- para reintegrar a sus puestos de trabajo a los despedidos de la insurrección de octubre, en cada taller y fábrica los obreros impusieron la readmisión de los despedidos. El ajuste de cuentas de responsabilidades por los excesos de octubre se realizó por el “método plebeyo” de la movilización obrera y campesina. Los diputados estalinistas y socialistas del ala derecha enronquecieron suplicando a los obreros que dejaran todo esto en las manos del gobierno del Frente Popular. ¡Pero los obreros sabían lo que debían de hacer!

Al odiado clero, soberano durante el bienio negro, los campesinos oprimidos los trataron de la forma ya tradicional. Sobre todo después de quedar claro que el gobierno no tocaría al clero, las masas tomaron el asunto en sus manos. No sólo se quemaron iglesias, sino que se obligó a los sacerdotes a marcharse de los pueblos, amenazándoles de muerte si volvían. Aparte de la abyecta lealtad al régimen, los estalinistas denigraron la lucha contra el clero: “¡Recordad que quemar monasterios e iglesias ayuda a la contrarrevolución!” (*INPRECORR*, 1.º de agosto, pág. 928). No se les escuchó más que a Azaña. En la provincia de Valencia, donde los obreros han aplastado actualmente, con tanta decisión, la contrarrevolución, casi no había ninguna iglesia funcionando.

Las acciones de masas comenzaron con toda su fuerza después que una serie de hechos revelaron el comienzo de un acercamiento entre republicanos y reaccionarios. Casi todos los derechistas votaron a Martínez Barrios como presidente de las Cortes. En marzo, Azaña prorrogó la censura de prensa y el estado de excepción decretado por el anterior gobierno reaccionario. El 4 de abril, ocho días antes de que se celebrasen las elecciones municipales, las primeras desde 1931, Azaña las retrasó indefinidamente, satisfaciendo una exigencia de los reaccionarios. El día antes, Azaña, en un discurso, prometió a los reaccionarios que no se saldría de los límites establecidos en el programa del Frente Popular y que impediría las huelgas y la ocupación de tierras. El discurso fue recibido por la prensa reaccionaria con una alegría delirante. Calvo Sotelo, el monárquico, declaró: “Se expresó como un verdadero conservador. Su declaración de respeto a la ley y a la Constitución deberían impresionar favorablemente a la opinión pública.” El portavoz de la organización de Gil-Robles declaró: “Apoyo el 90 por 100 del discurso.” El 15 de abril, cuando se desarrollaban muchas huelgas económicas, los derechistas exigieron que se pusiera fin al “estado de anarquía”. “Los alborotadores y agitadores serán exterminados”, prometió el ministro Salvador en nombre del gobierno. El mismo día, Azaña atacó duramente al proletariado: “El gobierno revisará todo el sistema de defensa para terminar con el reino de la violencia.” “El comunismo significaría la muerte de España.” El portavoz

de los terratenientes catalanes, Ventosa, declaró, alabándole: “Azaña es el único hombre capaz de ofrecer al país seguridad y defensa de todos los derechos legales.” En el mismo día, envalentonados los fascistas y los oficiales de la Guardia Civil, dispararon en una calle obrera de Madrid.

Esta era la atmósfera en el gobierno cuando el 17 de abril la CNT declaró huelga general en Madrid para protestar contra el ataque fascista. La UGT no había sido invitada a unirse a la huelga y al principio la denunció, igual que los estalinistas. Pero los trabajadores salieron de los talleres, de las fábricas y de los servicios públicos no porque hubiesen cambiado de filiación, sino porque querían luchar y sólo los anarquistas los llamaban a la lucha. Mientras toda la vida comercial de Madrid comenzaba a paralizarse, los estalinistas aún declaraban: “Quizá se participe más adelante. La decisión presente es apoyar al gobierno de Azaña mientras realice acciones efectivas contra los reaccionarios” (*Daily Worker*, 18 de abril). Esa tarde, cuando a pesar de ellos la huelga había sido un gran triunfo, la UGT y los estalinistas la apoyaron tardíamente antes de que finalizara.

La burguesía se dio cuenta que la huelga general del 17 de abril y la ola de huelgas económicas que inspiró se transformarían en una ofensiva proletaria contra el capitalismo y su agencia, el gobierno. ¿Cómo parar esta ofensiva) El ejército propuso aplastarla a la fuerza. Pero entre los reaccionarios había dudas sobre si en ese momento era posible; Azaña tenía una solución mejor: que los líderes obreros impidiesen las huelgas. Introducido en mayo como nuevo presidente de la república, al sonido de la *Internacional* cantada con los puños cerrados por los diputados socialistas y estalinistas que lo habían elegido (los reaccionarios no habían presentado candidato), Azaña llamó a Prieto para hacer un gobierno de coalición.

Prieto estaba más que dispuesto a ser primer ministro. Pero el rumor produjo tal oposición en el Partido Socialista que no se atrevió a aceptar. Caballero previno a Prieto que no debía entrar sin el consentimiento del Partido; y detrás de Caballero y a su izquierda estaba la mayoría del Partido y de la UGT.

El núcleo madrileño, el más fuerte de las organizaciones del Partido, había aprobado un nuevo programa en abril, e iba a presentarlo para su aprobación en la convención nacional de junio. El programa declaraba que la burguesía no podía llevar a cabo las tareas democráticas de la revolución, que, sobre todo, era incapaz de solucionar la cuestión agraria y que, por tanto, la revolución proletaria era una cuestión actual. El programa estaba debilitado por grandes errores sobre todo el no comprender el papel de los *soviets*. Pero indicaba una profunda ruptura con el reformismo.

Lógicamente, este programa, aceptado por Caballero, debería haber sido acompañado por una ruptura decisiva con la política del Frente Popular. La lógica, sin embargo, raras veces guía a los centristas. Declarando que el gobierno “todavía no había agotado completamente sus posibilidades” y que la unidad de los sindicatos y la fusión de los partidos marxistas debe preceder a la revolución, Caballero continuó dirigiendo a los diputados socialistas por la vía de criticar al gobierno, pero apoyarle en cada problema crucial. Sin embargo, a pesar de sus tremendos ágapes de oratoria con los estalinistas, el órgano que controlaba la izquierda socialista, *Claridad*, continuó ofreciendo un contraste diario con los órganos del Partido Comunista y de la derecha socialista. *Claridad* planteó el carácter fraudulento del programa agrario; demostró cómo los proyectos de riego favoritos de Prieto enriquecían a los terratenientes mientras los campesinos permanecían en su pobreza, y hasta publicó artículos donde se llamaba a los campesinos a ocupar las grandes fincas, ¡Simultáneamente los estalinistas y la derecha socialista elogiaban la reforma agraria del gobierno de Quiroga! Aunque Caballero finalmente había apoyado a Azaña para presidente, *Claridad* publicó los artículos de Javier Bueno que denunciaban a Azaña como el candidato de la derecha. Los elementos revolucionarios entre la izquierda socialista eran tan fuertes que se expresaban a pesar de Caballero.

Caballero no se atrevía a romper con los partidos revolucionarios por el asunto de la entrada de Prieto en el gobierno. Tampoco quería someter esta cuestión a la convención nacional para que decidiera. Entonces tuvo lugar una extraordinaria campaña de presión para que el Partido permitiese a Prieto ser primer ministro. Casi todo el mundo no perteneciente al Partido Socialista quería que Prieto se integrase al gobierno. La prensa republicana pedía que se solucionara el conflicto dentro del Partido con la entrada de Prieto. El partido de Martínez Barrios, Unión Republicana, que representaba a la mayoría de la burguesía industrial desde que los radicales de Lerroux habían desaparecido, declaró que quería un primer ministro socialista y que éste debía ser Prieto. Miguel Maura, que representaba a los industriales y terratenientes de extrema derecha, abogaba por un régimen autoritario que disolviera las Cortes, llevado a cabo “por todos los republicanos y aquellos socialistas no contaminados por la locura revolucionaria”. El gobierno catalán y sus aliados, incluidos los estalinistas, apoyaban la entrada de los socialistas.

Los estalinistas perseguían que su apoyo a esta demanda reaccionaria tuviese una connotación muy radical. “Si el gobierno continúa por este camino (el falso camino de 1931) trabajaremos no para romper el Frente Popular, sino para fortalecerlo e impulsarlo a la solución de un tipo de gobierno revolucionario popular, que realizará aquellas cosas que

este gobierno no ha comprendido o no ha querido comprender” (*Mundo Obrero*, 6 de julio). ¡Pero lo único que faltaba para hacer que este gobierno fuera completamente idéntico al de 1931 era incluir en él rehenes proletarios!

Hasta el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) se unió al coro. Formado por una fusión de los llamados trotskistas con el Bloque Obrero y Campesino, un grupo catalán seminacionalista había firmado el pacto del Frente Popular, había declarado su “independencia” de este pacto y atacado el concepto de Frente Popular sólo para volver a apoyar al Frente Popular en las elecciones municipales y de nuevo declarar su independencia cuando Azaña las prorrogó. Para justificar su negativa a entrar en el Partido Socialista, como proponía Trotsky, y de este modo unir sus fuerzas -sólo unos miles, de acuerdo a sus propias estimaciones- al ala izquierda, se negó a admitir el profundo significado del desarrollo de esta ala izquierda. Efectivamente, en *La Batalla* del 22 de mayo negó que hubiese diferencia real entre el ala derecha e izquierda dentro del socialismo. Esta errónea estimación llevó a tácticas deplorables: el POUM demandó “un auténtico gobierno del Frente Popular, con la participación directa (ministerial) de los partidos Comunista y Socialista”, como medio de “completar la experiencia democrática de las masas” y acelerar la revolución, al mismo tiempo que la izquierda socialista se enfrentaba al ala derecha por este problema.

Esta presión universal no quebrantó la decisión de la izquierda socialista. Entonces Prieto intentó medidas desesperadas. El Comité Ejecutivo Nacional, controlado por él, aplazó la convención de junio a octubre; prohibió *Claridad* y le quitó los fondos del Partido; dio instrucciones a los comités provinciales para “reorganizar” los sectores disidentes y celebró unas elecciones de farsa para cubrir vacantes en el ejecutivo, sin contar los votos del ala izquierda. Esta condenó dichas acciones y declaró que Prieto había perdido la confianza del Partido.

A pesar de las maniobras de Prieto, estaba claro que la base apoyaba al ala izquierda. Caballero había sido reelegido secretario de la UGT por una abrumadora mayoría. Y detrás de Caballero estaban elementos más decididos. Javier Bueno, líder de la insurrección de Asturias, exigía en grandes mítines no sólo el final de la política de Prieto, sino también el de la de Caballero. Sectores importantes del Partido se negaron a apoyar la lista del Frente Popular para las elecciones presidenciales y habían presentado listas socialistas. Mientras que la política que Caballero trazaba para la UGT a nivel nacional era poco mejor que la de los estalinistas, otros líderes, a nivel local o laboral, se unían a la CNT para realizar huelgas poderosas que lograban su objetivo. Comités permanentes unían a los dos sindicatos en

puertos, barcos y ferrocarriles; de esta forma los obreros portuarios y de astilleros ganaron huelgas nacionales; y los ferroviarios acababan de votar una huelga nacional cuando se produjo el alzamiento. Los atrasados elementos campesinos del Partido Socialista tenían suficiente erudición como para saber lo que querían. Dos días después que Vidarte, secretario de Prieto, había negado indignado el rumor difundido por la United Press de que el campesinado socialista de Badajoz estaba ocupando la tierra, 25.000 familias campesinas, dirigidas por los socialistas, ocuparon las fincas grandes. Lo mismo pasó en otras partes. Prieto intentó encubrir el significado revolucionario de la ocupación, logró que el Instituto de Reforma Agraria enviara ingenieros y legalizara la ocupación, esto sólo sirvió para alentar a la izquierda socialista a repetir el proceso. Los combativos mineros de Asturias, que habían sido el gran apoyo de Prieto, comenzaron huelgas políticas contra el gobierno; 30.000 pararon el 13 de junio, exigiendo la destitución de los ministros de Trabajo y de Agricultura (jeste último, Funes, amado por los estalinistas!) y el 19 de junio cumplieron su amenaza de llevar al paro a los 90.000 mineros. El gobierno se las arregló para que regresaran al trabajo el 23 de junio, pero el 6 de julio los mineros y los obreros de Oviedo amenazaron con una huelga general, en protesta por la destitución por el gobierno del gobernador de Asturias, Bosque (Calvo Sotelo, jefe de la reacción, había recibido un telegrama insultante del gobernador proobrero e insistió, con éxito, para que lo destituyeran). Los mineros repitieron su exigencia el 15 de julio y hubiesen ido a la huelga si no se hubiera producido el alzamiento. Ante estos claros indicios del temperamento revolucionario del proletariado socialista, Prieto no se arriesgó a entrar en el gobierno.

Mientras tanto, la oleada de huelgas alcanzó las proporciones de una crisis revolucionaria. Sólo podemos indicar su magnitud en términos generales. Durante estos cinco meses tuvo lugar, en todas las ciudades de cierta importancia, al menos una huelga general. El 10 de junio había casi un millón de huelguistas, medio millón el 20 de junio, un millón el 24 de junio, más de un millón los primeros días de julio. Las huelgas eran realizadas tanto por los obreros de la ciudad como por los del campo; estos últimos rompieron los límites de lucha tradicionales de la ciudad, sosteniendo, por ejemplo, una huelga de cinco meses en toda la provincia de Málaga que involucraba a 125.000 familias campesinas.

El Socialista denunció la oleada de huelgas: “El sistema es genuinamente anarquista y provoca la irritación de los derechistas.” *Mundo Obrero* señalaba a los obreros que las luchas los enfrentaban al gobierno del Frente Popular. Ese gobierno y sus gobernadores provinciales lanzaron a la Guardia Civil contra los huelguistas en un intento desesperado de

detener la ofensiva. Medidas particularmente desesperadas se tomaron contra la CNT; Companys llenó las cárceles de Barcelona con anarquistas. En Madrid cerraron sus sedes y 180 anarquistas fueron detenidos en una redada el 31 de mayo. El 4 de junio, el ministro Augusto García anunció que “si los sindicalistas persisten en desobedecer las órdenes del ministro del Trabajo, el gobierno se propone ilegalizar al sindicalismo”. El 19 de junio el gobierno cerró de nuevo las sedes de la CNT. ¡Pero no estábamos en 1931, cuando el mismo Caballero dirigió el ataque a la CNT! La UGT se solidarizó con los compañeros anarcosindicalistas y el gobierno tuvo que retroceder.

También se desarrollaron huelgas políticas contra el gobierno. El 8 de junio se convocó una huelga general en Lérida para presionar al gobierno a que cumpliera su promesa de mantener a los parados. Los mineros de Murcia se manifestaron el 24 de junio protestando porque el gobierno no había cumplido su promesa de mejorar las condiciones de trabajo. El 2 de julio, la Federación de Obreros Agrícolas de Andalucía exigió al gobierno fondos para paliar la pérdida de las cosechas. Ya hemos mencionado las huelgas políticas asturianas. El 8 de julio, los estudiantes de los colegios católicos de Barcelona hicieron huelga exigiendo la sustitución de los sacerdotes por profesores idóneos. El 14 de julio, los obreros se manifestaron en Madrid llevando fotografías ampliadas de un baile oficial que se había celebrado en la embajada de Brasil, bajo el título: “Los ministros republicanos se divierten mientras que los obreros mueren.” Estos son ejemplos de decisiones políticas tomadas por las masas. ¡Podemos estar seguros que no eran conducidas por los partidarios del Frente Popular!

Ni las acusaciones de *El Socialista* de que *Claridad* recibió dinero de un banco de católicos reaccionarios, ni las sucias calumnias de *Mundo Obrero* de que la CNT estaba aliada con grupos fascistas, ni las medidas represivas del gobierno, pudieron impedir el desarrollo revolucionario de la izquierda socialista, la creciente unidad entre la CNT y la UGT y la ola de huelgas.

La política del Frente Popular de permitir a los fascistas organizarse y armarse encontró resistencia en el proletariado militante. El rogar al gobierno que parase a los fascistas se les dejó a *El Socialista* y a *Mundo Obrero*. Los obreros revolucionarios se enfrentaron a los fascistas en la calle. Entre febrero y el alzamiento de julio estas luchas callejeras dejaron como saldo dos muertos y seis heridos *por día*. Era, verdaderamente, la guerra civil; los fascistas sufrieron las mayores bajas. Los golpes de muerte a la moral de los grupos fascistas prepararon, también, para el liderazgo en el 18 de julio, a miles de militantes.

Finalmente, las mejoras en salario y horario conseguidas en las huelgas, que no fueron seguidas por un aumento en la producción (la crisis mundial despojó de este posible aumento a la industria española), tuvieron como consecuencia el aumento de los precios; a principios de julio la prensa madrileña estimaba que la subida había sido del 20 por 100 en un mes. Los trabajadores se sintieron engañados y se prepararon para realizar huelgas más decisivas para lograr todas sus exigencias. ¡Un paso idéntico está ocurriendo actualmente, mediados de septiembre, en Francia! La reacción, es decir, el capitalismo español, había depositado por un tiempo sus esperanzas en Azaña. Cuando éste demostró ser impotente para contener a los obreros, sus esperanzas se trasladaron a Prieto, pero la izquierda socialista impidió esta solución. No había esperanza entonces de repetir lo ocurrido en 1931-1933 y una vuelta pacífica de la reacción. La derecha socialista y los estalinistas no podían impedir la evolución revolucionaria del proletariado español. Armados y preparados para lo peor, los contrarrevolucionarios no se atrevieron a esperar que la ola revolucionaria los aplastara. Contando con el 90 por 100 del Cuerpo de Oficiales, la Legión Extranjera, las tropas moras y la mayoría de las 50 guarniciones de provincias, el capitalismo español se sublevó contra su inminente destrucción.

VII. Contrarrevolución y doble poder

1. *La traición del gobierno del Frente Popular*

Las respuestas de Azaña y del gobierno del Frente Popular a la contrarrevolución fue intentar llegar a un arreglo.

Los estalinistas comprometidos sin remedio por su política de Frentes Populares intentaron explicar esta traición inventando una distinción entre republicanos “débiles” como Martínez Barrios y “fuertes” como Azaña. La verdad es que Azaña dirigió la tentativa de llegar a un compromiso con los generales fascistas y que todos los grupos republicanos estaban implicados en esta maniobra.

Estos son los hechos indiscutibles, recogidos de *El Socialista* y de *Claridad*.

En la mañana del 17 de julio el general Franco, habiendo ocupado Marruecos, radió su manifiesto a las guarniciones. Recibido en una estación de la Marina cercana a Madrid, por un operador leal, fue comunicado inmediatamente al Ministerio de Marina. Pero el gobierno no divulgó las noticias hasta las nueve de la mañana del día 18; y entonces sólo emitió una nota tranquilizadora en que se decía que España estaba completamente bajo el control del gobierno. Más tarde fueron emitidas otras dos notas gubernamentales; la última

a las 15,15 horas, cuando el gobierno ya tenía información completa y precisa del alcance del alzamiento e incluso de la ocupación de Sevilla. Sin embargo, esa nota final decía:

“El gobierno habla de nuevo para confirmar la absoluta tranquilidad de toda la Península.

El gobierno reconoce los ofrecimientos de ayuda que ha recibido (de las organizaciones obreras) y aunque los agradece, declara que la mejor ayuda que se puede dar al gobierno es garantizar la normalidad de la vida cotidiana, para dar un alto ejemplo de serenidad y confianza en los medios de fuerza militar del estado.

Gracias a las medidas de previsión aprobadas por las autoridades, puede considerarse que ha sido disuelto un amplio movimiento de agresión contra la república; no ha encontrado apoyo en la Península y sólo ha logrado partidarios en un sector del ejército de Marruecos...

Estas medidas, junto con las órdenes habituales a las fuerzas en Marruecos que se esfuerzan en vencer el alzamiento, nos permiten afirmar que la acción del gobierno será suficiente para restablecer la normalidad” (*Claridad*, 18 de julio).

Habiéndose negado, de esta forma, a armar a los obreros y justificando su traidora negativa con esta nota increíblemente deshonesto, el gobierno de Azaña se dedicó a conferenciar toda una noche. Azaña hizo dimitir al gobierno de Quiroga, de su propio partido, Izquierda Republicana, y nombró primer ministro al antiguo lugarteniente de Lerroux, Martínez Barrios, cabeza del partido Unión Republicana. Barrios y Azaña formaron un gobierno “respetable” con hombres de Barrios y republicanos de derecha que no pertenecían al Frente-Popular. Este gobierno también se comprometió a negar las armas a los obreros,

Más que armar a los obreros -¡sus aliados en el Frente Popular, que los habían colocado en el poder!-, Azaña y los republicanos se estaban preparando para firmar la paz con los fascistas, sacrificando a los obreros. Si Azaña hubiese llevado a cabo este plan los fascistas habrían conquistado España.

Pero en las mismas horas en que los ministros se apiñaban en el palacio presidencial, el proletariado ya se estaba movilizándose. En Madrid, las milicias de la Juventud Socialista distribuían su exiguo depósito de armas; levantaban barricadas en las calles clave y alrededor del Cuartel de la Montaña; organizaban patrullas para detener a los reaccionarios casa por casa; a medianoche habían lanzado el primer ataque al cuartel. En Barcelona,

recordando la traición de octubre de 1934 de este mismo presidente de Cataluña, Companys, los militantes de la CNT y del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) habían tomado por asalto varios depósitos de armas del gobierno en la tarde del 18. Cuando la guarnición se sublevó, a la una de la mañana siguiente, los obreros armados habían rodeado a las tropas en un círculo de hierro, armando reclutas entusiastas con equipo requisado a los fascistas y con todo lo que pudo ser confiscado de los almacenes del Ministerio. Más tarde la milicia se apoderó de todos los arsenales. Los mineros asturianos armaron una columna de 6.000 hombres para marchar sobre Madrid antes de que la crisis ministerial se resolviera del todo. En Málaga, puerto estratégico frente a Marruecos, los ingeniosos obreros, desarmados, habían rodeado la guarnición reaccionaria con un cerco de casas ardiendo con gasolina y barricadas. En Valencia, los obreros, que no obtuvieron armas del gobernador, se prepararon a enfrentarse a las tropas con barricadas, piedras y cuchillos de cocina; hasta que sus compañeros dentro de la guarnición fusilaron a los oficiales y entregaron las armas a los obreros. En una palabra, sin ni siquiera pedir permiso al gobierno, el proletariado había comenzado una guerra a muerte contra los fascistas. Companys y Azaña encontraron ante sí a los primeros regimientos del ejército rojo del proletariado español.

El plan de Azaña y Barrios de negociar con los generales fascistas fracasó porque los obreros lo impidieron. ¡Y por ninguna otra razón! Sólo gracias a su total desconfianza del gobierno las masas pudieron impedir la traición. Movilización independiente, bajo *sus* banderas, sólo esto impidió la victoria del fascismo.

De esta forma, junto al poder formal que todavía ejercía el gobierno, surgió un poder “no oficial”, pero mucho más profundo: el del proletariado armado, el “doble poder”, como Lenin lo llamaba. Un poder, el de Azaña y Companys, era ya demasiado débil para desafiar la existencia del otro. A su vez, el otro poder, el del proletariado armado, todavía no era bastante fuerte, bastante consciente de su importancia como para prescindir de la existencia del otro. El fenómeno del “doble poder” ha acompañado todas las revoluciones proletarias; significa que la lucha de clases está apunto de alcanzar el momento donde uno de los dos contrincantes debe volverse el dueño indiscutido. Es el equilibrio crítico de alternativas sobre el filo de una navaja; un largo período de equilibrio es imposible, ¡uno u otro pronto triunfará!

Aniquilar la contrarrevolución volverá infinitamente más probable el establecimiento de un gobierno de obreros y campesinos. A la burguesía no le interesa, entonces, una victoria sobre los generales fascistas: los verdaderos intereses del capitalismo español

consisten en una victoria de la contrarrevolución o, lo que es lo mismo, en un compromiso con ella. Esta es la razón de que el gobierno del Frente Popular actuase de forma tan traicionera en los primeros días de la contrarrevolución y de que continuase actuando así. Rodeados por obreros armados, los republicanos no se atrevieron a pasarse abiertamente al enemigo, pero su política en el frente y en la retaguardia permitió éxito tras éxito a la contrarrevolución. Este era el sentido evidente del cambio del gobierno después de la caída de Irún. Estaba bastante claro en las declaraciones a la prensa de un portavoz del gobierno de Caballero, quien “subrayó que la toma de posesión de Largo Caballero del cargo de primer ministro, la semana pasada, ha provocado una mejora en la moral de las milicias”.

“Ellos saben que ahora, son dirigidos de forma inteligente. Saben que si mueren no será por culpa de órdenes irresolutas y fortuitas como las que caracterizaron a la última administración.

Ahora tomaremos la ofensiva y atacaremos a los rebeldes en sus puntos débiles, en vez de como antes, atacarlos donde son fuertes y capaces de rechazarnos” (*New York Times*, 7 de septiembre).

Si así condenan al gobierno de Azaña-Giral los que aún tendrán que explicar al proletariado por qué permitieron que un gobierno así dirigiese la lucha de las siete primeras semanas, toda la verdad debe ser muchísimo peor.

La justificación aparente del Frente Popular es que este gobierno aseguró la ayuda de los republicanos contra el fascismo contrarrevolucionario. El Frente Popular, sin embargo, cumplió la función opuesta: impidió que el proletariado arrancase a los políticos republicanos la pequeña burguesa, la cual en todas las revoluciones victoriosas se une al proletariado cuando ve que lucha de forma decidida por una vida nueva y rica bajo un nuevo orden social. El Frente Popular subordinó a la pequeña burguesía y a las masas proletarias al liderazgo traidor de los políticos burgueses. Sólo el doble poder del proletariado ha impedido, por ahora, la victoria de la reacción.

2. *El doble poder en Cataluña*

Precisamente en Cataluña, donde el Frente Popular era más débil, el doble poder se ha desarrollado con más decisión y ha transformado las cuatro provincias catalanas en la fortaleza más inexpugnable de la guerra civil.

La CNT y la FAI (Federación Anarquista Ibérica), que dirigen la mayoría del proletariado catalán y gran parte del campesinado, nunca formó parte del Frente Popular. El POUM, después de muchas vacilaciones, rompió finalmente con el Frente Popular; realizó un giro repentino hacia la izquierda y con extraordinaria rapidez se transformó en un partido de masas en Cataluña en dos meses de guerra civil. Los únicos partidarios proletarios del Frente Popular en Cataluña son la UGT, mucho más débil aquí que la CNT, y la organización estalinista: el llamado Partido Socialista Unificado. Lejos de debilitar su capacidad de lucha, como declaraban los apologistas del Frente Popular, esta relativa libertad de vínculos con la burguesía permitió que las masas catalanas derrotasen la contrarrevolución en Cataluña y acudiesen en ayuda del resto de España. ¡De aquí puede extraerse una profunda lección para aquellos que todavía creen en el Frente Popular!

El proletariado catalán entiende que en la guerra civil debe lucharse con *métodos revolucionarios* y no bajo los *slogans* de la democracia burguesa; que en una guerra civil no se debe combatir sólo con métodos militares, sino también con *métodos políticos*, que integrando a las masas en acción, pueden hasta arrebatar al ejército a los oficiales reaccionarios. El proletariado dirige la lucha en el frente y en la retaguardia no a través de las agencias del gobierno, sino a través de los órganos por las organizaciones proletarias.

El Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña dirige la lucha. Los anarquistas tienen tres representantes por la CNT y dos por la FAI, A la UGT se le dieron tres, aunque tenga menor número de partidarios, para fomentar organizaciones semejantes por otras partes. El POUM tiene uno y los estalinistas uno. Los partidos burgueses de izquierda tienen cuatro, haciendo un total de 15. Actualmente, el Comité Central está dominado por la CNT, la FAI y el POUM.

Estos últimos tienen un programa tan radicalmente diferente al que se propugna en Madrid, que la UGT y los estalinistas son arrastrados sólo porque temen quedarse apartados, y la burguesía de izquierdas porque está a merced del proletariado armado. Este programa es idéntico al que propusieron los bolcheviques, en agosto de 1917, en la lucha con la contrarrevolución de Kornilov.

Control obrero de la producción, despertando el máximo de iniciativa y de entusiasmo del proletariado. Movilización de las masas armadas, independientemente del control gubernamental. Vigilar al gobierno para evitar la traición y no renunciar, ni por un momento, a hacerle fuertes críticas, e integrar al campesinado a la lucha con el único "slogan" que puede verificar al hambriento y retrógrado campo: ¡La tierra para el que la trabaja!

Al comenzar la contrarrevolución, la CNT ocupó todo el transporte, los servicios públicos y las grandes plantas industriales. El control democrático se asegura a través de la elección de comités de fábrica con representación proporcional. También se han establecido comités de este tipo para controlar la producción en talleres y fábricas que aún son propiedad privada. La dirección de la vida económica está en las manos del Consejo de Economía, que aunque todavía unido al viejo orden se encuentra obligado, al menos, a hablar de medidas socialistas. Tiene cinco miembros anarcosindicalistas, uno del POUM, uno de la UGT y uno del gobierno catalán. El 19 de agosto emitió su programa, que incluye: colectivización de las fincas rurales para que sean administradas por los sindicatos de jornaleros; colectivización de los servicios públicos, del transporte y de la gran industria; colectivización de los establecimientos abandonados por sus propietarios; control obrero de los bancos hasta que se nacionalicen; control obrero de los establecimientos que continúan bajo propiedad privada; integración de los parados a la agricultura y la industria colectivizada; electrificación de Cataluña; monopolio del comercio exterior para proteger el nuevo orden económico.

En medio de la guerra civil, los comités de fábrica están demostrando la superioridad de los métodos proletarios de producción. El comité de CNT-UGT que dirige a los ferrocarriles y al Metro informa que eliminando los altos salarios de los directores, los beneficios y el despilfarro, se han ahorrado decenas de miles de pesetas, se han subido los salarios de la mayoría de los obreros para crear igualdad en las pagas, se planifica extender las líneas, se bajarán las tarifas, los trenes son puntuales y pronto se introducirá la jornada de seis horas.

Las plantas metalúrgicas se han transformado y producen municiones; las fábricas de automóviles producen coches blindados y aviones. Los últimos partes demuestran que el gobierno de Madrid depende en gran parte de Cataluña para pertrecharse de estos importantes elementos. Una considerable parte de las fuerzas que protegen el frente de Madrid fueron enviadas por las milicias catalanas.

Pocos se dan cuenta de la campaña victoriosa realizada por las milicias catalanas en el frente Zaragoza-Huesca. En los planes de los generales fascistas, Zaragoza, sede de la Academia Militar y una de las guarniciones más grandes, tendría que haber sido para el este de España lo que Burgos había sido en el Oeste. Pero la rapidez con que el proletariado de Cataluña atacó las guarniciones catalanas y marchó hacia el Oeste, en dirección a Aragón, frustró los planes fascistas.

Las milicias catalanas marcharon sobre Aragón como un ejército de liberación social. Han logrado levantar a los campesinos, cosa que no fueron capaces de hacer las fuerzas madrileñas, y así han paralizado la movilización del ejército reaccionario. Al llegar a un pueblo, los comités milicianos patrocinan la elección de un comité antifascista del pueblo, a disposición del cual se ponen las grandes fincas, cosechas, provisiones, ganado, herramientas, tractores, etc., que pertenecen a los terratenientes y propietarios. El comité del pueblo organiza la producción sobre nuevas bases y crea una milicia del pueblo para llevar a cabo la socialización y luchar contra la reacción. Los reaccionarios son juzgados por la asamblea general del pueblo. Todos los títulos de propiedad, hipotecas y documentos de deudas encontrados en los archivos se arrojan al fuego. ¡Habiendo transformado así la vida del pueblo, las columnas catalanas pueden seguir avanzando con la seguridad de que cada pueblo queda convertido en una fortaleza de la revolución!

El gobierno catalán sigue existiendo, extiende decretos aprobando los pasos que toma el proletariado y pretende que dirige la lucha. El gobierno de Madrid se hace cómplice de esta pretensión: consulta a Companys, pero luego debe despachar todos los asuntos con la milicia y los comités de fábrica. Al final de julio Companys hizo un intento “hábil” para recuperar el poder, reorganizando el gobierno catalán: tres miembros del estalinista Partido Socialista Unificado entraron en el gobierno. Pero esta maniobra fracasó a los pocos días. Los anarcosindicalistas comunicaron a los estalinistas que consideraban su entrada en el gobierno como una ruptura en el bloque proletario y los estalinistas se vieron obligados a dimitir. La poca influencia que aún tiene el gobierno por su representación en el Consejo de Economía y en el Comité Central de las Milicias Antifascistas tenderá, sin duda, a desaparecer cuando estos órganos se amplíen al integrarse, como propone el POUM, los delegados elegidos por la milicia y las fábricas. El curso revolucionario seguido por el proletariado catalán y su consiguiente éxito en la producción y en el frente constituyen la condena más radical a la política del Frente Popular que aún se sigue en Madrid. ¡Sólo por el camino del proletariado catalán pueden las masas españolas vencer a la contrarrevolución!

3. *El régimen de Madrid*

Mientras los obreros catalanes tomaban el poder que había caído de las manos del gobierno, la derecha socialista y los estalinistas devolvían, diligentemente, el poder al gobierno de Madrid. Como resultado, la relación entre el gobierno y las organizaciones proletarias es casi la opuesta a la que prevalece en Cataluña.

Ya hemos visto la traición que implicaba la política del gobierno Azaña-Giral. ¡Sin embargo, a este gobierno le concedieron todo el poder la derecha socialista y los estalinistas!

No existe la más mínima diferencia entre el punto de vista de la burguesía y el de estos “líderes” obreros. Las milicias obreras deben limitar su lucha a defender la república, esto es, a mantener el capitalismo, a apoyar lealmente al gobierno burgués y a no soñar con el socialismo. El manifiesto socialista del 18 de agosto fue calurosamente elogiado por la prensa burguesa por una buena y única razón: ¡no incluye *ni una* exigencia social! Ni una palabra acerca de la ocupación de tierras, libertad para Marruecos, control obrero de la producción, ¡sólo lealtad abyecta a la burguesía! Pero esto no es todo. Los estalinistas no quieren un estado obrero ni aun después de vencida la contrarrevolución: “Es absolutamente falso que el actual movimiento obrero tenga por objeto establecer la dictadura del proletariado después que la revolución haya terminado”, declara el 10 de agosto el jefe estalinista Jesús Hernández. “No puede decirse que tengamos un motivo social para participar en la guerra. Nosotros los comunistas somos los primeros que repudiamos esta hipótesis. Nuestro motivo es exclusivamente el deseo de defender la república democrática.” La ocupación de propiedades es una medida meramente de defensa temporal, declaran los estalinistas españoles (*Daily Worker*, 18 de septiembre). Para darnos cuenta de lo ajenas que son al leninismo esas cobardes tonterías, debemos recordar las directrices de Lenin, en medio de la lucha contra Kornilov, condenando cualquier ayuda política al gobierno y su programa de luchar contra la contrarrevolución ocupando la tierra o estableciendo el control obrero de la producción. Habiendo reclutado a la mayoría de sus seguidores bajo los *slogans* del Frente Popular, desde febrero, el Partido Estalinista puede utilizarlos en la devoción a un régimen burgués; nunca un partido proletario ha sido culpable de una devoción tan vergonzosa.

La izquierda socialista distinguió su postura de la estalinista en un editorial titulado “La dialéctica de la guerra y la revolución”.

“Alguna gente dice: “Derrotemos primero al fascismo, terminemos la guerra victoriosamente, y luego tendremos tiempo para hablar de revolución y de hacerla si es necesario.” Aquellos que afirman esto no han contemplado con madurez el formidable proceso dialéctico que nos arrastra. La guerra y la revolución son una y la misma cosa. No se excluyen ni se estorban, sino que se apoyan y se complementan. La guerra necesita a la revolución para triunfar, de la misma manera que la revolución

ha requerido la guerra... Es la revolución en la retaguardia la que hará más segura y más inspirada la victoria en los campos de batalla” (*Claridad*, 22 de agosto).

Esta concepción correcta, grabada en la izquierda socialista por el ejemplo del proletariado catalán, es, sin embargo, distorsionada a continuación, de una forma típicamente centrista, por los redactores de *Claridad*: simplemente adjudicando al gobierno catalán los logros, llevados realmente a término por los obreros. El editorial finaliza:

“La clara visión histórica del gobierno catalán sólo merece alabanza. Ha decretado medidas gubernamentales que reflejan la íntima relación entre la guerra y la revolución. Expropiar y colectivizar al capital rebelde es la mejor forma de colaborar al triunfo, de extraer de la guerra las máximas conquistas sociales y de destruir el poder económico del enemigo... En este punto y en el de organizar los partidos y sindicatos alrededor del gobierno para hacer, simultáneamente, la guerra y la revolución, Cataluña es guía de Castilla y del resto de España.”

Cuando el gobierno de Azaña-Giral intentó crear un nuevo ejército, el programa estalinista reveló como nunca su carácter antiproletario. La burguesía reconocía que aunque las milicias obreras estaban subordinadas a las órdenes militares del Estado Mayor, la estructura interna de las mismas, organizadas en columnas separadas que correspondían a los distintos partidos y sindicatos proletarios bajo el mando de obreros elegidos, volvía imposible todo intento de asegurar un control efectivo de la burguesía sobre ellas. Por tanto, el gobierno llamó a filas a 10.000 soldados de reserva para establecer una fuerza separada bajo el control directo del gobierno. El manifiesto estalinista del 18 de agosto apoyó esta decisión contrarrevolucionaria. La postura estalinista estaba de acuerdo con su concepción de la milicia, que *Mundo Obrero* había declarado el 11 de agosto:

“No. Nada de milicias dirigidas por partidos y organizaciones. Ni nada de milicias de partidos o sindicatos. Son milicias que tienen su base fundamental en el Frente Popular, leales a la política del Frente Popular”.

“Algunos compañeros han querido ver en la creación del nuevo ejército voluntario una amenaza al papel de las milicias”, declaraba *Mundo Obrero* el 21 de agosto.

Los estalinistas negaban esta posibilidad:

“De lo que se trata es de complementar y reforzar las milicias para darles mayor eficacia y terminar la guerra rápidamente.”

Y terminaba su defensa de la propuesta gubernamental:

“Nuestra consigna, hoy como ayer, es la misma. Todo para el Frente Popular y todo a través del Frente Popular.”

Esta postura profundamente reaccionaria, fue analizada por *Claridad*. El órgano de la izquierda socialista examinó las razones que se daban para justificar la creación de un nuevo ejército. Demostraba que alegar que suministrarla fuerzas adicionales es falso, ya que “el número de hombres que están ahora incorporados en las milicias, o que están dispuestos a incorporarse, pueden ser considerado virtualmente ilimitado”. Alegar que los soldados en la reserva aportarían la experiencia militar que falta a las milicias, se rebate con el hecho de que esas reservas “que no han querido unirse a las fuerzas armadas hasta ahora, no estarán animadas por el mismo ardor combativo y político que llevó a los milicianos a enrolarse”.

Rebatidas las justificaciones del nuevo ejército, la izquierda socialista concluía claramente:

“Pensar en otro tipo de ejército para sustituir a los que realmente luchan y que, en cierta forma, controlan su propia acción revolucionaria, es pensar en términos contrarrevolucionarios. Esto es lo que Lenin dijo (*El Estado y la Revolución*): “Cada revolución, después de la destrucción del aparato de estado nos enseña cómo la clase dominante intenta restablecer cuerpos especiales de hombres armados a ‘su’ servicio y cómo la clase oprimida intenta crear una nueva organización capaz de servir a los explotados y no a los explotadores.”

Estamos seguros que esta idea contrarrevolucionaria, que sería tan impotente como es inepta, no ha pasado por la mente del gobierno, pero la clase obrera y la pequeña burguesía, que están salvando a la república con sus vidas, no deben olvidar las correctas palabras de Lenin, y deben cuidar que las masas y el liderazgo de las fuerzas armadas, que deberían ser ante todo el pueblo en armas, no se les escapen de las manos” (*Claridad*, 20 de agosto).

¡No aquellos que usurpan el prestigio de la Revolución rusa, sólo para traicionar sus principios al servicio de la burguesía, no los estalinistas, sino la vanguardia de la izquierda socialista enseña al proletariado español la concepción leninista de la naturaleza de clase del ejército!

Las diferentes concepciones sobre el carácter de la presente contienda se enfrentan también en otras cuestiones.

Los anarcosindicalistas, el POUM y la Juventud Socialista que reconocen, en diferentes grados, el papel traidor de la burguesía, exigen depurar todas las instituciones de elementos dudosos, e insisten en retener armas en la retaguardia, para defenderse si la burguesía traiciona. Los estalinistas, por otro lado, mantienen la misma “amplia” definición de antifascista de los republicanos y lanzan la consigna: “¡Ni un rifle ocioso en la retaguardia!” Tan amplia es su concepción de los antifascistas, que *Claridad* denunció (19 y 20 de agosto) que la Alianza de Escritores Antifascistas, controlada por los estalinistas, estaba acogiendo a contrarrevolucionarios. García Oliver, líder de la CNT, respondió correctamente en *Solidaridad Obrera* a la despreciable campaña de la burguesía y los estalinistas para desarmar la retaguardia, volviendo el asunto hábilmente contra ellos: “Deseamos que nuestros compañeros, haciéndose cargo de la situación, hagan un inventario del material de guerra que controlan y procedan a hacer un estudio *de lo que les es indispensable para asegurar la necesaria salvaguarda del orden revolucionario en la retaguardia*, enviando lo que no necesiten.”

Podemos resumir el carácter del régimen Azaña-Giral señalando un hecho fundamental: *continuó censurando la prensa de las organizaciones obreras cuyos miembros morían en el frente*. Hasta el abyecto *Mundo Obrero* aprendió lo que es un gobierno de Frente Popular: ¡su edición del 20 de agosto fue confiscada porque habían publicado una fotografía considerada inaceptable! *Claridad* que informa sobre esto último, recibe diariamente el estigma del censor. Los estalinistas, por supuesto, ocultaron fuera de España la existencia de esta situación intolerable y vergonzosa.

4. *El gobierno de Caballero*

No dudamos que la entrada de Caballero en el gobierno fue recibida con gran alegría por grandes sectores del proletariado. Caballero se había mantenido muy a la izquierda de los estalinistas y de Prieto; especialmente las milicias deben haber sentido que Caballero las libraba de los republicanos traidores.

No tenemos medios de saber cuánta de esta alegría se esfumó rápidamente cuando, hace unos pocos días, los “defensores” republicanos de San Sebastián, después de echar a los anarcosindicalistas, la entregaron intacta al enemigo; y cuando estos mismos republicanos, retirándose a las fortificaciones de Bilbao, organizaron a los 40.000 milicianos de tal modo que la mayoría del ejército enemigo del general Mola ha sido enviado a los frentes de Madrid y Zaragoza. El frente norte ha sido traicionado y esto ha sucedido desde que Caballero se hizo cargo del gobierno.

¿Cuál es el programa de Caballero? No ha dicho ni una palabra. ¿Es su programa uno “mínimo”, es decir, un programa burgués, satisfactorio para los cinco miembros burgueses de su gobierno? ¿Es el programa de Prieto y los estalinistas, que es el programa de la burguesía? ¿Cuál es la diferencia fundamental entre el gobierno de Caballero y el de su predecesor? ¿Acaso que Caballero es más sincero? Pero, como dijo Lenin, de una vez para siempre, no se ha inventado aún el “sincerómetro”. Lo fundamental es el programa. Si el programa de Caballero no difiere del de su predecesor, su dirección de la lucha tampoco será distinta.

El proletariado español deberá emprender el camino por el que ha comenzado a marchar el proletariado catalán. ¡No hay otro camino para alcanzar la victoria!

¿Quiénes son los soldados de tropa de los ejércitos de Franco y por qué hay tan pocas deserciones entre sus filas?

Son, en su mayor parte, hijos de campesinos que cumplen el Servicio Militar de dos años. Si se gana a sus familias para la causa del proletariado, pueden ser ganados ellos también, inducidos a desertar y a disparar contra sus oficiales. ¿Cómo? Ayudándoles a ocupar la tierra. Este *slogan* debía haberse lanzado después de la victoria del 16 de febrero; cosa que no se hizo, lo cual explica la victoria de los fascistas en las provincias del Sur, incluida una plaza fuerte de los estalinistas: Sevilla. “¿Te ha dado de comer la república?” El resultado de esto ha sido una acentuada pasividad entre los campesinos. Dentro de los territorios que controlan, los obreros deben ayudar a los campesinos a ocupar y distribuir las grandes fincas. Este hecho, que transforma el mundo del campesino, será irradiado por

10.000 cauces a las provincias en manos de los fascistas...; aparecerán los campesinos antifascistas y el ejército de Franco se desplomará.

El que las organizaciones no luchasen por dar tierra a los campesinos ha provocado la muerte de miles de obreros. Miles más han muerto porque sus organizaciones no lanzaron la consigna de “Libertad para las colonias españolas”. Esta consigna, incluso actualmente, y una activa campaña de propaganda en Marruecos, desintegrarían mejor que las balas las legiones moras de Franco.

Cataluña ha demostrado que el proletariado, una vez que controla las fábricas, acomete tareas prodigiosas en la producción. Empero los comités obreros de Madrid que, en un primer momento, se encargaron de los servicios públicos y de muchas fábricas grandes, fueron subordinados después a la administración burocrática del gobierno. Esta constricción no ha mejorado porque actualmente haya una delegación socialista en el gobierno. Hasta que los obreros no se adueñen de las fábricas, éstas no serán plazas fuertes de la revolución.

Sobre todo es intolerable que los obreros, que son los que mueren y están abrumados de tareas, no tengan voz en la dirección de la lucha. Caballero ha anunciado la reapertura de las Cortes el 1 de octubre. ¡Esto es una broma cruel! ¡Esas Cortes reflejan el sentimiento del pueblo en la misma medida que el siglo XIX se parece al XX! Ha pasado mucho tiempo, políticamente hablando, desde que la burguesía republicana logró la mayoría el 16 de febrero por los votos obreros. La única voz auténtica del pueblo sería hoy día el Congreso Nacional de Delegados elegidos por las milicias que están luchando, los obreros que producen y se encargan del transporte y los campesinos que abastecen de alimentos. Sólo a un *soviet* emanado de los comités de las fábricas, de las milicias y de los pueblos le compete hablar actualmente en nombre de España.

Todas estas necesidades básicas de la revolución pueden llevarse a cabo sólo contra la voluntad de la república burguesa. Esto implica rebasar al Frente Popular. Tal “ruptura” significará una “pérdida” sólo para los políticos republicanos traidores y los grandes capitalistas; sectores mayoritarios de la pequeña burguesía se sumarán al nuevo orden social como ocurrió en la Revolución rusa.

Los compañeros de Caballero en el gobierno, los estalinistas, han dejado clara su firme oposición al programa revolucionario: “La consigna hoy es, todo el poder y la autoridad al gobierno del Frente Popular” (*Daily Worker*, 11 de septiembre). Esta consigna quiere decir exactamente lo que dice. La consigna de Lenin “Todo el poder a los *soviets*” significaba *nada* de poder al gobierno de coalición. La consigna estalinista significa *nada* de

poder a los incipientes *soviets*: los comités de fábrica, de milicia y de los pueblos, Así como el estalinismo sacrificó la Revolución alemana por mantener el *statu quo* europeo, así ahora intenta sacrificar la revolución española para mantener la alianza franco-soviética. El estalinismo no planteará la consigna de “Libertad para Marruecos” porque entorpecería la política colonial francesa. El estalinismo no pasará del Frente Popular a la revolución española porque esto pondría inmediatamente la revolución a la orden del día en Francia, y el estalinismo, impregnado como toda burocracia de una cínica falta de fe en las masas, prefiere un fuerte aliado burgués en Francia a la posibilidad de una Francia soviética. La esencia de la política estalinista es: “El socialismo en un solo país y en ningún otro país.” Los estalinistas se han convertido abiertamente en descarados enemigos de la revolución proletaria. Afortunadamente para el proletariado mundial, el estalinismo en España no controla las fuerzas que controló y sujetó en Alemania; precisamente porque el proletariado español ha aprendido las lecciones de Alemania.

Se dispone de grandes fuerzas para la victoria proletaria. Al calor de la guerra civil se unificarán en un único partido revolucionario. La contradicción entre la tradicional teoría apolítica del anarcosindicalismo y su presente práctica político-revolucionaria hará pedazos su forma sindical de organización.

Miles y miles de cenetistas ya se han pasado al POUM. Esta organización, que tiene en sus cuadros a los elementos revolucionarios más experimentados del país, se ha apartado considerablemente de su línea centrista³, pero sus fuerzas principales se limitan a Cataluña y Valencia. Podemos estar seguros que los cuadros más importantes del resto de España, los revolucionarios entre los socialistas de izquierda, que se han ido impacientando por las vacilaciones de Caballero, se integrarán a la corriente revolucionaria. Los mejores elementos entre los cuadros inexpertos de la organización estalinista también integrarán el nuevo partido revolucionario. La revolución, como siempre, tendrá un liderazgo más amplio que el de un partido; pero las tareas gigantescas que planteará llevarán a la unificación de las corrientes revolucionarias de todos los partidos.

³ La importancia de este giro puede medirse si se compara su política con la de su “organización internacional”, el Comité Internacional de Socialistas Revolucionarios (SAP de Alemania, ILP de Inglaterra), cuyo manifiesto al proletariado español no contiene ni una palabra de crítica al Frente Popular. ¡Esta primera y “cauta” palabra de este pretendiente al título de centro revolucionario tiene fecha de 17 de agosto!

Claridad ha venido publicando extractos, “Textos refundidos”, de unas pocas líneas y variando cada día, de la *Historia de la Revolución rusa*, de Trotsky. La elección de Trotsky no es accidental. Refleja una preocupación central de los revolucionarios españoles: el problema de la revolución europea. Atrasados tecnológicamente y con el peligro de una intervención militar de Hitler y Mussolini, los revolucionarios españoles se han dado sutilmente cuenta de la relación inextricable entre su revolución y la de Europa, especialmente Francia. Por esta razón recurren a Trotsky, la autoridad del internacionalismo revolucionario.

El 30 de julio, unos pocos días después de comenzada la guerra civil, Trotsky se ocupó de este problema y del significado de los acontecimientos españoles para Francia. Sus palabras finales son más agudas que cualesquiera que yo pudiese escoger para finalizar:

“Ciertamente el proletariado español, como el proletariado francés, no quieren permanecer desarmados ante Hitler y Mussolini. Pero para defenderse de estos enemigos es necesario primero aniquilar al enemigo en el propio país. Es imposible derrocar a la burguesía sin aniquilar a los Cuerpos de Oficiales. Es imposible aniquilar a los Cuerpos de Oficiales sin derrocar a la burguesía. En cada contrarrevolución triunfante los oficiales han jugado un papel decisivo. Cada revolución triunfante, de carácter profundamente social, ha destruido a los Cuerpos de Oficiales. Este fue el caso de la gran Revolución francesa al final del siglo XVIII, y el de la Revolución de Octubre de 1917. Para decidir tal medida uno debe dejar de arrastrarse arrodillado ante la burguesía radical. Una verdadera alianza entre los obreros y los campesinos debe crearse contra la burguesía, incluyendo los radicales. Debe tenerse confianza en la fuerza, la iniciativa y el coraje del proletariado, y el proletariado sabrá atraer al soldado a su causa. Esta será una verdadera, no una falsa, alianza de obreros, campesinos y soldados. Esta alianza se está creando y templando actualmente en el fuego de la guerra civil en España. La victoria del pueblo significa el final del Frente Popular y el comienzo de la España soviética. La revolución social triunfante en España se propagará inevitablemente por el resto de Europa. Para los verdugos fascistas de Italia y Alemania será mucho más terrible que todos los pactos diplomáticos y todas las alianzas militares.”

Revolución y contrarrevolución en España

I. La razón del levantamiento fascista

El 17 de julio de 1936, al amanecer, el general Franco se puso al frente de los moros y legionarios del Marruecos español y lanzó un manifiesto al ejército y a la nación, llamándoles a unirse a él para establecer un estado autoritario en España.

En los tres días siguientes la casi totalidad de las 50 guarniciones del ejército español, una tras otra, se declararon en favor del fascismo. Los capitalistas y terratenientes más importantes que habían colaborado en la preparación de la conspiración franquista, se trasladaron a las zonas controladas por los fascistas o abandonaron el país antes o después del alzamiento.

Estaba claro desde el principio que este levantamiento no tenía nada que ver con los pronunciamientos de un sector de la burguesía contra otro, que el ejército había apoyado tantas veces.

No se trataba de un puñado de generales, sino del total de la clase gobernante, que dirigía sus esbirros armados sobre todo contra las organizaciones económicas, políticas y culturales de la clase obrera.

El programa de Franco es idéntico en lo fundamental a los de Mussolini e Hitler. El fascismo es una forma especial de reacción, el producto de un período de degeneración del capitalismo. Para comprenderlo mejor basta comparar el régimen de Franco con el de la monarquía. El último récord de Alfonso fue una larga lista sangrienta de asesinatos de campesinos y obreros, de terrorismo y asesinato de los dirigentes proletarios. Pero paralelamente a las sistemáticas medidas de represión, la monarquía permitía la actividad restringida de las organizaciones económicas y políticas de la clase obrera y órganos nacionales y municipales de democracia parlamentaria. Aun bajo la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), el Partido Socialista y la UGT existían legalmente, de hecho, Largo Caballero, secretario general de la UGT, era consejero de Estado bajo Primo de Rivera. En otras palabras, incluso una monarquía reaccionaria buscaba una parte de su apoyo de masas en el proletariado organizado, a través de dirigentes reformistas, como Prieto y Largo Caballero. Del mismo modo, un sistema de sindicatos legales y partidos socialdemócratas existían en los imperios de Wihelm y Francisco José. Aun bajo el zar Nicolás los sindicatos, cooperativas y la prensa obrera en la que los bolcheviques pudieron trabajar, aunque el Partido era ilegal, disfrutaban de una cierta tolerancia. *Pravda* tenía una tirada de 60.000 ejemplares en los años 1912-14.

La diferencia entre esos regímenes reaccionarios y el carácter especial del fascismo consiste en la extirpación de cada una de las organizaciones independientes de la clase obrera. Cuando el sistema capitalista está en declive, no puede permitirse ni las concesiones más elementales a las masas. Uno tras otro, los países capitalistas, al llegar al colapso total, toman la vía del fascismo.

Italia, “vencedor” en la guerra mundial, con un débil desarrollo en industrias básicas, no podía competir con países más avanzados en la carrera imperialista por los mercados. Asfixiada en sus contradicciones económicas, la clase capitalista italiana sólo podía encontrar una salida apoyándose en los huesos rotos de las organizaciones obreras. Las hordas de la pequeña burguesía “enloquecida”, organizadas y uniformadas por Mussolini, entrenadas como matones, fueron finalmente desatadas con el fin especial de aplastar las organizaciones obreras.

La burguesía no apoya al fascismo sin antes pensarlo bien. La burguesía alemana no ayudó prácticamente al movimiento nazi en el golpe de 1923. En la década siguiente, hasta 1932, el movimiento nazi solamente pudo obtener el apoyo financiero de unos pocos capitalistas. La burguesía alemana dudó durante un largo período de tiempo antes de aceptar la maquinaria de Hitler; prefirió apoyarse, durante quince años, en los dirigentes socialdemócratas. Pero en la cima de la crisis del sistema capitalista, Alemania, técnicamente avanzada, reprimida por el Tratado de Versalles y los conflictos imperialistas con Inglaterra, Francia y América, únicamente podía “resolver” temporalmente su crisis en bases capitalistas, con la destrucción de las organizaciones obreras que habían existido durante tres cuartos de siglo.

El fascismo es una forma especial de dominación capitalista que la burguesía adopta finalmente cuando la continuación de la existencia del sistema capitalista es incompatible con la existencia de la clase obrera organizada. Se recurre al fascismo cuando las concesiones, que son debidas a las actividades de los sindicatos y los partidos políticos obreros, se convierten en una carga intolerable para la clase capitalista dominante y, por consiguiente, intolerable para la continuación del capitalismo. Para la clase obrera, en ese momento, la situación exige una solución inmediata: fascismo o socialismo.

El capitalismo español había llegado a ese punto cuando Franco se levantó. Su movimiento, aunque incorporaba los restos de la aristocracia feudal española, no es más “feudal” en su carácter social básico que el de Mussolini o Hitler.

La principal industria española, la agricultura, que aportaba más de la mitad de la renta nacional, casi dos tercios de las exportaciones y la mayor parte de los ingresos

internos del gobierno, con el 70 por 100 de la población viviendo en el campo, estaba en una situación desesperada. La distribución del campo era la peor de Europa: un tercio en manos de los grandes terratenientes, en algunos casos en propiedades que cubrían media provincia; otro tercio, poseído por numerosos terratenientes, pero también en grandes propiedades; sólo un tercio poseído por los campesinos, y la mayor parte en granjas primitivamente equipadas de unas cinco hectáreas o menos de una tierra extraordinariamente seca y pobre, insuficiente para alimentar a las familias que necesitaban trabajar como jornaleros en las grandes propiedades para poder subsistir con dificultad. Así, pues, la mayor parte de los cinco millones de familias campesinas dependían de la apercería o trabajos en las grandes fincas.

La agricultura española utilizaba métodos primitivos. La producción por hectárea era de las más bajas de Europa. Para aumentar la producción se necesitaba invertir capital en maquinaria y fertilizantes, emplear técnicos, formar a los campesinos. Desde el punto de vista de los terratenientes era más barato continuar con los medios primitivos a costa del campesinado. El período de buen precio para el producto, durante los años de la guerra, 1914-18, que dio a la agricultura española una oportunidad temporal de conseguir beneficios en el mercado mundial, en vez de ser aprovechado para mejorar el campo, fue cobrado en efectivo por medio de hipotecas obtenidas por los terratenientes. Después de la guerra, la agricultura española perdió el mercado mundial y sucumbió. La crisis general de la agricultura, primero precediendo a la crisis mundial y luego como parte de ella, agravada por las tarifas aduaneras que Inglaterra y Francia levantaron contra la agricultura española, trajo el paro y el hambre generalizados.

Precisamente en la cima de la crisis, en 1931, la república impulsó la organización de sindicatos de obreros agrícolas. Los aumentos de sueldo resultantes fueron muy pequeños. Seis pesetas diarias era un buen sueldo. Pero incluso eso era una amenaza de muerte para los beneficios de los terratenientes españoles, en la época del declive de la agricultura europea. Australia y las grandes llanuras sudamericanas proveían de trigo y carne de vaca a Europa a precios que suponían para la agricultura europea un golpe incomparablemente más duro que el que le dio Norteamérica durante la época de expansión capitalista. *Así, pues, la existencia de sindicatos de obreros agrícolas y organizaciones campesinas era incompatible con la supervivencia del capitalismo hacendado en España.*

Los terratenientes tuvieron un respiro durante el *bienio negro* de septiembre de 1933 a enero de 1936, cuando los gobiernos reaccionarios de Lerroux y Gil-Robles aterrorizaban a las masas y aplastaron la insurrección de octubre de 1934. Durante este periodo los jornales

en el campo bajaron a dos o tres pesetas. Pero las masas se levantaron pronto. El intento de Gil-Robles de reconstruir una organización de masas fascista fracasó a causa de su propia ineptitud y de los golpes de los obreros. La comuna asturiana de octubre de 1934, aunque aplastada por los moros y legionarios, se convirtió en una inspiración para las masas, y Lerroux - Gil-Robles dejaron paso al Frente Popular en febrero de 1936, en vez de esperar a un ataque más decisivo del proletariado. Los obreros agrícolas y campesinos construyeron sindicatos, incluso más formidables, de febrero a julio de 1936, y la precaria condición de los beneficios agrícolas condujo a los terratenientes y sus aliados, la jerarquía católica y los bancos, a recurrir lo más pronto posible a las armas para destruir las organizaciones obreras.

Los capitalistas de la industria y el transporte estaban igualmente en un callejón sin salida.

El período de expansión de la industria española había sido corto: 1898-1918. El mismo desarrollo de la industria española durante los años de la guerra se convirtió en una fuente de posteriores dificultades. El fin de la guerra significó que la industria española, infantil y sin apoyo de ningún poder estatal fuerte, se quedó atrás en la guerra imperialista para repartirse los mercados. Incluso, a largo plazo, el mercado interno español no podía ser reservado para la industria española, El intento de Primo de Rivera de preservarlo por medio de aranceles aduaneros produjo represalias contra la agricultura española por parte de Inglaterra y Francia. La crisis agrícola resultante causó el colapso del mercado interior para la industria. En 1931, este país de 24 millones de habitantes tenía casi un millón de cabezas de familia, obreros y campesinos, en paro, y antes del final de 1933 alcanzaba el millón y medio de parados.

Al final del bienio negro las luchas económicas obreras tomaron una extensión extraordinaria. Conscientes de haberse liberado del dominio de Gil-Robles por su propio esfuerzo, las masas no esperaron a que Azaña cumpliera sus promesas. En los cuatro días transcurridos entre las elecciones de febrero de 1936 y la apresurada toma del poder de Azaña, las masas llevaron a cabo de una manera efectiva la amnistía, abriendo de par en par las cárceles. Tampoco esperaron las masas al decreto del gobierno o a la confirmación de su constitucionalidad -que no salió de la Corte de Garantías Constitucionales hasta el 6 de septiembre, cerca de dos meses después del alzamiento de Franco- para devolver los puestos de trabajo a los que habían sido despedidos después de la insurrección de octubre de 1934. En los talleres y fábricas los obreros reinstauraron a los despedidos en sus puestos. La huelga general del 17 de abril de 1936 en Madrid empezó un gran movimiento

de masas, que incluía a menudo entre las demandas algunas políticas, pero fundamentalmente pedían mejores sueldos y condiciones de trabajo.

Solamente podemos indicar la magnitud de la gran ola de huelgas en líneas generales. Las huelgas cubrían ciudades y zonas rurales. Cada ciudad y provincia de alguna importancia tuvo, por lo menos, una huelga general entre febrero y julio de 1936. Casi un millón estuvo en huelga el 10 de junio, medio millón el 20 de junio, un millón el 24 de junio, más de un millón durante los primeros días de julio.

El capitalismo español difícilmente podía esperar resolver sus problemas conquistando nuevos mercados de bienes manufacturados. Tenía el camino cerrado al exterior por las potencias internacionales; en el interior, el único camino de extenderse era crear un campesinado hacendado, pero eso significaba una redistribución del campo. A menudo, el capitalismo urbano y el propietario hacendado eran la misma persona, o pertenecían a la misma familia. En cualquier caso, la cumbre del capitalismo español, los bancos, estaban totalmente ligados a los intereses de los terratenientes, cuyas hipotecas tenían. El capitalismo español no tenía salida alguna para su desarrollo, pero podía resolver sus problemas temporalmente de una manera: destruyendo los sindicatos que ponían en peligro los beneficios.

La democracia burguesa es una forma del estado capitalista que necesita el apoyo de los obreros garantizado por los dirigentes reformistas. Los capitalistas españoles llegaron a la conclusión de que la democracia era intolerable, y eso significaba que la democracia burguesa y el reformismo habían terminado en España.

Mussolini declaró que él había salvado Italia del bolchevismo. Desgraciadamente, la verdad es que el levantamiento obrero de la postguerra había retrocedido ya, facilitando, por tanto, la toma del poder de Mussolini. Hitler decía lo mismo, en un momento en que los obreros estaban totalmente divididos y desorientados. Franco necesitaba el mismo mito para justificar el haber recurrido a las armas. Lo que sí era verdad en Italia, Alemania, y ahora en España, es que la democracia no podía continuar existiendo. Precisamente, el hecho de que el fascismo tuviera que tomar el poder, aunque no hubiese peligro inmediato de una revolución proletaria, es la prueba más evidente de que la democracia había terminado.

La rebelión de Franco dejaba únicamente dos alternativas: o el fascismo vencía, o la clase obrera se ganaba al campesinado dándole la tierra, destruía el fascismo y con él al capitalismo en que estaba arraigado.

Los estalinistas y socialdemócratas, buscando justificación teórica a su colaboración con la burguesa liberal, declaraban que el arraigo del fascismo en España era feudal. Para los estalinistas, ésta era una teoría totalmente nueva, confeccionada *ad hoc*. El fascismo español no es más feudal que el italiano. El retraso de la industria en ambos países no se puede superar dentro del marco capitalista, ya que ninguno de los dos puede competir con los países industriales avanzados en una época de retroceso de los mercados mundiales. Podían solamente asegurar una estabilización temporal reduciendo el coste de la mano de obra a nivel inferior al europeo, y para hacer eso es necesario aplastar cualquier forma de organización obrera. La agricultura española es atrasada y “feudal” en los métodos de trabajo. Pero la tierra ha sido comprada, vendida e hipotecada, como cualquier otro bien de consumo, durante dos siglos. Por consiguiente, la cuestión de la tierra es una cuestión *capitalista*.

Los estalinistas recurrieron de una manera frívola al “feudalismo” como una explicación de la guerra civil y denunciaban como agente del fascismo al que se atrevía a discrepar. Sin embargo, los periodistas estalinistas que escribían fuera de la prensa del Partido eran menos afortunados. Tenían que explicar ciertos fenómenos evidentes; si la lucha es contra el feudalismo, ¿por qué está la burguesía industrial al lado de Franco?

El periodista estalinista Louis Fischer escribe:

“Es bastante extraño que los pequeños industriales españoles apoyaran la postura reaccionaria que tomaron los terratenientes. Los industriales deberían haber agradecido la reforma del campo que hubiera creado un mercado interior para sus productos. Pero creyeron que estaba en juego algo más que la economía. Temían que repartir la tierra a los campesinos pudiera desposeer del poder político a las clases poseedoras. Por tanto, los industriales que deberían haber apoyado a la república en el intento de preparar una revolución pacífica que hubiera enriquecido el país, se unieron a los terratenientes retrógrados para impedir toda reforma y mejora” (“La guerra en España”, publicado por *The Nation*).

A Fischer no se le pasa por la imaginación que el terrateniente y el capitalista son a menudo el mismo, o de la misma familia, o que el fabricante, que depende de los bancos, teme por las hipotecas bancarias del campo. Pero incluso de la manera que Fischer plantea el problema la respuesta es clara. El fabricante teme la disminución del poder político de las clases poseedoras. ¿Por qué? Porque la debilitación del poder de la policía permite a los

obreros de su fábrica organizarse y eso diezma sus beneficios. El fascismo español es el arma no del “feudalismo”, sino del capitalismo. La clase obrera lo puede combatir ayudada por el campesinado, ellos y sólo ellos pueden hacerlo.

II. Los “aliados” burgueses en el Frente Popular

Los intereses de los partidos y sindicatos obreros en la lucha contra el fascismo estaban claros: su existencia misma estaba en juego. Al igual que lo habían hecho Hitler y Mussolini antes que él, Franco proyectaba asesinar a los dirigentes y cuadros activos de las organizaciones y dejar a los obreros, una vez desunidos y atomizados obligatoriamente, a merced del capitalismo concentrado. La lucha contra el fascismo, por tanto, era una cuestión de vida o muerte no sólo para las masas obreras, sino también para los dirigentes reformistas. Pero eso no significaba que esos dirigentes supieran cómo luchar contra el fascismo. Su error más fatal fue su creencia de que la lucha contra el fascismo concernía a sus aliados burgueses en el Frente Popular tan vivamente como a ellos mismos.

La Izquierda Republicana de Azaña, la Unión Republicana de Martínez Barrios, la Izquierda Catalana de Companys se habían fundido con los partidos Comunista y Socialista y la UGT -con el consentimiento tácito de los anarquistas, cuyos militantes votaron por el Frente Popular- en las elecciones del 16 de febrero de 1936. Los nacionalistas vascos se habían unido también. Esos cuatro grupos burgueses, por tanto, se encontraron al otro lado de las barricadas frente a la alta burguesía el 17 de julio. ¿Se podía depender de su leal cooperación en la lucha contra el fascismo?

Nosotros decimos que no, porque ninguno de los intereses vitales de la burguesía liberal era amenazado por los fascistas. Los obreros estaban en peligro de perder sus sindicatos, sin los cuales se morirían de hambre. ¿Se enfrentaba la burguesía liberal a una pérdida similar? Sin lugar a dudas, en un estado totalitario, los políticos profesionales tendrían que encontrar otra profesión; la prensa de la burguesía liberal quebraría (si los políticos burgueses y los periodistas no se pasan al lado de Franco totalmente). Italia y Alemania han demostrado que el fascismo se niega a reconciliarse con políticos demócratas individualistas; algunos van a la cárcel, otros tienen que emigrar. Pero eso son tan sólo inconvenientes de menor importancia. *La estructura básica* de la burguesía liberal continúa como antes del advenimiento del fascismo. Si les alcanzan los favores especiales concedidos por el estado fascista a los capitalistas que se habían unido al fascismo antes de la victoria, si comparten las ventajas de los sueldos bajos y los restringidos servicios sociales. Están sujetos al peso del fascismo sólo en la misma medida que los demás capitalistas, a través del

Partido o del gobierno, que es el alto precio que el capitalismo paga al fascismo por los servicios prestados. A la burguesía liberal española le bastaba con mirar a Alemania e Italia para estar tranquila ante el futuro. Mientras los oficiales sindicales han sido aplastados, la burguesía liberal ha encontrado fácilmente sitio en donde ser asimilada. De lo que se trata aquí es de un *criterio de clase*: El fascismo es fundamentalmente el enemigo de la clase obrera. *Por consiguiente, es absolutamente falso y fatal pensar que los elementos burgueses del Frente Popular tienen un interés fundamental en la lucha contra el fascismo.*

Segundo, nuestra prueba de que Azaña, Barrios, Companys y otros de su especie no pueden ser aliados fieles de la clase obrera se apoyaba no sólo en análisis deductivos, sino en experiencias concretas: el pasado de estos señores. Ya que socialistas y estalinistas en el Frente Popular han ocultado los datos acerca de sus aliados, nosotros debemos conceder algún espacio a esta cuestión.

Desde 1931 a 1934 el Komintern llamaba a Azaña fascista, lo que, desde luego, era incorrecto, aunque señalaba correctamente su sistemática opresión de las masas. Tan tarde como enero de 1936, el Komintern decía de él:

“El Partido Comunista conoce el peligro de Azaña tanto como los socialistas que han colaborado con él cuando estaba en el poder. Sabe que es un enemigo de la clase obrera... Pero también sabe que la derrota de la CEDA (Gil-Robles) traerla consigo automáticamente un cierto alivio de la represión, al menos temporalmente” (*INPRECORR*, vol. 15, pág. 762).

La última frase es una admisión de que la represión vendrá de la dirección del mismo Azaña. Y, efectivamente, si vino como José Díaz, secretario del Partido Comunista, se vio forzado a admitir, solamente antes de que estallara la guerra civil:

“El gobierno, al que apoyamos lealmente -en la medida en que completa el pacto del Frente Popular, es un gobierno que comienza a perder la confianza de los trabajadores, y yo le digo al gobierno republicano de izquierdas que su vía es la vía equivocada de abril de 1931” (*Mundo Obrero*, 6 de julio de 1936).

Uno debe recordar la “vía equivocada de abril de 1931” para darse cuenta de la concesión que los estalinistas están haciendo después de todos sus intentos de diferenciar el gobierno de coalición de 1931 del Frente Popular de 1936. La coalición de 1931 había

prometido tierra a los campesinos y no les dio ninguna porque la tierra no podía ser dividida sin minar al capitalismo. La coalición de 1931 había negado alivio al paro obrero. Azaña, como ministro de la Guerra, no había tocado la reaccionaria casta de oficiales del ejército, y había reforzado la infame ley bajo la cual toda crítica al ejército por civiles era una ofensa contra el estado. Como primer ministro, Azaña había dejado intactos los crecidos bienes y el poder de la jerarquía eclesiástica. Azaña había dejado Marruecos en las manos de los legionarios y los mercenarios moros. Azaña sólo había sido riguroso con los obreros y campesinos. Los anales de 1931-33 son los anales de la represión de obreros y campesinos llevada a cabo por su gobierno. En otra parte⁴ he contado la historia completa.

Azaña, como *Mundo Obrero* admitía, demostró no ser mejor como jefe de gobierno del Frente Popular de febrero a julio de 1936. Una vez más su régimen rechazó la idea de redistribución de la tierra y aplastó al campesinado cuando intentó tomarla. La Iglesia conservó el control total de sus grandes bienes y poder. Marruecos permaneció en manos de la Legión Extranjera hasta que, finalmente, se apoderaron de él completamente el 17 de julio. De nuevo las huelgas fueron declaradas ilegales, la ley marcial, modificada, fue impuesta, las manifestaciones y asambleas de obreros disueltas. Baste decir que en los últimos días críticos, tras el asesinato del dirigente fascista Calvo Sotelo, los locales de las organizaciones obreras fueron obligados a cerrar. *El día antes del levantamiento fascista la prensa obrera aparecía con grandes espacios en blanco debido a la censura del gobierno, que había secuestrado editoriales y secciones de artículos advirtiendo el golpe de estado.*

En los últimos tres meses, antes del 17 de julio, en un intento desesperado de parar el movimiento huelguístico, cientos de huelguistas fueron arrestados *en masa*, huelgas generales locales fueron declaradas ilegales y las oficinas regionales de la UGT y la CNT cerradas durante semanas.

Lo más condenable de Azaña fue su actitud hacia el ejército. La casta oficial era desleal a la república de corazón. Esos niños mimados de la monarquía habían aprovechado todas las oportunidades desde 1931 para vengarse de manera sangrienta de los obreros y campesinos en que se apoyaba la república. Las atrocidades que cometieron al aplastar la insurrección de octubre de 1934 fueron tan terribles que la promesa de juzgar a los responsables figuraba en la campaña electoral de Azaña. Pero ni uno solo de los oficiales fue juzgado en los meses siguientes. Mola, director general de Seguridad bajo la dictadura de Berenguer -que se había colocado tras los talones de Alfonso mientras en las calles se oía el eco de los gritos de las masas de “Abajo Mola”-, a este Mola, Azaña le

⁴ La guerra civil en España. Septiembre 1936. Pioneer Publishers.

devolvió el cargo de general en el ejército, y a pesar de su complicidad con Gil-Robles en el *bienio negro*, era comandante militar de Navarra en el momento de la revuelta fascista y se convirtió en estrategia principal del ejército de Franco. Franco, Goded, Queipo de Llano, todos tenían expedientes igualmente malolientes de deslealtad a la república, y así y todo Azaña dejó el ejército en sus manos. Todavía más, pidió a las masas que se sometieran a ellos.

El coronel Julio Mandaga, ahora luchando con las fuerzas antifascistas, que había sido juzgado por una corte marcial y expulsado del ejército por estos generales a causa de su republicanismo, es testigo del hecho de haber informado repetidamente a Azaña, Martínez Barrios y otros dirigentes republicanos de los planes de los generales. En abril de 1936, Mandaga publicó un panfleto, profundamente documentado, que no sólo exponía el complot fascista, sino además probaba claramente que el presidente Azaña estaba completamente informado del complot cuando, el 18 de marzo de 1936, por exigencia del Estado Mayor, su gobierno da al ejército el visto bueno. Refiriéndose a “insistentes rumores que circulan concerniente a la salud mental de los oficiales y subalternos del ejército”, “el gobierno de la república ha sabido con indignación y pena de los injustos ataques de que los oficiales del ejército han sido objeto”. El Gabinete de Azaña no sólo repudiaba esos rumores, describiendo a los conspiradores militares como “remotos a toda lucha política, fieles servidores del poder constituyente y garantía de obediencia a la voluntad popular”, sino que declaraba que “sólo un deseo criminal y tortuoso de minar el ejército puede explicar los insultos y ataques orales y escritos que se les han dirigido”. Y, finalmente, “el gobierno de la república aplica y aplicará la ley a todo el que persista en tal actitud antipatriótica”.

No es extraño que los dirigentes reaccionarios alabaran a Azaña. El 3 de abril de 1936 Azaña pronunció un discurso prometiendo a los reaccionarios que pararía las huelgas y las tomas de la tierra. Calvo Sotelo lo alababa: “Era la expresión de un auténtico conservador. Su declaración de respeto por la Ley y la Constitución debería causar buena impresión en la opinión pública.” “Yo apoyo el 90 por 100 de su discurso”, declaraba el portavoz de la organización de Gil-Robles. “Azaña es el único hombre capaz de ofrecer al país la seguridad y defensa de todos los derechos legales”, declaraba Ventosa, el portavoz de los terratenientes catalanes. Alababan a Azaña porque les estaba preparando el camino.

Aunque el ejército estaba preparado para rebelarse en mayo de 1936, muchos reaccionarios dudaban de si sería posible tan pronto. Azaña insistió en su solución: dejar que los dirigentes reformistas detuvieran las huelgas. Su oferta fue aceptada. Miguel Maura,

representante de los terratenientes e industriales de extrema derecha, pidió un régimen fuerte de “todos los republicanos y los socialistas que no estuvieran contaminados de demencia revolucionaria”. Y así, al ser elegido presidente, Azaña ofreció el puesto de primer ministro al socialista de derechas Prieto. Los estalinistas, la Esquerra Catalana, la Unión Republicana de Martínez Barrios y la burguesía reaccionaria apoyaron al candidato de Azaña.

La izquierda socialista, sin embargo, impidió que Prieto aceptara. Con Prieto de primer ministro, la burguesía reaccionaria hubiera tenido más tiempo para prepararse mejor, pero al haberle fallado su táctica, se lanzó a la guerra civil.

Tal fue el papel de la Izquierda Republicana de Azaña. El de los otros partidos “liberales” burgueses fue quizá peor todavía. La Esquerra Catalana de Companys había dirigido Cataluña desde 1931. Su nacionalismo catalán sirvió para contener a las capas más retardadas del campesinado mientras Companys usaba la fuerza armada contra la CNT. En la víspera de la insurrección de octubre de 1934 había reducido a la CNT a una situación semilegal, con cientos de dirigentes encarcelados. Fue esta situación la que llevó a la CNT a negarse tan imprudentemente a participar en la insurrección contra Lerroux-Gil-Robles, declarando que Companys era tan tirano como ellos; mientras Companys, puesto en la encrucijada entre armar a los obreros o someterse a Gil-Robles, escogió esto último⁵.

En lo que se refiere a la Unión Republicana de Martínez Barrios, no era más que el remanente reconstruido de lo que quedaba de los radicales de Lerroux, los aliados de Gil-Robles. El mismo Martínez Barrios había sido lugarteniente de Lerroux, y había servido como uno de los primeros en el bienio negro, aplastando cruelmente un levantamiento anarquista en diciembre de 1933. Había abandonado con gran habilidad el barco de los radicales cuando se iba a pique, al ver claramente que el aplastamiento de la insurrección de octubre de 1934 no había sido capaz de contener a las masas e hizo su debut como “antifascista” en 1935 al firmar la petición de amnistía para los prisioneros políticos. Cuando Lerroux cayó debido a un escándalo financiero, sus seguidores se volvieron hacia Martínez Barrios.

El cuarto partido de la burguesía, el Nacionalista Vasco, había colaborado estrechamente con los ultrarreaccionarios del resto de España hasta que Lerroux intentó

⁵ El Estat Catalá, una división del Esquerra, que combinaba el separatismo extremo con el vandalismo antiobrero, había preparado a sus miembros para romper huelgas; había desarmado a los obreros durante la insurrección de 1934. Esta organización, también, después del 19 de julio, apareció en el campo “antifascista”.

cortar los antiguos privilegios regionales. Partido católico, dirigido por los grandes terratenientes y capitalistas de las cuatro provincias vascas, los nacionalistas vascos habían apoyado a Gil-Robles en el aplastamiento de la comuna asturiana de 1934. Desde el principio estaban incómodos en la alianza con las organizaciones obreras. El que no se pasasen al otro lado de las barricadas inmediatamente se explica por el hecho de que la región de Vizcaya era una esfera tradicional de influencia del imperialismo anglo-francés y, por tanto, dudaba ante la idea de entrar en una alianza con Hitler y Mussolini.

Estos, pues, eran los “leales”, “seguros” y “honorables” aliados de los dirigentes reformistas-estalinistas en su lucha contra el fascismo. Si en tiempo de paz la burguesía liberal se había negado a tocar la tierra, la Iglesia o el ejército, porque no querían minar las bases de la propiedad privada, ¿cómo se podía pensar que ahora, con las armas en la mano, la burguesía liberal podía apoyar lealmente una guerra hasta el final contra la reacción? Si el ejército de Franco era aplastado, ¿qué le pasaría a la burguesía liberal, que en el fondo había mantenido sus privilegios gracias al ejército? Precisamente a causa de estas consideraciones, las fuerzas de Franco se movían descaradamente, con la seguridad que Azaña y Companys no resistirían. Precisamente a causa de estas consideraciones, Azaña y la burguesía liberal *intentaron llegar a un acuerdo con Franco*.

Los estalinistas y reformistas, comprometidos con la política del Frente Popular, se habían confabulado con la burguesía liberal para ocultar casi completamente al mundo exterior los hechos desnudos que revelan la traición de que Azaña y sus asociados eran culpables en los primeros días del levantamiento. Pero aquí están los incontrovertibles hechos.

En la mañana del 17 de julio de 1936 el general Franco, después de haber tomado Marruecos, radió su manifiesto a los cuarteles españoles ordenándoles tomar las ciudades. La comunicación de Franco fue recibida en la estación naval cerca de Madrid por un operador leal y puntualmente revelada al ministro de Marina, Giral. Pero el gobierno no divulgó la noticia de ninguna forma hasta la mañana del 18 y entonces se limitó a una nota tranquilizante:

“El gobierno declara que el movimiento es exclusivamente limitado a ciertas ciudades de la zona del Protectorado (Marruecos) y que nadie, absolutamente nadie en la Península, se ha sumado a tan absurda intentona.”

Más tarde, ese mismo día, a las tres de la tarde, cuando el gobierno tenía información completa y positiva de los fines del alzamiento, incluyendo las tomas de Sevilla, Navarra y Zaragoza, lanzó una nota que decía:

“El gobierno habla de nuevo para confirmar la absoluta tranquilidad en toda la Península.

El gobierno agradece las ofertas de apoyo que ha recibido (de las organizaciones obreras) y, aunque da las gracias por ellas, declara que la mejor ayuda que se le puede dar al gobierno es garantizar la normalidad de la vida diaria, para dar ejemplo de serenidad y confianza en los medios de las fuerzas militares del estado.

Gracias a los previsores medios adoptados por las autoridades, un amplio movimiento de agresión contra la república se estima que ha sido destruido; no ha encontrado ayuda en la Península y sólo ha conseguido asegurarse seguidores en una sección del ejército de Marruecos...

Estas medidas, junto con las habituales órdenes a las fuerzas de Marruecos que están trabajando para aplastar el alzamiento, nos permite afirmar que la acción del gobierno será suficiente para restablecer la normalidad” (*Claridad*, 18 de julio de 1936).

Este comunicado, increíblemente deshonesto, fue lanzado para justificar la negativa del gobierno a armar a los obreros, como pedían los sindicatos. Pero esto no era todo. A las 5,20 y a las 7,20 de la tarde, de nuevo, el gobierno lanzaba comunicados similares; en el último declaraba que “en Sevilla... se producían actos de rebelión de elementos militares que eran repelidos por las fuerzas al servicio del gobierno”. Durante la mayor parte del día Sevilla había estado en manos de Queipo de Llano.

Después de haber engañado a los obreros acerca del verdadero estado de cosas, el Gabinete se “sumergió” en una sesión que duró toda la noche. Azaña hizo dimitir al primer ministro, Casares Quiroga, miembro de su propio partido, y lo reemplazó por Martínez Barrios, aparentemente más respetable, y se pasaron la noche buscando dirigentes burgueses fuera del Frente Popular que pudieran ser convencidos para formar parte del Gabinete. Con esta combinación de derechas, Azaña hizo frenéticos intentos de contactar a los dirigentes militares y llegar a un compromiso con ellos. Los dirigentes fascistas, sin embargo, tomaron las puestas como una señal segura de su victoria y negaron a Azaña cualquier clase de compromiso que le salvara la cara. Pidieron que los republicanos se

quitaran del medio para instaurar abiertamente una dictadura militar. Cuando Azaña y los ministros del gobierno conocieron esto, tampoco tomaron ninguna medida para organizar la resistencia. Mientras tanto, cuartel tras cuartel, informados de la paralización del gobierno, se envalentonaron y desplegaron la bandera de la rebelión.

Así, durante dos días sucesivos, los rebeldes avanzaban mientras el gobierno les suplicaba que le salvaran la cara. Este no se preocupó de declarar disueltos los regimientos en rebeldía, de declarar a los soldados que no tenían obligación de obedecer a sus oficiales. Los obreros, recordando el *bienio negro* y el destino del proletariado en Italia y en Alemania, exigieron armas. Hasta los dirigentes reformistas llamaban a las puertas del palacio presidencial, suplicando a Azaña y a Giral que armaran a los trabajadores. En las proximidades de los cuarteles, los sindicatos habían declarado una huelga general para paralizar la rebelión. Pero una huelga de brazos cruzados no era bastante frente al ejército. Un silencio siniestro envolvía el Cuartel de la Montaña, de Madrid. Allí los oficiales de acuerdo con el plan del alzamiento, esperaban a que los regimientos que rodeaban Madrid alcanzaran la ciudad, entonces se les unirían. Azaña, Giral y sus asociados esperaban con los brazos caídos a que les cayera el golpe.

¿Pero podía realmente suceder de otra manera? El lado de Franco decía: Nosotros somos los verdaderos dueños del capital, los verdaderos portavoces de la sociedad burguesa, os decimos que la democracia tiene que acabarse si el capitalismo quiere sobrevivir, Escoge, Azaña, entre la democracia y el capitalismo. ¿Qué estaba más profundamente arraigado en Azaña y en la burguesía liberal? ¿Su “democracia” o su capitalismo? Respondieron inclinando la cabeza ante el avance de las filas fascistas.

Por la tarde del 18 de julio, los Comités Nacionales de los partidos Comunista y Socialista, los aliados obreros más importantes de la burguesía, lanzaron una declaración conjunta:

“El momento es difícil, pero de ninguna manera desesperado. El gobierno está seguro de poder contar con los suficientes medios para poder superar el intento criminal... En la eventualidad de que los medios del gobierno no sean suficientes, la república tiene la promesa solemne de que el Frente Popular, que reúne bajo su disciplina a la totalidad del proletariado español, serena y desapasionadamente está decidido a intervenir en la lucha tan pronto como se le llame... El gobierno manda y el Frente Popular obedece.”

¡Pero el gobierno no llegó a dar la señal!

Afortunadamente, los trabajadores no esperaron por ella.

III. La revolución del 19 de julio

El proletariado de Barcelona impidió la capitulación de la república ante los fascistas. El 19 de julio, con las manos prácticamente vacías, tomaron al asalto los primeros cuarteles con éxito. A las dos de la tarde del día siguiente eran los dueños de Barcelona.

No fue accidental que el honor de empezar la lucha armada contra el fascismo perteneciera al proletariado barcelonés. Barcelona, con el puerto marítimo y el centro industrial más importantes de España, rodeado de las ciudades industriales catalanas, concentraba la mitad del proletariado español, por eso Barcelona ha sido siempre la avanzada revolucionaria. El reformismo parlamentario de la UGT, dirigida por los socialistas, no ha tenido nunca aquí un asiento firme. La unión de partidos socialista y estalinista (PSUC) tenía menos miembros el 19 de julio que el POUM. Los obreros estaban casi todos organizados en la CNT, cuyo sufrimiento y persecución bajo la monarquía y la república había introducido en las masas una tradición militante anticapitalista, aunque la filosofía anarquista no les daba una dirección sistemática. Pero antes de que esta teoría se revelara trágicamente inadecuada, la CNT alcanzó niveles históricos en su victoriosa lucha contra las fuerzas del general Goded.

Como en Madrid, el gobierno catalán se negó a armar a los obreros. Los emisarios de la CNT y el POUM, al pedir armas, fueron informados sonriente que podían recoger las que dejaban caer los guardias de asalto heridos.

Pero los obreros de la CNT y el POUM, durante la tarde del 18, recorrieron tiendas de deportes buscando rifles, tajos de la construcción buscando dinamita, casas fascistas buscando armas ocultas. Con la ayuda de unos cuantos simpatizantes en la Guardia de Asalto, se hicieron con unos cuantos armarios de rifles del gobierno. (Los obreros revolucionarios habían amontonado afanosamente unas cuantas escopetas y pistolas desde 1934.) Eso -y tantos vehículos como pudieron encontrar- era todo lo que los obreros tenían, cuando a las 5 de la mañana del 19 los oficiales fascistas empezaron a sacar destacamentos de los cuarteles.

Encuentros aislados ante las barricadas de piedras amontonadas llevaron a un encuentro general por la tarde. Y allí las armas políticas sobrepasaron al armamento militar fascista. Algunos obreros heroicos se adelantaban de las líneas para pedir a los soldados que se enteraran por qué estaban matando a sus compañeros los trabajadores. Caían bajo el rifle

o la ametralladora, pero otros tomaban su sitio. Por aquí y por allá un soldado empezaba a disparar desviado. Pronto otros más intrépidos se volvían contra sus oficiales. Un genio militar anónimo -quizá muriera entonces- aprovechó el momento y las masas obreras le levantaron y se lanzaron adelante. Los primeros cuarteles fueron tomados. El general Goded, capturado por la tarde. Los obreros limpiaron Barcelona con las armas que sacaron de los arsenales. En unos cuantos días toda Cataluña estaba en sus manos.

Simultáneamente se movilizó el proletariado de Madrid. La izquierda socialista distribuyó las escasas armas que se habían salvado de octubre de 1934. Se levantaron barricadas en las calles más importantes y alrededor del Cuartel de la Montaña. Grupos obreros buscaban a los dirigentes reaccionarios. Al anochecer del 19, las primeras patrullas obreras de milicias tomaban sus puestos. A medianoche se intercambiaron los primeros disparos en los cuarteles, pero hasta el día siguiente, cuando llegaron las grandes noticias de Barcelona, no se tomaron los cuarteles.

Valencia también fue recuperada pronto de los fascistas. Después que el gobernador, designado por Azaña, se hubiese negado a dar armas, los obreros se prepararon para hacer frente a las tropas con barricadas, piedras y cuchillos de cocina, hasta que sus camaradas de dentro de los cuarteles mataron a los oficiales y dieron las armas a los obreros.

Los mineros asturianos que habían luchado en la comuna de octubre de 1934, equiparon una columna de 5.000 dinamiteros para marchar sobre Madrid. Llegaron el día 20, justamente cuando los cuarteles ya habían sido tomados, y se pusieron a hacer guardia en las calles.

En Málaga, puerto estratégico frente a Marruecos los ingeniosos obreros, desarmados al principio, habían abatido los cuarteles reaccionarios formando una pared de fuego, incendiando casas y barricadas con gasolina.

En una palabra, sin permiso del gobierno, el proletariado había empezado una guerra a muerte contra los fascistas. A la burguesía republicana se le había escapado la iniciativa de las manos.

La mayor parte del ejército estaba con los fascistas. Era necesario enfrentársele con otro ejército. Cada organización obrera se dedicó a organizar regimientos de milicias, equiparlos y mandarlos al frente. El gobierno no tenía contacto directo con las milicias obreras. Las organizaciones presentaban sus peticiones y sus nóminas al gobierno, quien entregaba los suministros y los fondos, que eran distribuidas por las organizaciones a las milicias. Los oficiales que quedaban en el campo republicano eran destinados como “técnicos” a las milicias, al lado de los oficiales obreros. Sus propuestas militares eran

transmitidas a las milicias mediante los oficiales obreros. Las Guardias Civil y de Asalto, que todavía estaban adheridas al gobierno, desaparecieron pronto de las calles. En la atmósfera reinante, el gobierno se vio obligado a mandarlas al frente. Sus obligaciones policiales habían sido asumidas por la policía obrera y por las milicias.

Los marinos, tradicionalmente más radicales que los soldados salvaron una buena parte de la flota matando a sus oficiales. Comités de marinos, democráticamente elegidos, tornaron el control de la flota republicana y establecieron contacto con los comités obreros en la costa.

Comités de obreros armados tornaron los puestos de los oficiales de fronteras en las aduanas. Una cartilla sindical o un carnet rojo de partido era mejor que un pasaporte para entrar en el país. Pocos reaccionarios pudieron salir a través de los cordones obreros.

Las medidas revolucionarias obreras estaban acompañadas de medidas económicas revolucionarias contra el fascismo. Cómo es que sucedía esto, si las tareas históricas mundiales pedían únicamente “la defensa de la república”, es algo que los demócratas-estalinistas todavía tienen que explicar.

Esto es verdad especialmente en Cataluña, donde desde el 19 de julio y en el plazo de una semana el transporte y la industria estaban completamente en las manos de los comités obreros de la CNT, o de los comités conjuntos de la CNT-UGT. Los comités sindicales tomaron el poder sistemáticamente, restableciendo el orden y acelerando la producción para satisfacer las necesidades del tiempo de guerra. El mismo proceso se extendió a Madrid, Valencia, Alicante, Almería y Málaga, alcanzando, en primer lugar, a las factorías y sucursales en estas provincias de las empresas establecidas en Barcelona, aunque en ninguna de estas capitales el proceso fue tan generalizado como en Cataluña. En las provincias vascas, sin embargo, donde la alta burguesía se había declarado a favor de la república democrática, ésta continuó siendo dueña de las fábricas. Un comité de la UGT-CNT se encargó de todo el transporte en España. Pronto delegaciones de las fábricas irían al extranjero a organizar las importaciones y exportaciones.

No hizo falta que se obligase a los campesinos a tomar la tierra. Venían intentándolo desde 1931, pero Casas Viejas, Castillo Blanco, Yeste era nombres de pueblos famosos donde los campesinos habían sido masacrados por las tropas de Azaña porque se habían apoderado de la tierra. Ahora Azaña no podía detenerlos. Tan pronto como las noticias llegaron de las ciudades, los campesinos se lanzaron sobre la tierra. Las guadañas y las hachas se encargaron de todo oficial del gobierno o terrateniente republicano lo suficientemente imprudente como para interponerse en su camino. En muchos sitios,

empapados de las ideas de los anarquistas y socialistas de izquierdas, los campesinos se organizaron directamente en explotaciones colectivas. Los comités campesinos se encargaron de alimentar a las milicias y las ciudades, dando o vendiendo directamente los alimentos a los comités de aprovisionamiento, columnas militares y sindicatos.

En todas partes las formas gubernamentales existentes y las organizaciones obreras demostraron ser inadecuadas como métodos de organización en la guerra y la revolución. Cada distrito, ciudad y pueblo creó su comité militar para armar a las masas e instruirlos. Los comités de fábrica de la CNT-UGT, dirigiendo a todos los obreros, incluyendo a los que no se habían organizado antes, desarrollaron una actividad más amplia que las organizaciones sindicales existentes. La vieja administración municipal desapareció, generalmente, para ser reemplazada por los acordados comités que representaban a todos los partidos y sindicatos antifascistas. Pero los políticos de la Esquerra y la Izquierda Republicana aparecían raramente en ellos. Fueron reemplazados por obreros y campesinos que, aunque todavía adheridos a los partidos republicanos, seguían la dirección de los obreros más avanzados que estaban con ellos.

El Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña, organizado el 21 de julio, era el más importante de estos nuevos órganos de poder. De sus 15 miembros, cinco eran anarquistas, de la CNT y FAI, y ellos dominaban el Comité Central. La UGT tenía tres miembros, a pesar de su debilidad numérica en Cataluña, pero los anarquistas esperaban animar de esta manera la formación de comités similares en otras partes. El POUM tenía uno, la Unión Campesina (Rabassaires) uno y los estalinistas (PSUC) uno también. Los partidos burgueses tenían en total cuatro.

A diferencia de un gobierno de coalición que en realidad descansa en la vieja maquinaria del estado, el Comité Central, dominado por los anarquistas, se apoyaba en las organizaciones obreras y las milicias. La Esquerra y las fuerzas más cercanas a ella -los estalinistas y la UGT- se limitaban a seguir de cerca de momento. Los decretos del Comité Central eran la única ley en Cataluña. Companys obedecía a los requisitos y demandas de dinero sin hacer preguntas. Empezó probablemente como el medio de organización de las milicias e inevitablemente tenía que tomar cada vez más funciones gubernamentales. Muy pronto organizaría un departamento de policía obrera; después, un departamento de abastecimientos, cuya palabra era ley en las fábricas y puertos de mar.

En esos meses en que el Comité Central existió, sus campañas militares iban paralelas a sus actos revolucionarios. Esto es evidente en la campaña de Aragón, en la que las milicias militares de Cataluña en cinco días conquistaron Aragón como un ejército de

liberación social, Se organizaron comités, antifascistas en los pueblos, a los que se les entregaron las grandes haciendas, cosechas, abastecimientos, ganado, herramientas, etcétera, que pertenecían a los grandes terratenientes y reaccionarios. Inmediatamente el comité del pueblo organizaba la producción de una manera nueva, normalmente en colectividades, y creaba una milicia popular para llevar a cabo la socialización y lucha contra la reacción. Los reaccionarios capturados eran puestos ante la asamblea del pueblo para ser juzgados. Todos los títulos de propiedad, hipotecas y documentos de débito existentes en los registros oficiales fueron quemados en público. Después de haber transformado así la vida del pueblo, las columnas catalanas podían seguir adelante, seguras de saber que cada pueblo que dejaban atrás era una fortaleza de la revolución.

Los estalinistas han hecho mucha propaganda maliciosa con respecto a la supuesta debilidad de la actividad militar de los anarquistas. La apresurada formación de milicias, la organización de la industria de guerra, inevitablemente fueron descuidadas en manos no muy expertas. Pero en esos primeros meses, los anarquistas, apoyados por el POUM, compensaron sobradamente su inexperiencia militar con su amplia política social. En la guerra civil, la *política* es el arma determinante. Tomando la iniciativa, tomando las fábricas, animando al campesinado a tomar la tierra, las masas de la CNT aplastaron los cuarteles catalanes. Al marchar sobre Aragón como liberadores sociales, movieron al campesinado a paralizar la movilidad de las fuerzas fascistas. En los planes de los generales, Zaragoza, sede de la Academia Militar y quizá el mayor cuartel del ejército debería ser para el este de España lo que Burgos fue para el Oeste. En vez de eso, Zaragoza fue inmovilizada desde los primeros días.

Alrededor del Comité Central de las milicias se concentraba la multitud de comités de fábricas, pueblos, abastecimientos, comestibles, policía, etc., en forma de comités conjuntos de varias organizaciones antifascistas, ejerciendo en realidad mayor autoridad que la de sus constituyentes. Después de la primera marejada revolucionaria, los comités, sin lugar a dudas, revelaron su debilidad básica: estaban basados en un acuerdo mutuo entre las organizaciones en que reclutaban sus miembros, y después de las primeras semanas, la Esquerra, apoyada por los estalinistas, recobró sus ánimos y lanzó su programa. Los dirigentes de la CNT empezaron a hacer concesiones en detrimento de la revolución. De aquí en adelante, los comités solamente hubieran podido funcionar progresivamente si hubieran abandonado el método de acuerdo mutuo y adoptado el método de decisiones mayoritarias con delegados elegidos democráticamente en las milicias y en las fábricas.

Las regiones de Valencia y de Madrid también desarrollaron una serie de comités de milicias conjuntos antifascistas, patrullas obreras, comités de fábrica y comités de barrio para barrer a los reaccionarios de las ciudades y mandaron las milicias al frente.

Así, pues, paralelamente a los gobiernos oficiales de Madrid y Cataluña, habían aparecido órganos controlados fundamentalmente por los obreros, a través de los cuales las masas organizaban la lucha contra el fascismo. Principalmente, la lucha militar, económica y política se llevaba a cabo independientemente del gobierno y, a la larga, a pesar suyo.

¿Cómo hemos de caracterizar este tipo de régimen? Era esencialmente idéntico al que existía en Rusia de febrero a noviembre de 1917 -un régimen de *doble poder*-. El uno, el de Azaña y Companys, sin ejército, policía u otra forma armada propia era ya demasiado débil para desafiar la existencia del otro. El otro, el del proletariado armado, todavía no era lo suficientemente consciente de la necesidad de prescindir de la existencia del poder de Azaña y Companys. Este fenómeno de doble poder ha acompañado a todas las revoluciones proletarias. Significa que la lucha de clases está a punto de alcanzar el punto en que uno u otro debe de convertirse en el amo indiscutible. Es un balance crítico de alternativas en el filo de una navaja. Un largo período de equilibrio está descartado; uno o el otro deben prevalecer. La “revolución del 19 de julio” estaba incompleta, pero que fue una revolución lo demuestra el hecho de haber creado un *doble poder*.

IV. Hacia una coalición con la burguesía

En cualquier otro período de doble poder -Rusia de febrero a noviembre de 1917, Alemania de 1918-19 son los más importantes- el gobierno de la burguesía continuo existiendo gracias solamente a la entrada en él de los representantes de las organizaciones obreras reformistas, que desde este momento se convirtieron en el apoyo más importante de la burguesía. Los mencheviques y socialrevolucionarios no sólo defendieron el gobierno provisional de los *soviets*, sino que también se sentaron con los ministros burgueses en el gobierno. Ebert y Scheidemann tenían la mayoría en los Consejos de Soldados y Trabajadores, pero al mismo tiempo se sentaron en el gobierno. En España, sin embargo, durante siete semanas críticas ningún representante obrero entró en el gobierno.

No era que la burguesía no los quisiera allí, o que los dirigentes obreros no quisieran o no estuviesen dispuestos a formar parte del Gabinete. Por la tarde del 19 de julio, cuando se confirmó definitivamente la toma de Barcelona por los obreros, Azaña, por fin, abandonó el intento de formar un “gabinete de paz” con Barrios a la cabeza. Giral fue nombrado primer ministro. Azaña y Giral le pidieron a Prieto y a Largo Caballero que

entraran en el Gabinete. Prieto estaba más que deseoso de hacerlo. Largo Caballero rechazó la propuesta de Giral y Prieto no osaba entrar sin él.

En Cataluña, durante los últimos días de julio, Companys metió tres dirigentes estalinistas en su Gabinete. Pero en tres días se vieron obligados a dimitir por exigencia de los anarquistas, que denunciaron su entrada como contraria a su papel de dirigentes en el Comité Central de las Milicias.

Así, pues, durante siete semanas los gobiernos burgueses permanecieron aislados de las masas al no contar con la protección de los ministros reformistas. Tampoco la conducta de los republicanos realzó su prestigio. Los funcionarios más cobardes se largaron a París. *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT, publicaba cada día una “Galería de Hombres Ilustres”, se trataba de los republicanos que se iban largando. El gobierno tenía en su poder una de las mayores reservas de oro, fuera de las de los grandes poderes imperialistas -más de 600 millones de dólares-; así y todo, no hizo ningún intento durante esos dos primeros meses de comprar armas en el extranjero. Alabó los intentos de Francia de organizar la “no-intervención”. Chillaba contra la toma de las fábricas por los obreros y la organización de la producción para la guerra. Denunciaba los comités de barrio y las patrullas obreras que estaban limpiando la retaguardia de reaccionarios.

El régimen catalán-burgués, dirigido por el astuto Companys -había sido una vez abogado de la CNT y conocía bien el movimiento obrero-, cabalgando sobre un levantamiento revolucionario mucho más intenso que el de Madrid, se portó mucho más inteligentemente que el de Azaña-Giral. En las primeras semanas rojas aceptó sin hacer preguntas cada paso dado por los obreros. Pero el Gabinete de Barcelona estaba todavía más aislado que el de Madrid. A los gobiernos de Madrid y Barcelona les faltaba el instrumento más indispensable de soberanía: las fuerzas armadas. El ejército regular estaba con Franco. La policía regular ya no existía como fuerza independiente, había sido arrastrada por la riada de obreros armados. La burguesía madrileña, aunque estaba despojada de su policía, la mayoría de la cual había sido enviada al frente voluntariamente o bajo presión de los obreros miraba con recelo el *status* oficial concedido a los dirigentes obreros de las milicias por el gobierno catalán. La discreta explicación dada por el dirigente de la Esquerra Jaime Miravittle es un libro abierto:

“El Comité Central de las Milicias nació dos o tres días después del movimiento (subversivo), en ausencia de una fuerza pública regular y cuando no había ejército en Barcelona. Por otra parte, ya no había Guardia Civil ni de Asalto, ya

que todos habían luchado tan duramente, unidos con las fuerzas del pueblo, y ahora forman parte de la misma masa y permanecen mezclados con ella. En estas circunstancias, las semanas pasadas sin que fuera posible reunir y reagrupar las fuerzas dispersas de la Guardia Civil y de Asalto” (*Heraldo de Madrid*, 4 de septiembre de 1936).

De hecho, la realidad es que a pesar del surgimiento del doble poder, a pesar del alcance del poder del proletariado en las milicias y su control de la vida económica, el estado obrero permanecía embriónico, atomizado, dispersado en las diversas milicias y comités de fábrica y comités locales de defensa antifascista constituidos conjuntamente por las diversas organizaciones. Nunca se llegó a centralizar en Consejos de Soldados y Obreros a nivel nacional, como se hizo en Rusia en 1917 y en Alemania en 1918-19. Únicamente cuando el doble poder asume tales proporciones de organización se plantea la alternativa de elegir entre el régimen actual y un nuevo orden revolucionario en que los Consejos se transforman en el estado. La revolución española no llegó nunca a este punto, a pesar del hecho de que el poder real del proletariado era mucho más grande que el poder ejercido por los obreros en la Revolución alemana o verdaderamente tan grande como el ejercido por los trabajadores rusos antes. *A nivel local*, y en cada columna de milicias, los obreros mandaban; pero en la cumbre estaba sólo el gobierno. Esta paradoja tiene una explicación muy sencilla: no había partido revolucionario en España listo para potenciar la organización de *soviets* de manera audaz y consciente.

Pero ¿acaso no hay una gran diferencia entre negarse a crear los órganos para derrocar a la burguesía y aceptar el papel de colaborador de clase con la burguesía? Absolutamente, no. En un periodo revolucionario las alternativas se balancean en el filo de una navaja: uno o el otro. Cada día que pasa es como una década en tiempo de paz. El “realismo” de hoy se transforma en la entrada a la colaboración con la burguesía mañana. La guerra civil es encarnizada. La burguesía liberal se ofrece a colaborar en la lucha contra los fascistas. Es evidente que los obreros deben aceptar ayuda. ¿Cuáles son los límites de esa colaboración? Los “sectarios” bolcheviques, en la lucha contra Kornilov, pusieron unos límites excesivamente agudos. Sobre todo aglutinaron el poder en las manos de los soviets.

En lo más acalorado de la lucha contra la contrarrevolución de Kornilov de septiembre de 1917, cuando Kerensky y los otros ministros burgueses del gobierno de Companys clamaban contra Franco, los bolcheviques avisaron a los obreros de que el gobierno provisional era impotente y que sólo los *soviets* podían vencer a Kornilov. Es una

carta especial dirigida al Comité Central del Partido Bolchevique, Lenin criticaba a los que lanzaban “frases acerca de la defensa del país”, “acerca del apoyo al gobierno provisional”. “Nosotros lucharemos, estamos luchando contra Kornilov, incluso como lo hacen las tropas de Kerensky, pero nosotros no apoyamos a Kerensky”, decía Lenin. “Por el contrario, nosotros desenmascaramos su debilidad. Esa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero es de gran importancia y no se debe olvidar.” Y no tenía la mínima intención de esperar hasta que la lucha contra Kornilov hubiera acabado para tomar el poder del estado. Por el contrario, declaraba Lenin, “incluso los acontecimientos de mañana pueden poner el poder en nuestras manos y entonces no lo abandonaremos” (*Obras*, vol. XXI, libro I, pág. 137). Lenin estaba dispuesto a colaborar con el mismo Kerensky en una unión técnico-militar. Pero con esta condición por delante: las masas organizadas en órganos *de clase*, elegidos democráticamente, donde los bolcheviques pudieran luchar para obtener la mayoría.

Sin organizar los *soviets* -consejos obreros- era inevitable que incluso los anarquistas y el POUM se inclinaran a la colaboración gubernamental con la burguesía. Pero ¿qué significa en la práctica el hecho de negarse a construir los *soviets* en medio de la guerra civil? Significa reconocer el derecho de la burguesía liberal a dirigir la lucha, que es tanto como decir: dictar sus límites políticos y sociales.

Así fue como todas las organizaciones obreras sin excepción se inclinaron cada vez más claramente al lado de la burguesía liberal. En las semanas intermedias, Azaña y Companys recuperaron la calma al ver que las conquistas de los obreros no finalizarían con la toma del poder estatal. Azaña reunió a todos los oficiales que, cogidos tras las líneas, se proclamaban republicanos. Al principio los oficiales podían tratar con las milicias sólo a través de los Comités de Milicias. Pero el método bolchevique de utilizar los conocimientos técnicos de los oficiales sin darles poder sobre los soldados sólo puede ser empleado en la cima de la transición del doble poder a un estado obrero o a un régimen soviético. Poco a poco los oficiales se hicieron con el mando directo.

El control del Tesoro y de los bancos por el gobierno -ya que los obreros, incluidos los anarquistas, no llegaron a tomar los bancos instituyendo simplemente una forma de control obrero que no era más que una defensa contra la fuga de capitales de los fascistas y para obtener préstamos de capital para fábricas colectivas- significó un poderoso medio de influencia para estimular a las numerosas empresas extranjeras (que no habían sido tomadas) a que colocasen representantes del gobierno en las fábricas, para intervenir en el comercio exterior, para facilitar el crecimiento rápido de pequeñas fábricas, tiendas y

comercios que se habían salvado de la colectivización. Madrid, al controlar las reservas de oro, las usaba como un argumento irrefutable en Cataluña en momentos en que Companys carecía de poder. Bajo el capitalismo actual, el capitalismo financiero domina industria y transporte. Esta ley económica no fue abrogada, aunque los obreros hubiesen tomado en sus manos las fábricas y los ferrocarriles. Todo lo que los obreros hicieron al tomar esas compañías fue transformarlas en *cooperativas de productores*, dejándolas sujetas a las leyes de la economía capitalista. Para que pudieran ser liberadas de esas leyes, toda la industria y el campo, *junto con* el capital bancario y las reservas de oro y plata, tendrían que transformarse en propiedad del estado obrero. Pero esto requería el derrumbamiento del estado burgués. La manipulación del capital financiero para contener el movimiento obrero es una fase de la lucha española que se merece un estudio cuidadoso y desarrollado e indudablemente dará nuevos discernimientos de la naturaleza del estado burgués. Esta arma fue abiertamente desatada con toda su fuerza mucho más tarde, pero incluso en las primeras siete semanas su cuidadoso uso permitió al régimen recuperar mucho terreno perdido.

En las mismas primeras semanas el gobierno, consciente de su debilidad, volvió al uso de uno de los instrumentos de poder estatal que más odiaban los obreros: la censura de prensa. Era particularmente odiada por el uso que el gobierno hizo de ella durante los últimos días antes de la rebelión fascista, cuando los avisos de los anarquistas y socialistas contra la inminente guerra civil fueron tachados. Azaña se apresuró a asegurar a la prensa que la censura se limitaría a noticias militares, pero esto no era más que un puente a la censura general. Los defensores incondicionales del Frente Popular, los estalinistas y socialistas de Prieto, lo aceptaron sin replicar. Un artículo imprudente en el estalinista *Mundo Obrero*, del 20 de agosto, condujo a la supresión del número. *Claridad*, de Caballero, aceptó a regañadientes. Los anarquistas y el POUM le siguieron. Únicamente el órgano de la Juventud Anarquista de Madrid le negó la entrada al censor. Pero la censura no era un problema aparte: inevitablemente sería la prerrogativa del poder estatal.

En agosto, la CNT entró en la Junta de Defensa Vasca, que no era, de ninguna manera, una organización militar, sino un gobierno regional en el que el partido de la alta burguesía vasca controlaba los puestos financieros e industriales. Este hecho -por primera vez en la historia los anarquistas participaban en un gobierno- fue recogido por la prensa anarquista sin ninguna explicación. Al POUM se le presentó una oportunidad excelente de ganar a la base de la CNT para la lucha por un estado obrero, pero el POUM no criticó el gobierno vasco, ya que él actuó idénticamente en Valencia.

La Ejecutiva Popular, con participación burguesa, se constituyó en Valencia como un gobierno regional. El POUM también entró aquí. En esos días el órgano central del POUM, *La Batalla*, pedía un gobierno de todos los obreros en Madrid y Barcelona: la contradicción entre esta reivindicación y la actitud tomada en Valencia no mereció su atención.

El Comité Central de las milicias catalanas -que había actuado como el Centro Militar durante los dos días del levantamiento- comenzó a emplear también la colaboración de la burguesía en actividades económicas. Si el Comité Central se hubiera transformado en un Cuerpo elegido democráticamente por delegados de las fábricas y de las columnas de milicias, hubiera tenido más poder y autoridad y, al mismo tiempo, habría reducido el papel de la burguesía a su actual fuerza en las milicias y las fábricas. Esta era la única solución al dilema. Pero la CNT no veía el problema y el POUM se mantuvo silencioso.

Finalmente, el 11 de agosto, se formó el Consejo de Economía por iniciativa de Companys, para centralizar la actividad económica. A pesar del cebo de un programa económico radical, esto fue, indiscutiblemente, una forma de colaboración socioeconómica bajo la hegemonía de la burguesía. Pero la CNT y el POUM entraron en él.

Así, en cada esfera, la burguesía se metía poco a poco. De este modo, los obreros fueron llevados paso a paso hacia un gobierno de coalición con la burguesía.

Para entender este proceso claramente hemos de examinar más de cerca las concepciones políticas de las organizaciones obreras.

V. La política de la clase obrera española

1. *Los socialistas de derechas*

Prieto, Negrín y Besteiro se aferraron constantemente a la teoría de que España tenía ante sí un período considerable de desarrollo capitalista. Besteiro y los otros se habían desprestigiado denunciando el hecho de que los obreros recurrieran a las armas en octubre de 1934. Pero Prieto, Negrín y sus principales aliados se habían portado por lo menos tan bien como Largo Caballero en la lucha asturiana y la huelga general sin cambiar, sin embargo, su perspectiva política. Habían llevado al Partido, a pesar, de la oposición de izquierda, a la coalición de febrero de 1936. Los socialistas de izquierdas, sin embargo, impidieron que Prieto entrara en el gobierno. Prieto había dicho claramente que si la izquierda se salía con la suya y ganaba el control del Partido, él estaba preparado a unirse a

la Izquierda Republicana de Azaña. En los meses anteriores a la guerra civil había llegado tan lejos que se había unido a Azaña para denunciar la ola de huelgas. En sus concepciones políticas, los socialistas de derechas no eran más que simples republicanos pequeño-burgueses que, en la lucha contra la monarquía, habían estimado correctamente que sólo ganarían el apoyo de las masas vistiéndose de socialistas. Durante la etapa republicana que se abrió en 1931, en la primera prueba sería demostraron ser hermanos de sangre de Azaña.

Prieto era un industrial vasco de considerable riqueza, su órgano *El Liberal*, de Bilbao, era uno de los más influyentes entre la burguesía. Décadas de colaboración de clases le habían proporcionado la completa confianza de la burguesía vasca. Más que ninguna otra figura, Prieto sirvió de puente de enlace entre los católicos, los capitalistas vascos de mente estrecha, los cínicos cosmopolitas de Azaña y las fuerzas estalinistas. Inflexible, rudo, capaz, Prieto no tenía ninguno de los temores subjetivos de los dirigentes de los partidos laboristas escandinavos y británicos. Era consciente del significado de la política en que Stalin se embarcó cuando empezó la guerra civil y por eso fue alabado por los portavoces estalinistas como hermano ideológico.

2. *Los estalinistas*

El programa político de los estalinistas en 1936 utilizaba un lenguaje muy diferente al que había utilizado en 1931, al denunciar de manera ultraizquierdista a Azaña, Prieto, Caballero, los anarquistas, etc., de “fascistas” y “socialfascistas”. Pero en esencia la política era la misma. En 1936, como en 1931, los estalinistas no querían una revolución proletaria en España.

Walter Duranty, apologista extraoficial del Kremlin, descubre su actitud en 1931:

“El primer comentario soviético sobre los acontecimientos españoles aparece en la editorial de hoy de *Pravda*, pero el órgano del Partido Comunista Ruso no parece demasiado contento con las perspectivas de lucha revolucionaria que se espera claramente, sigan a la caída de Alfonso...

El inesperado tono pesimista de *Pravda*... quizá se explique por la preocupación soviética de que los acontecimientos de España alteren la paz europea en este período crítico del plan quinquenal. Correcta o equivocadamente, aquí se cree que la paz de Europa depende literalmente de un hilo, que la acumulación de armamentos y los odios nacionales son más grandes que antes de la guerra y hacen la situación actual no menos peligrosa que en la primavera de 1914, y que los fuegos artificiales

españoles pueden provocar fácilmente una conflagración general” (*New York Times*, 17 de mayo de 1931).

“Paradójicamente, sin embargo, parece que Moscú se regocija de esta circunstancia -de hecho, se puede decir que si la revolución española “se inclina a la izquierda”, como espera Moscú, éste se siente más embarazado que contento...

Así, pues, en primer lugar, la Unión Soviética está excesivamente y quizá indebidamente nerviosa acerca del peligro de guerra y “observa con alarma” cualquier acontecimiento que pueda transformar el *status quo* europeo... En segundo lugar, la política actual del Kremlin defiende con mayor ahínco el éxito de la construcción socialista de Rusia que la revolución mundial...” (*New York Times*, 18 de mayo de 1931).

En 1931, el Kremlin se había asegurado su propósito con una política que impedía la colaboración con el resto de los partidos proletarios. De este modo, los comunistas estaban aislados del movimiento de masas, dividían sindicatos, rechazaban frentes unidos de organizaciones, atacaban otras asambleas de la clase obrera etc. En 1931, el Kremlin aspiraba solamente a mantener el *status quo* de Europa. En 1936, sin embargo, el Komintern adoptó una perspectiva diferente, que había sido elaborada en su VII Congreso. El nuevo curso era mantener *el status quo* durante el mayor tiempo posible, pero esta vez no sólo impidiendo revoluciones, sino colaborando activamente con la burguesía en los “países democráticos”. Esta colaboración estaba destinada, en caso de que comenzase una guerra, a garantizar a Rusia la alianza de Francia e Inglaterra. El precio que Rusia ofrecía pagar por una alianza con el imperialismo anglo-francés era la subordinación del proletariado a la burguesía. El “socialismo en un solo país” había revelado su significado completo como “no socialismo en ninguna otra parte”.

Lenin y los bolcheviques eran lo suficientemente realistas para permitir al estado soviético utilizar los conflictos entre los diferentes poderes capitalistas hasta llegar a usar uno contra el otro en caso de guerra. Más fundamental todavía en su política revolucionaria, sin embargo, era la doctrina de que, cualquiera que sean las alianzas militares soviéticas, el proletariado de cada país tenía el deber inalterable de oponerse a su “propia” burguesía en la guerra, derrocarla en el curso de la misma y reemplazarla por un gobierno revolucionario obrero que es el único aliado real posible de la Unión Soviética.

Este principio fundamental del marxismo fue rechazado por el VII Congreso del Komintern. El Partido Comunista Francés había declarado ya abiertamente que estaba preparado para apoyar a su burguesía en la guerra que se avecinaba. A pesar de esto, la frialdad inglesa había quitado fuerza al pacto franco-soviético. Incluso bajo Blum el pacto no había llevado todavía a discusiones entre los dos estados mayores. La guerra civil española dio al Kremlin una oportunidad de probar de una vez por todas a ambos imperialistas que no sólo el Kremlin no animaría ninguna revolución, sino que además estaba preparado a dar ejemplo aplastando una que, no obstante, había empezado.

Aparentemente, ni siquiera todos los corresponsales estalinistas extranjeros en Barcelona se habían dado cuenta, en los primeros días de la guerra civil, que el Komintern se había propuesto deshacer esta revolución que estaba casi terminada. El 22 de julio, el londinense *Daily Worker* decía en la editorial: “En España, socialistas y comunistas luchan hombro con hombro en encendida batalla para defender sus sindicatos y sus organizaciones políticas, para salvar la república española y para defender las libertades democráticas para poder avanzar *hacia una república soviética española.*” Y el mismo día, su representante barcelonés, Frank Pitcairn, telegrafiaba: “La milicia roja aplasta fascistas. Triunfo en Barcelona.” “Las fuerzas de la clase obrera unida llevan ya ventaja. Aquí las calles están siendo patrulladas por coches llenos de obreros armados que se encargan del orden y la disciplina. Las preparaciones para la formación de una milicia *permanente* siguen adelante.”

Los estalinistas españoles, sin embargo, se habían unido a Prieto y a Azaña en suplicar a los obreros que no tocasen la propiedad privada. Los estalinistas fueron los primeros en abrir las puertas de su prensa al censor. Fueron los primeros en pedir la liquidación de las milicias obreras y los primeros en entregar a sus milicianos a los oficiales de Azaña. No habían transcurrido más que dos meses de guerra civil cuando empezaron -lo que el gobierno no se atrevió a hacer hasta un año más tarde- una campaña asesina en contra del POUM y la juventud Anarquista. Los estalinistas pedían subordinación a la burguesía no sólo durante el período de la guerra civil, sino después también, “Es absolutamente falso -declaraba Jesús Hernández, editor de *Mundo Obrero* (6 de agosto de 1936)- que el actual movimiento obrero tenga la intención de establecer una dictadura proletaria después de que la guerra haya terminado. No se puede decir que nosotros tenemos un motivo social para participar en la guerra. Nosotros los comunistas somos los primeros en rechazar esta suposición. Nosotros estamos únicamente motivados por el deseo de defender la república democrática.”

L'Humanité, órgano del Partido Comunista Francés, publicaba el siguiente comunicado a primeros de agosto:

“El Comité Central del Partido Comunista de España nos pide que informemos al público, en respuesta a los fantasiosos y tendenciosos reportajes publicados por ciertos periódicos, que el pueblo español no está luchando por el establecimiento de la dictadura del proletariado, sino que tiene un solo fin: la defensa del orden republicano, respetando la propiedad privada.”

Al pasar los meses, los estalinistas adoptaron una postura todavía más firme contra todo menos contra el sistema capitalista. José Díaz, “adorado dirigente” del partido español, en la sesión plenaria del Comité Central del 5 de marzo de 1937, declaraba:

“Si al principio los diversos intentos inmaduros de “socialización” y “colectivización”, que fueron el resultado de un confuso entendimiento del carácter de la lucha presente, podían haber sido justificados por el hecho de que los grandes terratenientes e industriales habían abandonado sus haciendas y fábricas y que era necesario, a cualquier precio, continuar la producción, ahora, por el contrario, no se pueden justificar en absoluto. En el momento presente, cuando existe un gobierno del Frente Popular, en el que están representadas todas las fuerzas envueltas en la lucha contra el fascismo, tales cosas no sólo no son de desear, sino absolutamente intolerables” (*Communist International*, mayo de 1937).

Reconociendo que el peligro de una revolución proletaria venía primero de Cataluña, los estalinistas concentraron enormes recursos en Barcelona. Al no tener prácticamente organización propia allí, reclutaron a su servicio a los dirigentes obreros conservadores y a los políticos pequeño-burgueses, fundiendo el Partido Comunista de Cataluña con la sección catalana del Partido Socialista, la Unión Socialista (una organización nacionalista limitada a Cataluña) y *Catalá Proletari*, una división del burgués Esquerra. La fusión, el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), se afilió al Komintern. Sólo tenía unos cuantos miles de miembros al principio de la guerra civil, pero tenía ilimitados fondos y las hordas de funcionarios del Komintern. Se ganó a la moribunda sección catalana de la UGT y, cuando la Generalitat declaró obligatoria la sindicalización de todos los empleados, reclutó a la mayoría de los obreros y empleados más atrasados, que preferían esta respetable

institución a la radical CNT. Pero la gran base de los estalinistas en Cataluña fue la federación de comerciantes, industriales y hombres de negocios, las Federaciones de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales (GEPCI), que en julio se llamó sindicato y se afilió a la UGT catalana. La llamada sección catalana operaba en completa independencia de la Ejecutiva Nacional de la UGT, controlada por Largo Caballero. Por consiguiente, como jefe y más riguroso defensor de la burguesía, el PSUC reclutó militantes intensamente en las filas de Esquerra Catalana.

Los estalinistas siguieron un curso similar en el resto de España. Desde el principio, el sindicato agrícola de la CNT y la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (UGT) -ambas apoyaban la colectivación de la tierra- acusaron a los estalinistas de organizar sindicatos aparte con los campesinos ricos que se oponían a la colectivación. El partido estalinista creció más rápidamente que ningún otro, ya que abrió sus puertas de par en par. Dudosos elementos burgueses se apuntaron en masa para protegerse. Tan pronto como el 19 y 20 de agosto de 1936 *Claridad*, el órgano de Caballero, acusaba a la estalinista Alianza de Escritores Antifascistas de albergar reaccionarios⁶.

Cuando, tras los tres largos meses de boicot, en la tercera semana de octubre los primeros aviones y armas soviéticas llegaron finalmente, el Partido Comunista, que hasta entonces había estado a la defensiva, incapaz de responder al agudo criticismo del POUM sobre la negativa de Stalin a mandar armas, recibió un ímpetu tremendo. De aquí en adelante sus propuestas vinieron acompañadas siempre con la amenaza de que Stalin no mandaría más aviones y armas. En Madrid y en Valencia, el embajador Rosenberg, y en Barcelona el cónsul general Antonov-Ovseyenko, pronunciaban discursos políticos indicando abiertamente sus preferencias. Cuando en noviembre se celebró el aniversario de la Revolución rusa en Barcelona (en un desfile en que participaron todos los partidos burgueses), Ovseyenko terminó su discurso con “Viva el pueblo catalán y su héroe, el presidente Companys”, a los obreros no les quedó ninguna duda de a qué clase apoyaba el Kremlin⁷.

⁶ H. H. Brailsford, socialista británico y defensor del Frente Popular, dice: “El Partido Comunista ya no es primordialmente un partido de obreros industriales o ni siquiera un partido marxista, y esta situación debiera ser permanente. Me apoyo para esta afirmación en la composición social del Partido Comunista en Cataluña y en España.” (*New Republic*, 9 de junio de 1937.)

⁷ Hay un incidente extraordinario que merece ser mencionado. El 27 de noviembre de 1936, *La Batalla* pudo demostrar que la CNT, UGT, el Partido Socialista y la Izquierda Republicana estaban todos a favor de la representación del POUM en la Junta de Defensa de Madrid; así y todo, el POUM no estaba

Sólo hemos esbozado la política estalinista lo suficiente para encuadrarla. La veremos crecer más abiertamente, ruda y contrarrevolucionaria, durante el año siguiente.

3. *Largo Caballero: La izquierda socialista y la UGT*

Largo Caballero pertenecía a la misma generación de Prieto. Ambos habían alcanzado la madurez bajo la monarquía y se habían formado siguiendo el ala derecha de la socialdemocracia alemana. Como dirigente de la UGT, Largo Caballero había aceptado en silencio la supresión de la CNT por Primo de Rivera. Más todavía, lo había aprobado, al aceptar un puesto del dictador en el Consejo de Estado. Había entrado en el gobierno de coalición de 1931-33 como ministro de Trabajo y había patrocinado una ley para continuar los Consejos Arbitrarios Mixtos para regular las huelgas. “Introduciremos arbitrio obligatorio. Las organizaciones obreras que no se sometan a él serán declaradas fuera de la ley”, declaraba el 23 de julio de 1931. Bajo su ministerio, era contrario a la ley declararse en huelga por razones políticas o sin diez días de notificación por escrito al jefe. No se podía llevar a cabo ninguna asamblea sindical o laboral sin la policía presente. Junto con Prieto, Largo Caballero habían defendido la represión contra los campesinos sedientos de tierra y los miles de arrestos por razones políticas.

Después del colapso de la coalición de 1931-33, una fuerte corriente de izquierda se desarrolló, primero en las juventudes Socialistas, pidiendo una reorientación del Partido. En 1934, Largo Caballero inesperadamente se declaraba a favor de ello. Había leído, decían sus

representado. ¿Cómo era posible que la oposición estalinista por sí sola impidiera al POUM, con sus columnas de milicias en todos los frentes, estar representado? ¿Podían los estalinistas por sí solos ejercer el veto? La respuesta estaba en la intervención de la embajada soviética. “Es intolerable que, como factura por la ayuda que nos dan, intenten imponernos sus normas políticas terminantemente, terminantes vetos, intervenir e incluso dirigir nuestra política”, se quejaba *La Batalla*. El incidente del Consejo de Defensa de Madrid, el discurso de Ovseyenko en noviembre, los discursos de Rosenberg, fueron los incidentes públicos que levantaron al POUM; a través de su puesto en el gabinete en la Generalitat tuvieron conocimiento de incidentes incluso más serios a los que no se podían referir por estar en el gobierno.

La nota a la prensa del cónsul general Ovseyenko, contestando al POUM, probablemente no tiene paralelo en toda la historia de la diplomacia. Parecía una editorial de Mundo Obrero, denunciando las “maniobras fascistas” del POUM, como un “enemigo de la Unión Soviética”. Pero antes de un año, Ovseyenko fue más lejos. El 7 de diciembre el POUM pidió a la Generalitat que ofreciera asilo a Leon Trotski. Antes de que la Generalitat respondiera, el cónsul general soviético declaraba a la prensa (*La Prensa* lo recogía aquí) que si le era permitido entrar en Cataluña a Trotski, el gobierno soviético cortaría toda ayuda a España. Verdaderamente el despotismo burocrático no podía ir más lejos.

amigos, a Marx y a Lenin por primera vez después que lo echaran del gobierno. Sin embargo, el grupo de Largo Caballero no se preparó seriamente para el levantamiento de 1934. En Madrid, donde eran más fuertes, el levantamiento no llegó a ir más lejos de una huelga general. Al ser juzgado por incitar la insurrección -fue absuelto-, Largo Caballero negó los cargos.

Aunque se declaraba en contra de coaliciones y por la revolución proletaria, Largo Caballero, sin embargo, estuvo de acuerdo con la coalición electoral de febrero de 1936 y apoyó el Gabinete de Azaña en todas las cuestiones esenciales en las Cortes. La postura de Largo Caballero, de hecho, era no repetir su papel de ministro de Trabajo en la coalición de 1931-1933, pero apoyar a Azaña desde fuera del Gabinete, y así tener libertad de crítica. Difícilmente se podía llamar a esto implacabilidad revolucionaria. Era simplemente una forma de crítica leal, que no ponía en peligro el régimen burgués. Durante la ola de huelgas de febrero a julio (1936), Largo Caballero fue criticado duramente por la CNT y por su propia base por desanimar las huelgas. Al abogar ardientemente por la fusión de los partidos Comunista y Socialista, él fue el mayor responsable de la fusión de las juventudes comunistas y socialistas. Había recuperado su posición entre la izquierda del Partido, al dirigir la lucha para impedir a Prieto aceptar el puesto de primer ministro. En la lucha que siguió, la Ejecutiva de Prieto puso a *Claridad* (el periódico de Largo Caballero) fuera de la ley, reorganizó los distritos del partido pro-Largo Caballero y pospuso indefinidamente el Congreso del Partido. La escisión era inevitable, pero la guerra civil intervino y para presentar una imagen de armonía, las fuerzas de Largo Caballero cedieron a Prieto el centro nacional del Partido.

Durante el momento de mayor auge del movimiento obrero en las primeras semanas de la guerra civil, Largo Caballero chocó con el bloque Azaña-Prieto-estalinistas. Mientras la disciplina en los cuarteles y la administración de la alimentación, alojamiento y nóminas, estaban en las manos de las organizaciones obreras, y las milicias organizaban libremente discusiones sobre cuestiones políticas, la casta militar burguesa no podía tener ninguna esperanza de asegurarse la primacía real. Por tanto, el gobierno, como primer ensayo, llamó a alistarse a 10.000 soldados reservistas como una fuerza separada bajo control directo del gobierno. Los estalinistas defendieron la propuesta. “Algunos camaradas han visto en la creación del nuevo ejército voluntario una amenaza al papel de las milicias”, decía *Mundo Obrero* el 21 de agosto. Los estalinistas negaban la posibilidad y terminaba: “Nuestro *slogan*, hoy como ayer, se aplica también aquí. Todo para el Frente Popular y todo por el Frente Popular.”

Esta postura, totalmente reaccionaria, fue efectivamente denunciada por *Claridad*, el órgano de la UGT:

“Pensar en otro tipo de ejército para sustituir a los que actualmente luchan y que en cierto modo controlan su propia acción revolucionaria es pensar en términos contrarrevolucionarios. Eso es lo que Lenin dice (*El Estado y la Revolución*): “Cada revolución, tras la destrucción del aparato del estado, nos enseña cómo la clase gobernante restablece cuerpos especiales de hombres armados a ‘su’ servicio, y cómo las clases oprimidas intentan crear una nueva organización de un tipo capaz de servir no a los explotadores, sino a los explotados.”

Nosotros... debemos cuidar de que las masas y los dirigentes de las fuerzas armadas, que deben ser sobre todo el pueblo en armas, no se nos escapen de las manos” (*Claridad*, 20 de agosto de 1936).

A pesar de todo, Largo Caballero y el resto de los dirigentes de la izquierda socialista, en esas primeras semanas críticas se acercaron más a Azaña, Prieto y los estalinistas. Se estaba demostrando que el doble poder era un método embarazoso e inadecuado para organizar la lucha contra las fuerzas fascistas. Sólo se presentaban dos alternativas inexorables: unirse al gobierno de coalición o reemplazar el poder burgués por un régimen enteramente obrero.

Sin embargo, aquí los errores programáticos demuestran sus terribles resultados prácticos. En abril de 1930 el grupo dirigente de la izquierda socialista, la organización de Madrid, había adoptado un nuevo programa pronunciándose a favor de la dictadura del proletariado. ¿Qué forma de organización tomaría? Luis Araquistain, el ideólogo de Largo Caballero, defendía que España no necesitaba *soviets*. Consecuentemente, el programa de abril había incorporado la concepción de que “el órgano de la dictadura del proletariado sería el Partido Socialista”. Pero el aplazamiento del Congreso por Prieto impidió a la izquierda socialista tomar el control formal del Partido y desistió de seguir luchando por el control al estallar la guerra civil. Más todavía, de acuerdo con su programa, tendrían que esperar hasta que el Partido incluyera a la mayoría del proletariado. Este fallo programático significaba no prever la necesidad de que socialistas, comunistas, anarquistas, poumistas, etcétera, estuviesen unidos a los sectores más atrasados de las masas, para la acción conjunta, a través de los consejos obreros (*soviets*). Esta distorsión de las lecciones de la Revolución rusa fue un error fatal que la izquierda socialista no debería haber cometido y

especialmente en España, con sus tradiciones anarquistas. De esta manera daban la razón a los dirigentes anarquistas cuando criticaban a comunistas y socialistas de entender por dictadura del proletariado la dictadura de un partido.

El camino de la dictadura del proletariado estaba claramente ante los ojos del proletariado. Lo que hacía falta era dar a los comités de fábrica, de milicias, de campesinos un carácter democrático haciendo que fueran elegidos por todos los trabajadores en cada unidad; juntar a esos delegados en cada pueblo, ciudad, provincia, que a la vez mandaría delegados electos al congreso nacional. En verdad, la forma soviética no resolvería por sí misma el problema entero. Una mayoría reformista en el Comité Ejecutivo rechazaría la toma del poder del estado. Pero los trabajadores siempre encontrarían en los *soviets* su órgano natural de lucha hasta que elementos genuinamente revolucionarios en los diferentes partidos se juntaran para ganar una mayoría revolucionaria en el Congreso y establecer un estado obrero.

El camino estaba claramente ante los ojos del proletariado, pero, no por casualidad, el programa para recorrer ese camino no lo habían heredado los socialistas de izquierdas. Largo Caballero criticaría, se quejaría, atacaría, pero no ofrecería ninguna alternativa a la coalición con la burguesía. Finalmente se convirtió en la cabeza de la coalición.

4. *CNT-FAI: La Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica*

Los seguidores de Bakunin tienen en España raíces más profundas que los marxistas. La CNT había sido tradicionalmente anarquista en la dirección. La corriente de la Revolución de Octubre se había apoderado de la CNT por algún tiempo, Mandó un delegado al Congreso de 1921 del Komintern. Entonces los anarquistas recurrieron al trabajo de fracción organizada y la recuperaron. Desde entonces, aunque continuando con tradicionales epítetos contra los partidos políticos, el anarquismo español tenía en la FAI un aparato altamente centralizado a través del cual controlaba la CNT.

A pesar de ser ferozmente perseguida por Alfonso y Primo de Rivera hasta el punto de ser disuelta por un tiempo, la CNT, desde 1931 en adelante, gozaba de una indiscutible mayoría en los centros industriales de Cataluña y gran implantación en otras partes. Después del comienzo de la guerra civil, era sin duda mayor que la UGT (algunas de sus secciones mayores estaban en territorio fascista).

Hasta ahora, en la historia de la clase obrera, el anarquismo nunca había sido probado a gran escala. Ahora, dirigiendo grandes masas, iba a tener una tarea definitiva.

El anarquismo se ha negado continuamente a reconocer la distinción entre un estado burgués y un estado obrero. Incluso en los días de Lenin y Trotsky, el anarquismo denunciaba a la Unión Soviética de ser un régimen de explotadores. Precisamente el fallo de no distinguir entre un estado burgués y un estado obrero habían llevado a la CNT, en los felices días de la revolución de 1931, al mismo tipo de errores oportunistas que cometen siempre los reformistas -quienes, a su manera, tampoco distinguen entre estado burgués y estado obrero. Dominada por los “himnos de la revolución”, la CNT había saludado benévolamente la república burguesa: “Bajo un régimen de libertad, la revolución incruenta es más posible todavía, incluso más fácil que bajo la monarquía” (*Solidaridad Obrera*, 23 de abril de 1931). En octubre de 1934 se inclinó al otro extremo, igualmente falso, de negarse a unirse con los republicanos y socialistas en la lucha armada contra Gil-Robles (con la honorable excepción de la organización regional de la CNT de Asturias).

Ahora, bajo los humos todavía más poderosos de “la revolución del 19 de julio”, cuando los habituales límites entre lo burgués y lo proletario se habían fundido de momento, la tradicional negación anarquista a distinguir entre el estado burgués y el proletario les llevó lenta, pero decididamente, a un ministerio de un estado burgués.

Lógicamente, puede parecer que las falsas ideas anarquistas sobre la naturaleza del estado les debieran haber llevado a negarse rotundamente a participar en el gobierno. A pesar de controlar la industria catalana y las milicias, los anarquistas, sin embargo, tenían la intolerable posición de poner objeciones a la necesaria centralización y coordinación administrativa del trabajo que ellos mismos habían empezado ya. Se tiene que despojar de su antiestatismo “como tal”. Lo que quedó, para llevarlos al desastre al final, fue su negativa a reconocer la diferencia entre un estado burgués y un estado obrero.

Realmente, la colaboración de clases está encerrada en el corazón de la filosofía anarquista. Está escondida, durante los periodos de reacción, por el odio anarquista a la represión capitalista, pero en un período revolucionario de doble poder tiene que salir a la superficie. Ya que entonces el capitalismo ofrece con una sonrisa colaborar en la construcción del nuevo mundo. Y el anarquista, estando en contra de “toda dictadura”, incluyendo la dictadura del proletariado, pedirá al capitalista simplemente que se deshaga del aspecto capitalista, lo que éste, naturalmente, aceptará, para preparar mejor el aplastamiento de los obreros.

Hay un segundo principio fundamental en la teoría anarquista que lleva en la misma dirección. Desde Bakunin, los anarquistas han acusado a los marxistas de sobrestimar la importancia del poder estatal y los han comparado con la preocupación del pequeño

burgués intelectual por ocupar lucrativos puestos administrativos. El anarquismo pide a los obreros que se vuelvan de espaldas al estado y tomen el control de las fábricas como la real fuente de poder. Teniendo asegurada la fuente última de poder (relaciones de propiedad), el poder estatal se derrumbará para no ser reemplazado nunca. Los anarquistas españoles fueron incapaces de comprender que fue únicamente el derrumbamiento del poder estatal, al pasarse el ejército al lado de Franco, lo que les permitió tomar las fábricas y que, si se permitía a Companys y sus aliados reconstruir el estado burgués, pronto les serían arrebatadas las fábricas a los obreros. Intoxicados por su control de las fábricas y las milicias, los anarquistas creyeron que el capitalismo había desaparecido ya de Cataluña. Hablaban de la “nueva economía social” y Companys estaba demasiado deseoso de hablar como ellos, ya que esto cegaría a los anarquistas pero no a él.

5. *El POUM*

Esta era una excelente oportunidad incluso para un partido revolucionario pequeño. Los *soviets* no pueden ser construidos a voluntad, sino que sólo pueden ser organizados en un período de doble poder, de levantamiento revolucionario. Pero en el período en que son necesarios, un partido revolucionario puede promover su creación, a pesar de la oposición de los partidos reformistas más poderosos. En Rusia, los mencheviques y socialrevolucionarios, particularmente después de julio, trataron de disipar la fuerza de los *soviets* en el gobierno, trataron de desalentar su funcionamiento o la creación de otros nuevos sin ningún éxito, a pesar del hecho de que estos reformistas todavía esgrimían una mayoría en los *soviets*. En Alemania, los dirigentes socialdemócratas, incluso más determinadamente, ya que tenían las lecciones rusas frescas ante ellos, trataron de prevenir la creación de consejos de obreros y soldados. En España, la oposición directa de los estalinistas y Prieto, la oposición “teórica” de Largo Caballero y los anarquistas, no hubieran sido eficaces, ya que las unidades básicas de los *soviets* estaban ya allí, en la fábrica, milicia, y los comités campesinos, y sólo necesitaban ser democratizados y unidos a nivel local. En ciudades industriales controladas por el POUM, como Lérida y Gerona, si se hubiera dado el ejemplo de delegados elegidos en cada fábrica y taller, unidos a delegados de las patrullas obreras y de las milicias para crear un Parlamento obrero que funcionara como el cuerpo gobernante de la zona, esto hubiera contagiado a Cataluña e iniciado un proceso idéntico en el resto del país.

El POUM era la única organización que parecía apropiada para tomar sobre sí la tarea de crear los *soviets*. Sus dirigentes habían sido los fundadores del movimiento

comunista en España. Sin embargo, tenía sus debilidades. La mayoría provenían del Bloque de Obreros y Campesinos de Maurín, cuya célula había colaborado con Stalin en el período 1924-28 en mandar al Partido Comunista Chino al Kuomintang, “bloque de cuatro clases”; en crear partidos de jornaleros y granjeros y de “dos clases” de “obreros y granjeros” (un caprichoso nombre para un bloque con reformistas y la burguesía liberal), y, en una palabra, en el completo curso del oportunismo de esos años. Maurín y sus seguidores habían terminado con el Komintern no por esas cuestiones básicas, sino por otras razones -la cuestión nacional catalana, etc.-, cuando el Komintern había vuelto al unionismo dual, “socialfascismo”, etc., en 1929. Por otra parte, la fusión de los maurinistas con la antigua Izquierda Comunista (trotskistas) dirigida por Andrés Nin y Juan Andrade -cuya negativa previa a diferenciarse agudamente de la ideología maurinista había sido el objeto de años de controversia en la Oposición de Izquierdas Internacional- era un amalgamamiento sin conciencia, en que los elementos de la Izquierda Comunista adoptaron un programa “conjunto” que era simplemente el viejo programa de Maurín, del que Trotsky había dicho en junio de 1931:

“Todo lo que he escrito en mi último libro *La revolución española en peligro*, contra la política oficial del Komintern en la cuestión española, se aplica enteramente a la Federación Catalana (Bloque de Obreros y Campesinos)..., representa un puro “Kuomintangismo” trasplantado a suelo español. Las ideas y métodos contra los que la oposición luchó implacablemente cuando se trataba de la cuestión de la política china del Kuomintang, encuentra su expresión más desastrosa en el programa de Maurín... Un falso punto de partida durante una revolución se traduce inevitablemente en el curso de los acontecimientos al lenguaje de la derrota” (*The Militant*, 1 de agosto de 1931).

Los primeros frutos de la fusión habían sido escasamente tranquilizadores. Después de los meses de campaña contra una coalición con la burguesía, el POUM, de la noche a la mañana, entró en la coalición electoral de febrero de 1936. Renunció a la coalición tras las elecciones, pero en la víspera misma de la guerra civil (*La Batalla*, 17 de julio) pedía un “gobierno auténtico del Frente Popular, con la participación (ministerial) directa de los partidos Socialista y Comunista” para “completar la experiencia democrática de las masas” y acelerar la revolución -un *slogan* absolutamente falso, que no tenía nada en común con el método bolchevique de demostrar la necesidad de un estado obrero y la imposibilidad de

reformular el estado burgués forzando a los reformistas a tomar el poder gubernamental *sin* los ministros burgueses.

Sin embargo, muchos tenían la esperanza de que el POUM tomaría la iniciativa para organizar los *soviets*. Nin estaba ahora a la cabeza del Partido. En los primeros años de la Revolución rusa, había sido un dirigente de la Unión Internacional Roja del Trabajo. ¿Resistiría el provincianismo de las células dominados por Maurín? Los obreros del POUM mejor entrenados políticamente que los anarquistas, jugaron un gran papel, totalmente desproporcionado con su número en las primeras semanas revolucionarias, tomando las tierras y las fábricas. De 8.000 habitantes, la víspera de la guerra civil, el POUM creció rápidamente, aunque continuó siendo, esencialmente, una organización catalana. En los primeros meses cuadruplicó su número. Su influencia creció todavía más de prisa como prueba el hecho de que reclutó más de 10.000 milicios bajo su bandera.

La creciente marea de coalicionismo, sin embargo, sumergió al POUM. Las premisas teóricas para ello estaban presentes en la ideología maurinista, a la que Nin se había plegado en la fusión. Los dirigentes del POUM se adhirieron a fa CNT. En vez de competir abiertamente con los anarco-reformistas por la dirección de las masas, Nin buscó ilusoriamente fuerza identificándose con ellos. El POUM mandó sus militantes a la insignificante y heterogéneo UGT catalana, en vez de competir por la dirección de los millones de obreros de la CNT. Las milicias organizadas del POUM circunscribieron su influencia en vez de mandar sus fuerzas a las enormes columnas de la CNT, a las que se unían las secciones decisivas del proletariado. *La Batalla* señalaba la tendencia de los sindicatos de la CNT a tratar la propiedad colectivizada como suya propia. Nunca atacaba las teorías anarco-reformistas que crearon la tendencia. En el año siguiente, nunca hizo un ataque de principios a los dirigentes anarco-reformistas, ni siquiera cuando los anarquistas estuvieron de acuerdo en la expulsión del POUM de la Generalitat. Lejos de dirigir una acción conjunta con la CNT, esta falsa política permitió a la CNT-FAI volver la espalda al POUM con total impunidad.

Más de una vez, en los días de Marx y Engels, y en los primeros años revolucionarios del Komintern, una dirección nacional débil había sido corregida por sus colaboradores internacionales. Pero los contactos internacionales del POUM estaban a la derecha del Partido español. El Comité Internacional de Unidad Socialista Revolucionario -principalmente el ILP (Partido Laborista Independiente) británico y el SAP alemán- lanzó un manifiesto para el proletariado español el 17 de agosto de 1936, que no contenía una sola palabra de crítica al Frente Popular. El SAP iba a ensedarse muy pronto en un Frente

Popular, mientras el ILP se uniría al Partido Comunista en una Campaña de Unidad. Tales eran los hermanos ideológicos por los que Nin y Andrade renunciaron al “trotskismo”: el movimiento para la construcción de la Cuarta Internacional. Bien es verdad que la Cuarta Internacional eran pequeñas organizaciones comparadas con los partidos reformistas de Europa, pero le ofrecían al POUM la ayuda más rara y preciosa: un análisis marxista consistente de los acontecimientos españoles y un programa revolucionario para derrotar al fascismo. Nin fue más “práctico” y renunció a la oportunidad de dirigir la revolución española.

VI. El programa del gobierno de coalición de Largo Caballero

¿Es necesario, a estas alturas, explicar que el Gabinete de tres hombres de Largo Caballero, tres de Prieto, dos estalinistas y cinco ministros burgueses, que se formó el 4 de septiembre de 1936, era un gobierno burgués, un gobierno típico de colaboración de clases?

Aparentemente todavía es necesario, ya que tan tarde como el 9 de mayo de 1937 una declaración del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista USA caracterizaba a este régimen como un “gobierno provisional revolucionario”.

En la toma de posesión del nuevo primer ministro, Giral dijo: “Permanezco como ministro en el Gabinete para demostrar que el nuevo gobierno es una ampliación de la vieja forma desde el momento en que el presidente del gobierno que dimite continúa formando parte del nuevo.”

Largo Caballero resumió bastante concisamente el programa de su gobierno en las Cortes:

“Este gobierno ha sido constituido, tras la previa renuncia de los que lo formamos a defender nuestros principios y tendencias particulares para permanecer unidos en una sola aspiración: defender a España en su lucha contra el fascismo” (*Claridad*, de octubre de 1936).

Ciertamente, caballero había renunciado a sus principios, pero no la burguesía y los estalinistas. Ya que el campo común en que se unieron a Largo Caballero para formar el gobierno era la continuación del viejo sistema burgués.

La declaración programática del nuevo Gabinete no contenía nada que no hubiera podido firmar el anterior gobierno. El punto segundo es su esencia:

“El programa ministerial significa esencialmente la firme decisión de asegurar el triunfo sobre la rebelión, coordinación de las fuerzas del pueblo, a través de la unidad de acción requerida. Todos los intereses políticos se subordinaron a esto, dejando de lado las diferencias ideológicas, ya que en este momento no puede haber otra meta para asegurarse la liquidación de la insurrección” (*Claridad*, 5 de septiembre de 1936).

¡Ni una palabra sobre la tierra! ¡Ni una palabra sobre los comités de fábrica! Y, “como representantes del pueblo”, estos “demócratas” convocaron las antiguas Cortes, elegidas el 16 de febrero por un acuerdo electoral que había dado la mayoría a la burguesía en el conjunto de los candidatos.

Unas pocas semanas antes de aceptar el puesto de primer ministro, Largo Caballero había atacado (a través de *Claridad*) la idea de separar la revolución de la guerra. Había protestado contra el desplazamiento de las milicias. Ahora se convertía en el dirigente de la reconstrucción del estado burgués. ¿Qué había pasado?

No hace falta que especulemos sobre lo que pasaba dentro de su cabeza. El evidente cambio reflejado en *Claridad* era que en vez de depender de la clase obrera española y de la ayuda de la clase obrera internacional, Largo Caballero puso ahora sus esperanzas en ganarse la ayuda de las “grandes democracias”, del imperialismo anglo-francés.

El 2 de septiembre, en una entrevista con la agencia Havas, Prieto se había declarado “contento de que el gobierno francés había tomado la iniciativa en la propuesta de no-intervención”, aunque “no tiene el alcance que Francia quiere darle”. “Cada día es más urgente para Francia trabajar con más energía para evitar problemas para todos.”

¿Por qué actúa la CNT como si nos encontráramos ante una revolución completa?, se quejaba *El Socialista*:

“Nuestra ley geográfica no es la misma de la inmensa Rusia, en cualquier caso. Y tenemos que tener en cuenta la actitud de los estados que nos rodean para determinar nuestra propia actitud. No nos dejemos llevar por la fuerza espiritual por la razón, sino en conocer cómo renunciar a cuatro para ganar un ciento. Esperamos todavía que la opinión que de los acontecimientos españoles tienen ciertas

democracias cambie, y sería una pena, una tragedia comprometer esas posibilidades acelerando la velocidad de la revolución, que en este momento no conduce a una solución positiva” (*El Socialista*, 5 de octubre de 1936).

Los típicos socialdemócratas de la escuela de Prieto podían decir de esta manera, con toda sencillez, lo que el “Lenin español”, Largo Caballero, y los ex leninistas, el Stalintern, tenían que ocultar: Se estaban confabulando con el imperialismo anglo-francés para estrangular la revolución. Hasta fecha tan avanzada como el 24 de agosto, Caballero había esperado que la intransigencia de Hitler bloqueara la formación del comité de no-intervención. Pero con el embargo, en esa fecha, de los cargamentos de armas por parte de Hitler y la declaración soviética de adherencia, estaba claro que el bloqueo español duraría bastante tiempo. La cuestión se planteó agudamente: luchar contra el bloqueo de no-intervención y denunciar a Blum y a la Unión Soviética por apoyarlo o aceptar la perspectiva estalinista de ganarse gradualmente a Francia y a Gran Bretaña, demostrando la respetabilidad burguesa y estabilidad del gobierno español. En otras palabras, aceptar la perspectiva de la revolución proletaria y la necesidad de levantar al proletario internacional en ayuda de España y, por tanto, extender la revolución a Francia o aceptar la colaboración de clases en España y en el extranjero. Cuando no había más remedio que elegir una de las dos alternativas, Largo Caballero eligió la última. En pocos días, su compañero Álvarez del Vayo fue a postrarse a los pies de los imperialistas de la Liga de las Naciones.

Largo Caballero comprendía muy bien que para mover a las masas españolas a esfuerzos supremos era necesario ofrecerles un programa de reconstrucción social. En una circular del Ministerio de la Guerra de Largo Caballero a los comisarios políticos que estaban en el frente de guerra decía:

“Es necesario convencer a los contendientes de que están defendiendo el régimen republicano con sus vidas y que al final de la guerra la organización del estado sufrirá una modificación profunda. Desde la presente estructura iremos a una estructura social, económica y jurídica orientada en beneficio de las masas trabajadoras. Tendremos que imbuir tales concepciones en el espíritu de las tropas por medio de ejemplos simples y sencillos” (*Gaceta de la República*, 7 de octubre de 1936).

Pero Largo Caballero probablemente esperaba que las masas se pudieran convencer con palabras, mientras que los astutos imperialistas británicos y franceses se contentarían únicamente con hechos.

Mover al campesinado a la lucha, obtener sus mejores hijos para la guerra, no como reclutas sombríos y desmoralizados valientes -obtener el alimento y fibras necesarias para alimentar y vestir al ejército y la retaguardia-, sólo podía hacerse dando la tierra al campesinado, tierra a los campesinos que la trabajan. Era necesario dar la tierra a los jornaleros en usufructo y conservando la propiedad nacionalizada. Propaganda para la libertad, etc., no es suficiente. Estos no son los granjeros americanos o franceses que ya tienen algo de tierra, suficiente para vivir de ella sin pasar hambre:

“La miseria todavía azota Extremadura, Albacete, Andalucía, Cáceres y Ciudad Real. No se trata de una exageración literaria cuando se dice que los campesinos se mueren de hambre. Hay pueblos en las Hurdes, en la Mancha donde los campesinos, totalmente desesperados, ya no se revuelven. Comen raíces y frutas. Los acontecimientos de Yeste (toma de la tierra) son dramas de hambre. En Navas de Estena, a unas treinta millas de Madrid, tenedores y camas son desconocidos. La dieta principal del pueblo consiste en sopa hecha con pan, agua, aceite y vinagre.”

Estas palabras no son de un agitador trotskista, sino del testimonio involuntario de un funcionario estalinista (*INPRECORR*, 1 de agosto de 1936). ¿Cómo se puede esperar seriamente mover estos abismos, si no es tomando la única medida que les puede convencer que están ante una nueva era: darles la tierra? ¿Se puede esperar de ellos que “defiendan la república” -la de Azaña-, que los había matado como a perros por tomar la tierra y el grano?

Ahora los campesinos y obreros agrícolas habían tomado la tierra -no en todas partes todavía-, pero todavía no estaban seguros de que el gobierno no se lo permitiera sólo como una medida provisional a causa de la guerra y que no tratara de quitársela más adelante. Lo que los campesinos querían era un decreto nacional nacionalizando el campo en todo el país, dándolo después en usufructo a los que lo trabajaban para que ningún usurero se lo pudiera quitar nunca más. Igualmente, los labradores querían el poder de asegurar su tenencia de la tierra, y eso sólo podía ser posible con un gobierno de su propia carne y hueso -un régimen de obreros y campesinos.

¿Es que es necesaria una gran imaginación para ver el efecto que un decreto tal tendría sobre las fuerzas fascistas? No sólo sobre los campesinos hambrientos de tierra en las zonas fascistas, sino, sobre todo, sobre los hijos de los campesinos que formaban las filas del ejército fascista y que habían sido engañados por los oficiales en lo que se refería a las causas del conflicto. Unos cuantos aviones llenos de panfletos tirados sobre los frentes fascistas, anunciando el decreto sobre la tierra, valdrían más que un ejército de un millón de hombres. Ningún otro movimiento del lado republicano podía sembrar más desmoralización y descomposición en las filas fascistas.

Pero treinta años de “dirigente responsable” habían dejado una huella demasiado profunda. Las fuerzas internas de las masas habían sido durante demasiado tiempo objeto de preocupación y miedo para Largo Caballero, algo que él había tenido que contener y canalizar dentro de límites seguros. El decreto sobre la tierra del 7 de octubre de 1936 se limitaba a legalizar el reparto de haciendas pertenecientes a conocidos fascistas, las propiedades pertenecientes a terratenientes ricos, explotadores campesinos, etc., permanecieron intactas, La angustiada espera del campesinado se frustró.

Los obreros de la UGT en las fábricas, talleres y ferrocarriles estaban organizando sus comités de fábrica, ocupando las factorías. ¿Qué podía decirles a ellos Largo Caballero? El gobierno intervino rápidamente en Valencia y en Madrid, nombrando representantes suyos para limitar la actuación de los comités de fábrica a actividades rutinarias. No hubo, hasta el 23 de febrero de 1937, un decreto sobre las industrias adoptadas (lanzado bajo el nombre de Juan Peiró, el ministro de Industria anarquista). No daba a los obreros ninguna seguridad sobre el futuro régimen industrial, establecía una estricta intervención del gobierno. “Control obrero”, en sus términos, demostraba ser poco más que un contrato colectivo, como funcionaba, por ejemplo, en talleres afiliados al sindicato amalgamado de trabajadores del vestido en América, es decir, no había control obrero de ninguna clase.

Largo Caballero había denunciado al gabinete Giral por construir un ejército al margen de las milicias obreras y por reconstruir la vieja Guardia Civil. La gran columna “Caballero” en el frente de Madrid había pedido en su periódico, que no había pasado por censura, resistencia directa a la propuesta de Giral. Ahora Largo Caballero cubría con su prestigio los planes de Giral. El decreto de reclutamiento siguió la forma tradicional, no dejando lugar a comités de soldados. Eso significaba resucitar el ejército burgués, con supremo poder en las manos de la casta militar.

¿Libertad para Marruecos? Delegaciones de árabes y moros se acercaron al gobierno suplicando un decreto. El gobierno no se movería. El formidable Abd-el-Krim, exiliado en

Francia, envió una carta a Largo Caballero pidiéndole que interviniera ante Blum para que se le permitiese volver a Marruecos con el fin de dirigir una insurrección contra Franco. Largo Caballero no intervendría y Blum no haría nada. Movilizar el Marruecos español podía poner en peligro la dominación imperialista en toda África.

De este modo, Largo Caballero y sus aliados, los estalinistas, se mantuvieron al margen de los métodos revolucionarios de lucha contra el fascismo. A su debido tiempo, a finales de octubre, llegó su recompensa: un módico envío de armas de Stalin. En los meses siguientes llegaron más envíos, particularmente tras grandes derrotas: tras el sitio de Madrid, tras la caída de Málaga, tras la caída de Bilbao, suficientes envíos para salvar a las fuerzas republicanas de momento, pero nunca suficientes para permitirles llevar a cabo una ofensiva sustancial que pudiera producir la caída total de Franco.

¿Cuál era la lógica política de este continuo abrir y cerrar el grifo de los envíos de armas? Si el problema era la escasez de armas en Rusia, esto no explicaría, por ejemplo, por qué no se mandó a todos los aviones en masa para una batalla, decisiva en un momento dado y si se les mandó con cuentagotas. La explicación del grifo no es técnica, sino política. Se entregó lo suficiente para impedir una derrota rápida de los republicanos y la consecuente caída del prestigio soviético ante la clase obrera internacional. Y esto encajaba perfectamente con la política anglo-francesa, que no deseaba una victoria inmediata de Franco. Pero no se llegó a dar lo suficiente para facilitar una victoria definitiva que pudiera traer -una vez que el espectro de Franco hubiera desaparecido- una España soviética.

Tal era el programa del “gobierno provisional revolucionario” de Largo Caballero. Ni se le añadió nada, ni se le quitó nada con la entrada de los ministros de la CNT el 4 de noviembre de 1936. Para entonces las “grandes democracias” habían tenido oportunidad, observando a la CNT en el gobierno catalán formado el 26 de septiembre, de asegurarse de la “responsabilidad” de estos anarquistas.

Había un punto de preocupación: el Consejo de Defensa de Aragón controlado por los anarquistas, que comprendía el territorio arrancado a los fascistas por las milicias catalanas en el frente de Aragón; este Consejo tenía una terrible reputación de ser un cuerpo archirrevolucionario. El precio de cuatro ministerios para la CNT en el Gabinete fue una cierta seguridad sobre Aragón. Por tanto, el 31 de octubre, el Consejo de Aragón se reunió con Largo Caballero. “El objeto de nuestra visita -declaraba el presidente del Consejo, Joaquín Ascaso- ha sido mostrar nuestro respeto al jefe del gobierno y asegurarle nuestro sometimiento al gobierno del pueblo. Estamos dispuestos a aceptar todas las leyes que adopte y nosotros, a la vez, pediremos al Ministerio toda la ayuda que necesitemos. El

Consejo de Aragón está formado por elementos del Frente Popular, así es que todas las fuerzas que mantienen el gobierno están representadas en él”. “Entrevistas con el presidente Azaña, con el presidente Companys y con Largo Caballero -añadía un informe de la Generalitat el 4 de noviembre- han destruido, cualquier sospecha que pudiese existir de que el gobierno que se ha constituido (en Aragón) fuese de carácter extremista, sin relación con los otros órganos gubernamentales de la república y opuesto al gobierno de Cataluña.” Ese día los anarquistas se sentaron en el Gabinete de Largo Caballero.

VII. El programa de gobierno de la coalición catalana

El 7 de septiembre de 1936, en un discurso criticando la coalición de Madrid con la burguesía, Nin había lanzado la consigna: “Abajo los ministros burgueses”, y la multitud se había vuelto loca de entusiasmo. Pero el 18 de septiembre *La Batalla* publicaba una moción del Comité Central del POUM aceptando el coalicionismo:

“El Comité Central cree ahora, como siempre, que este gobierno debe estar exclusivamente compuesto por representantes de los partidos obreros y las organizaciones sindicales. Pero si este punto de vista no es compartido por las otras organizaciones obreras, estamos dispuestos a dejar la cuestión abierta, más especialmente desde que el movimiento de la Izquierda Republicana catalana, de una naturaleza tan popular -que lo distingue radicalmente del movimiento de la Izquierda Republicana española-, y las masas campesinas y las secciones obreras en que se basa se mueven definitivamente hacia la revolución, influenciados por los partidos y organizaciones proletarios. Lo más importante son el programa y la hegemonía del proletariado, que deben ser garantizados. Hay un punto en que no puede haber duda: el nuevo gobierno debe hacer una declaración de principios incuestionables, afirmando su intención de encauzar el impulso de las masas hacia una legalidad revolucionaria y dirigirlo en el sentido de la revolución socialista. En lo que a la hegemonía proletaria se refiere, la mayoría absoluta de representantes obreros le asegurara completamente.”

Los dirigentes de la Esquerra, políticos burgueses endurecidos durante veinte o treinta años de lucha contra el proletariado, fueron transformados de esta manera por el POUM, de la noche a la mañana, en un movimiento “de profunda naturaleza popular”. Y a esta declaración digna de un prestidigitador, el POUM añadía el principio estratégico, hasta

ahora desconocido, que el camino para ganar a los obreros y campesinos de la Esquerra, que se inclinaban a la izquierda, era colaborando en un gobierno con sus dirigentes burgueses.

“La clase obrera no puede apoderarse simplemente de la existente maquinaria del estado y usarla para sus propios fines”, declaraba Marx. Esa fue gran lección de la Comuna de París: “No es cuestión, como en el pasado, de transferir la maquinaria burocrática y militar de una mano a otra, *sino de destruirla*; y ésta era la condición previa para cualquier revolución popular en el Continente. Y esto es lo que nuestros heroicos camaradas han intentado en París.” ¿Qué es lo que debe reemplazar a la maquinaria del estado una vez destruida? En esto, la cuestión fundamental de la revolución, la escasa experiencia de la Comuna, fue ampliamente desarrollada por Lenin y Trotsky. El parlamentarismo tenía que ser destruido. En su lugar levantar los comités obreros en las fábricas, los comités de campesinos en el campo, los comités de soldados en el ejército, centralizarlos a nivel local, regional y, finalmente, *soviets* nacionales. De esta manera, el nuevo estado, un estado obrero, está basado en la representación industrial, lo que automáticamente quita el poder político a la burguesía. Sólo si los burgueses, tras la consolidación del poder obrero, se unen individualmente al trabajo productivo se les puede permitir participar en las elecciones dentro de los *soviets*. Entre el viejo estado burgués y el nuevo estado obrero existe un abismo que la burguesía solamente podrá salvar para volver al poder, derrocando el estado obrero.

Este principio fundamental es la esencia de la experiencia acumulada por un siglo de lucha revolucionaria, después del cual el POUM volvió a entrar en la Generalidad⁸. Recibieron su ministerio de las manos del presidente Companys. El nuevo Gabinete se limitó a continuar el trabajo del antiguo, y como el antiguo, podía ser dimitido y reemplazado por uno más reaccionario. Tras la barrera protectora del Gabinete del POUM-CNT-PSUC-Esquerra, la burguesía aguantaría la ofensiva revolucionaria, uniría sus dispersadas fuerzas y, con la ayuda de los reformistas, en el momento oportuno, recuperaría todo el poder. Para conseguirlo, la burguesía no necesitaba participar en el Gabinete. Ha habido gabinetes “completamente obreros” en Alemania, Austria, Gran Bretaña, que de este modo han permitido a la burguesía salvar situaciones críticas y, una vez superadas, quitar del medio a los ministros obreros.

⁸ Los que defendieron esta violación -lovestonitas, los socialistas de Norman Thomas, ILP, etc.- indicaron de este modo cuál sería su conducta futura en la crisis revolucionaria.

El estado obrero, la dictadura del proletariado, no puede existir hasta que el antiguo estado burgués sea destruido. Sólo puede existir por la directa intervención *política* de las masas, a través de consejos (*soviets*) de fábrica y pueblo hasta el punto en que la mayoría en los *soviets* es controlada por partido o partidos obreros que han decidido derrocar el estado burgués. Tal fue la contribución teórica básica de Lenin. Precisamente esta teoría fue distorsionada por el POUM. El mismo discurso de Nin pidiendo la dimisión de los ministros burgueses contenía una concepción que sólo podía llevar a la conservación del estado burgués:

“La dictadura del proletariado. Otra concepción que es objeto de diferencia con los anarquistas. La dictadura del proletariado significa la autoridad ejercida por la clase obrera. En Cataluña podemos afirmar que la dictadura del proletariado existe ya. (Aplausos.) ... No hace muchos días que la FAI lanzó un manifiesto afirmando que se opondría a toda dictadura ejercida por cualquier partido. Estamos de acuerdo con ellos. La dictadura del proletariado no puede ser ejercida por un sector aislado del proletariado, sino por todos, absolutamente todos. Ningún partido obrero o centro sindical tiene derecho a ejercer la dictadura. Digamos a los presentes que si la CNT o los partidos Comunista o Socialista quieren ejercer la dictadura de un partido se tendrán que enfrentar con nosotros. La dictadura del proletariado debe ser ejercida por todos” (*La Batalla*, 8 de septiembre de 1936).

Nin sustituía aquí la dictadura del proletariado, como una forma estatal, apoyada en las amplias bases de la red de consejos obreros, campesinos y combatientes a través de la industria, el campo y el frente de batalla por una concepción enteramente diferente: un acuerdo conjunto entre los altos dirigentes de las organizaciones obreras para tomar la responsabilidad del gobierno. ¡Falso!, ¡y sin nada en común con la concepción marxista de la dictadura proletaria! ¿Cómo podía ser ejercida la dictadura proletaria conjuntamente con los demócratas estalinistas y los socialdemócratas que apoyaban la democracia burguesa? ¿Cómo podían sustituir los acuerdos entre partidos la necesidad de una vasta red de consejos obreros?

La predicción leninista de que cada revolución pasa por una situación de *doble poder* se había confirmado el 19 de julio: los comités de milicias, de abastecimientos, las patrullas obreras, etc., la estrategia leninista pedía la centralización de esos órganos de doble poder en un órgano nacional, y la toma del poder a través de éste. La disolución de los órganos de

doble poder, como en Alemania en 1919, fue llamada por Lenin “la liquidación de la revolución”.

Los recuerdos molestos de esto llevó a los dirigentes del POUM, al anunciar su entrada en la Generalitat, a añadir al final:

“Nos encontramos en un estado de transición en que la fuerza de los acontecimientos nos obliga a colaborar directamente con el Consejo de la Generalitat, junto con otras organizaciones obreras... A partir de los comités de obreros, campesinos y soldados, por cuya formación luchamos, nacerá la representación directa del nuevo poder del proletariado.”

Pero esto no era más que el canto del cisne de los comités de doble poder, ya que uno de los primeros pasos que tomó el nuevo Gabinete de la Generalitat fue *disolver todos los comités revolucionarios que se formaron el 19 de julio*.

El Comité Central de Milicias fue disuelto y sus poderes traspasados a los Ministerios de Defensa y Seguridad Interior. La milicia local y los comités antifascistas, casi invariablemente de composición proletaria, que habían gobernado ciudades y pueblos, fueron disueltos y reemplazados por administraciones municipales compuestas en la misma proporción que el Gabinete (tres, Esquerra; tres, CNT; dos, PSUC; uno, Sindicato Campesino; uno, POUM, y uno, Accio Catala, la organización burguesa de derechas). A continuación, para asegurarse que ningún órgano revolucionario había sido pasado por alto, se aprobó un decreto adicional que merece ser citado entero:

“Artículo 1.º Se disuelven en toda Cataluña los comités locales, cualquiera que sea el nombre o título que lleven, así como todos los organismos locales que se hayan formado para aplastar el movimiento subversivo, con fines culturales, económicos o de otras especies.

Art. 2.º La resistencia contra su disolución será considerada como un acto fascista y sus instigadores serán puestos ante los Tribunales de justicia Popular” (Decreto el 9 de octubre de 1936).

La disolución de los comités marcaba el primer gran avance de la contrarrevolución. Alejó el naciente peligro “soviético” y permitió al estado burgués empezar a recobrar en cada esfera el poder que se le había escapado de las manos el 19 de julio. El POUM,

completamente desorientado, ni siquiera intentó explicar cómo podían compaginarse su apoyo a los comités, declarado públicamente hacía dos semanas, con que un ministro de su partido firmase su disolución dos semanas después. Además, el Parlamento permanecía en las manos de la burguesía, su medio tradicional, puesto que el POUM ni siquiera obtuvo a cambio de su participación en el gobierno un decreto disolviendo el Parlamento. Por el contrario, los decretos financieros del nuevo Gabinete llevaban el añadido habitual que exigía dar cuentas al Parlamento catalán. El Parlamento ha muerto, le aseguraba el POUM a los obreros, pero el gobierno en que se sentaba no decía lo mismo. Es verdad que, a diferencia de Largo Caballero, Companys no se atrevió a reunir el Parlamento por muchos meses, pero este instrumento legal de la burguesía permaneció intacto. La asamblea de diputados al Parlamento, reunida el 9 de abril de 1937 en medio de una crisis ministerial, asustó a la CNT de tal manera que volvió a entrar en el gobierno. Y en los días de mayo, tras derrotar a los obreros, Companys convocó el Parlamento ¡que el POUM había jurado que estaba muerto!

Otro paso más importante para la consolidación del poder del estado burgués se llevó a cabo el 27 de octubre de 1936: un decreto para desarmar a los trabajadores:

“Artículo 1.º Todas las armas largas (por ejemplo, rifles, ametralladoras, etc.) que se encuentren en manos de los ciudadanos deberán ser llevadas a las municipalidades o ser recogidas por ellas, en un periodo de ocho días a contar desde la publicación de este decreto. Tales armas han de ser depositadas en los Cuarteles de Artillería y en el Ministerio de Defensa de Barcelona, para poder atender las necesidades del frente.

Art. 2.º Al final del citado período, los que aún retengan armamento serán considerados fascistas y juzgados con el rigor que su conducta merece” (*La Batalla*, 28 de octubre de 1936).

¡El POUM y la CNT publicaron este decreto sin explicar una palabra sobre su significado a sus seguidores!

De esta manera se había conseguido la salvación del estado burgués. El POUM, después de haber sido utilizado en los momentos críticos, fue expulsado del gobierno en la reorganización del Gabinete del 12 de diciembre de 1936. La CNT, que contaba con grandes masas de seguidores, fue mantenida en el gobierno hasta julio del año siguiente, debido a su sometimiento, cada vez más claro, a la dominación de la burguesía. Pero el

poder que el gobierno adquirió, gracias a la colaboración en él del POUM y la CNT, quedó en las manos del gobierno.

1. *El Programa Económico del gobierno de coalición*

El POUM justificaba su entrada en el gobierno, además de por la “mayoría obrera”, por la “orientación económica socialista”. Este criterio era profundamente falso; el marxismo revolucionario ha explicado siempre que la condición necesaria para una economía socialista es la dictadura del proletariado.

Incluso en 1917 los bolcheviques admitían la posibilidad de mantener durante un cierto periodo de tiempo, y en determinados campos, la industria privada, sometida al control obrero sobre la producción, pero una vez implantado el estado obrero. Precisamente los campos de la vida económica en que los bolcheviques actuaron primero, fueron sobre los que la coalición catalana no actuó nunca: la nacionalización de los bancos y la tierra.

El capital financiero, en la retrasada España, como en todas partes, domina las demás formas de capital. Así y todo, sobre lo único que se puso de acuerdo la coalición, en el punto 8 del programa económico, fue: “Control obrero de las empresas bancarias hasta llegar a la nacionalización de la Banca.” “Control obrero” en la práctica significaba simplemente prohibir la retirada de fondos por parte de simpatizantes fascistas y personas no autorizadas. El “hasta” aplazó la nacionalización definitivamente. La coalición nunca llegó a hacer nada al respecto. Esto significaba, como demostraron los meses siguientes, que las industrias colectivizadas estaban a merced de aquellos que podían negar los créditos. Precisamente con estos medios, el estado burgués, de mes en mes, iba a reducir, poco a poco, el poder económico de la clase obrera.

Los bolcheviques habían nacionalizado el campo y otorgado su control a los *soviets* locales: eso significa *el final de la propiedad privada de la tierra*. El campesino no necesitaba formar parte de las tierras colectivas; no podía, sin embargo, comprar o vender la tierra, y ningún acreedor podía quitársela⁹.

En el “radical” programa catalán, “la colectivización de las grandes propiedades rurales y el respeto por las pequeñas propiedades agrícolas” encubría una perspectiva

⁹ Louis Fischer, con una ignorancia fortalecida por la imprudencia, argumenta contra las colectivizaciones españolas que la colectivización en Rusia se produjo muchos años después de la revolución.

reaccionaria: el campo podía ser comprado y vendido todavía. Más importante todavía: de acuerdo con el estatuto de autonomía catalana, el gobierno central tenía la última palabra en las cuestiones económicas que afectaban toda España, y sólo había autorizado *confiscar las haciendas pertenecientes a fascistas*. La coalición “ignoró” la discrepancia entre los decretos. El POUM no tuvo el suficiente sentido como para publicar la contradicción y forzar al gobierno central a reconocer formalmente el decreto catalán, o hacer declarar a la Generalitat su total autonomía en las cuestiones económicas. Esto significaba que una vez que la burguesía hubiera recuperado su fuerza, el decreto del gobierno de Madrid sobre la tierra prevalecería.

El 24 de octubre se promulgó un decreto, largo e intrincado, concretizando la concepción gubernamental sobre “colectivación de grandes industrias, servicios públicos y transportes”. Antes de entrar en el gobierno, el POUM había criticado la “colectivización” industrial, señalando que los sindicatos, e incluso los obreros, trataban las fábricas aisladamente, como propiedad propia. “El capitalismo sindical” estaba haciendo de las fábricas una simple forma de cooperativas de productores, en las que los obreros se dividían los beneficios. Pero la industria sólo se podía explotar eficazmente como una entidad nacional, junto con todas las facilidades bancarias y el monopolio del mercado exterior. Ahora, después de entrar en el Gabinete, el POUM aceptaba “colectivización”, que no era más que cooperativas de productores, ya que la planificación real era imposible sin el monopolio bancario y comercial. El “control del mercado exterior” que se había prometido no se llegó a materializar. La propuesta del POUM de incluir en el decreto un “Banco Industrial y de Crédito de Cataluña” para atender a las necesidades y requerimientos de la industria “colectivizada” fue rechazado. Así, pues, se sentaron las bases para hacer pedazos las industrias colectivizadas por los obreros.

Otro golpe mortal a las fábricas “colectivizadas” fue el convenio de indemnización a sus antiguos dueños. Contrario al sentimiento popular, la cuestión de la indemnización por la propiedad confiscada no está excluida de antemano para los marxistas revolucionarios. Si la burguesa no ofrece resistencia, Lenin ofrecía fijar una compensación parcial. El POUM llegó a la conclusión, correctamente, que la burguesía española o ya se había pasado al lado de Franco o estaba en una posición -los que estaban en la zona republicana- en que no tenía más solución que aceptar la “oportunidad de trabajar, y si no podían, acogerse a la Seguridad Social en las mismas condiciones que los demás obreros” La cuestión de la

Se olvida del pequeño “detalle” que el primer decreto de Lenin fue la nacionalización del campo y el final de la propiedad privada sobre la tierra.

indemnización a los capitalistas extranjeros no estaba en discusión, ya que todos estaban correctamente de acuerdo que esto tenía que ser reconocido; pero al pretexto de esta fórmula abstractamente correcta, el gobierno pronto iba a “indemnizar” a los extranjeros, ¡devolviéndoles sus fábricas! El resto de la coalición, incluyendo a los anarquistas, rechazaron la propuesta del POUM. Ni fijaron normas definitivas de indemnización. Ni ésta -como en el caso del capital extranjero- dependía del gobierno. En vez de eso, “el balance crediticio inventariado de una firma” “sería acreditado al beneficiario” (antiguo dueño) “como una compensación social” y “la compensación a los dueños españoles se suspenderla para determinación posterior”. En español liso y llano significaba que la compensación se cargaría a la empresa colectivizada, es decir, a los obreros implicados, y la cantidad a pagar se estimaría más adelante. Es decir, la burguesía exprimiría a las empresas obreras en favor de sus antiguos dueños y el único criterio para saber hasta dónde se atrevería a ir la burguesía en su intento de cargar forzosamente a los obreros los intereses sobre la deuda capitalista, era el grado de reconstrucción en que se encontrase el poder burgués. Sí el gobierno se fortalecía lo suficiente, los antiguos dueños continuarían recortando sus cupones y recibiendo sus dividendos, exactamente como antes. El POUM dijo que ésta era una cuestión “fundamental”, pero permaneció en el gobierno de coalición a pesar de todo.

El decreto de colectivización preveía la intervención en cada fábrica de un agente del gobierno como miembro del consejo de fábrica. En todas las compañías con más de 500 empleados, su director tenía que ser aprobado por el gobierno. Una vez elegido por los obreros en la fábrica, el consejo de fábrica permanecía durante dos años en el puesto, excepto en el caso de total abandono de las obligaciones, “congelando” así la composición política de los consejeros y haciendo imposible para un partido revolucionario el ganar el control de las fábricas. Los consejos generales, que comprendían a una industria completa, eran menos flexibles todavía, ocho de cada doce miembros eran nombrados por los dirigentes de la UGT y CNT, y presididos por representantes del gobierno. Estas medidas, que aseguraban que no habría “revuelta desde abajo”, fueron aprobadas por todos, incluyendo al POUM.

¿Acaso no es evidente que el programa de la Generalitat simplemente aceptaba algunas de las victorias logradas por los mismos obreros y las combinaba con una serie de medidas políticas y económicas que eventualmente barrerían esas victorias? Así y todo, por esto y un asiento en el Gabinete, el POUM vendió su oportunidad de dirigir la revolución

española. Al aceptar sin críticas el programa del gobierno, la CNT reveló la bancarrota completa del anarquismo como la vía a la revolución social¹⁰.

2. *La política internacional de la Coalición*

Como sus compinches en Madrid la Esquerra y el PSUC se dirigieron a la Liga de las Naciones y a las “grandes democracias” en busca de ayuda. La CNT no actuó mejor. Juan Peiró, tras la caída del gobierno de Largo Caballero, declaraba ingenuamente que la CNT había recibido garantías de que el programa moderado del gobierno era únicamente para consumo internacional¹¹.

Esto implica, sin lugar a dudas, que la CNT no mandó delegaciones organizadas al extranjero a hacer propaganda entre los obreros.

También el POUM cayó víctima de su política oportunista. A pesar de su comprensión abstractamente correcta del papel internacional reaccionario de la burocracia soviética, y su crítica a la negativa de Stalin a vender armas a España durante los tres primeros meses, el POUM no supo entender el hecho de que la nota soviética del 7 de octubre de 1936 –“si la violación no se detiene inmediatamente, se considerará libre de toda obligación resultante del acuerdo”- no quería decir abandonar el comité de no-intervención, y en ningún caso garantizaba suficientes cargamentos de armas para cambiar el curso de las cosas. “No hay duda de que el reciente paso del gobierno soviético de romper el pacto de no-intervención será de extraordinarias consecuencias políticas. Probablemente es el acontecimiento político más importante desde la guerra civil”, decía *La Batalla*. Todavía peor, la perspectiva del POUM era que el imperialismo francés mandaría armas: “¿Cómo respondería el gobierno francés a esta situación? ¿Mantendría su actitud de neutralidad? Esto significaría la impopularidad y el descrédito más profundos. Blum caería en medio de la condena general... Nosotros no creemos que León Blum vaya a cometer un error tan colosal. Si tenemos en cuenta que el único obstáculo para cambiar su política era la actitud del gobierno soviético, el cambio de este último determinará un

¹⁰ Tras los días de mayo, la Generalitat repudió la legalidad del decreto que colectivizaba la industria.

¹¹ La burguesía internacional se negaba a abastecernos con esas demandas (armas). Era un momento trágico: teníamos que crear la impresión de que los amos no eran los comités revolucionarios, sino más bien el gobierno legal; fallando esto, no hubiéramos recibido nada en absoluto... Teníamos necesariamente que adaptarnos a las circunstancias del momento, es decir, aceptar la colaboración gubernamental. (García Oliver, ex ministro de Justicia, discurso en París, texto publicado por la revista anarquista *España y el Mundo*, 2 de julio de 1937.)

cambio completo en la política de Blum” (*La Batalla*, 11 de octubre de 1936). Aquí, como en todas partes, el POUM había perdido sus blasones. No es accidental que durante sus meses ministeriales no mandara delegaciones al extranjero para hacer propaganda entre la vanguardia obrera.

VIII. *El renacimiento del estado burgués*

Septiembre de 1936-abril de 1937

1. *La contrarrevolución económica*¹²

Los ocho meses siguientes después de que los representantes obreros entraran en los gabinetes de Madrid y Barcelona, vieron reducidas poco a poco las conquistas proletarias en el campo económico. Controlando el Tesoro y los bancos, el gobierno podía imponer su voluntad a los obreros, amenazándolos con retirar los créditos.

En Cataluña, principal centro industrial, el proceso iba más lentamente, pero en la misma dirección. Alrededor de 58 decretos financieros de la Generalitat en enero restringían agudamente el campo de actividad de las fábricas colectivizadas. El 3 de febrero, por primera vez, la Generalitat se atrevió a declarar ilegal la colectivización de una industria: productos lácteos. Durante la crisis ministerial de abril, la Generalitat anuló el control obrero de las aduanas, negándose a certificar como propiedad de los trabajadores el material que había sido exportado y había sido detenido en Cortes extranjeras a petición de los antiguos dueños; así, pues, las fábricas y colectivos agrícolas que exportaban bienes de consumo estaban a merced del gobierno.

Camorera, dirigente del PSUC, se había apoderado del Ministerio de Abastecimientos el 15 de diciembre, cuando el POUM fue echado del Gabinete. El 7 de enero decretó la disolución de los comités de abastecimientos, encargados de comprar alimentos a los

¹² “España ofrece a todas las naciones liberales y democráticas del mundo la oportunidad de tomar una fuerte actitud agresiva contra las fuerzas fascistas, y si esto significa guerra, deben aceptarla antes de que sea demasiado tarde. No deben de esperar hasta que el fascismo haya perfeccionado su maquinaria de guerra.” (Edición oficial en inglés núm. 107, 8 diciembre 1936. Comisariado de Propaganda de la Generalitat.)

Federica Montseny (destacada dirigente de la CNT): “Creo que un pueblo tan inteligente (Inglaterra) se dará cuenta de que el establecimiento de un estado fascista al sur de Francia... iría directamente en contra de sus intereses. El destino del mundo, así como el resultado de esta guerra, dependen de Inglaterra.” (Idem, núm. 108, 10 diciembre 1936.)

campesinos. Por este portillo se colaron los especuladores y comerciantes del GEPCI (Gremio y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales) -con carnets de la UGT- y el almacenamiento de los productos y las subidas de precios resultantes llevaron a la malnutrición general. Cada familia recibía cartillas de racionamiento, pero los abastecimientos no fueron racionados de acuerdo al número de personas servidas por cada almacén. En los distritos obreros de Barcelona las filas se prolongaban durante todo el día, los abastecimientos se acababan a menudo antes de llegar al final de las filas, mientras que en los barrios burgueses había en abundancia. Los restaurantes tenían abundantes suministros para los que los podían pagar. No había leche para los hijos de los trabajadores, pero se podía comprar en los restaurantes. Aunque el pan (a precio fijo) era difícil de obtener, los pasteles (a precio incontrolado) se podían comprar siempre. En el sexto aniversario de la república (14 de abril, boicoteado por la FAI, la CNT y el POUM), las manifestaciones de la Esquerra y los estalinistas fueron eclipsados por las manifestaciones de amas de casa protestando contra el precio de los alimentos. Todavía los estalinistas iban a hacer uso político de sus crímenes. Se hizo creer a las masas que perteneciendo a la UGT y al PSUC se obtendrían mejores raciones. Carteles anónimos culpaban a las granjas colectivizadas y al transporte de las subidas de los precios.

Vicente Uribe, ministro de Agricultura estalinista, jugó aquí el mismo papel que el ministro de Agricultura estalinista en el régimen Wang-Ching-wei de 1927, en Wuhan, luchando contra los campesinos. El departamento de Uribe dismanteló las colectivizaciones, organizó a los antiguos terratenientes, a los que devolvió sus haciendas como coadministradores, e impidió que las colectivizaciones vendieran sus productos sin intermediarios.

Una campaña nacional por el “control estatal” y “municipalización” de la industria sentó las bases para arrebatar todo el poder de las manos de los comités de fábricas.

Sin embargo, la contrarrevolución económica procedía, en comparación, lentamente. El bloque estalinista-burgués comprendió, lo mismo que los estalinistas antes que la condición necesaria para destruir las conquistas económicas de los trabajadores era aplastar las milicias y policía obreras, y desarmar a los obreros en la retaguardia. Pero para conseguir esto se necesitaba algo más que fuerza. La fuerza tenía que combinarse con la propaganda.

Para facilitar el éxito de su propia propaganda, el bloque reformista-burgués recurrió a la censura sistemática de la prensa y la radio de la CNT-FAI-POUM.

El POUM era la víctima principal. Cuando estaba todavía en la Generalitat, la *Hoja Oficial* catalana boicoteaba toda mención de las asambleas y transmisiones radiofónicas del POUM. El 26 de febrero, la Generalitat prohibió una asamblea de la CNT-POUM en Tarragona. El 5 de marzo, *La Batalla* fue multada con 5.000 pesetas y se le rechazó el derecho de réplica por desobedecer al censor militar. El 14 de marzo, *La Batalla* fue suspendida por cuatro días, esta vez abiertamente por un editorial político. Al mismo tiempo, la Generalitat negaba al POUM el uso de la estación oficial de radio para transmitir. En Lérida, Gerona, etc., los diarios del POUM eran continuamente acosados.

Sin embargo, el golpe mortal al POUM, en este período, le fue dado fuera de Cataluña. La Junta de Defensa de Madrid, controlada por los estalinistas, suspendió permanentemente el semanario del POUM. La misma autoridad suspendía o confiscaba las prensas del *Combatiente Rojo*, el diario de la milicia del POUM, el 10 de febrero, y poco después suspendía la estación de radio del POUM, cerrándola definitivamente en abril. La Junta se negó a permitir a la Juventud Comunista Ibérica (sección juvenil del POUM) que publicara *La Antorcha* y afirmaba que la “Juventud Comunista Ibérica no necesita prensa”. *Juventud Roja*, órgano de la juventud del POUM de Valencia, sería severamente censurado en marzo. El único órgano del POUM que permaneció intacto fue *El Comunista*, de Valencia, órgano semanal ferozmente antitrotskyista y medio estalinista de derechas.

Otro importante campo de trabajo entre las masas se le cerró al POUM cuando Ayuda Roja del POUM fue excluida, a petición del PSUC, del Comité Permanente de Ayuda a Madrid. La CNT, en nombre de la unidad, apoyó este acto criminal, que se generalizó a nivel nacional en abril, cuando Ayuda Roja del POUM fue excluida de la Semana de Madrid.

Este bosquejo de la persecución gubernamental de las actividades del POUM *antes de mayo* rebate de forma concluyente la justificación estalinista de que el POUM fue perseguido por su participación en los acontecimientos de mayo.

La censura contra el POUM la llevaron a cabo gabinetes en los que participaba la CNT. Sólo la Juventud Libertaria (juventudes Anarquistas) protestó públicamente. Pero la prensa de la CNT era también objeto de hostilidad sistemática. ¿Acaso recuerda la historia otro caso de ministros sometiéndose a la represión de su propia prensa?

El diario de la FAI *Nosotros*, de Valencia, fue suspendido indefinidamente el 27 de febrero por un artículo atacando la política de guerra de Largo Caballero. El 26 de marzo, el gobierno vasco suspendió *CNT del Norte*, arrestó a la plantilla editora y al Comité Regional de la CNT, y entregó las prensas al Partido Comunista Vasco. Varios números de *CNT* y *Castilla Libre*, ambos de Madrid, fueron suspendidos en abril del 11 al 18. *Nosotros* fue suspendido otra vez el 16 de abril.

La censura y la suspensión eran medidas formales. Por lo menos tan eficaces eran las medidas “informales” por las que los paquetes de prensa de la CNT-FAI-POUM no “conseguían” llegar al frente o llegaban con semanas de retraso. Mientras tanto, grandes ediciones de la prensa estalinista y burguesa, sin tocar por la censura y siempre repartida a tiempo, eran distribuidas gratis entre las milicias de la CNT, UGT y POUM. Las estaciones de radio gubernamentales estaban siempre al servicio de los Nelkens y las “Pasionarias”. Casi todos los llamados comisarios políticos en el frente eran estalinistas y burgueses. Así, pues, el engaño complementaba a la fuerza desnuda.

3. *La policía*

En los primeros meses después del 19 de julio, los deberes policiales estaban casi enteramente en manos de las patrullas obreras en Cataluña y de las “milicias de retaguardia” en Madrid y Valencia. Pero la oportunidad de disolver permanentemente la policía burguesa se les escapó de las manos.

Bajo Largo Caballero, la Guardia Civil fue rebautizada como Guardia Nacional Republicana. Los remanentes de ésta y de la Guardia de Asalto fueron gradualmente retirados del frente. Los que se habían pasado al lado de Franco fueron simplemente reemplazados por nuevos hombres.

El paso más extraordinario para reconstruir la policía burguesa fue el desarrollo rápido de la fuerza de Aduanas, hasta ahora pequeña: los carabineros, siendo Negrín ministro de Hacienda, hasta llegar a ser una guardia pretoriana bien armada de 40.000 hombres¹³.

¹³ Una fuerza de Policía se está construyendo lenta pero eficazmente. El gobierno de Valencia descubrió un instrumento ideal para este propósito en los carabineros. Estos eran originalmente oficiales y guardias de Aduanas, y siempre tuvieron una buena reputación de lealtad. Se sabe de buena fuente que los 40.000 hombres fueron reclutados de estas fuerzas, y que 20.000 habían sido ya armados y equipados... Los anarquistas se habían dado cuenta ya y protestaron ante la fuerza que este Cuerpo estaba adquiriendo en un momento en que de todos era sabido que no había mucho tráfico de fronteras, por mar o por tierra. Se

El 28 de febrero se prohibió a los carabineros pertenecer a partidos políticos y sindicatos o asistir a asambleas. El mismo decreto fue aplicado a la Guardia Civil y de Asalto más adelante. Eso significaba aislar a la policía de la clase obrera. ¡Los ministros anarquistas, totalmente desorientados, votaron por esta medida creyendo que detendría el proselitismo estalinista!

En abril se despojó finalmente de todos los deberes policiales a las milicias de Madrid y Valencia.

En la fortaleza proletaria que era Cataluña, este proceso encontró una oposición firme por parte de las masas de la CNT. Se produjo, además, un “desafortunado incidente” que desaceleró el esquema burgués. Se demostró que el jefe superior de la policía catalana, nombrado por el Gabinete -André Reberter-, había sido uno de los principales conspiradores en un complot para asesinar a los dirigentes de la CNT, establecer una Cataluña independiente y hacer un pacto separado con Franco¹⁴. Esto fortaleció la actividad de las patrullas obreras, dominadas principalmente por la CNT.

Pero entonces las patrullas fueron atacadas desde dentro. El PSUC ordenó a sus miembros retirarse de ellas (la mayoría no lo hicieron y fueron expulsados del PSUC). La Esquerra también se retiró de las patrullas. De aquí en adelante todos los métodos estalinistas de difamación conocidos fueron utilizados contra las patrullas, tanto más fuertemente cuando éstas arrestaban industriales del PSUC y GEPCI por haber estraperlo con los alimentos.

El 1 de marzo, un decreto de la Generalitat unificó todas las fuerzas policiales en un solo Cuerpo controlado por el estado se prohibió a sus miembros afiliarse a sindicatos y partidos y eran elegidos por razón de antigüedad. Esto significaba la abolición de las patrullas de trabajadores y la exclusión de sus miembros de la policía unificada. Aparentemente, los miembros de la CNT votaron a favor del decreto. Pero ante la protesta

dieron cuenta de que serían usados contra ellos.” (James Minifie, *Herald Tribune*, de Nueva York, 28 abril 1937.)

¹⁴ El servicio de inteligencia de la CNT descubrió el complot, y Solidaridad Obrera publicó los datos el 27 y 28 de noviembre. Al principio los estalinistas y la Esquerra se mofaron, pero se vieron obligados a ordenar una investigación. El resultado fue que se descubrió que el policía en jefe estaba involucrado con el Estat Catalá, una organización paramilitar separatista que se había excindido de la Esquerra, y el subsecretario general y más de cien dirigentes fueron arrestados. El jefe de policía, Reberter, miembro del Estat Catalá, fue condenado y ejecutado. Casanovas, presidente del Parlamento Catalan, “al principio jugueteó con el complot, después lo rechazó”, decía la explicación oficial. A Casanovas se le permitió irse a Francia, ara volver luego a la actividad política en Barcelona después de los días de mayo.

generalizada de las masas catalanas, la CNT se unió al POUM, y ambos declararon que se negarían a aceptarlo. A pesar de todo, el 15 de marzo, el ministro de Orden Público, Jaime Aiguade, intentó, sin éxito, suprimir por la fuerza las patrullas obreras en los suburbios de Barcelona. Esta cuestión fue una de las que llevó a la disolución del Gabinete catalán el 27 de marzo. Pero no hubo cambios cuando el nuevo Gabinete, también con ministros de la CNT, fue convocado el 16 de abril. Aiguade continuó sus intentos de desarmar las patrullas, mientras que los ministros de la CNT se sentaban en el Gabinete, dedicándose únicamente a advertir a los obreros de la provocación.

4. *Liquidación de las milicias*

Desde luego, no podía haber ninguna esperanza de reconstruir un régimen burgués estable mientras la responsabilidad de organización y administración de las fuerzas armadas estuviera en manos de los sindicatos y partidos obreros -quienes presentaban las nóminas, requisitorias, etc., a los gobiernos de Madrid y Cataluña- y mientras éstos se mantuvieran entre las milicias y los gobiernos.

Los estalinistas pronto trataron de “dar ejemplo” poniendo sus milicias bajo control del gobierno, ayudando a institucionalizar el saludo, la supremacía de los oficiales tras las líneas, etc. “Ni discusión, ni política en el ejército”, gritaba la prensa estalinista, refiriéndose, desde luego, a la discusión y a la política de la clase obrera.

El ejemplo no surtió efecto entre las masas de la CNT, Por lo menos un tercio de las fuerzas armadas eran miembros de la CNT. Estos, recelosos de los oficiales enviados por el gobierno, los relegaron a la situación de “técnicos” y no les permitieron interferir en la vida política y social de las milicias. El POUM, que contaba con 10.000 milicios que actuaban de la misma manera, reimprimió, para ser distribuido entre las milicias, el original del *Manual del Ejército Rojo*, de Trotsky, dotando al ejército de un régimen interno y una vida política democráticas. La campaña estalinista para acabar con la vida democrática interna de las milicias, bajo el *slogan* de “comandos unificados”, fue contrarrestada por una simple e incuestionable pregunta: ¿Por qué necesita un comando unificado restablecer el antiguo régimen de cuartel y la supremacía de una casta oficial burguesa?

Pero el gobierno se salió con la suya finalmente. Los decretos de movilización y militarización aprobados en septiembre y octubre con el consentimiento de la CNT y el POUM proveyeron reclutamiento de ejércitos regulares organizados bajo el antiguo sistema militar. La selección sistemática de candidatos para las escuelas de oficiales daba

preponderancia a la burguesía y a los estalinistas, y eran éstos quienes mandaban los nuevos regimientos.

Cuando los primeros destacamentos del nuevo ejército estuvieron a punto y fueron mandados al frente, el gobierno los enfrentó a las milicias, exigiendo la reorganización de las milicias de manera similar. Para marzo, el gobierno había tenido bastante éxito en el frente de Madrid, controlado por los estalinistas. En los frentes de Aragón y Levante, controlados principalmente por las milicias de la CNT-FAI y el POUM, el gobierno preparaba la liquidación de las milicias por medio de una política cruel y sistemática de negar las armas. Solamente después de la reorganización, se informó a las milicias, se entregarán armas adecuadas para una ofensiva en todos los frentes. Así y todo, la totalidad de los integrantes de la milicia de la CNT impidieron al gobierno conseguir sus objetivos hasta después de los días de mayo, cuando el ex ministro de Guerra de Azaña, el general Pozas, se puso al mando del frente de Aragón.

En último análisis, sin embargo, el éxito final del gobierno no vino de sus propios esfuerzos tanto como del falso carácter político de la petición de CNT-POUM por un “comando unificado bajo el control de las organizaciones obreras”.

Los estalinistas y sus publicistas simpatizantes de la Cataluña de Louis Fischer y Ralph Bates han tergiversado deliberadamente los hechos de la controversia entre el POUM-CNT y el gobierno acerca de la reorganización del ejército. Los estalinistas lo hacían aparecer como que el POUM-CNT querían mantener las desorganizadas milicias en oposición a un ejército eficazmente organizado y centralizado. Esto es una mentira de una pieza, como lo demuestran los miles de artículos en la prensa de CNT-POUM de aquel momento, pidiendo un ejército disciplinado bajo un comando unificado. El tema real de controversia era: ¿Quién controlará el ejército, la burguesía o la clase obrera? El POUM-CNT no fueron los únicos en plantear la cuestión. Al oponerse al proyecto original de Giral de un ejército especial, el órgano de la UGT, *Claridad*, había declarado: “Debemos tener cuidado de que las masas y los dirigentes de las fuerzas armadas, que deben ser principalmente el pueblo armado, no se nos escapen de nuestras manos” (20 de agosto de 1936).

Este era el verdadero argumento. La burguesía venció a causa del estúpido error que la UGT, el POUM y la CNT-FAI cometieron al tratar de crear un ejército controlado por el proletariado dentro de un estado burgués. Con tanto ahínco defendían un comando centralizado y unificado, que votaron a favor de los decretos del gobierno, los cuales, en los meses siguientes, sirvieron para barrer todo el control obrero del ejército. El apoyo dado a

esos decretos por la UGT, el POUM y la CNT no fue más que el crimen menor contra la clase obrera.

La reivindicación de un comando unificado bajo control de las organizaciones obreras era falsa porque no preveía el método para conseguir ese propósito. La demanda que debería haber sido planteada, desde el primer día de la guerra, era la fusión de todas las milicias y los pocos regimientos existentes en una fuerza única, con elecciones democráticas de comités de soldados en cada unidad, centralizado en una elección general de soldados delegados a un consejo nacional. A medida que se formaron nuevos regimientos, sus comités de soldados entrarían en los consejos locales y nacionales. De esta manera se hubiera arrastrado a las masas armadas a la vida política diaria, y se hubiera podido evitar efectivamente el control burgués de las fuerzas armadas.

El POUM tuvo una oportunidad magnífica de demostrar la eficacia de este método. En el frente de Aragón tuvo durante ocho meses control directo sobre la organización de alrededor de 9.000 milicias. Tuvo una oportunidad inigualable para educarlos políticamente, para elegir comités de soldados entre ellos como un ejemplo para el resto de las milicias, y entonces pedir la fusión en la cual sus entrenadas fuerzas hubieran tenido una poderosa influencia. No hizo *nada* en absoluto. La prensa del POUM contaba historias sobre representantes del frente de Aragón reunidos en congreso. Estas reuniones no eran más que asambleas de elegidos de la oficina nacional. De hecho, el POUM *prohibió* elecciones de comités de soldados. ¿Por qué? Entre otras razones estaba el hecho de que la oposición a la política oportunista del POUM era abundante en sus filas y la burocracia temía la creación de comités que proveyeran de la base necesaria para que la Oposición de Izquierdas pudiera hacer conquistas.

La simple y concreta reivindicación de comités de soldados elegidos era el único camino de asegurarse el control proletario del ejército. Esta reivindicación podía ser, además, sólo un paso transitorio, ya que un ejército controlado por la clase obrera no puede existir indefinidamente paralelo a un estado burgués. Si el estado burgués continuaba existiendo, inevitablemente destruiría al ejército obrero.

El bloque POUM-CNT-UGT que proponía el control obrero ni lanzó el *slogan* concreto ni tenía ningún programa para desplazar al estado burgués. Su orientación básica, por consiguiente, redujo a la impotencia su oposición al dominio burgués del ejército.

5. *Desarme de los obreros en la retaguardia*

En los días revolucionarios que siguieron al 19 de julio, los gobiernos de Madrid y Cataluña habían sido obligados a aceptar que se armase a los obreros, puesto que ya se habían armado solos. Se dio poder a las organizaciones obreras para dar permisos de armas a sus miembros. Para los obreros no era sólo cuestión de guardarse contra los intentos contrarrevolucionarios del gobierno, sino la necesidad diaria de proteger los comités de campesinos contra los reaccionarios, proteger las fábricas, ferrocarriles, puentes, etc., contra bandas de fascistas, proteger las costas de ataques, buscar nidos de fascistas escondidos.

En octubre vino el primer decreto de desarme, que preveía la entrega de todos los rifles y ametralladoras al gobierno. En la práctica, fue interpretado como permitir a las organizaciones obreras continuar emitiendo permisos para armas largas a los guardas industriales y comités campesinos. Pero sentó un precedente fatal.

El 15 de febrero, el gobierno central ordenó la retirada de *todas* las armas, incluidas las armas cortas, a quien no tuviese permiso. El 12 de marzo, el Gabinete ordenó a las organizaciones obreras retirar las armas largas y cortas a sus miembros y entregarlas en un plazo de cuarenta y ocho horas. Esta orden se aplicó directamente a Cataluña el 17 de abril. La Guardia Republicana Nacional empezó a desarmar oficialmente a los obreros que veía en las calles de Barcelona. Trescientos obreros -miembros de la CNT que poseían permiso de armas de la organización- fueron desarmados por la Policía de este modo durante la última semana de abril.

El pretexto de que se necesitaban las armas en el frente era una mentira descarada, que cualquier obrero podía ver con sus propios ojos, ya que mientras los obreros eran desposeídos de rifles y revólveres, algunos de ellos habían estado en manos de la CNT desde tiempos de la monarquía, las ciudades se llenaban de fuerzas de la policía reconstruida, armada hasta los dientes con rifles, ametralladoras, artillería y carros de combate nuevos llegados de Rusia.

6. *Métodos extralegales de represión:*

La GPU española

El 17 de diciembre de 1936 *Pravda*, el órgano personal de Stalin, declaraba:

“En lo que a Cataluña se refiere, la purga de trotskistas y de anarcosindicalistas ha empezado; será conducida con la misma energía con que se ha hecho en la URSS.”

Los “métodos legales”, sin embargo, actuaban demasiado lentamente. Fueron suplantados por bandas de terroristas organizadas, equipadas con prisiones y celdas de tortura privadas, llamadas “preventoriums”. Los elementos reclutados para este trabajo merecen ser descritos: ex miembros de la fascista CEDA, *gangsters* cubanos, timadores de burdel, falsificadores de pasaportes, sádicos¹⁵. Producidos por la posición pequeño-burguesa del Partido Comunista, amamantados por su programa contrarrevolucionario, estas bandas organizadas de la GPU española actuaban contra los obreros con la ferocidad de los sabuesos hitlerianos ya que, como ellos, fueron entrenados para exterminar la revolución.

Rodríguez, miembro de la CNT y comisario especial de Prisiones, acusó formalmente en abril a José Cazorla, miembro del Comité Central estalinista y jefe de Policía bajo la Junta de Madrid, y a Santiago Carrillo, otro miembro del Comité Central, de apoderarse ilegalmente de los obreros arrestados por Cazorla, pero absueltos por los tribunales populares, y llevando los grupos absueltos a cárceles secretas o enviarlos a batallones de milicias comunistas en posiciones avanzadas para ser usados como “fortificaciones”. La CNT pidió en vano una investigación formal de estas acusaciones. Solamente cuando se demostró que la banda de Cazorla, como algo secundario, trabajaba con timadores que

¹⁵ Cultura Proletaria, periódico neoyorkino antifascista, publicaba un reportaje de Cuba: “El Partido Comunista... mandó 27 ex oficiales del antiguo ejército que no tenían nada en común con los obreros y eran antiguos mercenarios al servicio de Machado... En su último viaje el ‘Mexique’ transportó una expedición de esta falsa milicia (con algunas excepciones); entre ellos iban los tres hermanos Álvarez, antiguos pistoleros de Machado activos en romper la huelga de Bahía. El 29 de este mes... ‘Sargento del Toro’ viaja, como milicio comunista. Este es un conocido asesino de los tiempos de Machado, guardaespaldas del presidente del senado de aquel período. Era uno de esos que ayudó a masacrar obreros en una manifestación aquí el 27 de agosto.” El ex secretario de la CEDA de Valencia está ahora en el Partido Comunista. Incluso Louis Fischer admite que “generales y políticos burgueses y muchos campesinos que aprueban la política del Partido Comunista Español de proteger a los pequeños propietarios se han afiliado...; su nueva afiliación política refleja esencialmente la desesperación del viejo sistema al mismo tiempo que la esperanza de salvar del naufragio algo de sus restos”. Una descripción apropiada, como Anita Brenner señala, del grupo social que infló las filas de Hitler. Para posteriores detalles sobre la GPU española, ver el excelente artículo de Anita Brenner y “Dossier of Counter-Revolution” en el número de septiembre de 1937, de *Modern Monthly*.

estaban libertando fascistas importantes sin permiso oficial, fue depuesto Cazorla. Fue simplemente reemplazado por Carrillo, otro estalinista, y la extralegal GPU y sus cárceles privadas continuaron como antes.

“Se ha aclarado que las organizaciones chekistas¹⁶ descubiertas en Madrid recientemente... están ligadas directamente con centros similares operando bajo una dirección unificada y con un plan nacional preconcebido”, escribía *Solidaridad Obrera* el 25 de abril de 1937. El 8 de abril, la CNT, armada con pruebas, había forzado el arresto de una banda de estalinistas en Murcia, y la dimisión del gobernador civil por mantener cárceles privadas y cámaras de tortura. El 15 de marzo, 16 miembros de la CNT habían sido asesinados por los estalinistas en Villanueva de Alcardete, en la provincia de Toledo. La petición de la CNT de castigar a los culpables fue rechazada por *Mundo Obrero*, que defendió a los asesinos como revolucionarios antifascistas. La investigación judicial subsiguiente demostró que una banda estalinista, que incluía al alcalde de Villanueva y Villamayor, miembro del PC, y que operaba como un “Comité de Defensa”, había asesinado enemigos Políticos, robado, exigido impuestos y violado a las indefensas mujeres de la zona. Cinco estalinistas fueron condenados a muerte, otros ocho sentenciados a prisión.

El *gangsterismo* de la GPU fue organizado en las propias Cortes de Justicia del gobierno español. Nosotros nos limitamos aquí a señalar algunos ejemplos. Pero la prensa de la CNT está llena de cientos de ellos en que la contrarrevolución “legal” fue complementada con la GPU en España.

IX. La contrarrevolución y las masas

Sería una calumnia contra las masas anarquistas y socialistas decir que no estaban alarmadas por el avance de la contrarrevolución. Sin embargo, el descontento no lo es todo. Es necesario también conocer la salida. Sin una estrategia firme, bien desarrollada para rechazar la contrarrevolución y llevar las masas al poder estatal, el descontento se puede acumular indefinidamente y sólo lanzar embestidas esporádicas y desesperadas que están condenadas a la derrota. En otras palabras, las masas necesitaban la dirección revolucionaria.

¹⁶ Los anarquistas se refieren a la GPU. En general, no vieron el vasto abismo entre la “cheka”, que perseguía sin miramientos a la Guardia Blanca y sus aliados en el primer período de la Revolución rusa, y la GPU estalinista, que perseguía y asesinaba revolucionarios proletarios.

Especialmente en las filas de la CNT y la FAI el descontento era enorme. Se filtraba por los cientos de artículos y cartas de la prensa anarquista. Aunque los ministros anarquistas en Valencia y en la Generalitat votaban por los decretos del gobierno o se sometían a ellos sin protestar, su prensa no se atrevía a defender la política del gobierno directamente. Al crecer la represión gubernamental, la presión de los obreros de la CNT sobre los dirigentes aumentaba.

El 27 de marzo, los ministros de la CNT abandonaron el gobierno de Cataluña. La crisis ministerial que siguió duró tres semanas enteras. “No podemos sacrificar la revolución al concepto de unidad”, declaraba la prensa de la CNT. “Ni una concesión más al reformismo.” “La unidad se ha mantenido hasta ahora sobre la base de nuestras concesiones.” “No podemos retroceder más.” Sin embargo, lo que los dirigentes de la CNT proponían ahora era un misterio. Companys les dio la puntilla limpiamente, respondiéndoles con el sumario de las reuniones ministeriales desde diciembre, demostrando que los ministros de la CNT habían votado a favor de todo: el desarme de los obreros, los decretos de movilización y reorganización del ejército, la disolución de las patrullas obreras, etc. En realidad, Companys les estaba diciendo: dejaos de tonterías y volved a trabajar. Y de hecho, los ministros de la CNT estaban dispuestos a volver al final de la primera semana. En este momento, sin embargo, los estalinistas exigieron una capitulación más: las organizaciones que tenían ministros en el gobierno deberían firmar una declaración conjunta comprometiéndose a llevar a cabo una serie de tareas determinadas. Los ministros de la CNT señalaron que la acostumbrada declaración ministerial después de constituido el Gabinete sería suficiente. La propuesta estalinista hubiera dejado a los ministros de la CNT absolutamente desnudos ante las masas. Así, pues, la crisis ministerial se prolongó por dos semanas más.

Tras esto siguió una especie de pequeña comedia que no llevó más que a una división del trabajo, por medio de la cual los dirigentes de la CNT se comprometían más que nunca con la Generalitat. Companys aseguró a la CNT que estaba de acuerdo con ellos y no con los estalinistas, y ofreció su apoyo para forzar a los estalinistas a renunciar a su exigencia. Al mismo tiempo, el primer ministro Tarradellas, lugarteniente de Companys, defendía la administración de las industrias de guerra (dirigidas por la CNT) contra un ataque del órgano del PSUC, *Treball*, que él calificaba como “la mayor de las mentiras”. Por estos pequeños servicios, la CNT apoyó incondicionalmente a Companys:

“Declaramos públicamente que la CNT se encontrará al lado de la Generalidad, Luis Companys, a quien hemos concedido todas las facilidades requeridas para la solución de la crisis política. Defendemos al presidente, quien, sin ninguna clase de servil alabanza -un proceder incompatible con la moral de nuestro movimiento revolucionario-, sabe que puede contar con nuestro más profundo respeto y nuestro más sincero apoyo” (*Solidaridad Obrera*, 15 de abril de 1937, pág. 12).

Companys, desde luego, se las arregló para persuadir a los estalinistas a renunciar a la exigencia de un pacto, y el 16 de abril, como su predecesor, proveyó a los estalinistas y a la burguesía con una mayoría y, desde luego, no difería en nada del anterior.

Las masas de la CNT no podían ser tan “flexibles”. Tenían una tradición de lucha a muerte contra el capitalismo. El renacimiento del estado burgués se estaba dando incluso con más fuerza a sus espaldas. La inflación y la manipulación incontrolada de los precios por los “intermediarios” entre el campesinado y las masas urbanas trajo ahora subidas de precios en picado. En este período, las subidas de precios son *el leit-motif* de toda actividad. El tema aparece en toda la prensa. Las condiciones de vida de las masas eran cada día más intolerables, y los dirigentes de la CNT no les dieron ninguna solución.

Ahora se planteaba a menudo volver al tradicional apoliticismo de la CNT. “No más gobiernos.” Los periódicos locales de la CNT rompieron la disciplina y tomaron este estribillo. Era el resultado de una desesperación increíble.

Todavía más importante fue el levantamiento de los Amigos de Durruti. Bajo el nombre del dirigente martirizado, se alzó un movimiento que había asimilado la necesidad de lucha política, pero rechazaba la colaboración con la burguesía y los reformistas. Los Amigos de Durruti se organizaron para arrancar la dirección de las manos de la burocracia. En los últimos días de abril, cubrieron Barcelona con sus consignas -una ruptura abierta con la dirección de la CNT-. Estas reivindicaciones incluían los puntos esenciales de un programa revolucionario: todo el poder para la clase obrera, y los órganos democráticos de los obreros, campesinos y combatientes, como la expresión del poder obrero.

Los Amigos de Durruti representaban un fermento profundo del movimiento libertario. El 1 de abril, un manifiesto de la Juventud Libertaria de Cataluña (*Ruta*, 1 de abril de 1937) denunciaba a la Juventud Socialista Unificada (estalinistas) por haber defendido a Azaña -cuando éste, en los primeros días de la revolución, había caído muy bajo al intentar abandonar el país- y haber apoyado a la Juventud Católica Unificada e incluso a aquellos

que eran simpatizantes del fascismo; acusaba al bloque burgués-estalinista “de apoyar abiertamente todas las intenciones de los gobiernos francés e inglés de aislar la revolución española; y de llevar a cabo los asaltos contrarrevolucionarios a las editoriales y a la estación de radio del POUM en Madrid. Señalaba -el Manifiesto- que “se negaban armas al frente de Aragón porque es definitivamente revolucionario, para poder después arrojar fango a las columnas que operaban en el frente”; “el gobierno central boicotea la economía catalana para poder obligarnos a renunciar a nuestras conquistas revolucionarias”; “los hijos del pueblo son enviados al frente, pero las fuerzas uniformadas son mantenidas en la retaguardia con fines contrarrevolucionarios”; han ganado terreno para una dictadura no proletaria, sino burguesa.

Diferenciando claramente la juventud Anarquista a los ministros de la CNT, el Manifiesto terminaba: “Estamos firmemente decididos a no ser responsables por los crímenes y traiciones de que la clase obrera está siendo objeto...” “Estamos preparados a volver, si es necesario, a la lucha ilegal contra los estafadores, contra los tiranos del pueblo y los miserables mercaderes de la política.” Una editorial en el mismo número de *Ruta* declara: “Que ciertos camaradas no nos vengán con palabras apaciguadoras. No renunciaremos a nuestra lucha. Los coches oficiales y la vida sedentaria de los burócratas no nos deslumbra.” Y esto venía de la organización oficial de la juventud Anarquista.

Sin embargo, el reagrupamiento no se hace ni en un día ni en un mes. La CNT tenía una larga tradición y el descontento de sus militantes se transformaría solamente a paso lento en una lucha organizada con nuevos dirigentes y un programa nuevo. Esto era verdad, particularmente porque no existía un partido revolucionario para acelerar este desarrollo.

1. *La respuesta del POUM a la contrarrevolución*

Un abismo se abría entre los dirigentes de la CNT y sus militantes de base. ¿Entraría en juego el POUM y se colocaría a la cabeza de los militantes?

El predominio de una amplia tendencia en las filas de la CNT de volver al tradicional apoliticismo era una crítica alquiladora al POUM, que no hizo nada por ganar a esos obreros a la vida política revolucionaria. También, sin ayuda de los dirigentes del POUM, una corriente genuina revolucionaria cristalizaba en los Amigos de Durruti y en la juventud Libertaria. Si el POUM iba a tomar alguna vez una postura independiente de los dirigentes de la CNT, éste era el momento.

El POUM no hizo nada de esto. Por el contrario, en la crisis ministerial del 26 de marzo al 16 de abril, reveló que no había aprendido absolutamente nada de su participación anterior en la Generalitat. Su Comité Central adoptó una moción declarando:

“Se necesita un gobierno que canalice las aspiraciones de las masas, dando una solución radical y concreta a todos los problemas, creando un nuevo orden que garantice la revolución y la victoria en el frente de batalla. Este gobierno sólo puede ser el *formado por representantes de todas las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera*, el cual propondría como fines inmediatos la realización del siguiente programa” (*La Batalla*, 30 de marzo).

El programa propuesto de quince puntos no es malo -para un gobierno revolucionado-. Pero el absurdo de proponerlo a un gobierno que por definición incluye estalinistas y la Unión de Rabassaires (campesinos independientes) controlada por la Esquerra, se ve claramente en el último punto del programa: la convocatoria de un congreso de delegados sindicales, campesinos y combatientes que a su vez elegiría un gobierno permanente de obreros y campesinos.

Durante seis meses el POUM había estado diciendo que los estalinistas estaban organizando la contrarrevolución. ¿Cómo, entonces, podía proponer el POUM la colaboración con ellos en el gobierno y convocar un congreso? De esta propuesta los obreros sólo podían sacar la conclusión de que la caracterización que el POUM hacía de los estalinistas no eran más que rumores sectarios, y de ahora en adelante no tomarían en serio las acusaciones del POUM a los estalinistas.

¿Y Companys y su Esquerra? Un nuevo Gabinete debía recibir el visto bueno de Companys y el POUM no propuso romper con esta ley. ¿Se podía esperar que Companys estuviese de acuerdo con un gobierno que convocara tal congreso? Aquí también, las masas sólo podían sacar la conclusión de que la declaración del POUM del papel necesariamente contrarrevolucionario de la Esquerra de Companys no iba en serio.

De hecho, los obreros no podían creer que el POUM daba una importancia fundamental al congreso. Todavía más importante parecía la entrada del POUM en la Generalitat. *La Batalla* (el 30 de marzo) publicaba dos columnas paralelas tituladas: “Balance de dos períodos de gobierno”. Una, “El Gobierno en que el POUM participaba”; la otra “El Gobierno en que el POUM no participaba”. El gobierno del 26 de septiembre al 12 de diciembre es líricamente descrito como un período de construcción revolucionaria.

De este modo, el POUM todavía se negaba a admitir que el gobierno en que había participado había dado los primeros pasos gigantes para reconstruir el estado burgués. De esta exposición, el obrero sólo podía sacar una conclusión lógica: lo único que hacía falta era que el POUM volviera a ser admitido por el gobierno.

En realidad, la propuesta del POUM no era más que una tímida fórmula para volver al gobierno del 26 de septiembre. Esto es apoyado por *Adelante* (órgano del POUM en Lérida) (13 de abril), el cual, más abiertamente, habla de un gobierno en que las organizaciones obreras ocuparían el primer lugar, dejando el segundo a la burguesía. Los dirigentes del POUM habían sido incapaces de aprender las lecciones de los ocho meses pasados.

Veamos más de cerca el Congreso de Delegados de los Sindicatos, campesinos y combatientes propuesto por el POUM. Suena “casi” a *soviets*; y en realidad fue propuesto precisamente para engañar a la incómoda izquierda del POUM. Pero no tiene en absoluto nada en común con la concepción leninista de *soviets*.

Uno no debe olvidar nunca -lo que los estalinistas han enterrado completamente- que los *soviets no empiezan* como órganos de poder estatal. Se formaron en 1905, 1917, en Alemania, y Austria, en 1918, más que nada como poderosos comités de huelga y representantes de las masas al tratar éstas con problemas concretos inmediatos y al tratar con el gobierno. Mucho antes de que puedan tomar el poder estatal, actúan como órganos defensores de los intereses diarios de los obreros. Mucho antes de que los diputados obreros, campesinos y soldados se unan en un congreso nacional, se tienen que haber formado los *soviets* en ciudades y pueblos que luego se unirán en un órgano nacional. La manera de formar tal congreso es eligiendo comités de fábrica, campesinos y combatientes donde los obreros pueden aprender su funcionamiento a través de sus propios comités. El ejemplo de unos cuantos comités en unas cuantas fábricas y regimientos arrastraría a las masas a esta forma de organización, el método más democrático de representación conocido por la humanidad. Sólo entonces se puede organizar un congreso nacional en una puja por el poder.

Además, en ese momento, el congreso será inevitablemente un reflejo, incluso más agudo que otros órganos, del nivel político de las masas. Si los anarquistas, estalinistas y otras organizaciones reformistas son todavía poderosas, entonces el congreso reflejará su línea política. En una palabra, no hay nada de mágico en la forma de organización soviética: es simplemente la forma de representación política de las masas y la que antes refleja el cambio y es más sensible a él.

La mera convocatoria del congreso no resolvería la tarea política básica del POUM: *arrancar la dirección política de la clase obrera de las manos de los estalinistas y los anarquistas*. El congreso concentraría las ideas y deseos políticos de las masas como ningún otro órgano podría hacerlo. Significaría el campo donde el partido revolucionario podría ganar el apoyo de la clase obrera, pero sólo en la durísima lucha contra, las falsas líneas políticas de todas las variedades del reformismo.

Si los dirigentes del POUM se hubieran tomado en serio el congreso propuesto, no hubieran pedido al gobierno que lo convocara, sino que hubieran tratado inmediatamente de elegir comités donde fuera posible. Pero el POUM no planteó la elección de tales comités ni siquiera en las fábricas y milicias que controlaba. Sus 10.000 milicias estaban controlados burocráticamente por oficiales designados por el Comité Central del Partido, estando expresamente prohibida la elección de comités de soldados. A medida que crecía la vida interna del Partido con los obreros de izquierdas pidiendo una nueva orientación, el control de la dirección sobre las fábricas y las milicias se hizo cada vez más burocrático. Esto era un mal ejemplo para impulsar a los obreros en otras partes a elegir comités.

La forma soviética de organización se basa directamente en las fábricas, en la representación directa de cada fábrica a nivel local. Esto lleva consigo el contacto directo de los representantes con las fábricas, permitiendo el *soviet* renovarse a través de elecciones y de esta manera reducir al mínimo el desequilibrio entre el desarrollo político de los representantes y el de los representados. Esta característica del *soviet* permite a los revolucionarios tratar directamente con las fábricas, sin la intervención de los burócratas sindicales. Además, precisamente en esta característica fundamental, el congreso propuesto por el POUM difiere de la forma del *soviet*: el POUM propone que los sindicatos estén representados. Esto era simplemente otra concesión a los prejuicios de los dirigentes de la CNT, que conciben los sindicatos, en vez de los *soviets* de obreros, campesinos y soldados, mucho más amplios, como la forma de gobierno de la industria en una sociedad socialista y -accidentalmente- se oponen a que los revolucionarios lleguen a las fábricas.

Así, pues, el proyecto utópico del POUM era un fraude, una falsificación condenada a no ir más allá del papel, una concesión vacía a su izquierda.

Uno busca en vano, en los documentos del POUM, una defensa sistemática de su línea oportunista, pero no se encuentra más que un párrafo aquí, otro allá, que podía presumiese que fueron el germen de una nueva teoría. Por ejemplo, Nin parecía pensar que la única forma genuina de dictadura del proletariado debe basarse en la dictadura de un partido obrero:

“La dictadura del proletariado no es lo que vemos en Rusia, ésa es la dictadura de un solo partido. Los partidos obreros reformistas dentro de los *soviets* se preparaban para una lucha armada contra los bolcheviques y esto creó la circunstancia que condujo a la tomar del poder del Partido Bolchevique. En España nadie puede pensar en la dictadura de un partido, sino en un gobierno de total democracia obrera...” (*La Batalla*, 23 de marzo de 1937).

Nin, de esta manera, barre la democracia soviética de los primeros años de la Revolución de Octubre, y la historia del proceso de reacción, resultante del aislamiento de la Revolución por Europa, que al final llevó a Rusia, no a la dictadura de un partido, sino a la dictadura de la burocracia. Si deben de tomarse en serio sus palabras: España no podía llegar a la dictadura del proletariado, independientemente de la influencia que el POUM llegara a tener, a no ser que otras organizaciones (FAI-CNT) estuvieran de acuerdo en luchar por ella: si no lo hacían, ¡España estaba condenada al dominio capitalista! De esta manera Nin racionalizaba su negativa a separarse de los faldones de los dirigentes de la CNT.

La clave de la cuestión es que Nin había abandonado la concepción leninista de los *soviets*. Y esto lo hizo explícitamente:

“En Rusia no había tradición democrática. No existía tradición de organización y de lucha del proletariado. Nosotros sí la tenemos. Nosotros tenemos sindicatos, partidos y publicaciones. Un sistema de democracia obrera.

Así pues, se entiende que en Rusia los *soviets* llegaron a tener la importancia que tuvieron. Los *soviets* fueron una creación espontánea en 1905 y en 1917 tomaron un carácter enteramente político.

Nuestro proletariado, sin embargo, tiene sus sindicatos, sus partidos y sus organizaciones propias. Por esta razón los *soviets* no han aparecido entre nosotros” (“El problema fundamental del poder”, *La Batalla*, 27 de abril de 1937).

Una vez embarcados en un rumbo falso y oportunista, los revolucionarios se descomponen políticamente a una velocidad tremenda. ¿Quién hubiera creído hace unos años que Nin sería capaz de hablar de esta manera? La gigantesca “tradición de organización y lucha” amasada por el proletariado ruso en la revolución de 1905, el estudio

y los análisis que hicieron posible el desarrollo de los cuadros que hicieron la Revolución de Octubre, “se le escapan”. ¿Qué había de peculiarmente ruso en la forma soviética? En 1918, en países con una tradición proletaria mucho más rica que la española -Alemania y Austria-, se formaron *soviets*. De hecho, que eran los comités de fábrica, los comités de milicias, los comités de pueblo, los comités de abastecimientos obreros, las patrullas obreras, los comités de investigación, etc., que surgieron en España en julio de 1936, ¿acaso no eran las bases, que sólo requerían una politización y organización más profunda, representación directa de las masas en vez de representación de las organizaciones, para formar el poder soviético? Las razones que da Nin son muy pobres; no se mantienen en pie ni un momento; se había unido a los estalinistas y a la burguesía, en septiembre, exclusivamente para abolir el doble poder soviético como una “duplicación innecesaria”, nueve meses después podía decir, “los *soviets* no han aparecido entre nosotros”.

Así, pues, la dirección del POUM se mantuvo a la cola de la CNT. En vez de asimilar las lecciones de Lenin, las denunciaron como... trotskismo. ¿Por qué nos llamaban los estalinistas troskistas? -ésta es la queja perenne de la dirección del POUM. Lo que sigue es típico, parece un artículo de Gorkin:

“En cualquier caso Trotsky no ha sentado ninguna base para que se nos llame trotskistas. En 1931 publicó dos artículos sobre el entonces Bloque de Obreros y Campesinos y su jefe Maurín. Para él (Trotsky), nuestra línea política era una ‘mezcla de prejuicios pequeño-burgueses, ignorancia, ciencia pueblerina y granujada política’...

Con la guerra civil española hemos visto manifestarse el sectarismo político de Trotsky... El representante actual de la IV Internacional en España, dos horas después de llegar y tras un cuarto de hora de hablar con nosotros, se sacó del bolsillo un programa preparado *a priori*, dándonos consejos en lo referente a las tácticas que teníamos que usar. Cortésmente le aconsejamos que se diera un pasea por Barcelona y estudiara mejor la situación, Este ciudadano es el símbolo perfecto del trotskismo: un doctrinarismo sectario, una gran suficiencia, seguridad de poseer la piedra filosofal de la revolución” (*La Batalla*, 24 de abril de 1937).

Esta compostura provinciana, herencia de Maurín, no sólo había sido criticada por Trotsky. El mismo Nin, en agosto de 1931, había declarado que el mayor peligro para el Bloque de Obreros y Campesinos era el menosprecio de Maurín por las lecciones de la

Revolución rusa. Al heredar el manto de Maurín, Nin había tomado esta tradición de ceguera provinciana.

No todos los que estaban de acuerdo con Nin en 1931 le siguieron en su renuncia del leninismo. Aguantando lo más duro de la represión estalinista-burguesa, la sección madrileña del POUM, por aplastante mayoría, adoptó un programa de oposición basado en la vía leninista. La sección más importante del Partido, Barcelona, votaba por la organización inmediata de *soviets*, el 15 de abril de 1937. Nin y Gorkin recurrieron a medidas burocráticas para impedir el crecimiento de la izquierda. Los disidentes fueron traídos del frente bajo vigilancia, y expulsados. Se prohibió la organización de fracciones. Más importante que la represión de la dirección fue la que llevó a cabo el gobierno, que, naturalmente, cayó más pesadamente sobre los obreros que se destacaban en las filas y en las fábricas. Los obreros de la izquierda del POUM -los que fueron expulsados formaron el Partido Bolchevique-Leninista (IV Internacional)- establecieron estrecho contacto con los obreros anarquistas, especialmente con los Amigos de Durruti. Pero el reagrupamiento se hizo demasiado despacio. Antes de que las fuerzas revolucionarias pudieran unirse y ganar la confianza de las masas, transformar el descontento en un ataque positivo por el poder, sustituir la estrategia objetiva de una dirección política por la desesperación subjetiva de las masas, la amargura de los obreros sin caudillaje se había desbordado: el 3 de mayo se levantaron las barricadas.

X. Los días de mayo: Barricadas en Barcelona

Todavía más claramente que antes de la guerra civil, Cataluña era el mayor centro económico de España; y esas fuerzas económicas estaban ahora en las manos de los obreros y campesinos (o por lo menos eso creían). La totalidad de la industria textil de España estaba localizada allí. Los obreros ahora proveían de vestidos y mantas al ejército y la población civil, y los bienes vitalmente necesarios para exportar. Cuando los Altos Hornos de Bilbao fueron virtualmente separados del resto de España, los obreros del metal y de la química de Cataluña habían creado, con la diligencia más heroica, una gran industria de guerra con que equipar al ejército antifascista. Los colectivos agrícolas -que recogían las mayores cosechas en la historia de España- alimentaban al ejército, a las ciudades y proveían de agrios para exportar. Los marinos de la CNT transportaban los artículos de exportación que harían posible que España consiguiera créditos en el extranjero y trajera a casa preciosos cargamentos que se usarían en la lucha contra Franco. Las masas de la CNT mantenían los frentes de Aragón y Teruel; habían enviado a Durruti y a lo mejor de sus

milicias a salvar Madrid en el momento preciso. El proletariado catalán, en una palabra, era la columna vertebral de las fuerzas antifascistas y lo sabía.

Lo que es más, su poder había sido reconocido, después del 19 de julio, incluso por Companys. El presidente catalán, dirigiéndose a la CNT-FAI en los días de julio, había dicho:

“Vosotros habéis sido perseguidos severamente y yo, con mucho dolor, pero forzado por la realidad política, yo, que una vez estuve con vosotros, más tarde me vi obligado a oponerse a vosotros y perseguiros. Hoy vosotros sois los amos de la ciudad y de Cataluña, porque vosotros solos vencisteis a los soldados fascistas. Espero que no os parezca desagradable que yo os recuerde ahora que no os faltó la ayuda de los pocos o muchos hombres de mi partido y de la Guardia... Habéis vencido y todo está bajo vuestro poder. Si no me necesitáis o queréis como presidente decídmelo ahora, y yo me transformaré en otro soldado de la lucha antifascista. Si, por el contrario, me creéis cuando digo que sólo abandonaré este puesto al fascismo victorioso de muerto, quizás, con mis camaradas de partido y mi nombre y prestigio, yo puedo servirlos.”

La alarma e ira de las masas catalanas ante los avances de la contrarrevolución eran las emociones consecuentes de hombres libres y dueños de su destino amenazados de nuevo por el peligro de esclavitud. El sometimiento sin lucha estaba descartado.

El 17 de abril -al día siguiente de que los ministros de la CNT volvieran a la Generalitat- una fuerza de carabineros llegó a Puigcerdá y pidió a las patrullas obreras de la CNT que les entregasen el control de las aduanas, al mismo tiempo que los altos dirigentes de la CNT se dirigían a toda prisa a Puigcerdá para tratar de hallar una solución pacífica -es decir, engatusar a los obreros para que entregaran el control de la frontera-, la Guardia Civil y de Asalto fue enviada a Figueras y otras ciudades por toda la provincia para arrancar el control policial de las manos de las organizaciones obreras. Simultáneamente, en Barcelona, la Guardia de Asalto procedía a desarmar a los obreros a la vista, en las calles. Durante la última semana de abril informaron que habían desarmado de esta manera a 300. Durante la noche se sucedían los enfrentamientos entre obreros y guardias. Camiones llenos de guardias desarmaban obreros solitarios. Los obreros se vengaban. Se disparaba contra los obreros que se negaban a obedecer. Algunos guardias, a su vez, eran quitados de en medio.

El 25 de abril, un dirigente sindical del PSUC, Roldán Cortada, fue asesinado en Molins de Llobregat. Hasta ahora no se sabe quién lo mató. La CNT denunció el asesinato y propuso una investigación. El POUM señaló, de manera suficientemente significativa, que Cortada había apoyado a Largo Caballero antes de la fusión y era muy conocido que desaprobaba el espíritu del programa engendrado por los estalinistas. Pero el PSUC no dejó pasar la oportunidad, denunciando a “incontrolables”, “agentes fascistas escondidos”, etc. El 27 de abril, los representantes de la CNT y el POUM asistieron al funeral de Cortada -y se encontraron con una demostración de fuerza de contrarrevolución. Durante tres horas y media el “funeral” -PSUC y policía del gobierno llegados de todas partes y armados hasta los dientes- desfilaron por los distritos obreros de Barcelona. Era un desafío y las masas de la CNT se daban cuenta de ello. Al día siguiente el gobierno envió una expedición de castigo a Molins de Llobregat, que arrestó a los dirigentes anarquistas y los llevó espesados a Barcelona. Esa noche y los siguientes grupos de Guardias de Asalto del PSUC y de la CNT se desarmaban unos a otros en las calles. En los suburbios obreros se levantaron las primeras barricadas.

Los carabineros, reforzados por las fuerzas locales del PSUC, atacaron a las patrullas obreras en Puigcerdá. Antonio Martín, alcalde y dirigente de la CNT, popular en toda Cataluña, fue asesinado por los estalinistas.

El Primero de Mayo, la más antigua y querida de las fiestas proletarias, amaneció: el gobierno prohibió todas las asambleas y manifestaciones en toda España.

En los últimos días de abril, los obreros barceloneses supieron, por primera vez, a través de las páginas de *Solidaridad Obrera* lo que les había pasado a sus camaradas en Madrid y Murcia a manos de la estalinista GPU.

La Telefónica, que domina la plaza más concurrida de Barcelona, había sido ocupada por las tropas fascistas el 19 de julio de 1936, entregada a ellos por la Guardia de Asalto que el gobierno había mandado allí. Los obreros de la CNT habían perdido muchos camaradas para recuperarla. Por eso, su posesión era más apreciada. Desde el 19 de julio, la bandera roja y negra de la CNT ondeaba en la torre, visible para los obreros desde todas las partes de la ciudad. Desde el 19 de julio la central había sido dirigida por un comité de la CNT-UGT, con una delegación del gobierno presente en el edificio. La plantilla era casi enteramente CNT en homenaje y la guardia armada de la CNT la defendía contra incursiones fascistas.

El control de la Telefónica era un ejemplo concreto del doble poder. La CNT estaba en posición de escuchar las llamadas del gobierno. El bloque estalinista-burgués nunca sería

amo de Cataluña mientras los obreros pudieran cortar la coordinación telefónica de las fuerzas del gobierno.

El lunes 3 de mayo, a las tres de la tarde, tres camiones cargados de guardias de Asalto llegaron a la Telefónica, bajo el mando personal del comisario de Orden Público, Salas, miembro del PSUC¹⁷. Cogidos por sorpresa, los guardias de los pisos inferiores fueron desarmados. Pero a mitad del camino una ametralladora impidió que siguieran adelante. Salas pidió refuerzos. Los dirigentes anarquistas le suplicaron que abandonara el

¹⁷ El espinoso problema de justificar la toma armada de la Telefónica fue “resuelto”, en la prensa estalinista, dando por lo menos cuatro explicaciones diferentes: 1.^a “Salas mandó a la Policía armada republicana a desarmar a los empleados, la mayoría miembros de la CNT. Durante un tiempo considerable el servicio telefónico ha sido llevado de una manera que estaba abierto a las críticas más graves, y era imperativo para el total manejo de la guerra que los defectos del servicio fueran remediados.” (Londres, Daily Worker, 11 de mayo.) 2.^a La policía “ocupó la central de teléfonos. Al hacerlo, la policía en ningún momento trata de interferir con los derechos de los obreros garantizados por la ley (como subsecuentemente alegan los provocadores trotskistas). Lo que la Policía quería era poner todas las conexiones telefónicas bajo la supervisión inmediata del gobierno” (*INPRECORR*, 22 de mayo). Lo que “estaba organizado por la ley”, sin embargo, era el control obrero ratificado por el decreto de colectivización del 24 de octubre de 1936. 3.^a Una semana más tarde, una nueva historia: “El camarada Salas fue a la Telefónica que la noche anterior había sido ocupada por cincuenta miembros del POUM y varios elementos incontrolados. La Guardia forzó su entrada en el edificio y la Telefónica cayó de nuevo (!) en las manos del gobierno” (*INPRECORR*, 29 de mayo). 4.^a Es la versión final, dada por la sección catalana del Comintern como versión de Salas: “En primer lugar no hubo ocupación de la Telefónica, ni se trató nunca de ocuparla. Recibí una orden firmada por Ayguade, ministro de Orden Público, que había que instalar allí un delegado y que yo era responsable de ver qué se hacía. De acuerdo con esto, yo, con el capitán Menéndez y una escolta personal de cuatro hombres, entré en el edificio de Teléfonos. Indiqué a qué había ido y dije que deseaba hablar con alguno de los miembros responsables del Comité. Se nos dijo que no había ninguno en el edificio. Sin embargo, esperamos abajo mientras iban a mirar. Dos minutos más tarde unos individuos empezaron a disparar desde las escaleras. No nos alcanzaron a ninguno. Inmediatamente telefoneé a la guardia que viniera, no a ocupar el edificio, en el que ya estábamos, sino a acordonarlo para evitar que entrara alguien... Eroles (funcionario anarquista de la policía) y yo subimos a lo alto del edificio, donde se habían atrincherado con una ametralladora, granadas de mano y rifles. Subimos juntos, sin escolta y sin armas. Arriba expliqué la razón de mi visita. Bajaron. El delegado fue instalado de acuerdo con las órdenes. Se retiraron las fuerzas. No hubo heridos ni arrestos.” El relato de la CNT califica esta historia como una mentira: Salas empezó a desarmar a los guardias y a obligar a los trabajadores de teléfonos a levantar las manos; los guardias de los pisos superiores se retiraron al día siguiente como parte de un acuerdo general de retirarse ambas partes -que el Gobierno violó rápidamente-. Las cuatro diferentes versiones estalinistas son testigos de la dificultad para ocultar la verdad: querían terminar con el control obrero de la Telefónica y lo hicieron.

edificio. Se negó. La noticia se extendió como un reguero de pólvora por las fábricas y suburbios obreros.

En dos horas, a las 5, los obreros corrían a los centros locales de la CNT-FAI y POUM, se armaban y construían barricadas. Desde la época de los calabozos de la dictadura de Primo de Rivera hasta hoy, la CNT-FAI ha tenido siempre sus comités de defensa locales, con una gran capacidad para tomar la iniciativa. La poca dirección que hubo en la semana siguiente fue proveída de esos comités. Casi no hubo disparos la primera noche, ya que los obreros eran aplastantemente más fuertes que las fuerzas del gobierno, sin estómago para la lucha, se rindió pacíficamente. Luis Orr, un testigo ocular, escribió:

“La mañana siguiente (martes, 4 de mayo), los obreros armados dominaban la mayor parte de Barcelona. El puerto, y con él la fortaleza de Montjuich, que domina el puerto y la ciudad con su cañón, estaba bajo el control de los anarquistas: todos los suburbios de la ciudad estaban en sus manos; y las fuerzas del gobierno, excepto unas pocas barricadas aisladas, eran completamente sobrepasadas en número y estaban concentradas en el centro de la ciudad. La zona burguesa, donde podían ser fácilmente cercados por todas partes como lo habían sido los rebeldes el 19 de julio de 1936.”

Los relatos de la CNT, el POUM y otros confirman este hecho.

En Lérida, la Guardia Civil rindió las armas a los obreros el lunes por la noche, lo mismo en Hostafranchs. Los centros del PSUC y Estat Catalá en Tarragona y Gerona fueron tomados por los militantes del POUM y la CNT como “medida preventiva”. Estos pasos visibles no son más que el comienzo de lo que pudo haberse hecho, ya que las masas catalanas estaban en aplastante mayoría alineadas bajo la bandera de la CNT. La toma formal de Barcelona, la constitución de un gobierno revolucionario hubiera llevado, de la noche a la mañana, a la clase obrera al poder. Que el resultado hubiera sido éste no lo niegan seriamente ni los dirigentes de la CNT ni los del POUM¹⁸.

Esta es la razón por la que izquierda en las filas de la CNT y el POUM, secciones de la juventud Libertaria, los Amigos de Durruti y los bolcheviques-leninistas pedían la toma

¹⁸ Incluso el dirigente del ILP Fenner Brockway, siempre a la derecha del POUM, en este caso concede que “durante dos días los obreros estuvieron a la cabeza. Una acción intrépida y unida de los dirigentes de la CNT podría haber derribado al Gobierno”.

del poder de los obreros a través del desarrollo de órganos democráticos de defensa (*soviets*). El 4 de mayo, los bolcheviques leninistas sacaron el siguiente panfleto, distribuido en las barricadas:

“VIVA LA OFENSIVA REVOLUCIONARIA

No a los compromisos. Desarme de la Guardia Nacional Republicana y la Guardia de Asalto reaccionaria. Este es el momento decisivo. La próxima vez será muy tarde. Huelga general en todas las industrias, excepto en las ligadas a la continuación de la guerra, hasta que el gobierno reaccionario dimita. Sólo el poder proletario puede asegurar la victoria militar.

¡Armamento completo de la clase obrera! ¡Viva la unidad de acción de la CNT-FAI-POUM! ¡Viva el frente revolucionario del proletariado! ¡Comités de defensa revolucionaria en talleres, fábricas y barrios!

Sección española del Partido Bolchevique-Leninista (Cuarta Internacional).”

Los panfletos de los Amigos de Durruti pidieron “una junta revolucionaria, el desarme de la Guardia de Asalto y Nacional Republicana”, aclamaron al POUM por unirse a los obreros en las barricadas, juzgaban la situación con idénticas concepciones que los bolcheviques-leninistas. Adheridos todavía a la disciplina de sus organizaciones, y sin sacar propaganda independiente, la Izquierda del POUM, la Izquierda de la CNT y la Juventud Libertaria estaban de acuerdo con las perspectivas de los bolcheviques-leninistas.

Sin duda estaban en lo correcto. Ningún defensor de los dirigentes del POUM o de la CNT ha alegado ningún argumento contra la toma del poder que se mantiene en nuestro análisis. Ninguno de ellos se atreve a negar que los obreros pudieran tomar fácilmente el poder en Cataluña. Alegan tres argumentos para defender la capitulación: Que la revolución hubiera sido aislada, limitada a Cataluña y derrotada desde fuera; que los fascistas hubieran podido en ese momento crítico penetrar y ganar; que Inglaterra y Francia habrían aplastado la revolución con una intervención directa. Examinemos de cerca estos argumentos:

1. *Aislamiento de la revolución:* La forma más plausible y radical dada a este argumento se basa en una analogía con la “manifestación armada” de julio de 1917 en Petrogrado. “Ni siquiera los bolcheviques en julio de 1917 se decidieron a tomar el poder y se limitaron a la defensa, sacando a las masas fuera de la línea de fuego con las mínimas víctimas posible.” Irónicamente, el POUM, ILP, piveristas y otros apologistas que usan este argumento son

precisamente los que han estado recordando innecesariamente “a los sectarios trotskistas” que “España no es Rusia”, y que, por consiguiente, la política bolchevique no es aplicable.

El análisis trotskista, es decir, bolchevique, de la revolución española, sin embargo, se ha basado siempre en las condiciones concretas de España. En 1931 advertimos que el ritmo rápido de los acontecimientos de Rusia en 1917 no se repetiría en España. Por el contrario, hemos usado la analogía de la Gran Revolución francesa que, empezando en 1789, pasó por una serie de etapas antes de llegar a su culminación en 1793. Precisamente porque nosotros los trotskistas no esquematizamos los acontecimientos históricos, no podemos tomar seriamente la analogía con julio de 1917¹⁹.

La manifestación armada estalló en Petrogrado solamente cuatro meses después de que las tesis de abril de Lenin habían dado una dirección revolucionaria al Partido Bolchevique. “La gran mayoría de la población del gigantesco país estaba sólo empezando a emerger de las ilusiones de febrero. En el frente estaba un ejército de 12 millones de hombres que por entonces sólo conocían los primeros rumores sobre los bolcheviques. En esas condiciones, la insurrección aislada del proletariado de Petrogrado hubiera llevado inevitablemente a su aplastamiento. Era necesario ganar tiempo. Estas fueron las circunstancias que determinaron la táctica de los bolcheviques.”

Sin embargo, en España, mayo de 1937, vino tras seis años enteros de revolución en los que las masas habían acumulado una experiencia gigantesca. Las ilusiones democráticas de 1931 habían sido quemadas ya. Podemos citar testimonios de la CNT, POUM, dirigentes socialistas de que las renovadas ilusiones democráticas nunca prendieron en las masas -en febrero de 1936 votaron no por el Frente Popular, sino contra Gil-Robles y por la liberación de los prisioneros políticos. Una vez tras otra las masas habían demostrado que estaban preparadas para llegar al final: las numerosas luchas armadas dirigidas por los anarquistas, las incautaciones de la tierra durante seis años, la revuelta de octubre de 1934, la comuna asturiana, la toma de las fábricas y el campo después del 19 de julio. La analogía con Petrogrado de julio de 1917 es infantil.

Doce millones de soldados rusos, escasamente toca os por la propaganda bolchevique, estaban listos para ser utilizados contra Petersburgo en 1917. Pero en España más de la mitad de las fuerzas armadas eran miembros de la CNT; casi otro tercio de la UGT, la mayoría de ellos socialistas de izquierda o bajo su influencia. Aunque admitamos que la revolución no se extendería inmediatamente a Madrid, esto es muy diferente a

¹⁹ Leon Trotski, *La revolución en España*, abril 1931; *La revolución española en Peligro*, 1931, Pioneer Publishers, Nueva York.

asegurar que el gobierno de Valencia encontraría tropas para destruir la República Obrera Catalana. Inmediatamente después de los acontecimientos de mayo, las masas de la UGT mostraron su clara oposición a las medidas represivas tomadas contra el proletariado catalán. Esa fue una razón por la que Largo Caballero tuvo que salir del gobierno. Razón de más para que no pudiesen ser usadas contra una república obrera victoriosa. Ni siquiera las filas estalinistas hubieran dado un ejército de masas para este propósito: una cosa es conseguir obreros y campesinos políticamente retrasados para limitar la lucha por una república democrática y otra totalmente diferente usarlos para aplastar una república obrera. Cualquier intento del bloque estalinista-burgués de unir una fuerza proletaria hubiera precipitado simplemente la extensión del estado obrero a toda la España republicana.

Podemos afirmar, además, que el ejemplo de Cataluña hubiera sido seguido en todas partes. ¿Pruebas? Mientras el bloque estalinista-burgués trataba de consolidar la república burguesa fue obligado, no obstante, por el ambiente revolucionario a lanzar el *slogan*: “Acabemos primero con Franco y después hagamos la revolución.” Era un *slogan* muy inteligente, bien estudiado para mantener a las masas quietas. Pero el hecho de que la contrarrevolución necesitara este *slogan* demuestra que basaba sus esperanzas para la victoria sobre la revolución, *no* en el acuerdo de las masas, sino en la *amarga tolerancia* de las mismas. Apretando los dientes, las masas decían: “Tenemos que esperar hasta que hayamos acabado con Franco, luego acabaremos con la burguesa y sus lacayos.” Esta idea, muy generalizada, hubiera desaparecido a la vista del ejemplo de Cataluña. Ese ejemplo hubiera acabado con la idea de “debemos esperar”.

El ejemplo de Cataluña no hubiera afectado sólo al lado republicano. Ya que una España obrera se hubiera embarcado en una guerra revolucionaria contra el fascismo y hubiera desintegrado las filas del ejército de Franco, más que con armas militares con armas políticas. Todas las armas políticas contra el fascismo que el Frente Popular había negado permiso para usar, que sólo pueden ser usadas por una república obrera, se enfrentarían ahora a Franco. Trotsky escribió unos días después del 19 de julio:

“Una guerra civil se hace, como todo el mundo sabe, no sólo con armas militares, sino también políticas. Desde un punto de vista puramente militar, la revolución española es mucho más débil que su enemigo. Su fuerza está en su habilidad para mover a las grandes masas a la acción. Puede incluso tomar el ejército

(de Franco) de las manos de los oficiales reaccionarios. Para conseguir esto sólo es necesario avanzar seria y valientemente el programa para la revolución socialista.

Es necesario proclamar que desde ahora en adelante la tierra, las fábricas y talleres pasarán de las manos de los capitalistas a las del pueblo. Es necesario avanzar rápidamente hacia la realización de este programa en las provincias donde los obreros están en el poder. El ejército fascista no podría resistir la influencia de un programa así: los soldados atarían a sus oficiales de pies y manos y los entregarían en el cuartel más próximo de milicias obreras. Pero los ministros burgueses no pueden aceptar este programa. Reprimiendo la revolución social obligan a los obreros y campesinos a derramar diez veces más sangre en la guerra civil.”

La predicción de Trotsky demostró ser demasiado correcta. El gobierno del Frente Popular, temiendo a la revolución más que a Franco, no lanzaba ninguna propaganda dirigida a los campesinos integrados en las fuerzas de Franco y detrás de sus líneas. El gobierno se negó a prometer el campo a los campesinos y esa promesa no hubiera bastado a no ser que el gobierno hubiera decretado realmente dar el campo a los comités de campesinos en sus propias regiones, desde donde, por mil caminos, las noticias se hubieran extendido a los campesinos en el resto de España. Al temer a la revolución más que a Franco, el gobierno había rechazado toda propuesta (incluyendo las de Abd-el-Krim y otros moros) de incitar la revolución de Marruecos bajo una declaración de independencia de Marruecos. Como temía a la revolución más que a Franco, el gobierno apeló al proletariado internacional para que consiguiera que “sus” gobiernos ayudaran a España, pero nunca apeló al proletariado internacional para que ayudara a España a pesar y en contra de sus gobiernos.

Nosotros no somos doctrinarios. No declaramos la revolución todos los días. Juzgamos por nuestro análisis concreto de las condiciones en España en mayo de 1937 que, si la república obrera se hubiera establecido en Cataluña, no hubiera sido aislada o aplastada. Se hubiera extendido rápidamente al resto de España.

2. *Los fascistas hubieran penetrado de parte a parte:* La segunda excusa para no tomar el poder en Cataluña sobrepasa a la primera hasta el punto de negar implícitamente el efecto que la toma del poder tendría sobre las fuerzas de Franco²⁰.

²⁰ Un famoso dirigente anarquista me decía: “Vosotros los trotskistas sois más utópicos de lo que nosotros pudimos ser nunca. Marruecos está en las manos de Franco, dominado por él con mano de hierro. Nuestra declaración de independencia de Marruecos no tendría ningún efecto.” Le recordé que la

Admitiendo que una revolución proletaria en mayo se hubiera extendido a todo lo largo de la España republicana, los dirigentes de la CNT argumentaban: “Es evidente que, si lo hubiéramos querido, el movimiento de defensa se pudo haber transformado en un movimiento puramente libertario. Esto está muy bien, pero... los fascistas hubieran, sin duda, tomado ventaja de esas circunstancias para romper todas las líneas de resistencia” (García Oliver)²¹.

Aunque parece referirse, aparentemente, a la situación de mayo en Cataluña, este argumento es, en realidad, mucho más fundamental: *es un argumento en contra de la toma del poder por la clase obrera durante el curso de la guerra civil.*

Esa era también la línea del POUM. El Comité Central sostenía que, en el caso de que el gobierno se negara a firmar su propia condena a muerte convocando la Asamblea Constituyente (Congreso de Soldados, Campesinos y Delegados sindicales), sería un error tirar por la fuerza al gobierno.

Él creía que los obreros protestarían a su tiempo contra la contrarrevolución que el gobierno estaba llevando a cabo y que la demanda por la tal Asamblea Constituyente se haría tan fuerte que el gobierno estaría obligado a ceder. Mantenía que una insurrección sería un desaconsejable error, hasta que los fascistas no hubieran sido derrotados, y había diferencia de opiniones en sus filas sobre si una insurrección sería necesaria, incluso en ese caso²².

En otras palabras, la CNT y el POUM pedían socialismo a través del gobierno. Pero si el gobierno no lo otorgaba, entonces debemos esperar por lo menos hasta después de la guerra. En la práctica todo esto esconde la adaptación al *slogan* estalinista-burgués: “Acabemos con Franco primero y hagamos la revolución después.”

Declaración de Emancipación de los Esclavos de Lincoln fue dada a conocer mientras los Confederados todavía controlaban todo el Sur. Los marxistas, por lo menos, deben recordar que Marx y Engels dieron una importancia enorme a este acto político en la derrota del Sur. Otro anarquista decía: “Nuestros campesinos han tomado el campo ya, pero todavía no ha afectado a los campesinos bajo Franco.” Al ser preguntado, sin embargo, admitió que los campesinos temían que el gobierno intentara recobrar el campo después de la guerra. También en Rusia, en noviembre de 1917, los campesinos tomaron la mayor parte de la tierra. Sin embargo, la cultivaban sombría y temerosamente. El decreto soviético de nacionalización de tierra transformó la psicología de los campesinos y los hizo partidarios por mayoría aplastante del régimen soviético.

²¹ Discurso en París, “España y el mundo” (anarquista), 2 julio 1937.

²² Fenner Brockway, secretario del Independent Labour Party (Partido Laborista Independiente), *La verdad sobre Barcelona*, Londres, 1937.

La táctica del POUM-CNT de esperar hasta que se acabara con Franco significaba, concretamente, la ruina de la revolución. Ya que, como ya hemos dicho, el *slogan* estalinista-burgués de “esperar” estaba destinado a contener a las masas hasta que el estado burgués fuese supremo. Por esta razón precisamente, el bloque estalinista-burgués y sus aliados anglo-franceses no tenían intención de terminar con Franco o (más probable) hacer un armisticio con él hasta que la contrarrevolución hubiera consolidado su poder en la España republicana.

Hemos comentado ya la negativa del Frente Popular a lanzar propaganda revolucionaria para desintegrar las fuerzas de Franco. Pero en el campo de la lucha puramente militar, también el gobierno se negó a combatir a Franco de forma concluyente. Más exactamente, no hay una pared entre las tareas políticas y militares en una guerra civil. Al temer a la revolución más que a Franco, el gobierno estaba amasando fuerzas escogidas de soldados y policía en las ciudades, y, en consecuencia, retirando hombres y armas necesarios en el frente. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno estaba llevando a cabo la estrategia de prolongar la guerra, ya que no podía finalizarla decisivamente, mientras se llevaba a cabo la contrarrevolución. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno estaba subordinado a los obreros vascos y asturianos al mando de la traidora burguesía vasca que rendirla pronto el frente del Norte. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno estaba saboteando los frentes de Aragón y Levante que eran mantenidos por la CNT. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno estaba dando a agentes fascistas (Asensio, Villalba, etc.) la oportunidad de vender fortalezas republicanas a Franco (Badajoz, Irún, Málaga)²³.

La contrarrevolución dio tremendos golpes a la moral de las tropas antifascistas. “¿Por qué hemos de morir combatiendo a Franco cuando nuestros camaradas son asesinados por el gobierno?” Este estado de ánimo, tan peligroso en la lucha contra el fascismo, prevalecía tras los días de mayo y era difícil de combatir.

En todos estos días, pues, la política del gobierno estaba haciendo más fáciles los avances militares de Franco. El establecimiento de una república obrera hubiera terminado con toda esta traición, sabotaje y baja moral. Esgrimiendo el instrumento de la planificación estatal, la república obrera utilizaría, como ningún régimen capitalista podría hacerlo, todos los recursos materiales y morales de la España republicana.

Lejos de permitir a los fascistas avanzar, sólo el poder obrero podría llevar a la victoria sobre Franco.

²³ La política militar del gobierno es analizada en detalle en los capítulos 15 y 16.

3. *La amenaza de intervención*: La CNT, desalentadamente, hablaba de barcos de guerra ingleses y franceses que habían aparecido en el puerto, el 3 de mayo, de planes de desembarco de tropas anglo-francesas. “En el caso del triunfo del comunismo libertario, hubiera sido aplastado más tarde por la intervención de los poderes capitalistas y democráticos” (García Oliver).

Las referencias de la CNT a determinados barcos de guerra, a un complot concreto, oscurecían deliberadamente e carácter fundamental del asunto: *toda revolución social debe enfrentarse al peligro de la intervención capitalista*. La Revolución rusa hubo de sobrevivir a la guerra civil financiada por los capitalistas y a la intervención directa imperialista. La Revolución húngara fue aplastada por la intervención, así como por sus propios errores. Sin embargo, cuando las socialdemocracias alemana y austríaca justificaban la estabilización de sus repúblicas burguesas porque los Poderes Aliados intervendrían contra los estados socialistas, los socialistas y comunistas revolucionarios del mundo entero -y los anarquistas- denunciaron a los Kautskys y Bauers de traidores y estaban en lo cierto.

El proletariado austríaco y alemán, decían entonces los revolucionarios, debe tener en cuenta la posibilidad de la derrota a manos de la intervención anglo-francesa porque las revoluciones se enfrentan siempre a ese peligro, y esperar al hipotético momento en que los Aliados estén demasiado ocupados para intervenir, significa perder la coyuntura favorable para la revolución. Pero los socialdemócratas prevalecieron... y terminaron en los campos de concentración de Hitler y Schuschnigg.

Ni los círculos de la CNT ni los del POUM se atrevían a mantener que existía una situación coyuntural específica que hacía la intervención capitalista, en mayo de 1937, más peligroso que en otra ocasión. Los apologistas simplemente se refieren al peligro de intervención sin añadir análisis específicos. Nosotros nos preguntamos: ¿Había más peligro de intervención en mayo de 1937 que, por ejemplo, en el momento de la revolución de abril de 1931? Los obreros tenían todas las ventajas en mayo de 1937. En 1931 el proletariado europeo estaba hundido por la crisis mundial. Si los obreros alemanes no habían sido vendidos todavía a Hitler por sus dirigentes -sin luchar- el proletariado francés estaba tan adormecido como si hubiera sido agotado por un dictador. Francia, vecina a España, es decisiva para esta última. En mayo de 1937 el proletariado francés estaba entrando en el segundo año de levantamiento que empezó con las huelgas revolucionarias de junio de 1936. Es inconcebible que los millones de obreros franceses, socialistas y comunistas, hartos ya de la neutralidad, y mantenidos a raya por sus dirigentes con gran dificultad, permitieran la intervención capitalista en España de la burguesía francesa o de

cualquier otra. La transformación de la lucha en España, de lucha por la defensa de la república burguesa en lucha por la revolución social, encendería a los proletariados francés, belgas e ingleses todavía más que la Revolución rusa, ya que esta vez la revolución se desarrollaría ante sus propias puertas.

Frente a un proletariado alerta, ¿qué haría la burguesía? La burguesía francesa abriría sus puertas a España no para intervenir, sino para comerciar, permitiendo al nuevo régimen asegurarse abastecimientos, o se enfrentaría inmediatamente a una revolución en su casa. La república obrera española no ayudaría y consentiría, como Caballero y Negrín, la “no-intervención”. Inglaterra, irremisiblemente atada al destino de Francia, sería disuadida de intervenir por el peso de Francia y por su propia clase obrera, para quien la revolución ibérica abriría una nueva era. Portugal se enfrentaría inmediatamente a una revolución en casa. Alemania e Italia, desde luego, intentarían aumentar su ayuda a Franco. Pero la política anglo-francesa tiene que continuar siendo: ni una España socialista ni una España de Hitler-Mussolini. Con la esperanza de vencer poco a poco a ambas partes con el tiempo, el imperialismo anglo-francés se vería obligado a mantener la intervención italo-germana dentro de unos límites para evitar que el eje Roma-Berlín dominara el Mediterráneo.

Nosotros, menos que nadie, no necesitamos que se nos diga que todas las potencias capitalistas tienen en común y buscan en común la destrucción de cualquier amenaza de revolución social. Sin embargo, está claro que dos factores que salvaron a la Revolución rusa de ser destruida por la intervención se daban en mayo de 1937. En 1919 la clase obrera mundial, inspirada por la revolución, obligó a detener la intervención, mientras los imperialistas no pudieron ahogar sus diferencias lo suficiente para unirse en un único plan para aplastar la república obrera. Con el proletariado europeo de nuevo en pie, los imperialistas tratarían de apagar el fuego español con peligro para ellos.

¡Nosotros, por encima de todo, pedimos ayuda a los obreros del mundo! Vosotros estalinistas, para quienes las masas no son más que cuerpos para sacrificar que ofrecéis en el altar de una alianza con los demócratas imperialistas; vosotros burócratas, cuyo menosprecio por las masas, en cuyas espaldas os apoyáis, os hace olvidar que esas mismas masas hicieron posible la Revolución de Octubre y la victoria en la guerra civil, capital moral y material del que todavía vivís y ¡que se hunde bajo vuestra incompetente dirección! Sabemos que no os gusta que se os recuerde que en 1919-1922 esa clase obrera mundial salvó a la Unión Soviética de los imperialistas. La capacidad revolucionaria del proletariado es el factor que habéis llegado a odiar y temer, ya que amenaza vuestros privilegios.

No somos nosotros, sino los estalinistas, quienes creen posible la coexistencia pacífica del capitalismo con los estados obreros. Ciertamente el capitalismo europeo no podría soportar indefinidamente la existencia de una España socialista. Pero la coyuntura específica de mayo de 1937 era lo suficientemente favorable para permitir a una España obrera establecer su régimen interno y *prepararse para resistir al imperialismo tratando de extender la revolución a Francia y Bélgica y entonces emprender una guerra revolucionaria contra Alemania e Italia, bajo condiciones que precipitarían la revolución en los países fascistas*. Esta era la *única* perspectiva para la revolución en Europa en este período antes de la próxima guerra, independientemente que empezase la revolución en España o en Francia. Cualquiera que no acepta esta perspectiva rechaza la revolución socialista. ¿Riesgos? “La historia sería en verdad muy sencilla de hacer si la lucha se hiciera sólo bajo condiciones favorables infalibles”, escribió Marx cuando la Comuna de París todavía existía. Claramente veía el “decisivo y desfavorable accidente... de la presencia de los prusianos en Francia y su situación justo ante París. Esto lo sabían muy bien los obreros parisinos. Pero también lo sabía muy bien la *canalla* burguesa de Versalles. Precisamente por esa razón le ofrecieron a los parisinos la alternativa de luchar o sucumbir sin lucha. En el caso último la desmoralización de la clase obrera hubiera sido una desgracia mayor que la caída de algunos “dirigentes”. La lucha de la clase obrera contra la capitalista y su estado ha entrado en una fase nueva con la lucha en París. Cualesquiera que sean los resultados inmediatos, ha sido ganado un punto de partida nuevo de importancia mundial.” (Carta a Kugelmann, 17 de abril de 1871.) Berneri tenía razón. Aplastada entre los franco-prusianos y Versalles-Valencia, la comuna de Cataluña hubiera podido producir la llama que incendiara al mundo. Y ¡bajo condiciones en comparación más favorables que las de la comuna!

Hemos tratado de analizar lo más seriamente posible las razones dadas por los dirigentes centristas para no declarar una lucha por el poder contra la contrarrevolución. Al ser centristas y no reformistas descarados, han tratado de justificar su capitulación con referencias a la situación “especial” y “específica de España en el mes de mayo de 1937, pero sin darnos los detalles precisos. Tras concienzudo examen, hemos encontrado que, como es corriente en todas estas coartadas, las referencias a lo específico son falsas y ocultan un retroceso fundamental del camino revolucionario. De hecho, no son los errores, sino las diferencias de principios, a escala mundial y de clase, lo que separa a los dirigentes revolucionarios de los centristas y reformistas.

La mañana del martes 4 de mayo, los obreros armados en las barricadas por toda Barcelona, se sintieron de nuevo, como el 19 de julio, amos de su mundo. Como el 19 de

julio, los elementos burgueses y pequeño-burgueses se escondían en sus casas. Los sindicalistas del PSUC permanecían pasivos. Sólo una parte de la policía, los guardias armados del PSUC y los gamberros del Estat Catala estaban en las barricadas del gobierno. Estas barricadas se limitaban al centro de la ciudad, rodeadas por los obreros armados. El estado de cosas lo indica la primera alocución por radio de Companys: una declaración de que la Generalitat no era responsable por la provocación de la Telefónica. Cada sección de la periferia de la ciudad, dirigida por sus comités de defensa locales y ayudadas por grupos del POUM, FAI y las Juventudes Libertarias, estaba bajo firme control obrero. Casi no hubo un disparo el lunes por la noche, así de completo era el control obrero. Todo lo que quedaba por hacer para establecer la supremacía era coordinar y unir la acción dirigida desde el centro... En el centro, la Casa de la CNT, los dirigentes prohibieron toda acción y ordenaron a los obreros abandonar las barricadas²⁴.

No era la organización de las masas armadas lo que le interesaba a los dirigentes de la CNT, sino las interminables negociaciones con el gobierno. Este juego le venía al gobierno perfectamente: contener a las masas sin dirección en las barricadas engañándoles con esperanzas de que se encontraría una solución decente. La reunión en el Palacio de la Generalitat se prolongó hasta las seis de la mañana. Las fuerzas del gobierno tuvieron de esta manera suficiente tiempo para fortificar los edificios del gobierno y, como los fascistas en julio, ocupar las torres de la catedral.

El martes por la mañana, a las once, se reunieron los funcionarios, no para organizar la defensa, sino para elegir un nuevo comité que negociara con el gobierno. Ahora Companys presentó una cara nueva. Desde luego, podemos llegar a un acuerdo amigable; todos somos antifascistas, etc., decían Companys y el premier Tarradellas, pero no podemos seguir negociando mientras las calles no estén limpias de hombres armados. Entonces, el Comité Regional de la CNT paso el martes entero ante los micrófonos pidiendo a los obreros que abandonen las barricadas: “Os suplicamos que depongáis las armas. Pensad en la gran tarea común a todos... Unidad antes que nada. Deponed las armas. Sólo un *slogan*: ¡Hemos de esforzarnos para derrotar al fascismo! *Solidaridad Obrera* tuvo la desfachatez de aparecer con la historia del ataque a la Telefónica del lunes en la página 8 -para no alarmar a las milicias del frente a las que iban cientos de miles de copias-

²⁴ Por los relatos críticos de los acontecimientos de los días siguientes, estoy en deuda con dos camaradas americanos, Lois y Charles Orr (este último fue editor de *Spanish Revolution* del POUM, en inglés), y con el reportaje largo y documentado del bolchevique-leninista español que aparecía en la *Lutte Ouvriere* el 10 de junio de 1937.

sin mencionar siquiera las barricadas que se levantaron y sin otras directrices que “mantened la calma”. A las 5, las delegaciones de los Comités Nacionales de la UGT y la CNT llegaban de Valencia y juntas lanzaron una llamada al pueblo para que depusieran las armas. Vázquez, secretario general de la CNT, se unió a Companys en las llamadas por radio. La noche se pasó en nuevas negociaciones -el gobierno estaba siempre dispuesto a llegar a acuerdos que incluyeran el abandono de las barricadas por los obreros-, de las que salió un acuerdo para un Gabinete provisional de cuatro: uno de la CNT, otro del PSUC, otro del Sindicato Campesino y otro de la Esquerra. Las negociaciones fueron interrumpidas con peticiones a los dirigentes más destacados de la CNT para que fuesen a los lugares en que los trabajadores estaban atacando, como en Coll Blanch, donde los trabajadores tenían que ser persuadidos de no llevar a cabo la ocupación de los cuarteles. Mientras, otras llamadas estaban llegando -de la Base de los Obreros del Cuero, del Sindicato Médico, del Centro Local de la juventud Libertaria- pidiendo al Comité Regional que mandara ayuda, la policía estaba atacando...

Miércoles: Ni las numerosas súplicas por radio, ni la declaración conjunta de la CNT-UGT, ni el establecimiento de un nuevo Gabinete, habían movido a los obreros armados de las barricadas. En las barricadas, obreros anarquistas rompían *Solidaridad Obrera* y amenazaban con puños y armas a las radios cuando Montseny, después de que Vázquez y García Oliver hubiesen fallado, había sido llamada apresuradamente de Valencia -exhortaba a las barricadas a dispersarse-. Los Comités de defensa local informaban a la Casa de la CNT: los obreros no saldrían sin condiciones. Muy bien, les damos condiciones. La CNT radió las propuestas que le estaba haciendo al gobierno: cese de hostilidades, cada partido mantendría sus posiciones, la policía y civiles que luchaban al lado de la CNT (es decir, no-miembros) se retirarían completamente, los comités responsables serían informados inmediatamente si en alguna parte se rompía el pacto, no se respondería a los disparos aislados, los defensores de centros sindicales se mantendrían pasivos y esperarían información posterior. El Gobierno anunció enseguida su acuerdo con las proposiciones de la CNT. ¿Cómo no? El único objetivo del gobierno era terminar con la lucha de las masas, lo mejor romper la resistencia indefinidamente. Más todavía, el “acuerdo” no obligaba al gobierno a nada. El control de la Telefónica, desarmamento de las masas, no fueron -a propósito- mencionados. El acuerdo fue seguido por la noche con órdenes de la CNT y UGT (recuérdese, más tarde controlada por los estalinistas) locales de volver al trabajo. “Las organizaciones y partidos antifascistas reunidos en sesión en el Palacio de la Generalitat han resuelto el conflicto que ha creado esta situación anormal”, decía la

declaración conjunta. “Estos acontecimientos nos han enseñado que de ahora en adelante tendremos que establecer relaciones de cordialidad y camaradería, cuya falta hemos sentido tan profundamente durante los días pasados.” Sin embargo, como Souchy admite, las barricadas permanecían completamente defendidas durante el miércoles por la noche.

Pero el jueves por la mañana el POUM ordenó a sus miembros que dejaran las barricadas, algunas todavía bajo el fuego. El martes, el Manifiesto de los Amigos de Durruti, hasta ahora frío con el POUM, había aclamado su venida a las barricadas como una demostración de que era una “fuerza revolucionaria”. *La Batalla* del martes había permanecido dentro de los límites de la teoría de que no debería hacer una insurrección para derribar el gobierno durante la guerra civil, pero había pedido la defensa de las barricadas, la dimisión de Salas y Aiguade, abolición de los decretos de disolución de las patrullas obreras. Limitado como era este programa, contrastaba con la apelación del Comité Regional de la CNT por la retirada de las barricadas de tal manera que el prestigio del POUM creció entre las masas anarquistas. El POUM tuvo una oportunidad sin igual de ponerse a la cabeza del movimiento.

En vez de eso la dirección del POUM, una vez más, puso su destino en las manos de la dirección de la CNT. No hizo ninguna propuesta pública ante las masas, a la CNT, para llevar a cabo acciones conjuntas, propuestas que hubiesen permitido a la revolución incipiente exigir de sus dirigentes el dar pasos específicos adelante -durante un año entero el POUM, respetuosamente servil con los dirigentes de la CNT –no había hecho ni una propuesta aislada, con carácter específico, de frente unido, y solamente una conferencia entre bastidores con el Comité Regional de la CNT. Cualesquiera que fueran las propuestas del POUM, serían rechazadas. ¿No estáis de acuerdo? Entonces no diremos nada sobre ellas. Y a la mañana siguiente (5 de mayo) *La Batalla* no tenía nada que decir sobre las proposiciones del POUM a la CNT, sobre la cobarde actitud de los dirigentes de la CNT, su negativa a organizar la defensa, etc.²⁵. En vez de eso: “El proletariado barcelonés ha

²⁵ Spanish Revolution, el boletín en lengua inglesa del POUM (19 mayo 1937), dice: “Atrapada en las riendas del gobierno (la CNT), trata de salvar la valla con una ‘unión’ de las fuerzas de la oposición... La actitud de la CNT encontró mucha resistencia y protestas. El grupo ‘Amigos de Durruti’ hizo surgir a la superficie el deseo unánime de las masas de la CNT, pero no pudo tomar la dirección... Los obreros, que estaban profundamente heridos por la capitulación de su federación sindical, están ahora buscando una dirección nueva en otros campos. El POUM debería dársela.” Estas palabras tan radicales eran sólo para consumo exterior. Nada semejante aparecía en la prensa regular del POUM. En general, Spanish Revolution ha dado a los lectores ingleses, que no podían seguir la prensa del POUM en español, una versión desfigurada de la conducta del POUM; ha sido “una cara de izquierdas”. Digo esto sin ninguna intención de

ganado una batalla parcial contra la contrarrevolución.” Y veinticuatro horas más tarde: “Al haber sido rechazada la provocación contrarrevolucionaria hay que dejar las calles. Trabajadores, volved al trabajo” (*La Batalla*, 6 de mayo).

Las masas habían pedido la victoria sobre la contrarrevolución. Los burócratas de la CNT se habían negado a luchar. De este modo, los centristas del POUM establecían un puente sobre el abismo existente entre las masas y los burócratas al asegurarse que la victoria había sido conseguida ya.

Los Amigos de Durruti habían avanzado hasta el frente el miércoles, apelando a los obreros de la CNT para que rechazaran las órdenes de deserción de la Casa de la CNT y que continuaran la lucha por el poder obrero. Había acogido calurosamente la colaboración del POUM. Las masas estaban todavía en las barricadas. El POUM, que contaba por lo menos con 30.000 obreros en Cataluña, podía inclinar la balanza hacia cualquier lado. La dirección inclinó la balanza del lado de la capitulación.

Otro golpe, más terrible aún, contra los obreros: El Comité Regional de la CNT denunció ante toda la prensa -estalinista y burguesa incluidas- a los Amigos de Durruti como *agentes - provocadores*; denuncia que fue, sin duda, publicada prominentemente en todas partes el jueves por la mañana. La prensa del POUM no defendió a las izquierdas anarquistas contra esta repugnante calumnia.

El jueves estuvo repleto de ejemplos de la “Victoria”, en cuyo nombre el POUM pidió a los obreros que abandonaran las barricadas.

Por la mañana fue encontrado el cuerpo destrozado de Camillo Berneri en el lugar en que fue dejado por los guardias del PSUC, quienes lo habían prendido en su casa la noche anterior. Berneri, dirigente espiritual del anarquismo italiano desde la muerte de Malatesta, dirigente de la revuelta de Ancona de 1914, escapó de las armas de Mussolini, había combatido a los reformistas (incluyendo a los líderes de la CNT) en su órgano, *Guerra di Classe*. Había descrito la política estalinista con tres palabras: “Huele a Noske.” Había desafiado a Moscú con palabras resonantes: “Aplastada entre los prusianos y Versalles, la comuna de París prendió la llama que incendió al mundo. Que los generales Godeds de Moscú recuerden esto.” Había declarado a las masas de la CNT: “El dilema ‘guerra o revolución’ no significan nada ya. El único dilema es: o victoria sobre Franco, con una guerra revolucionaria o derrota.” ¡Qué verdad tan terrible ha sido esta identificación de Noske y los estalinistas! Lo mismo que Noske, un socialdemócrata, había raptado y

menospreciar la integridad revolucionaria del camarada Charles Orr, el editor, que apenas podía ser hecho responsable por la disparidad entre el boletín inglés y la voluminosa prensa española del POUM.

asesinado a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht, los demócratas-estalinistas habían asesinado a Camillo Berneri.

Honor a nuestro camarada Camillo Berneri. Recordémoslo con el mismo cariño que a Rosa y a Karl. Al escribir, camaradas, no puedo evitar el llanto por Camillo Berneri. La lista de nuestros mártires es tan larga como la vida de la clase obrera. Afortunados aquellos que cayeron luchando contra el enemigo de clase, caídos en medio de la batalla al lado de sus camaradas. Más terrible es morir sólo apuñalado por los que se llaman a sí mismos comunistas o socialistas, como murieron Karl y Rosa o como mueren nuestros camaradas en las cámaras de ejecución del exilio en Siberia. Camillo Berneri tuvo una angustia especial: Murió a manos de los “marxistas-leninistas-estalinistas”, mientras sus amigos más próximos, Montseny, García Oliver, Peiró, Vázquez, entregaban al proletariado barcelonés a sus verdugos. *Jueves, 6 de mayo de 1937*. Recordemos ese día.

El gobierno y los dirigentes anarquistas habían ido a Lérida el miércoles a detener un piquete de 500 milicios del POUM y tropas de la CNT que se movían rápidamente desde Huesca, con artillería ligera. Representantes de Valencia y la Generalitat habían prometido que si las tropas no avanzaban, el gobierno intentaría no traer más tropas a Barcelona, Con esta promesa y la insistencia de los dirigentes anarquistas las tropas obreras se detuvieron. El jueves, sin embargo, llegó una llamada telefónica de militantes de la CNT desde una ciudad de la carretera de Valencia a Barcelona: 5.000 guardias de Asalto están en camino. ¿Los detenemos?, preguntan los obreros de la CNT. Los dirigentes de la CNT ordenaron que se dejara pasar a los guardias, no dijeron nada a las tropas obreras que esperaban en Lérida y ocultaron la noticia que los guardias estaban en camino.

El jueves a las tres, la Casa de la CNT ordenaba a su guardia abandonar la Telefónica. El gobierno y la CNT habían llegado a un acuerdo: ambos lados deberían retirar sus fuerzas armadas. Tan pronto como los guardias de la CNT se habían ido, la policía ocupó el edificio y trajo partidarios del gobierno para que se encargaran del trabajo técnico en lugar de los obreros de la CNT. Habéis roto la promesa, se quejaba la CNT al gobierno. La Generalitat contestó *fait accompli*, no se puede revocar. “Si los obreros en sus barrios hubieran sido informados inmediatamente de este acontecimiento -admite el portavoz de la CNT, Souchy-, sin duda hubieran insistido en tomar medidas firmes y hubieran vuelto al ataque.” En resumen: los ultrademócratas, dirigentes anarquistas de la CNT, simplemente habían ocultado las noticias.

Bajo las órdenes de la Casa de la CNT, los empleados de teléfonos habían servido todas las llamadas durante la lucha: revolucionarias y contrarrevolucionarias. Una vez que el

gobierno se hizo con el teléfono, sin embargo, la CNT y FAI locales fueron desconectadas del centro.

En las calles por las que los obreros tenían que pasar de ida y vuelta del trabajo, como la CNT-UGT habían ordenado, la policía y los guardias del PSUC registraban a los transeúntes, rompiendo los carnets de la CNT y arrestando a los militantes de la CNT.

A las cuatro, la estación principal de ferrocarril de Barcelona, que estaba en manos de la CNT desde el 19 de julio, fue atacada por la Guardia de Asalto y los guardias del PSUC, con ametralladoras y granadas de mano. La pequeña fuerza de la CNT que estaba de guardia trató de pedir ayuda por teléfono... A las cuatro, el general Pozas se presentaba al ministro de Defensa de Cataluña (un ministro CNT) y cortésmente le informaba al camarada ministro que el puesto de ministro catalán de Defensa había dejado de existir, que los ejércitos catalanes eran ahora la Cuarta Brigada del Ejército Español con Pozas al mando. El Gabinete de Valencia había tomado esta decisión por la autoridad que le daban los decretos militares por un comando unificado, firmados por los ministros de la CNT. La CNT, desde luego, rindió el control a Pozas.

Terribles noticias desde Tarragona. El miércoles por la mañana una enorme fuerza policial había aparecido y había tomado teléfonos. La CNT había pedido inmediatamente la inevitable conferencia. Mientras las negociaciones continuaban, los republicanos y estalinistas se estaban armando; al día siguiente asaltaron el centro de la juventud Libertaria. Después de esto, la CNT pidió otra conferencia en la que fueron informados que la Generalitat había dado órdenes precisas de destruir las organizaciones anarquistas si no rendían las armas. (Recordemos que estas órdenes venían de un gobierno en el que se sentaban ministros anarquistas), Los representantes de la CNT acordaron rendir las armas si el gobierno libertaba a todos los arrestados, sustituía a la Policía y a los hombres del PSUC por regulares del ejército, y garantizaba inmunidad de ataque para los miembros de la CNT y sus oficinas.

El capitán Barbeta, delegado del gobierno, desde luego aceptó. La CNT entregó las armas y durante la noche la Guardia de Asalto ocupó los edificios de la CNT y mató a una veintena de anarquistas, entre ellos Pedro Rúa, el escritor uruguayo, venido a luchar contra el fascismo y elevado a comandante de las milicias. La Casa de la CNT señaló que esto era “romper la palabra de honor dada la noche anterior por las autoridades”. Mientras tanto, ni una palabra de todo esto fue transmitida a las masas barcelonesas, aunque la Casa CNT-FAI conoció los acontecimientos minuto a minuto²⁶.

²⁶ Hasta el 15-16 de mayo no contaron la noticia. Solidaridad Obrera.

Jueves, seis de la tarde: Noticias llegaban a la Casa de la CNT: el primer destacamento de Valencia, 1.500 guardias de asalto, había llegado a Tortosa de camino a Barcelona. La Casa de la CNT había mandado previos mensajes de no oponerse a ellos, todo estaba previsto, etc. La Guardia de Asalto ocupó todos los edificios CNT-FAI- Juventudes Libertarias de Tortosa, arrestando a todo el que encontraban, llevándose a algunos, esposados, a las cárceles de Barcelona.

Las masas no sabían nada de los acontecimientos de Tarragona, Tortosa, la Telefónica, Pozas, la venida de la Guardia valenciana... Pero los ataques a obreros en las calles, en las estaciones de ferrocarril, la reapertura del fuego de las barricadas, azuzó a muchos que se habían ido de las barricadas a volver.

Como respuesta a los catastróficos acontecimientos del jueves, la Casa de la CNT “mandó una nueva delegación al gobierno a enterarse de qué trataban de hacer” (Souchy), pero sin esperar a saber lanzó un nuevo y tranquilizante manifiesto: Mientras las barricadas aún retumbaban, la Casa de la CNT declaraba:

“Ahora que hemos vuelto a la normalidad, y 105 responsables de la insurrección han sido dimitidos de sus puestos públicos, cuando todos los obreros han vuelto a sus trabajos, y Barcelona está en calma una vez más..., la CNT y FAI continúan colaborando lealmente como en el pasado con todos los sectores políticos y sindicales del frente antifascista. La mejor prueba de esto es que la CNT continúa colaborando con el gobierno central, el gobierno de la Generalitat y todas las municipalidades... La prensa de la CNT pide calma y la vuelta de la población al trabajo. Las noticias dadas por radio a los sindicatos y a los comités de defensa no eran más que peticiones de calma.

Una prueba más de que la CNT no ha querido romper y no ha roto el frente antifascista, está en que cuando se formó el gobierno de la Generalitat, el 5 de mayo, los representantes de la CNT de Cataluña le ofrecieron toda clase de facilidades y el secretario de la CNT entró a formar parte del gobierno...

Los miembros de la CNT que controlaban el Consejo de Defensa (Ministerio) de la Generalitat, dieron órdenes a todas sus fuerzas de no intervenir de ningún lado del conflicto. Y también se aseguraron de que sus órdenes fueran cumplidas.

El Comité de Defensa de la CNT dio órdenes también a cada distrito de Barcelona que nadie debería venir de allí al centro a responder a las provocaciones. Esas órdenes

también fueron obedecidas porque nadie, en realidad, vino al centro a responder a las provocaciones.

Se le han tendido muchas trampas a la CNT hasta el último momento, pero la CNT ha permanecido firme en su postura y no ha permitido ser provocada...”

Jueves por la tarde: El PSUC y la Guardia de Asalto continuaron sus redadas, arrestos, disparos. Así, pues..., la Casa CNT-FAI mandó una delegación al gobierno con nuevas propuestas para el cese de hostilidades: todos los grupos deberían retirar sus guardias armados y patrullas de las barricadas; liberar a los prisioneros; no represalias.

Noticias de Tarragona y Reus, “donde miembros del PSUC y Estat Catalá aprovecharon la presencia de algunos guardias de Asalto de camino hacia Barcelona, utilizaron su ventaja temporal para desarmar y matar obreros” (Souchy).

“La CNT intentaba conseguir una promesa del gobierno en Valencia y Barcelona de que la Guardia de Asalto no entraría en la ciudad inmediatamente (!), sino que sería detenida fuera de los límites de la ciudad hasta que la situación se hubiera aclarado... Eran, en cierto modo, escépticos en lo que se refiere a la seguridad de que las tropas que se aproximaban serían leales a los obreros.” Pero ese escepticismo (¿cuándo apareció?) no había sido compartido por los ministros de la CNT en los gabinetes de Valencia y Cataluña *que habían votado por la toma del control del orden público en Cataluña por el gobierno central*. El Ministerio de Orden Público de Cataluña había dejado de existir, por tanto, el 5 de mayo.

La noche del 6 al 7 de mayo: “Una vez más los anarquistas se ofrecían a negociar, deseosos de terminar con el conflicto.” El gobierno, desde luego, estaba siempre dispuesto a negociar mientras sus fuerzas rompían las espaldas de la clase obrera bajo la cobertura que le daba Casa CNT. Los obreros anarquistas de los alrededores se habían apresurado a defender Tortosa y Tarragona. A las cuatro, el Comité Provincial -la dirección de la CNT en Cataluña fuera de Barcelona- informaba a Casa CNT-FAI que estaban preparados para contener a los guardias de Valencia. No, no debéis, decía Casa CNT. A las cinco y cuarto, el gobierno y Casa CNT hicieron otro acuerdo: armisticio, todo el mundo debería abandonar las barricadas, ambas partes liberarían los prisioneros, las patrullas obreras reanudarían sus funciones... De nuevo el Comité Regional radió a los obreros: “Habiendo llegado a un entendimiento..., deseamos notificaras... el establecimiento completo de paz y calma... Mantened esa calma y presencia de ánimo...” Viernes: Obedeciendo órdenes de Casa CNT y FAI, algunos obreros empezaron a derribar barricadas. Pero las barricadas de la Guardia de Asalto, Estat Catalá y PSUC permanecieron intactas. La Guardia de Asalto

sistemáticamente desarmaba a los obreros. De nuevo, al ver los obreros que las fuerzas del gobierno continuaban a la ofensiva, volvieron a las barricadas contra el deseo de la CNT y el POUM. Pero la desilusión y el desaliento aparecieron: muchos obreros anarquistas habían mantenido la confianza en Casa CNT-FAI hasta el final; otros, al disminuir su fe, habían mirado hacia los obreros del POUM en busca de dirección hasta que se les ordenó a éstos abandonar las barricadas. Los Amigos de Durruti y los bolcheviques-leninistas pudieron traer de nuevo los obreros a las barricadas el jueves y la noche del viernes, pero no eran lo suficientemente fuertes, no tenían suficientes raíces en las masas para organizarlos para una larga lucha.

Los guardias de Valencia llegaron el viernes por la noche. Tomaron inmediatamente la prensa y arrestaron a los dirigentes de Amigos de Durruti. Grupos de guardias patrullaban las calles para intimidar a los obreros. “El gobierno de la Generalitat ha aplastado el levantamiento con sus propias fuerzas”, anunciaba Companys. Escucha, gritaban los dirigentes de la CNT, tú sabes que no era un levantamiento, tú lo dijiste. “Debemos arrancar de raíz a los incontrolados”, contestaba Companys...

La promesa de liberar prisioneros no fue mantenida; por el contrario, los arrestos en masa empezaron. No represalias era otra de las promesas; pero las semanas siguientes vieron represalias brutales llevadas a cabo contra las ciudades y suburbios que se habían atrevido a resistir. El gobierno, desde luego, mantenía el control de la Telefónica, que fue por lo que había empezado la lucha. El control de la policía estaba ahora en Valencia, y pronto sería entregado a los estalinistas. El Ministerio de Defensa y el ejército de Cataluña se habían convertido en propiedad privada de Valencia, para ir a parar en breve a manos de Prieto. Las patrullas obreras se disolverían pronto con la aplicación del decreto de Orden Público de Ayguade. La autonomía catalana había dejado de existir al entrar las fuerzas armadas de Valencia. Ayguade, “destituido”, decía la CNT, iría en una semana a Valencia a sentarse en el gobierno central como representante de la Generalitat..., en la que todavía participaba la CNT.

Después de que la Guardia de Asalto entró en Barcelona, *La Batalla* se quejó: “Esto es una provocación. Con una demostración de fuerza tratan de convertir nuestra victoria en una derrota.” Y quejumbrosamente: “Fue el POUM el que aconsejó cesar la lucha, abandonar las calles, volver al trabajo; fue él -nadie lo puede dudar- uno de los que más contribuyeron a normalizar la situación.” La docilidad de cordero del POUM no lo salvó, sin embargo, del lobo. Verdaderamente, ¡qué desastre de políticos que no pueden distinguir una victoria de una derrota!

“No nos sentíamos espiritual o físicamente lo suficientemente fuertes como para tomar la dirección y organizar a las masas para la resistencia”, había dicho un miembro de la Ejecutiva Central del POUM a Charles Orr el martes. Así, pues, habían racionalizado su impotencia en una “victoria” para justificar el poner fin a la lucha.

Supongamos que el POUM hubiera dado la cara y, a pesar de la CNT, hubiera intentado dirigir a los obreros por lo menos a un armisticio real, por ejemplo, con los obreros, permaneciendo armados en las calles y las fábricas, preparados para resistir cualquier ataque posterior. Supongamos incluso que esto no ha ocurrido, que el POUM Y los obreros hubieran sido conquistados por las armas. “En el peor de los casos -señalaba la oposición del POUM-, se hubiera podido organizar comités de defensa, basados en representaciones de las barricadas. Ya que esto hubiera sido suficiente para celebrar una primera reunión de delegados de cada una de las barricadas del POUM y de la CNT, para nombrar un Comité Central provisional. Durante el martes por la tarde el comité local del POUM estaba trabajando en este sentido. Pero no encontró entusiasmo en la dirección central para llevarlo a cabo.” Por lo menos un Cuerpo Central así enraizado directamente en las masas habría sido capaz de organizar resistencia contra las redadas, arrestos, supresión de la prensa y proscripción de los Amigos de Durruti y del POUM.

Ciertamente, un intento de organizar la resistencia no hubiera dado más víctimas de las que dio la capitulación: 500 muertos y 1.500 heridos, casi todos después de que la CNT empezara a retroceder el martes por la tarde; algunos cientos más asesinados y heridos durante la “limpieza” de las semanas siguientes; la “limpieza” de las tropas del POUM y anarquistas se hizo mandándolos en las semanas siguientes a la línea de fuego sin protección de aviación y artillería; Nin, Mena y otros líderes del POUM asesinados, miles y decenas de miles encarcelados en el período siguiente. La capitulación causó por lo menos tantas víctimas como la lucha y la derrota hubieran causado.

La oposición del POUM -y no es una oposición trotskista- tenía razón de más cuando decían en su Boletín el 29 de mayo.

“Esta derrota, ordenada sin condiciones, sin obtener el control del orden público, sin la garantía de las patrullas obreras, sin órganos prácticos del frente (unido) obrero, y sin una explicación satisfactoria a la clase obrera, colocando todos los elementos de lucha -revolucionaria y contrarrevolucionaria- en el mismo costal, es una de las capitulaciones y traiciones más grandes hechas al movimiento obrero.”

La férrea lógica de la política es inexorable. La vía equivocada lleva a sus partidarios a profundidades nunca soñadas. Empeñada en continuar la política de colaboración con el estado burgués, la dirección anarquista -¡parece que fue ayer cuando estos hombres desalaban a la monarquía a muerte!- estaba sacrificando las vidas y futuros de sus seguidores de la manera más cobarde. Agarrados a las faldas de la CNT, los dirigentes del POUM fueron retirando obreros de las barricadas todavía bajo el fuego. Ellos, menos que nadie, se hubieran creído, hace un año, capaces de caer tan bajo... Dirigentes que han traicionado a los obreros como ellos lo han hecho están irrevocablemente perdidos para el movimiento revolucionario; no pueden volverse atrás, admitir su terrible complicidad..., pero también dan pena, pues al día siguiente de su traición, la burguesía, reforzada de esta manera, se libraría de ellos.

Recordemos a los apologistas del POUM otro aspecto en el que su analogía con Petersburgo, en julio de 1917, no se mantiene. El fracaso de la “manifestación armada” fue seguido por una caza salvaje de los bolcheviques: Trotsky fue encarcelado, Lenin y Zinoviev se escondieron; los periódicos bolcheviques fueron reprimidos. Se levantó el descrédito: los bolcheviques son agentes alemanes. En cuatro meses, sin embargo, los bolcheviques llevaron a cabo la Revolución de Octubre. Escribo esto seis meses después de los días de mayo y el POUM todavía está aplastado, muerto. La analogía no se mantiene en este punto por que la diferencia está en que: los bolcheviques se colocaron sin miedo a la cabeza de la revolución de julio y de este modo se convirtieron en carne y hueso de las masas, mientras el POUM volvió la espalda a las masas y las masas, a cambio, no sintieron ninguna necesidad de salvar al POUM.

XI. La destitución de Largo Caballero

La derrota del proletariado catalán marcó una nueva etapa en el avance de la contrarrevolución. Hasta ahora, la contrarrevolución se había desarrollado encubierta por la colaboración de los dirigentes de la CNT y de la UGT e incluso, de septiembre a diciembre, en la Generalitat de los dirigentes del POUM. Así, el abismo entre el programa abiertamente burgués del bloque estalinista-burgués y las aspiraciones revolucionarias de las

masas había sido oscurecido por los centristas²⁷. Ahora ha llegado el momento para el bloque estalinista-burgués de prescindir de los centristas.

El proceso es muy familiar en la historia de los últimos años. Cuando los golpes dados a la izquierda han fortalecido suficientemente la derecha, ésta está capacitada para volverse contra los centristas, cuyos servicios, hasta ahora, habían sido indispensables para quebrantar la izquierda. El resultado de la represión de los obreros revolucionarios es un régimen más de derechas que el que los reprimió. Exactamente el mismo fue el resultado de la represión de los espartaquistas en 1919 por Noske y Sheidemann. Como lo fue el resultado de la “estabilización” de Austria por Renner y Bauer. Ahora le tocaba el turno a los centristas españoles de pagar el precio por haber consentido el aplastamiento del proletariado catalán.

El primer punto de la factura presentada por los estalinistas al Gabinete de Valencia fue la completa supresión del POUM. ¿Por qué el POUM? Como todos los renegados, los estalinistas comprendían la dinámica del desarrollo revolucionario mejor que sus aliados, que siempre habían sido reformistas. A pesar de su política vacilante, el POUM tenía en sus filas muchos revolucionarios que luchaban por los intereses del proletariado. Incluso los líderes del POUM que no estaban preparados para la revolución, se verían forzados a resistir la contrarrevolución una vez descubierta. Stalin había comprendido que incluso los que se habían rendido, los Zinovievs y Kamenevs, serían un peligro el día de la rebelión de las masas. La fórmula de Stalin es: Extirpa cada posible foco, cada figura capaz, en torno a los cuales las masas puedan reunirse. Esta sangrienta fórmula llevada a cabo en los juicios de agosto y enero en Moscú, era ahora aplicada a España y al POUM.

La izquierda socialista retrocedió, en uno de sus órganos, *Adelante*, de Valencia, decía en la editorial del 11 de mayo:

“Si el gobierno de Largo Caballero aplicase las medidas de represión que la sección española del Komintern trata de incitar, se aproximaría a los gobiernos de Gil-Robles y Lerroux; destruiría la unidad de la clase trabajadora y nos expondría al peligro de perder la guerra y hacer fracasar la revolución... Un gobierno compuesto en su mayoría por elementos del mundo obrero no puede usar métodos reservados para gobiernos reaccionarios y semifascistas.”

²⁷ Este es el término marxista empleado para describir a las diferentes organizaciones políticas que no son revolucionarias, pero que tampoco proclaman las doctrinas de colaboración de clases típicas del reformismo.

Se convocó el Gabinete el 15 de mayo, y Uribe, el ministro estalinista de Agricultura, planteó bruscamente la cuestión a Largo Caballero: ¿Estaba preparado para consentir la disolución del POUM, confiscación de sus emisoras de radio, prensas, edificios, bienes, etc., y encarcelamiento del Comité Central y de los Comités locales que habían apoyado el levantamiento de Barcelona? Federica Montseny se despertó con la oportunidad suficiente para presentar un *dossier* que probaba que se había preparado un plan, en España y en el extranjero, para sofocar la guerra y la revolución. Acusó a Lluhi y Vallesca y a Gassol (Esquerra) y a Comorera (PSUC), junto con un representante vasco, de haber participado en una reunión en Bruselas donde se había acordado aniquilar a las organizaciones revolucionarias POUM y CNT-FAI, para prepararse para el final de la guerra civil por medio de la intervención de las “potencias amigas” (Francia-Inglaterra).

Largo Caballero declaró que él no podía presidir sobre la represión de otras organizaciones obreras y que era necesario destruir la falsa teoría de que había existido un movimiento en contra del gobierno catalán, mucho menos un movimiento contrarrevolucionario²⁸.

Como los estalinistas continuaron presionando en sus demandas, Montseny mandó traer un paquete que contenía cientos de bufandas con el escudo de la monarquía. Cientos de ellas habían sido encontradas en manos de los provocadores del PSUC y de los miembros del Estat Catalá, quienes las debían de haber colocado en los edificios del POUM y de la CNT. Los dos miembros estalinistas se levantaron y se apresuraron a abandonar la reunión. Así empezó la crisis ministerial.

Largo Caballero miró a los otros. Esperaba que clarificaran sus posiciones. Los ministros burgueses y de Prieto se solidarizaron con los estalinistas y salieron. Así fue la última reunión del Gabinete de Largo Caballero.

* * *

²⁸ El día 4 de mayo, *Adelante*, de Valencia (hablando claramente por parte de Largo Caballero), resolvió el problema de a qué lado de las barricadas apoyar, al mismo tiempo que negaba el significado real de la lucha: “Comprendemos que esto no es un movimiento contra el poder legítimo. E incluso si fuera una rebelión contra la autoridad legítima, y nosotros no admitimos que éste sea el caso, en vez de ser una inoportuna y pobremente preparada colisión entre organizaciones con orientaciones diferentes e intereses políticos y sindicales opuestos entre sí con el frente general antifascista en que se mueven los grupos

La prohibición del POUM fue la primera exigencia de la contrarrevolución, pero los estalinistas siguieron planteando otras exigencias básicas por las que Largo Caballero y la izquierda socialista no quisieron aceptar la responsabilidad.

Las desavenencias entre los estalinistas y la izquierda socialista venían desarrollándose desde hacía algunos meses. La prensa estalinista comenzó una solapada campaña contra el mismo Largo Caballero en marzo, desde el momento en que se había extinguido como un grito la campaña de telegramas aduladores al “líder del pueblo español” por parte de los “obreros de Magnitogorsk”. La campaña estalinista había sido tema de comentario en los órganos de la CNT y el POUM y de resentida polémica en la prensa de la izquierda socialista. Los confundidos anarquistas interpretaron la campaña de los estalinistas como el pecado original de la política: así se trataban entre sí los partidos políticos. El POUM buscaba el apoyo rápido de los trabajadores socialistas criticando a los estalinistas de intentar absorber a los socialistas. Juan Andrade, el comentarista del POUM, vio más claramente, reconociendo que Largo Caballero estaba resistiendo las directrices anglofrancesas en sus más extensas implicaciones. Pero la orientación principal del POUM, al gritar “absorción”, le llevó a perder la oportunidad de sacar partido de los conflictos reales entre Largo Caballero y el bloque estalinista-burgués. Ya que *eran* conflictos reales. Desde luego, tan importantes como el conflicto entre reforma y revolución; pero lo suficientemente importantes como para que una política revolucionaria audaz hubiese podido meter una cuña entre los estalinistas y la base de masas de Largo Caballero que hubiese podido hacer conscientes a los obreros de la UGT del significado de la línea que Largo Caballero había seguido durante ocho meses.

Las incursiones estalinistas en las filas de Largo Caballero eran un hecho. Es muy familiar en el movimiento obrero el fenómeno de que cuando dos organizaciones siguen la misma línea política, la que tiene el aparato más fuerte pasa a absorber a la otra. Apoyando los mismos puntos de vista que los estalinistas en el Frente Popular, de ganar la guerra antes de hacer la revolución, apaciguando la opinión (pública) extranjera, construyendo un ejército regular burgués, etc., Caballero había dejado de diferenciarse del estalinismo ante los ojos de las masas. Con el aparato estalinista y los fondos -las Brigadas Internacionales vinieron con cientos de estos funcionarios adheridos a ellas-, los estalinistas estaban en situación de reclutar miembros a costa de Caballero.

proletarios de Cataluña, la responsabilidad por las consecuencias tendría que ser cargada, naturalmente, a los que provocaron los enfrentamientos.”

Esto fue verdad particularmente entre la juventud. Las Juventudes Socialistas habían sido el apoyo más fuerte de Caballero, pero su fusión con las juventudes Comunistas le convirtió en el perdedor, aunque estas últimas no eran ni la décima parte de las juventudes Socialistas. Los métodos usuales estalinistas de corrupción -viajes a Moscú, relaciones adulatorias con la joven Liga Comunista (YCL) rusa y francesa, la oferta de puestos en el Comité Central del Partido, habían sido un éxito. Poco después de la fusión, los líderes de las juventudes Socialistas habían entrado en el Partido Comunista y la organización juvenil “unificada” cayó bajo rígido control estalinista. Las células disidentes fueron reorganizadas y los izquierdistas expulsados como trotskistas. Caballero estaba en una situación difícil para protestar por el resultado después de haber apoyado el método burocrático de fusión sin que se celebrase un congreso de las juventudes socialistas para tomar la decisión. Bajo el *slogan* de “unificar a toda la juventud”, los líderes estalinistas se fortificaron reclutando indiscriminadamente a todo el que pudo ser persuadido a aceptar el carnet. Santiago Carrillo, en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista, desvergonzadamente propugnaba reclutar a los “Simpatizantes fascistas” entre las juventudes. Apoyados en elementos retrógrados, incluyendo muchos católicos, los estalinistas pudieron acallar a los miles de izquierdistas que quedaban todavía en la organización juvenil.

Sin embargo, las pérdidas de Caballero ante los estalinistas no le impulsaron a romper con ellos. La pérdida de sus seguidores sólo le hizo sentirse más débil y hacer más concesiones.

Solamente cuando Largo Caballero descubrió que las incursiones estalinistas eran menos serias de lo que él suponía y que era más probable que sus seguidores se inclinaran hacia la izquierda que al estalinismo decidió enfrentarse seriamente con los estalinistas. Las dos secciones mayores de las juventudes socialistas, las organizaciones asturiana y valenciana, denunciaron a los altos dirigentes estalinistas y se negaron a aceptar los puestos en el Comité Nacional “unificado”. En la asamblea de delegados de la UGT de Madrid, el programa de Largo Caballero logró los ocho asientos en el Consejo Municipal adjudicados a la UGT, frente a un programa estalinista. En el Congreso de la UGT de Asturias, el grupo de Caballero consiguió 87.000 votos contra 12.000 para los estalinistas. Estos índices, poco antes de la crisis del gobierno, mostraban que Largo Caballero hubiera podido tener una posición dominante en la UGT y que hubiera tenido que frenar a sus seguidores y no a los estalinistas en el período siguiente.

Había una cosa, sobre todo, por la que Caballero no podía aceptar la responsabilidad: los últimos movimientos para arrebatarse el control de las fábricas a los trabajadores. Pasase

lo que pasase, las masas de la UGT estaban firmemente convencidas. Nunca entregarían las fábricas. El órgano de la UGT de Madrid declaraba repetidamente: “El fin de la guerra tiene que significar también el fin del capitalismo.”

“El que los explotadores de toda la vida dejen de ser los dueños de todos los medios de producción ha sido suficiente para que el pueblo tome las armas en la lucha por la independencia nacional. Desde las más poderosas empresas hasta los pequeños talleres están, de hecho, en las manos y bajo el control de la clase obrera... ¿Qué vestigios quedan del viejo sistema económico? La revolución ha eliminado todos los privilegios de la burguesía y la aristocracia” (*Claridad*, 12 de mayo de 1937).

*Claridad*²⁹, en verdad, adornaba continuamente sus páginas con citas de Lenin. Que estas citas, a menudo, eran comentarios bastante enfrentados con las concepciones políticas de Largo Caballero no necesita explicación alguna. Citas sacadas de *Estado y revolución*, mientras Largo Caballero fortalecía y reconstruía el aparato del estado burgués con el que, inevitablemente, se intentaría arrebatar las fábricas a los obreros. Pero, a no ser que estuviera preparado para perder el apoyo de las masas de la UGT, Largo Caballero no hubiera podido apoyar el que se quitasen las fábricas a los trabajadores. Caballero era un político suficientemente obrerista como para reconocer que el estado que él mismo había revivido era ajeno a los trabajadores y que el *slogan* estalinista-burgués de “control estatal de las fábricas” significaba aplastar el poder de los comités de fábrica.

Podemos resumir las diferencias entre Largo Caballero -es decir, la burocracia de la UGT- y el bloque estalinistaburgués de esta manera: Largo Caballero quería una república democrática-burguesa (con alguna forma de control obrero en la producción coexistiendo con la propiedad privada) victoriosa sobre Franco. El bloque estalinista-burgués estaba listo para aceptar cualquier propuesta del imperialismo anglo-francés y lo que proponía en el momento del derrocamiento de Largo Caballero, era un régimen burgués basado en la participación en el régimen de las fuerzas de los grandes terratenientes y capitalistas que apoyaban a Franco, parlamentario en cuanto a la forma, pero bonapartista en cuanto que era inaceptable para las masas.

²⁹ Con el gabinete de Negrín, *Claridad* pasó a ser controlada por los estalinistas, aunque siguió llamándose “órgano de la UGT”, a pesar de haber sido repudiada dos veces por el Comité Ejecutivo Nacional.

La perspectiva de Largo Caballero no era en lo fundamental tan diferente de la del bloque estalinista-burgués como para impedir que marcharan juntos por un tiempo considerable. Fueron juntos a lo largo de ocho meses. ¿Era el 15 de mayo el momento correcto para que las derechas rompieran con Largo Caballero? ¿No debería el bloque estalinista-burgués haber esperado la ocasión algunos meses más mientras el ejército y la policía se reforzaban todavía más como instituciones burguesas? ¿No deberían haber comprometido todavía más a los ministros de la CNT? ¿No estaban arriesgando un reagrupamiento de fuerzas que echara del Gabinete a las dos organizaciones de masas obreras? ¿No estaban los estalinistas revelando demasiado claramente su papel reaccionario convirtiéndose en el único grupo obrero, aparte del ampliamente odiado grupo de Prieto, que participaba en el gobierno?

Los estalinistas probablemente sobreestimaran su habilidad para garantizar el apoyo al nuevo Gabinete de suficientes asambleas de la UGT como para oscurecer el hecho de que los sindicatos obreros en conjunto se oponían al nuevo gobierno. Ni siquiera en la UGT de Cataluña, que estaba controlada por la burocracia, fueron capaces los estalinistas de evitar que muchas de las asambleas declarasen su apoyo a Largo Caballero. Los estalinistas sólo pudieron lograr que un puñado de asambleas firmaran la destitución de Largo Caballero.

Pero si bien los estalinistas calcularon mal su habilidad para proveer de un “frente” obrero a Negrín, en cambio, otros de sus cálculos fueron sin duda correctos. Para ellos, los sucesos de Barcelona revelaban que los ministros de la CNT ya no controlaban a las masas; la lucha del 3 al 8 de mayo revelaba el abismo entre los dirigentes y las masas de la CNT. La continuación de la participación gubernamental de la CNT no significaría un freno serio a la resistencia de las masas y, por otra parte, solamente podría acelerar la ruptura entre los dirigentes y las masas. En el período siguiente, los Olivers y Montsenys eran más útiles en el papel de “oposición leal” fuera del gobierno. En la oposición podrían recuperar el control sobre sus seguidores, aun así, su oposición sería tal que no molestaría excesivamente al gobierno de Negrín.

En cuanto a la oposición de Caballero, su temperamento y calidad habían sido experimentados ya: su “crítica revolucionaria” al gobierno del Frente Popular de febrero a julio de 1936 y sus declaraciones, todavía más radicales, durante el primer Gabinete de guerra del 19 de julio al 4 de septiembre de 1936. En esos períodos, Largo Caballero había canalizado el descontento, y entonces había entrado él mismo a formar parte del gobierno. Si apareciesen obstáculos imprevistos que pudieran poner en peligro al gobierno, el bloque

estalinistaburgués siempre podría volver al *status* del 15 de mayo, ya que los centristas no pedían más que eso: “No se puede gobernar sin la UGT y la CNT”, era el *slogan* de Largo Caballero y los dirigentes de la CNT. Mientras tanto, estaban seguros al predecir que la oposición de Largo Caballero no significaría el resurgimiento de la red de los comités obreros y su coordinación en *soviets* -y eso era lo único que el bloque estalinista-burgués temía.

Si bien derribar a la UGT y a la CNT no provocaba peligros serios, ofrecía ventajas inmediatas de gran trascendencia para el bloque estalinista-burgués. Sus demandas inmediatas eran:

1. Control completo del ejército. Los decretos de movilización y reorganización del ejército habían sido llevados a cabo por Largo Caballero, como ministro de la Guerra, hasta un punto considerable. Los regimientos formados con los reclutas fueron enteramente contruidos en base al viejo modelo burgués, mandados, en general, por viejos oficiales del ejército, o por graduados elegidos a dedo en las escuelas oficiales controladas por el gobierno. Todo intento entre los reclutas de elegir oficiales o formar comités de soldados había sido descartado. Pero las milicias obreras, que habían llevado a cabo lo más duro de la lucha durante los primeros seis meses, no habían sido completamente “reorganizadas” todavía; sus filas resistían fieramente cualquier cambio sistemático de sus oficiales, muchos de los cuales provenían de sus propias filas. Incluso en el frente de Madrid las milicias de la CNT y la UGT, a pesar de estar parcialmente reorganizadas, retenían la mayor parte de sus antiguos oficiales y continuaban imprimiendo sus propios periódicos políticos en el frente. En los frentes catalanes, las milicias anarquistas se negaban a respetar los decretos que los ministros de la CNT habían firmado. Igualmente importante es el hecho de que Largo Caballero se alarmara tanto tras la caída de Málaga como para arrestar al general Asensio y al comandante de Málaga, Villalba, acusándoles de traición, y hacer una limpieza entre el mando de oficiales de muchos burgueses, amigos de Prieto y los estalinistas. Después de esto, la preocupación de Largo Caballero en la reorganización del ejército fue un serio obstáculo para el programa de Prieto y los estalinistas. Para una despiadada reorganización de las milicias en regimientos burgueses, mandados por burgueses elegidos en consonancia con el viejo código militar, y una purga de los dirigentes radicales del ejército ascendidos en los días de julio, era necesario arrebatarse totalmente el ejército de las manos de Largo Caballero.

2. El Ministerio de la Guerra era el punto más ventajoso desde el que empezar a arrebatarse a los obreros el control de las fábricas. En nombre de las exigencias de la guerra

podía intervenir y romper el dominio de los obreros en las industrias más estratégicas, como el ferrocarril y otros transportes, minería, metalúrgica, textil, carbón y aceite. Los estalinistas ya se habían empezado a preparar para esto en abril por medio de una serie de ataques en contra de las fábricas de suministros de guerra. Desgraciadamente para los estalinistas, habían organizado esta campaña (tenían una tenaz debilidad por campañas llevadas a cabo obedientemente bajo las órdenes de los representantes del Komintern de Moscú) en un momento en que la atmósfera no era todavía propicia para un programa. Sus ataques fueron rechazados por una declaración conjunta de la UGT y la CNT en las fábricas catalanas afectadas y, como hemos visto, estos ataques fueron desaprobados incluso por el primer ministro, Tarradellas, quien, como ministro de Hacienda, devolvió a las fábricas los fondos recibidos de la Tesorería de Valencia. Estaba claro, pues, que esta campaña no podría ser consumada desde fuera, sino que el bloque estalinista-burgués necesitaba el Ministerio de la Guerra para apoyar sus ataques contra el control de las fábricas por los obreros.

3. El Ministerio del Interior, que controlaba los dos Cuerpos principales de policía (Guardia de Asalto y Guardia Nacional Republicana) y la prensa, en el Gabinete de Largo Caballero, estaba presidido por Ángel Galarza, un miembro del grupo de Largo Caballero. Los obreros revolucionarios tenían razones más que suficientes para denunciar su política. Sobre todo, Largo Caballero y Galarza habían aprobado el decreto que prohibía a la policía afiliarse a organizaciones políticas y sindicales. Aislar a la policía del movimiento obrero podía significar únicamente oponerlos inevitablemente al movimiento obrero.

Sin embargo, el grupo de Largo Caballero reconocía que la represión contra la CNT sería un golpe fatal para su propia base, la UGT, y Largo Caballero necesitaba la CNT como contrapeso al bloque estalinista-burgués. Galarza había enviado 5.000 policías a Barcelona, pero se había negado a llevar a cabo los propósitos de Prieto y los estalinistas de liquidar completamente al POUM y tomar represalias contra la FAI-CNT. Aquí, de nuevo, el grupo de Largo Caballero había proveído el instrumento para llevar a cabo las hostilidades contra los obreros, pero retrocedió a la hora de llevar a la práctica completamente sus compromisos. Una vez que Largo Caballero y Galarza habían inducido a la Generalidad a poner el orden público en Cataluña bajo el control del gobierno central, durante la lucha de Barcelona, el momento estaba maduro para echar a Galarza de tal manera que los estalinistas se aseguraran el control de la policía y la prensa en Cataluña y en todas partes.

4. El programa de Prieto y los estalinistas de conciliación con la Iglesia Católica -a medio camino para la conciliación con Franco- se había encontrado con la oposición de Largo Caballero. Columna vertebral de la monarquía y del *bienio negro*, los dos años negros del gobierno Lerroux - Gil-Robles, la Iglesia había sido la fortaleza del levantamiento fascista. Ser miembro de una organización obrera había significado siempre en España estar en contra de la Iglesia, en el catecismo oficial estaba considerado pecado mortal votar por los liberales. Las masas, espontáneamente, habían obligado a cerrar todas las iglesias católicas en julio. Difícilmente se podía proponer una medida tan impopular como la de permitir a la organización de la Iglesia operar libremente otra vez, y esto, en medio de una guerra civil. Además, fue realmente peligrosa para el movimiento antifascista; puesto que con el Vaticano del lado del régimen de Franco, la organización de la Iglesia sería usada, inevitablemente, para ayudar a Franco. Así y todo, ésta era la propuesta del gobierno vasco y sus aliados, Prieto y los estalinistas. Largo Caballero había hecho muchas cosas para adular a los imperialistas anglo-franceses, pero permitir que la Iglesia operara libremente en medio de una guerra civil era demasiado para él.

* o *

Estas causas de conflicto entre Largo Caballero y el bloque reaccionario se revelaban claramente en las demandas expresadas por los diferentes partidos el 16 de mayo, durante las acostumbradas visitas al presidente Azaña, para informarle de la posición de cada grupo en la crisis ministerial³⁰.

Manuel Cordero, portavoz de los socialistas de Prieto, declaraba, piadosamente, que su organización apoyaba un gobierno que incluyera a todas las fracciones, pero “he insistido muy particularmente en la necesidad de un cambio absoluto en la política del Ministerio del Interior”.

Pedro Corominas, de la Esquerra Catalana, declaraba: “Cualquiera que sea la solución adoptada, será necesario fortalecerla y olvidar dificultades de origen personal por medio de un mayor y más frecuente contacto con las Cortes de la república.” En otras palabras, la política del gobierno debería ser dictada por los restos de las Cortes elegidas en febrero de 1936 por medio de un acuerdo electoral que dio la mayoría aplastante en las Cortes a los partidos burgueses.

Manuel Irujo, por los capitalistas vascos, se expresaba con bastante claridad:

³⁰ Los informes de los partidos son publicados en la prensa.

“He aconsejado a su excelencia la formación de un gobierno de unidad nacional presidido por un ministro socialista que goce de la confianza de los republicanos (burgueses). Ya que Largo Caballero... ha perdido la confianza política de los grupos del Frente Popular, sería aconsejable formar un gobierno, en nuestra opinión, con Negrín, Prieto o Besteiro, con la cooperación de todas las organizaciones políticas y sindicales que aceptasen las bases propuestas.

Como demandas específicas, me siento obligado a hacer dos actualmente. La primera es la necesidad de proceder, con las garantías y restricciones que la guerra y el orden público imponen, al restablecimiento del régimen constitucional de libertad de conciencia y religión.

La segunda demanda se refiere a Cataluña. Los republicanos catalanes hubieran preferido una intervención del gobierno más pronta y efectiva para asumir el control del orden público en apoyo de la Generalidad. Lo que es más, llevando a cabo esas obligaciones, creo que es una obligación inevitable del gobierno liquidar por la base el problema que altera la vida de Cataluña, suprimiendo firmemente las causas del desorden y la insurrección, sean circunstanciales o endémicas...”

Fue a este Irujo a quien el bloque de Prieto y los estalinistas confiarían pronto... el Ministerio de justicia.

Salvador Quemades, por la Izquierda Republicana, el partido de Azaña, decía que el próximo Gabinete “debería tener una política firme en materia de orden público y de reconstrucción económica y que las comandancias de Guerra, Marina y Fuerza Aérea fueran colocadas bajo un mando único”. Prieto era ya ministro de Marina y Aire. Esto no significaba más que añadir a sus puestos el control del ejército (como se hizo).

Los estalinistas pedían:

a) Que el presidente del Consejo (Premier) se ocupara exclusivamente de los asuntos de la presidencia. Que el Ministerio de Guerra fuera llevado separadamente por otro ministro.

b) La eliminación de Galarza del nuevo Gabinete a causa de ‘su blandura con los problemas de orden público’.

c) Los ministros de Guerra y del Interior ‘deberían ser personas que disfrutaran del apoyo de todos los partidos y organizaciones que formaban el

gobierno'. Lo que significaba que esos puestos claves, esenciales para posteriores planes del bloque vascos-Prieto-estalinistas, deberían pasar a ellos.

La CNT declaró que no apoyaría ningún gobierno que no fuera presidido por Largo Caballero como primer ministro y ministro de la Guerra. La UGT emitió una declaración parecida. El presidente Azaña, sabiendo que las cartas estaban echadas, encargó a Largo Caballero la formación de un nuevo Gabinete con todos los grupos representados. Largo Caballero, a la manera centrista, se dedicó a cavar su propia tumba. Había debilitado ya su mayor aliado, la CNT, con su conducta en los acontecimientos de Barcelona. Ahora ofrecía disminuir la representación de la CNT de cuatro Ministerios a dos, justicia y Sanidad. Al grupo de Prieto le ofrecía dos Ministerios, pero iban a fusionarse Hacienda y Agricultura e Industria y Comercio. Educación y Trabajo fueron los dos Ministerios para los estalinistas. La burguesía que en los gobiernos anteriores no había disfrutado más que de ministros sin cartera, iba a recibir los Ministerios de Obras Públicas y Propaganda (Izquierda Republicana), el Ministerio de Comunicaciones y Marina Mercante (Unión Republicana) y ministros sin cartera para la Esquerra y los nacionalistas vascos. Así, pues, el gobierno propuesto por Largo Caballero era decididamente más de derechas que su predecesor. Las concesiones de Largo Caballero a la derecha solamente podían impresionar a las masas en el sentido de que la intransigencia de la derecha denotaba una fuerza mayor, y facilitaba el camino para que la derecha tomara el poder impunemente.

Los estalinistas rechazaron el compromiso propuesto por Largo Caballero y se negaron a participar en el Gabinete si no se aceptaban las condiciones que ellos habían propuesto. Rápidamente el grupo de Prieto declaró que no participaría si los estalinistas se abstendían. Los partidos burgueses les siguieron. Ahora, Largo Caballero podía o bien formar un gobierno con la UGT-CNT o bien entregar el gobierno al bloque estalinista-burgués.

Largo Caballero se conducía durante las crisis ministeriales según las reglas tradicionales de la política burguesa, es decir, mantenía a las masas en la más absoluta ignorancia de los acontecimientos y no intentaba movilizar a los obreros en contra de la derecha. Lo mismo la CNT. Más tarde se supo que el día en que el Gabinete se hundió, Largo Caballero había asegurado a la CNT que estaba dispuesto, si era necesario, hacer que la CNT-UGT tomaran el poder. Sin embargo, se contradijo en pocas horas, con la excusa de la oposición dentro de la UGT. “Durante la crisis gubernamental la UGT hizo un doble juego”, decía un manifiesto de la FAI más tarde: “Las influencias burguesas y comunistas

dentro de esta organización son tan fuertes que su sector revolucionario, que es el único inclinado a trabajar con nosotros, estaba paralizado... Eso significó una victoria no sólo para el bloque comunista-burgués, sino también para Francia, Inglaterra y Rusia, que habían obtenido lo que querían.” En otras palabras, los anarquistas se apoyaron en Largo Caballero, él señaló a la oposición, como excusa, y en la paralización general de las masas promovida por sus líderes, el gobierno de derechas se hizo con el poder.

Quizá fuese cierto que, en sus numerosas sesiones con Azaña, durante los días de la crisis, Largo Caballero hubiera mencionado la cuestión de un gobierno con la UGT y CNT y hubiera sido rechazado. Ya que constitucionalmente Azaña tenía el poder de rechazar gabinetes que no le conviniesen. La Constitución de 1931 dota al presidente con poderes verdaderamente bonapartistas. El mismo Azaña había experimentado esto siendo primer ministro, cuando en 1933 su Gabinete, aunque controlaba todavía la mayoría de las Cortes, fue dimitido por el presidente Alcalá Zamora para dar paso al gobierno semifascista de Lerroux. Estos poderes bonapartistas no habían sido barridos el 19 de julio. Azaña, que se había retirado tranquilamente a una casa de campo en Cataluña, se había mantenido al margen durante la mayor parte del Gobierno de Largo Caballero. Cuando se reprochó a los miembros del grupo de Largo Caballero el no haber eliminado al presidente durante esos meses, explicaron con aire de superioridad que la Constitución y la presidencia ya no existían y que era muy conveniente para asegurarse ayuda del exterior continuar la apariencia de constitucionalismo..., y ahora, aquí estaba un muy vivo presidente Azaña, recibiendo condescendentemente a los portavoces de los diferentes partidos y los informes de Largo Caballero sobre sus progresos para formar gobierno, mientras el partido de Azaña, la Izquierda Republicana, estaba en el bloque estalinista-burgués... En cualquier caso, Largo Caballero salvó a este bloque de una desagradable controversia pública sobre las prerrogativas presidenciales. Informó a Azaña que había fracasado en la formación de un Gabinete, y Azaña, sin esperar más, designó a Negrín para formar un gobierno con la burguesía, el grupo de Prieto y los estalinistas.

XII. “El gobierno de la victoria”

“La Pasionaria” bautizó al nuevo Gabinete con el nombre de “El Gobierno de la Victoria”. “Hemos cambiado de opinión -decía- para ganar la guerra rápidamente, aunque esta victoria nos cueste una discusión con nuestros camaradas más queridos.” Los estalinistas lanzaron una campaña mundial para probar que la victoria había sido retrasada por Largo Caballero y que ahora estaba próxima.

Los anales del gobierno de Negrín, sin embargo, no resultaron ser la historia de victoria militar, ni siquiera manifestaron serios intentos de ello, sin una cruel represión contra trabajadores y campesinos. Este curso reaccionario fue impuesto al gobierno por los gobernantes anglo-franceses, a los que se dirigía en busca de socorro. El portavoz del Quai d'Orsay, en *Le Temps*, indicaba el significado de la crisis ministerial:

“El gobierno republicano de Valencia ha alcanzado el punto en que debe decidirse. No puede permanecer por más tiempo en el estado de ambigüedad en que ha vivido hasta ahora. Debe escoger entre democracia y dictadura del proletariado, entre orden y anarquía” (17 de mayo).

El día siguiente se formó el Gabinete de Negrín. *Le Temps* lo aprobó, pero señaló claramente el camino inflexible que el nuevo régimen debería de seguir.

“Es demasiado pronto para determinar que la orientación en Valencia es hacia un gobierno más moderado determinado a liberarse finalmente del control de los anarco-sindicalistas. Pero éste es un intento que, a la larga, tendrá que hacerse sea cual sea la resistencia de los extremistas.

Verdaderamente, las directrices estaban claras.

“El gobierno -escribía un ardiente simpatizante de su trayectoria reaccionaria, el corresponsal del *New York Times*, Matthews- intenta usar mano de hierro para mantener el orden interno... Así, el gobierno espera ganar la simpatía de las dos democracias que más significan para España (Gran Bretaña y Francia) y retener el apoyo de la nación que le ha ayudado más, Rusia. El mayor problema del gobierno ahora es pacificar o aplastar la oposición anarquista” (19 de mayo de 1937).

“En resumen, el gobierno desató una maquinaria completamente represiva sin tener en cuenta el estado de la guerra o la necesidad de mantener alta la moral de la guerra”, como señalaba el informe de la FAI del 6 de julio. “Los anarquistas están siendo eliminados como fuerza activa. Los socialistas de Largo Caballero, si persisten en sus actuales tácticas, puede que sean proscritos en tres meses”, escribía el estalinista Louis Fischer (*The Nation*, 17 de julio).

García Oliver, el “cien por cien anarquista”, había trabajado duramente en el Gabinete de Largo Caballero, creando tribunales democráticos y decretos judiciales, mientras la contrarrevolución avanzaba detrás de él. La Generalitat había usado para Nin para lo mismo durante los primeros meses de la revolución. Ahora el gobierno nombraba ministro de justicia al capitalista vasco y devoto católico Manuel Irujo. El que un hombre tal pudiera ocupar el cargo significaba únicamente que la hora de los disimulos había pasado. Irujo, en 1931, había votado en contra de la adopción de la Constitución republicana por considerarla un documento radical y ateo. ¿No era, pues, éste el hombre idóneo para el Ministerio de justicia?

El primer paso de Irujo fue dismantelar los tribunales populares que, constituidos cada uno por un juez presidente y 15 miembros designados por las diversas organizaciones antifascistas, habían sido formados después del 19 de julio de 1936. Los miembros de la FAI fueron ahora excluidos de los tribunales por un decreto que permitía la participación sólo a organizaciones que eran legales el 16 de febrero de 1936. La FAI, naturalmente, había sido proscrita por el *bienio negro*. La mayoría de los jueces que presidían los tribunales habían sido abogados de izquierdas; Roca, ex subsecretario del Ministerio, contó cómo, en septiembre de 1936, el Ministerio de justicia había convocado una reunión de viejos jueces y magistrados y había pedido voluntarios para ir a las provincias y formar los tribunales. Nadie quiso ofrecerse. Sabían que los fascistas tendrían que ser declarados culpables. Ahora los tribunales fueron limpiados de abogados de izquierdas y reemplazados por los jueces antes reacios, ya que los tribunales no se usaron más para condenar fascistas, sino para perseguir a los obreros. Diariamente se publicaban listas de fascistas y reaccionarios puestos en libertad por el Ministerio de Irujo.

Las quejas a este respecto fueron absolutamente ignoradas durante meses. Finalmente -después que su partido había traicionado a Bilbao y a Santander-, *Frente Rojo* (30 de agosto) denunciaba a Irujo de “proteger a los fascistas”. “Es intolerablemente ridículo que al mismo tiempo que los fascistas conquistan Santander, se tengan que distribuir en Valencia las vergonzosas listas de fascistas y reaccionarios que han sido absueltos y puestos en libertad.” Pero esto era simplemente para el archivo. Los ministros estalinistas continuaron sentándose en el Gabinete con este hombre.

El 23 de junio el gobierno creaba por decreto tribunales especiales para los asuntos de sedición. Entre los actos sediciosos se incluyeron: “Pasar información militar, diplomática, sanitaria, económica, industrial o comercial a un estado extranjero, organización armada o individuo privado”, y todas las ofensas “contribuyentes a bajar la

moral pública o la disciplina militar”. Los jueces serían elegidos por los ministros de Justicia y Defensa, con poder para celebrar sesiones secretas y prohibir terceras partes. El decreto termina:

“Intento u ofensas frustradas, conspiraciones y planes, así como complicidad en ocultación de personas sujetas a este decreto, pueden ser castigados lo mismo que si las ofensas hubieran sido realmente cometidas. Cualquiera que, siendo culpable de esas ofensas, las denunciara a la autoridad, quedará libre de todo castigo. Sentencias de muerte pueden ser impuestas sin conocimiento formal del Gabinete.”

La cláusula de confesión, el castigo por actos nunca cometidos, los juicios secretos, fueron traducidos directamente de las leyes de Stalin. La extensa definición acusaba de traición a cualquier opinión, oral o escrita, o reflejada por evidencia circunstancial, que pudiese ser interpretada como censura al gobierno. Aplicable a cualquier obrero que agitaba la opinión pública por mejores condiciones, a los que se declaraban en huelga, a cualquier crítica gubernamental en un periódico, a casi toda declaración, un acto o actitud que no fuera adoración del régimen, este decreto no sólo no tenía precedente en una democracia, sino que era más descarado que los mismos procedimientos judiciales de Hitler o Mussolini.

El 29 de julio, el Ministerio de justicia anunciaba que diez miembros del Comité Ejecutivo del POUM estaban pendientes de juicio por este decreto. Estos hombres habían sido detenidos los días 16 y 17 de junio (antes del nuevo decreto). Esto significaba que el decreto, para colmo, *era un ley ex post facto*, que podía castigar supuestos crímenes *cometidos antes de que la ley fuera aprobada*. Así, pues, el principio judicial más incuestionable de los tiempos modernos era repudiado claramente.

Irujo apadrinó otro decreto, adoptado y emitido por el gobierno el 12 de agosto, que declaraba:

“Cualquier que censure de fascista, traidor, antirrevolucionario a una determinada persona, o grupo de personas, sin razón o sin suficiente fundamento o sin que la autoridad (de la corte) haya pronunciado sentencia (sobre el acusado)...

Cualquiera que denuncie a un ciudadano por ser sacerdote o por administrar un sacramento... causa una alteración del orden público innecesaria y disruptiva si es que no comete un crimen irreparable digno de castigo penal.”

Este decreto no sólo ponía fuera de la ley críticas ideológicas violentas contra cualquiera del bloque gubernamental sino que también puso punto final a la búsqueda de fascistas por los obreros. Terminó también con toda forma de vigilancia del sacerdocio católico -justamente cuando el Vaticano acababa de expresar abiertamente su apoyo pleno a Franco-. Denuncias “sin que la autoridad de la corte hubiera pronunciado sentencia”, en la práctica se refería sólo a la crítica de la izquierda. Los estalinistas continuaban, naturalmente, denunciando al POUM de fascistas, aunque la sentencia no había sido pronunciada.

La censura de la prensa operaba con un sistema que no sólo destruía la crítica libre, sino que permitía que los mismos actos de censura fueran ocultados al pueblo. Así, el 7 de agosto, *Solidaridad Obrera* fue suspendida por cinco días por desobedecer órdenes de los censores, el acto específico de desobediencia se basaba en que -según Gómez, delegado general de Orden Público en Barcelona, que había dado la orden- “no deberían publicar espacios blancos”. Es decir, las tachaduras del censor que trabajaba en las segundas pruebas deberían ser ocultadas a las masas insertando otro material. La prensa de la CNT había ido dejando en blanco los espacios censurados, como protesta pasiva.

El 14 de agosto, el gobierno emitió un decreto prohibiendo a la prensa crítica dirigida al gobierno soviético:

“Con repeticiones que permiten adivinar un plan deliberado de ofender a una nación excepcionalmente amiga, creando, a consecuencia de esto, dificultades para el gobierno, varios periódicos se han ocupado de la URSS inapropiadamente. Esta actitud, absolutamente condenable, no deberá ser permitida por el consejo de censores... El periódico que desobedezca será suspendido indefinidamente, incluso aunque pueda haber sido aprobado por el censor; en ese caso, el censor que lea las pruebas será detenido por el Tribunal Especial acusado de delito de sabotaje.”

Los decretos de censura ya no se referían a las emisoras de radio, ya que el 13 de julio destacamentos de la policía se habían presentado en todas las estaciones de radio pertenecientes a los sindicatos y partidos políticos y las habían cerrado. Desde entonces, el gobierno monopolizaba las estaciones de radio.

Uno de los usos más extraordinarios de la censura de prensa se produjo cuando el bloque prieto-estalinista, el 1 de octubre, escindió la UGT por medio de una asamblea

minoritaria de algunos grupos ugetistas que declararon destituido el Comité Ejecutivo dirigido por Largo Caballero. Mientras el nuevo “Ejecutivo” publicaba libremente un torrente de declaraciones abusivas, las declaraciones del Comité Ejecutivo de Largo Caballero fueron hechas pedazos, lo mismo que los encabezamientos de la prensa de la CNT que se referían a él como el Ejecutivo legítimo. Las protestas formales de la prensa de la CNT contra el gobierno, tomando partido de esta manera en la lucha interna del sindicato, no dieron resultado.

A pesar de los terribles ejemplos -en casi todas las ciudades capturadas por los fascistas- en que las guardias Civil y de Asalto se pasaban en gran número a los fascistas durante el asedio, el Ministerio del Interior procedió a limpiar la policía no de los viejos elementos, sino de los obreros enviados allí por sus organizaciones después del 19 de julio. Se decretaron exámenes para todos los que habían entrado en servicio el año anterior. Se ordenó disolver los consejos de seguridad, formados por antifascistas, para limpiar la policía de elementos fascistas. Todavía más, el director general de policía, el estalinista Gabriel Motón, prohibió a sus filas hacer denuncias de sospechosos fascistas en la policía, bajo pena de destitución (CNT, 1 de septiembre).

La contrarrevolución económica, que había sido mantenida a paso más lento hasta que las condiciones políticas necesarias le fueran completamente favorables, se aceleró ahora. En agricultura, el camino a seguir había sido marcado desde el primer decreto, del 7 de octubre de 1936, que simplemente confiscaba propiedades de fascistas, dejando intocable el sistema de propiedad privada en el campo, incluyendo el derecho a poseer grandes propiedades y a explotar trabajo asalariado.

A pesar del decreto, sin embargo, las cooperativas agrícolas se extendieron durante los primeros meses de la revolución. Al principio, la UGT fue hostil a las cooperativas y sólo cambió de actitud cuando éstas encontraron mucho apoyo en sus propias filas. Diversos factores explicaban el rápido desarrollo de las grandes colectividades. A diferencia del viejo *mujik* ruso los campesinos y jornaleros españoles habían estado organizados en sindicatos durante décadas y formaban secciones considerables de la CNT, FAI, UGT, POUM y del Partido Socialista. Este fenómeno político emanaba en parte del factor económico, ya que la distribución del suelo en España era incluso más desigual que en Rusia, y casi la totalidad de los campesinos españoles dependían parcial o totalmente de su trabajo como asalariados en las grandes haciendas. Por consiguiente, incluso a los que poseían un poco de tierra se les debilitó la preocupación tradicional de los campesinos por su propio trozo de terreno. El trabajo colectivo se fortalecía a la vez por la necesidad casi

universal de trabajo en conjunto para proveer de agua a las tierras secas. A estos factores se añadió la entusiástica ayuda dada a las cooperativas por muchas fábricas, proveyéndolas de equipo y fondos; la equitativa compra de productos a las cooperativas agrícolas por los comités de abastecimientos de los obreros y las cooperativas comerciales, la amistosa colaboración de los ferrocarriles colectivos para llevar los productos a la ciudad. Otro factor importante es que los campesinos se dieron cuenta de que de ahora en adelante ya no estaban solos. “Si en alguna localidad se pierde o se reduce grandemente una cosecha a causa de la sequía, etc. -escribía el dirigente de la Federación Agraria de Castilla, hablando en nombre de 230 cooperativas-, nuestros campesinos no tienen que preocuparse, no tienen que temer al hambre, pues las cooperativas, en otras localidades o regiones, consideran su obligación ayudarlos.” De esta manera se reunieron muchos factores para alentar el rápido desarrollo de la agricultura colectiva.

Pero con la toma del Ministerio de Agricultura por el estalinista Uribe, primero en el Gabinete de Largo Caballero y luego en el de Negrín, se utilizó el peso del gobierno contra el desarrollo de la agricultura colectiva. “Nuestras cooperativas no reciben ninguna clase de ayuda oficial. Por el contrario, si reciben algo no son más que calumnias y obstáculos del Ministerio de Agricultura y de la mayoría de las instituciones que dependen de él”, señalaba la Federación Agraria castellana de la CNT (*Tierra y Libertad*, 17 de julio). Ricardo Zabalza, coordinador nacional de la Federación Nacional de Trabajadores de la tierra de la UGT, declaraba:

“Los reaccionarios de ayer, los antiguos agentes de los grandes terratenientes, reciben toda clase de ayuda del gobierno, mientras nosotros somos desprovistos de la más mínima, o somos incluso desprovistos de nuestras pequeñas posesiones...

Quieren tomar ventaja del hecho de que nuestros mejores camaradas están ahora luchando en el frente. Estos camaradas llorarán de ira cuando encuentren, al volver del frente, que sus esfuerzos y sacrificios fueron inútiles, que sólo lucharon por la victoria de sus enemigos de siempre, que ahora lucen el carnet de miembros de una organización proletaria (el Partido Comunista).”

Esos agentes de los grandes terratenientes, los odiados *caciques* -superintendentes y jefes de pueblos-, habían sido la columna vertebral de la máquina política de Gil-Robles y los terratenientes. Ahora se encontraban en las filas del Partido Comunista. Incluso un jefe

tan sobresaliente de la máquina de Gil-Robles como el secretario de la CEDA de Valencia había sobrevivido a la revolución... y se había afiliado al Partido Comunista.

Uribe justificaba el ataque a las cooperativas afirmando que campesinos reacios eran obligados a unirse a ellas. Apenas necesita comentario la ironía de que un estalinista debiera lamentarse de la colectivización forzosa, después de las matanzas draconianas y los exilios, de la “liquidación” de los *kulaks* rusos. Sin duda alguna, Uribe hubiera podido presentar pruebas a este respecto, si hubiera podido encontrarlas, pero no había ninguna disponible. *Las dos* grandes federaciones de campesinos y jornaleros, las afiliadas a la CNT y la UGT, se oponían a la colectivización forzosa, estaban a favor de colectivización voluntaria y denunciaron a los estalinistas de defensores de los *caciques* y campesinos ricos reaccionarios. En junio, el socialista *Adelante* mandó un cuestionario a las diversas secciones provinciales de la organización campesina de la UGT: casi unánimemente defendían la colectivización e informaron que la principal oposición a la colectivización venía del Partido Comunista, que con este propósito había reclutado caciques y utilizado las instituciones gubernamentales. Todos declararon que el decreto del 7 de octubre estaba creando una nueva burguesía. En una carta de protesta a Uribe, Ricardo Zabalza describía el simple, pero efectivo, sistema de los estalinistas para atacar a las colectivizaciones: viejos *caciques*, *kulaks*, terratenientes, eran reclutados y organizados por los estalinistas e inmediatamente pedían la disolución de la colectivización local, reclamando sus tierras, equipo y reservas de grano. Cada una de estas disputas trajo su estela de “mediación” de los representantes de Uribe, que invariablemente decidían a favor de los reaccionarios, imponiendo “ajustes” en que las colectivizaciones eran gradualmente desprovistas de su equipo y tierras. Cuando se les pidió que explicaran este extraño comportamiento, decía Zabalza, los agentes del gobierno declaraban que estaban actuando bajo órdenes específicas de su superior: Uribe. No es de extrañar, pues, que la Federación de Campesinos de la UGT de la provincia de Levante denunciara a Uribe de “Enemigo Público Número Uno”. Los protegidos de Irujo, los ex fascistas recientemente liberados, se convirtieron, por el simple hecho de su liberación, en candidatos para reclamar que se les devolvieran las tierras. Cuando uno de éstos volvía como amo, los campesinos se resistían fieramente -y la Guardia de Asalto era enviada contra ellos.

En las ciudades y centros industriales también el gobierno procedió a destruir todos los elementos de socialización. “No puede haber ninguna duda de que si los obreros no hubieran tomado el control de la industria la mañana de la insurrección, hubiera habido una parálisis económica completa -escribía el estalinista Joseph Lash-, pero los perfeccionados

sistemas de control obrero sobre la industria no han dado muy buenos resultados” (*New Masses*, 19 de octubre). Había media verdad en esto, pero la verdad completa lleva no atrás, hacia los antiguos dueños, sino adelante, hacia un estado obrero. Planificar a escala nacional es obviamente imposible sólo con organizaciones a nivel de fábrica y sindicato. Si la CNT hubiera entendido esto y hubiera planteado la elección de comités de milicias, campesinos y fábricas, unidos en un consejo nacional que hubiera constituido el gobierno, esto hubiera sido un *estado obrero*, que habría dado completa libertad de acción a los comités obreros y a la vez conseguido la centralización necesaria.

En vez de eso, los dirigentes anarquistas dieron una batalla perdida, discutiendo sobre cuánta autoridad exactamente debería tener el estado. Piero, ex ministro de la Industria, decía, por ejemplo: “Estaba preparado para nacionalizar la industria eléctrica de la única manera compatible con mis principios, dejando su administración y dirección en manos de los sindicatos y no del estado. El estado sólo tiene derecho a actuar como contable e inspector.” Correcto en cuanto a la forma: Lenin decía que el socialismo era simplemente contabilidad. Pero sólo un estado obrero aceptaría fielmente las funciones de contable e inspector, mientras que el estado español existente, como estado burgués que era, *debería* luchar contra la socialización. Una vez más, los anarquistas continúan sin distinguir la diferencia entre un estado obrero y un estado burgués y se someten al estado burgués en vez de luchar por el estado obrero.

Por medio del Ministerio de Defensa las fábricas fueron tomadas una por una. El 28 de agosto, un decreto daba al gobierno el derecho a intervenir o apoderarse de cualquier planta minera o metalúrgica. Bastante explícitamente, el gobierno declaró que el control obrero se limitaría a la protección de las condiciones de trabajo y a la estimulación de la producción. Las fábricas que se resistían se encontraron sin créditos o, habiendo hecho entregas al gobierno, el pago no se hacía hasta que los deseos del gobierno eran aceptados. En muchas plantas de propiedad extranjera, la autoridad de los obreros había desaparecido ya. El departamento de compras del Ministerio de Defensa anunció que en una fecha determinada haría contratos de compras sólo con las empresas que funcionasen “sobre la base de su antiguo dueño” o “bajo la correspondiente intervención controlada por el Ministerio de Hacienda y Economía” (*Solidaridad Obrera*, 7 de octubre).

El paso siguiente, por el que los estalinistas habían estado luchando durante meses, era la militarización de todas las industrias necesarias para la guerra -transporte, minería, plantas metalúrgicas, municiones, etc.-. Este régimen de cuartel es una reminiscencia del de Gil-Robles, bajo el cual los trabajadores de la munición también fueron militarizados y las

huelgas y afiliación a un sindicato prohibidos. El decreto de militarización fue endulzado con el título “decreto de militarización y nacionalización”. Pero militarizar las fábricas que están ya en manos de los obreros, unido al reconocimiento gubernamental de la necesidad de indemnizar completamente a los antiguos dueños, significa simplemente terminar con el control obrero y preparar la vuelta de las fábricas a sus antiguos propietarios.

* * *

La Sesión de las Cortes, aplazada por mucho tiempo, que se abrió el 1 de octubre, simbolizaba adecuadamente a este gobierno. Negrín pronunció un discurso torpe y gris, notable, sin embargo, por un largo párrafo que declaraba que “uno se debe preparar para la paz en medio de la guerra”. (A la perturbada prensa de la CNT no le fue permitido analizar el sentido de estas palabras.) Largo Caballero no apreció, la razón aparente era su preocupación por la crisis dentro de la UGT. Sus seguidores permanecieron silenciosos mientras González Peña, en nombre de la delegación socialista, declaraba apoyo incondicional al gobierno, lo mismo que, por supuesto, los estalinistas. Ángel Pestaña una vez dirigente de la CNT, y ahora recientemente readmitido en la organización, prometió apoyo incondicional al gobierno en nombre del Partido Sindicalista. Dos veces durante su discurso, sin embargo, fue silenciado terminantemente por Barrios, que presidía. La primera vez intentaba quejarse de que los estalinistas utilizaban la intimidación para hacer prosélitos en el ejército; la segunda vez estaba criticando la negativa a limpiar la retaguardia de elementos fascistas y de espías. Así, pues, ni una insinuación del espíritu de las masas entró en la Cámara.

Sobre todo, el gobierno estaba simbolizado por nuevos amigos -diputados reaccionarios- que ahora aparecían por primera vez en España desde julio de 1936.

¡Allí estaba Miguel Maura! Dirigente de la extrema derecha republicana, ministro del Interior en el primer gobierno republicano, un enemigo implacable de los sindicatos, el primer ministro de la república que reinstauró la temida “ley de fuga” para matar a los prisioneros políticos -Maura había salido del país en julio-. Su hermano, Honorio, monárquico, había sido muerto por los obreros; el resto de la familia se había pasado a Franco. En el exilio, Maura no había tomado contacto con las embajadas españolas.

¡Allí estaba Portela Valladares! Gobernador general de Cataluña bajo Lerroux después del aplastamiento de la autonomía catalana en octubre de 1934, había sido el *último premier del bienio negro*, justo antes de las elecciones de febrero de 1936. Salió de España en julio. Lo que había hecho de entonces a acá no se sabía. Ahora se levantaba en las Cortes:

“Este Parlamento es la *raison d’être* de la república; es el derecho a la vida de la república. Mi primera obligación ante vosotros, ante España, ante el mundo, es asegurar la legalidad de vuestro poder... Hoy es para mí un día de gran satisfacción íntima, habiendo contribuido con vosotros a ver nuestra España en transición a una reconstrucción seria y profunda.” Al final de la Sesión, él y Negrín se abrazaron. Ante la prensa, Valladares alabó “la atmósfera de triunfo que había observado en España”. Volvió a París, mientras la prensa estalinista probaba que la presencia de Valladares y Maura significaba el apoyo del centro al régimen, lo que daba una mayoría estadística del electorado al gobierno³¹.

El entusiasmo de la prensa estalinista se cortó en seco con la reproducción en un diario vasco, fascista, del 8 de octubre de 1937, de una carta de Valladares a Franco, fechada el 8 de octubre de 1936, ofreciendo sus servicios a la “causa nacional”.

La bienvenida a Valladares y a Maura fue “compensada” con una referencia pasajera de “La Pasionaria” a la indeseable presencia en las Cortes de otro reaccionario, una figura menor, un miembro del partido de Lerroux en el *bienio negro*. El diputado, Guerra del Río, tomó la palabra para contestar, en efecto, que sí el gobierno se apoyaba en las Cortes, allí estaba él. “La Pasionaria” se calmó. Los ataques de la CNT a Maura y a Valladares fueron tachados por el censor.

¿Era por esto por lo que las masas habían derramado su sangre?

Pero todavía nos falta contar la historia de la conquista del gobierno de Cataluña y Aragón.

XIII. La conquista de Cataluña

El 5 de mayo, la autonomía de Cataluña había dejado de existir. El gobierno central se había apoderado de los Ministerios catalanes de Interior y Defensa. El delegado de Largo Caballero en Barcelona había comunicado por radio: “Desde este momento, todas las fuerzas están a las órdenes del gobierno central. Estas no consideran a ningún sindicato u organización antifascista como su enemigo.” Pero una semana más tarde los Ministerios de Defensa e Interior fueron cedidos por el delegado de Largo Caballero a los representantes de Negrín-Stalin, y el programa empezó en serio. El POUM cayó sin apenas un murmullo. El PSUC empezó una campaña monstruosa contra él, idéntica en lenguaje, *slogans*, etc., a la

³¹ Este criterio antimarxista permitía a los fascistas, por la misma regla, argumentar que los votos de la derecha, sumados a los de los diputados del centro constituían una mayoría del pueblo. La reclamación de ambos, por supuesto, se basa en los índices de las elecciones de febrero de 1936. El criterio marxista es que

caza de brujas de la burocracia soviética antes de los juicios de Moscú. “Los trotskistas del POUM han organizado la última insurrección bajo las órdenes de la policía secreta alemana e italiana.” La respuesta del POUM al PSUC fue plantear un pleito por difamación contra los editores estalinistas en un tribunal lleno de jueces y oficiales burgueses y estalinistas!

El 28 de mayo *La Batalla* fue cerrada definitivamente y la emisora de radio del POUM ocupada. Las sedes de los Amigos de Durruti fueron ocupadas y la organización prohibida. Simultáneamente, se sometió a la prensa oficial anarquista a una censura política de hierro. A pesar de todo, el POUM y la CNT no se unieron en una protesta masiva. “No protestamos. Sólo hacemos públicos los hechos”, escribía *Solidaridad Obrera* el 29 de mayo. El órgano de la juventud del POUM, *Juventud Comunista* (3 de junio), señalaba magníficamente: “Estos son gritos de pánico y de impotencia contra un partido fuertemente revolucionario...” Y: “El juicio (por difamación) sigue adelante. El órgano del PSUC deberá comparecer ante los tribunales populares y deben ser mostrados ante la clase obrera, nacional e internacional, por lo que son: vulgares calumniadores.” Naturalmente, el juicio fue disuelto por razones técnicas.

El 3 de junio por la noche la Guardia de Asalto intentó desarmar una de las patrullas obreras que quedaban. Se intercambiaron disparos. Hubo muertos y heridos en ambos lados. Esta era la oportunidad del gobierno para terminar con las patrullas. Pero también era la oportunidad del POUM para forzar a los dirigentes de la CNT a defender los derechos más elementales de los obreros pidiendo un frente unido por propuestas concretas y simples: defensa de la libertad de asambleas, de prensa, defensa de las patrullas, defensa común de los distritos obreros contra los gamberros estalinistas, libertad para los prisioneros políticos, etc. Los dirigentes anarquistas difícilmente podían haber rechazado estas propuestas sin comprometerse irreparablemente ante sus miembros. Incluso en contra de los deseos de los dirigentes de la CNT, se hubieran creado comités de frente unido locales para luchar por estas simples y concretas demandas.

Para los dirigentes del POUM, sin embargo, alzar esas simples demandas hubiera significado: nos hemos equivocado al estimar los días de mayo como una derrota de los obreros y ahora tenemos que luchar por los derechos democráticos más elementales. En segundo lugar, significaba: nos hemos equivocado al apoyarnos en los dirigentes de la CNT, limitándonos a una propuesta general y abstracta de un “frente revolucionario” de CNT-FAI-POUM, que implicaba que la CNT es una organización revolucionaria con la

una revolución está justificada cuando la vanguardia revolucionaria representa a la mayoría de la *clase obrera*, apoyada por el campesinado. Por el presente criterio estalinista ¡se podría condenar la Revolución rusa!

que podemos compartir una plataforma sobre política fundamental³². Debemos decir abiertamente que un frente unido por los derechos más elementales de los obreros es lo más que se puede esperar de la dirección anarquista, como mucho.

¡Ni una vez en todo el año el POUM había planteado un frente unido con la CNT con fines concretos de lucha! Toda la política de la dirección del POUM consistía esencialmente en adular a la dirección de la CNT, ¡ni siquiera protestaron cuando expulsaron a los Amigos de Durruti y los dejaron a merced de la Guardia de Asalto!

En su peor momento, el POUM estaba completamente aislado. El 16 de junio, Nin fue arrestado en su oficina. Esa misma noche, en una extensa redada, cogieron a casi los 40 miembros del Comité Ejecutivo, Los pocos que lograron escapar fueron obligados a entregarse porque sus mujeres fueron arrestadas como rehenes. A la mañana siguiente, el POUM fue prohibido.

El Comité Regional de la CNT no salió en defensa del POUM. *La Noche* (CNT) del 22 de junio publicaba en letra negra: “Acerca del servicio de espionaje descubierto en los últimos días. Los principales implicados fueron encontrados entre los círculos dirigentes del POUM. Andrés Nin y otras conocidas personas, arrestadas.” Le seguían unas reflexiones generales sobre calumnias, con copiosas referencias a Shakespeare, Gorki, Dostoievski y Freud... Si la censura era culpable, ¿dónde estaban, pues, las hojas ilegales de la CNT? En Madrid, la CNT salió en defensa del POUM, y le siguieron *Castilla Libre* y *Frente Libertario*,

³² Juan Andrade había justificado lo absurdo del “frente revolucionario” con el argumento siguiente: “El obrero desilusionado, que vuelve la espalda a las tendencias democráticas de los socialistas y comunistas, se inclina a unirse a una organización potente, como CNT-FAI, que mantiene una postura radical incluso aunque de hecho no la aplique, en vez de afiliarse a un partido minoritario preocupado por dificultades materiales. Los obreros que ya están en la CNT no ven la necesidad de afiliarse al partido revolucionario marxista porque contrastando la postura superficial de la CNT-FAI con la simplemente democrática de los socialistas y estalinistas, cree que las tácticas de su organización todavía son válidas para el continuo desarrollo de la revolución hacia la construcción de una economía socialista. En este sentido, todos los que mantienen un concepto esquemático estrictamente sectario de cómo una minoría con una línea política correcta puede rápidamente llegar a ser una fuerza decisiva, pueden aprender una lección válida de los acontecimientos en España... Las dificultades en el camino del rápido desarrollo de un gran partido de masas que asumiría la dirección efectiva de la lucha puede resolverse ampliamente con el establecimiento del Frente Revolucionario entre estas dos organizaciones...” En otras palabras, es imposible construir el partido de la revolución; el Frente Revolucionario es un sustitutivo. Pero el obstáculo principal para la construcción del partido revolucionario, aparte del falso programa del POUM, fue que el superficial radicalismo de la CNT no

órgano de la milicia. El 28 de junio el Comité Nacional de la CNT dirigió una carta a los ministros y sus organizaciones recordándoles que Nin, Andrade, David Rey, Gorkin, etc., “habían adquirido un prestigio entre las masas tras largos años de sacrificio”. “Dejad que la URSS resuelva sus problemas como pueda o las circunstancias le dicten. No es posible trasladar a España la misma lucha, ejercida con sangre y fuego; internacionalmente, por medio de la prensa, y aquí, por medio del uso del brazo de la ley.” La carta indicaba una total falta de entendimiento del significado de las persecuciones: “Antes que nada es importante que declaremos que la CNT, por su fuerza intacta y poderosa, hoy perfectamente organizada y disciplinada, está por encima de todo temor de que mañana este método de eliminación pueda vencernos. Estamos por encima de esta lucha semiinterna”, etc. Estos pomposos golpes de pecho significaban que las masas de la CNT no serían levantadas por sus dirigentes contra el significado contrarrevolucionario de las persecuciones.

Por encima de todo, las grandes masas no habían sido preparadas para entender el sistema estalinista de tramas y calumnias. Adulando a Stalin, los dirigentes anarquistas habían sido culpables de declaraciones como esta de Montseny: “Lenin no fue el verdadero constructor de Rusia, sino Stalin con su realismo práctico.” La prensa anarquista había mantenido un silencio mortal sobre los juicios de Moscú y las purgas, publicando sólo los informes oficiales. Los dirigentes de la CNT habían dejado de defender a sus camaradas anarquistas en Rusia. Cuando el anarquista Erich Muehsam fue asesinado por Hitler, y su mujer buscó refugio en la Unión Soviética, y fue encarcelada poco después de su llegada, la dirección de la CNT frenó el movimiento de protesta en sus filas. Incluso cuando los generales rojos fueron asesinados, los órganos de la CNT publicaron sólo los boletines oficiales.

A mediados de julio, los líderes del POUM y los militantes activos estaban todos en la cárcel. Sobre sus edificios se alzaban las banderas violeta-amarilla y rojas de la burguesía. Los cuarteles Lenin fueron ocupados por el “ejército del pueblo” republicano. Sus prensas habían sido destruidas o dadas al PSUC. En el tablero del boletín de *La Batalla* estaba una copia de *julio*, el órgano juvenil del PSUC, encabezado: “Trotskismo es sinónimo de contrarrevolución.” Los dormitorios del POUM, ex hotel Falcon, se habían convertido en una cárcel para los miembros del POUM y en oficinas para la GPU española. Sus miembros se vieron dispersados, viviendo con el temor de las redadas nocturnas de la

fue criticado sistemáticamente ante las masas por el POUM. El POUM había cortado así su propio crecimiento y usado su fracaso como justificación para continuar fracasando.

Guardia de Asalto. “Pequeños grupos por su propia cuenta”, escribía un autorizado testigo ocular a primeros de julio. “Le recuerda a uno mucho el desmenuzamiento del Partido Comunista Alemán en 1933. La clase obrera permanecía pasiva y permitía cualquier cosa que pasara. La prensa de la CNT imprimía sólo noticias oficiales. No protesta. Ni una palabra de protesta en ninguna parte. El POUM ha sido barrido como una mota de polvo. “Como bajo Hitler”, dicen los camaradas alemanes. Los bolcheviques-leninistas rusos añadirían: “Casi como bajo Stalin.”

En julio, los comités locales de la FAI comenzaron a hacer propaganda ilegal. Desgraciadamente, no se centró en movilizar a los obreros a las tareas concretas de liberar a los prisioneros políticos. Una de las hojas típicas recordaba la propaganda de la Socialdemocracia alemana la víspera de Hitler, pidiendo la ayuda del estado -*Staat greif zu-* contra sus propias bandas. Protestando por los asaltos estalinistas a los locales de la Juventud Anarquista. ¿Por cuánto tiempo? Ya es hora de que el Consejo del gobierno hable, o si no, el delegado general de Orden Público y el jefe de Policía”, decía una hoja patética.

Las hojas ilegales del POUM, que empezaban a aparecer ahora, no eran mucho mejores. Ellos que le habían reprochado siempre a los bolcheviques-leninistas el no ver más enemigo que los estalinistas, se volvieron antiestalinistas y nada más. Una hoja típica, por ejemplo, lo mismo que a los “jóvenes separatistas” del Estat Catalá. “Los hombres de la izquierda no pueden traicionar sus postulados. Los separatistas no pueden vender Cataluña con su silencio.” Y el *slogan* final: “¡Impide el establecimiento de la dictadura de un solo partido tras las líneas!” ¿Y qué pasaba con el Estat Catalá y la Esquerra, Prieto y Azaña, cómplices de los estalinistas y, a la hora de la verdad, los mayores beneficiarios?

Así, pues, una política falsa facilitaba el avance mortal de la contrarrevolución. Sólo las pequeñas fuerzas de los bolcheviques-leninistas, que habían sido expulsadas por “trotskistas” del POUM y habían formado su organización en la primavera de 1937; sólo este pequeño grupo, trabajando bajo la triple ilegalidad del estado, los estalinistas y la dirección de la CNT-POUM, señalaba claramente el camino a los obreros. No sólo el camino último hacia un estado obrero, sino también los fines inmediatos de defender los derechos democráticos de los obreros. Que las masas de la CNT pudieran, haber sido movilizadas se demuestra por la protección que concedieron a la distribución ilegal de las hojas de los bolcheviques-leninistas. En una asamblea (del sindicato de carpinteros) aparecieron camiones de la Guardia de Asalto y trataron de arrestar a los distribuidores. La asamblea declaró que los distribuidores estaban bajo su protección y que rechazarían con

las armas cualquier intento de entrar. La policía fue obligada a marcharse sin nuestros camaradas.

La hoja bolchevique-leninista del 19 de julio señala el camino: el frente unido de lucha de la CNT-FAI, POUM, bolcheviques-leninistas y los anarquistas disidentes:

“Obreros: Pedid a vuestra organización y a vuestros dirigentes un pacto de frente unido que debe contener:

1. ¡Lucha por la libertad de la prensa obrera! ¡Abajo la censura política!
2. Libertad para todos los prisioneros revolucionarios. ¡Por la liberación del camarada Nin, llevado a Valencia!
3. Protección conjunta de todos los centros y empresas, propiedad de nuestras organizaciones.
4. Reconstrucción y fortalecimiento de todas las patrullas obreras. Cese del desarme de la clase obrera.
5. Igual sueldo para oficiales y soldados. Vuelta al frente de todas las fuerzas armadas enviadas desde Valencia. Ofensiva general en todos los frentes.
6. Control de precios y distribución por medio de comités de obreros y obreras.
7. Arresto de los provocadores del 3 de mayo: Rodríguez, Salas, Ayguade, etc.
¡Para conseguir todo esto los obreros deben formar un frente unido!
¡Organizar comités de obreros, campesinos y combatientes en todas las empresas, cuarteles y distritos, en el campo y en el frente!”

Pero ni en un día ni en un mes gana una nueva organización la dirección de las masas. El camino es largo duro, y así y todo es el único camino.

* * *

En julio, según las cifras oficiales de la CNT, sólo en Barcelona 800 de sus miembros estaban encarcelados, y 60 habían “desaparecido”; eufemismo utilizado, en vez de decir que habían sido asesinados. La prensa socialista de izquierdas informaba de gran número de sus mejores militantes prendidos y encarcelados en todas partes.

Una de las fases más repulsivas de la contrarrevolución fue la persecución implacable de revolucionarios extranjeros que habían venido a España a luchar en las filas de las milicias. En un solo informe de la CNT el 24 de julio se contaban 150 revolucionarios

extranjeros en una cárcel de Valencia, arrestados bajo “la acusación de entrada ilegal en España”.

Cientos fueron expulsados del país y la CNT cablegrafió a las organizaciones obreras en París, pidiéndoles que impidieran que los exiliados alemanes, italianos y polacos fueran entregados en sus consulados.

Pero los extranjeros arrestados y expulsados no encontraron el peor destino. Otros fueron seleccionados para tratar de demostrar las relaciones entre el POUM y los fascistas. Maurín estaba en manos fascistas, en peligro de muerte. Nin, Andrade, Gorkin eran muy bien conocidos por las masas españolas. El POUM tenía muchos miles de sus mejores hombres en el frente. Muchos de sus líderes habían muerto combatiendo al fascismo: Germinal Vidal, secretario de juventudes, en la toma de los cuarteles de Atarazanas, el 19 de julio; su sucesor, Miguel Pedrola, comandante en el frente de Huesca; Etchebehere, comandante de Sigüenza; Cahue y Adriano Nathan, comandantes del frente de Aragón; Jesús Blanco, comandante del frente de Pozuelo, etc. Entre las figuras militares del POUM había hombres como Rovira y José Alcantarilla, famosos en toda España. Unos cuantos extranjeros desconocidos que luchaban en los batallones del POUM servirían para dar credibilidad a las fantásticas acusaciones.

Georges Kopp, un ex oficial belga, que servía en la división Lenin del POUM, acababa de volver a Barcelona de Valencia, donde le había sido concedido el grado de mayor -el más alto concedido a un extranjero- cuando los estalinistas lo arrestaron. Entonces la fábrica de propaganda estalinista se puso en marcha. Robert Minor, dirigente estalinista americano, anunció que la exigüedad de armas en el frente de Aragón -ésta era la primera vez que los estalinistas admitían esta acusación de la CNT- se explicaba ahora: ¡El general trotskista Kopp había estado transportando enormes abastecimientos de armas y munición, a través de tierra de nadie, para los fascistas!” (*Daily Worker*, 31 de agosto y 5 de octubre).

El escoger a Kopp, sin embargo, fue una equivocación de la GPU, de increíbles proporciones, comparable a la historia de la reunión de Romm con Trotsky en París o el vuelo de Piatakov a Noruega. Ya que Georges Kopp, de cincuenta y cinco años de edad, era un militante de gran categoría en el movimiento revolucionario belga. Cuando estalló la guerra española era ingeniero jefe de una gran firma en Bélgica. Solía hacer experimentos por la noche. Circuló la historia de que estaba probando una nueva máquina, perfeccionándola para el proceso de manufactura. Lo que manufacturaba sin embargo, eran los ingredientes para millones de descargas de cartuchos. Socialistas de izquierdas

organizaban el transporte ilegal a Barcelona. Cuando Kopp descubrió que estaba bajo vigilancia, se despidió de sus cuatro hijos y se dirigió a la frontera. El mismo día que se marchó la policía registró su laboratorio. *In absentia*, Kopp fue sentenciado por una corte belga a quince años de trabajos forzados: cinco por hacer explosivos para una potencia extranjera, cinco por salir del país sin permiso siendo un oficial de reserva del ejército belga y cinco por unirse a un ejército extranjero. Herido dos veces en el frente de Aragón, ascendió pronto al rango de comandante³³.

Kopp no puede responder a los calumniadores estalinistas porque lo han matado. Estaba en una cárcel de Barcelona con nuestro camarada americano Harry Milton. A medianoche, Kopp fue sacado. Esto fue en julio, y la última vez que fue visto.

El 17 de julio un grupo de miembros del POUM fueron libertados de una cárcel de Valencia. Es un hecho que la mayoría de ellos eran de ultraderechas, como Luis Portela, editor de *El Comunista*; Jorge Arquer, etc. Precisamente por esto su testimonio era particularmente convincente. Después de liberados, fueron a ver Zugazagoitia, ministro del Interior, que les dijo que Nin había sido llevado a Barcelona a una de las prisiones privadas de los estalinistas en Madrid. Inmediatamente Arquer pidió un salvoconducto para buscar a Nin. El ministro, un hombre de Prieto, le dijo: “No te garantizo nada; lo que es más, te aconsejo ir a Madrid porque, con mi salvoconducto o sin él, tu vida está en peligro. Estos comunistas no me respetan y hacen lo que quieren. Y no sería nada extraño que te cogieran y te mataran en el acto.” Sin embargo, públicamente Zugazagoitia todavía decía que Nin estaba en una cárcel del gobierno. El 19 de julio, sin embargo, Montseny, de la CNT, dijo públicamente que Nin había sido asesinado. Presionado por las numerosas preguntas desde el extranjero sobre el paradero de determinados prisioneros a las que el gobierno era incapaz de responder por la simple razón de que la mayoría de los prisioneros prominentes estaban en “preventorios” privados estalinistas, se dispuso que los prisioneros fueran trasladados desde las cárceles estalinistas en Madrid y Valencia a la custodia formal del Ministerio de justicia. Nin no estaba entre ellos. Irujo declaró que Nin había “desaparecido”. Los estalinistas decían que había escapado hacia las líneas fascistas. Pero al final resplandeció la verdad. El 8 de agosto, el *New York Times* informaba que “hace casi un mes una banda de hombres armados “raptó” a Nin de una cárcel de Madrid. Aunque se ha hecho todo lo posible para silenciar el asunto, todo el mundo sabe ahora que fue encontrado muerto en las afueras de Madrid, asesinado”. Como amigo personal de Nin y Andrade, el gran novelista italiano Ignazio Silone había tratado de salvarlos. “Pero -avisó- a

³³ El británico *New Leader*, 13 agosto 1937, publicaba dos artículos detallados del récord de Kopp.

no ser que el proletariado revolucionario de otros países esté atento, los estalinistas son capaces de cualquier crimen.” Alvarez del Vayo, ex ministro de Asuntos Exteriores del Gabinete de Largo Caballero, conocido agente de Stalin en el grupo de Largo Caballero tuvo el descaro de decir a la mujer de Andrade que Nin había sido asesinado por sus propios camaradas. (Se debe añadir que desde entonces Vayo fue excluido de la organización socialista -el grupo de Largo Caballero- de Madrid.) El primer ministro, Prieto, descargó su alma de estos y otros crímenes dimitiendo al jefe de policía estalinista, Ortega..., y lo reemplazó por el estalinista Morón.

Justificar la supresión de revolucionarios con calumnias no es nada nuevo. Cuando, en París, la insurrección de junio de 1848 fue ahogada en sangre, el demócrata de izquierdas Flaucon aseguró ante la Asamblea Nacional que los insurrectos habían sido sobornados por los monárquicos y gobiernos extranjeros. Cuando los espartaquistas fueron asesinados, Ludendorff -y, por tanto, los socialdemócratas que los mataron- les acusaron de ser agentes de Inglaterra. Cuando la contrarrevolución resultó victoriosa en Petrogrado, tras los días de julio, Lenin y Trotsky fueron calificados de agentes del Kaiser. La destrucción de la generación de 1917 es llevada a cabo ahora por Stalin, acusándolos de haberse vendido a la Gestapo.

El paralelo va más lejos. Mientras Kerensky gritaba que Lenin y Trotsky eran agentes alemanes, Tseretelli y Lieber -en los *soviets*- trataban, bajo interrogatorio, de desentenderse de los cargos, y se limitaban a pedir la prohibición de los bolcheviques por planear la insurrección. Pero aprovechándose de las acusaciones de Kerensky, los mencheviques no pregonaron a los cuatro vientos la inocencia de los bolcheviques.

Lo mismo en España. Los estalinistas no tuvieron tanto éxito como Kerensky: la acusación hecha contra los dirigentes del POUM no hacía mención de colaboración con Franco o con la Gestapo. El cargo estaba basado en los días de mayo y otras acciones subversivas y opositivas similares. Prieto y otros colaboradores de los estalinistas dijeron a la delegación del PLI (Partido Laborista Independiente, partido centrista inglés, aliado del POUM) que ellos no creían la acusación estalinista de los lazos del POUM con los fascistas. Ellos “simplemente” no salieron en defensa del POUM. Companys no sólo no dio crédito a las acusaciones, sino que además lo hizo público. Así, pues, había una división del trabajo: si no crees a los estalinistas, entonces debes creer que el POUM estaba organizando una insurrección, es decir, eran revolucionarios o contrarrevolucionarios, lo que prefieras. Una división del trabajo más estrecha era la que llevaba a cabo la prensa estalinista mundial, que repetía las calumnias “trotski-fascista” y la propaganda anti POUM-CNT de Louis Fischer,

Ralph Bates, Ernest Hemingway, Herbert Matthews, etc., que “simplemente” repetían mitos tales como que las milicias del POUM jugaban al fútbol en tierra de nadie con los fascistas.

* * *

A finales de junio, la autonomía catalana, aunque garantizada por un estatuto, estaba ya completamente suprimida. Las autoridades no confiaban en nadie que tuviera cualquier lazo con las masas catalanas, por muy débil que éste fuera. Con la excepción del sector más reaccionario, la vieja Guardia Civil, toda la política de Cataluña había sido enviada a otras partes del país. Incluso los bomberos fueron trasladados a Madrid. Las manifestaciones estaban prohibidas y las asambleas sindicales se podían hacer sólo pidiendo permiso al delegado de orden público con tres días de antelación, al igual que bajo la monarquía.

Las patrullas obreras habían sido barridas, sus miembros más activos encarcelados y los jefes habían desaparecido.

Habían hecho todo esto ayudados por la pantalla que les proporcionaban los ministros de la CNT, al formar parte de la Generalitat. Ahora el bloque estalinista-burgués prescindía de sus servicios.

Un boletín del 7 de junio de la FAI publicaba un comunicado estalinista, que había sido interceptado, que decía:

“Basado en la composición provisional del gobierno, nuestro partido pedirá la presidencia. El nuevo gobierno tendrá las mismas características que el de Valencia; un gobierno fuerte del Frente Popular *cuya tarea principal* será calmar los espíritus y pedir castigo para los autores del último movimiento contrarrevolucionario. Se le ofrecerán puestos en este gobierno a los anarquistas, pero de tal manera que serán forzados a negarse a colaborar, y así podremos presentarnos al público como los únicos dispuestos a colaborar con todos los sectores.”

Los anarquistas desafiaron al PSUC a negar la autenticidad de este documento, pero no hubo respuesta.

A finales de junio vino la crisis ministerial. La CNT dio su aprobación a todas las demandas que fueron hechas y se formó el nuevo gobierno. La publicación de la lista ministerial del 29 de junio, sin embargo, reveló a la CNT que, sin su conocimiento, un ministro sin cartera había sido añadido -un “independiente” llamado doctor Pedro

Gimpera, un conocido reaccionario y hostil a los anarquistas-. Companys blandamente se negó a dimitirlo. La CNT, por último, se retiró, dejando un gobierno de los estalinistas y la burguesía.

La única diferencia entre el boletín estalinista expuesto por la FAI y el presente curso de la crisis ministerial era que los estalinistas no habían pedido la presencia... Pero seis semanas después, sin ninguna indicación previa, los estalinistas chocaron con el presidente Companys.

En noviembre de 1936, cuando el servicio de inteligencia de la CNT agarró a Reverter, el jefe de policía, y lo hizo juzgar y ejecutar por organizar un *golpe de estado*, la investigación había implicado a Cánovas, presidente del Parlamento catalán. Pero los estalinistas habían apoyado a Companys, para persuadir a la CNT para que se dejase abandonar el país a Cánovas, y éste salió hacia París. Tras los días de mayo, había vuelto a Barcelona impunemente. Pasó los tres meses siguientes reestableciéndose cómodamente en la vida política. Durante estos nueve meses no había sido objeto ni de una palabra de condena por parte de los estalinistas. (Stalin había empleado este método sistemáticamente en Rusia: un burócrata se envuelve en una fechoría; se le permite seguir adelante porque se hace todavía más servil al saber que su crimen es conocido, entonces -a veces años después- Stalin necesita una cabeza de turco y el canalla es puesto en la picota.) El 18 de agosto, se reunió el Parlamento catalán. Sin una palabra previa de aviso a sus aliados -obviamente podía haber sido arreglado a puerta cerrada-, la delegación del PSUC acusó públicamente a Cánovas de traidor. La Esquerra había sido puesta en una posición tal que tuvo que rechazar la oferta de Cánovas de dimitir. Con este excelente látigo los estalinistas empezaron a manejar a la Esquerra como querían, para finalizar anunciando la renuncia de Companys a la presidencia, después de que los estalinistas hubieran boicoteado la sesión del 1 de octubre del Parlamento catalán.

¿Por qué rompieron los estalinistas con Companys? ¡Había hecho tanto por ellos! ¿Entonces, por qué se obligaba ahora a Companys a irse? (La velocidad con que los fascistas penetraban a través del frente de Aragón interrumpió los planes estalinistas y Companys no cayó.)

Había cometido un fallo imperdonable para los estalinistas. Companys había declarado públicamente que no sabía nada de los planes para prohibir al POUM; había protestado contra el traslado de los prisioneros de Barcelona; había enviado a Madrid al jefe del departamento de prensa catalán, Jaime Miratvilles, a ver al jefe de Policía estalinista, Ortega, para saber de Nin. Cuando Ortega le enseñó las “pruebas contundentes” -un

documento “encontrado” en un centro fascista, enlazando una “N” a una cadena de espías, Miratvilles, según cuenta-, rompió a reír a carcajadas y declaró que el documento era una falsificación tan evidente que nadie soñaría con tomarlo en serio. Companys había escrito entonces al gobierno de Valencia que la opinión pública catalana no creía que Nin era un espía fascista.

Esto no significaba que Companys estuviese dispuesto a luchar con los prisioneros del POUM. Había salvado su conciencia, y ¡dejaba abiertas las puertas para un posible giro en el futuro! Companys había vuelto a su silencio. Que ese silencio no le salvara del ataque indicaba que los estalinistas no podían olvidar a un aliado que expuso sus trampas: la trampa es la base del estalinismo hoy día.

Pero había una razón más profunda para romper con la Esquerra. El incidente de Nin indicaba simplemente que Companys no era lo suficientemente duro para los futuros movimientos de los estalinistas. El, después de todo, era un nacionalista que deseaba la vuelta a la autonomía catalana. Y, para el estalinismo, España y Cataluña no eran más que peones que estaban dispuestos a sacrificar, con los cuales haría cualquier cosa que el imperialismo anglo-francés quisiese, a cambio de una alianza militar con Stalin en la próxima guerra. Esa es la razón por la que tenía que haber una selección incluso entre los socialistas de Prieto y los republicanos de Azaña: sólo los más brutos, más corruptos y más cínicos podrían aguantar las tormentas que se avecinaban, creadas por los estalinistas, y permanecer colaborando con ellos.

La contrarrevolución económica en Cataluña avanzaba contra las colectividades. En honor de las secciones locales del movimiento libertario, hay que decir que se mantuvieron firmes. Por ejemplo, el fuerte movimiento anarquista del Bajo Llobregat (corazón de luchas armadas contra la monarquía y la república) declaraba en su semanario *Ideas*, del 20 de mayo:

“Esto es lo que debemos hacer, trabajadores. Tenéis la oportunidad de ser libres. Por primera vez en nuestra historia social las armas están en nuestras manos: no las soltéis. ¡Obreros y campesinos! Cuando oigáis que el gobierno o cualquier otro os dice que las armas deben estar en el frente, respondedle que así es, que los miles de rifles, ametralladoras morteros, etc., que se guardan en los cuarteles, que son usados por los carabineros, guardias de Asalto y Nacional, etc., deben ser enviados al frente porque defender tus campos y fábricas nadie lo puede hacer mejor que tú.

Recuerda siempre que aviones, cañones y tanques es lo que hace falta en el frente para aplastar al fascismo rápidamente... Lo que los políticos están buscando es desarmar a los obreros, para tenerlos a su merced, y arrebatarles lo que ha costado tantas vidas y tanta sangre al proletariado. Que ninguna persona permita que otra sea desarmada; que ningún pueblo permita que otro sea desarmado; desarmemos a los que intentan desarmarnos. Este tiene que ser, debe de ser, el *slogan* revolucionario del momento presente.”

La laguna entre la pusilanimidad de los órganos centrales de la CNT y el espíritu de lucha de los periódicos locales, cercanos a las masas, era tan grande como la distancia entre los cobardes temerosos y los obreros revolucionarios.

Pero cientos de miles de guardias de Asalto concentrados tras las líneas, atacaron sistemáticamente a las colectividades. Sin dirección centralizada, los pueblos fueron sometidos uno por uno. *Libertad*, uno de los periódicos anarquistas disidentes ilegales de Barcelona (incidentalmente, pagó sus despreciativos respetos a *Solidaridad Obrera*, que había denunciado a los órganos ilegales), describía la situación en el campo en el número de 1 de agosto:

“No tiene sentido que la censura, en las manos de un partido, impida que se diga una palabra sobre los miles de golpes infligidos a las organizaciones obreras y a las colectividades campesinas. Es en vano que prohíban mencionar en la terrible palabra, contrarrevolución. Las masas trabajadoras saben perfectamente que existe, que la contrarrevolución avanza con la protección del gobierno, y que las bestias negras de la reacción, los fascistas disfrazados, los viejos *caciques*, están levantando la cabeza de nuevo.

¿Y cómo no van a saberlo, si no queda un solo pueblo en Cataluña en que las expediciones de castigo de la Guardia de Asalto no hayan, cuando no han atacado a los trabajadores de la CNT, ido destruyendo sus células, o lo que es peor, destruido el portentoso trabajo de la revolución, las colectividades de campesinos, para devolver el campo a los antiguos propietarios, conocidos fascistas de siempre, *ex caciques* de la época negra de Gil-Robles, Lerroux o Primo de Rivera?

Los campesinos tomaron los bienes de los amos -que en justicia no les pertenecían- para ponerlos al servicio del trabajo colectivo, permitiendo a los antiguos amos significarse, si querían, trabajando. Los campesinos creían que un

trabajo tan noble estaba garantizado por su propia eficiencia, si el fascismo no triunfaba, y no podía triunfar, Escasamente sospechaban que en medio de la guerra contra el terrible enemigo, con un gobierno formado por hombres de izquierdas, la fuerza pública (policía) vendría a destruir lo que había sido creado con tanto trabajo y alegría. Para que esto tan inconcebible pasara, tenían que llegar al poder, con trucos sucios, los llamados comunistas. Y los trabajadores, preparados siempre para hacer los sacrificios más grandes para derrotar al fascismo, no acababan de preguntarse si sería posible que fueran atacados por detrás, que fueran humillados y traicionados, cuando quedaba todavía tanto por conquistarle al enemigo común...

La técnica de represión siempre es la misma. Camiones llenos de guardias de Asalto que entran en el pueblo como conquistadores. Registros siniestros de las organizaciones de la CNT. Anulación de los consejos municipales donde la CNT está representada, Saqueos, registros y arrestos. Toma de los alimentos de las colectividades. Entrega del campo a sus antiguos propietarios.”

Esta descripción, simple y conmovedora, era seguida por una larga lista de pueblos, las fechas en que fueron asaltados, los nombres de los muertos o arrestados. En los meses siguientes, la lista crecía más y más.

En industria y comercio, las bases judiciales de los establecimientos colectivizados seguían al amparo de la insegura base del decreto de colectivización del 24 de octubre de 1936. Pero inmediatamente después de los días de mayo, la Generalitat ¡repudiaba el decreto! La disculpa fue el intento de la CNT de liberar a las fábricas de la presa de los oficiales de aduanas, sin cuyo certificado de propiedad los bienes de exportación llegaban al extranjero y eran secuestrados por medio de una reclamación por los antiguos dueños emigrados. El Consejo de Economía (del Ministerio de Industria), controlado por los anarquistas, adoptó el 15 de mayo una propuesta de decreto para registrar los establecimientos colectivizados como de propiedad oficial en el registro mercantil. Pero la mayoría estalinista-burguesa en la Generalitat rechazó la propuesta porque el decreto de colectivización del 24 de octubre “fue dictado sin competencia por la Generalitat”, porque “no había, ni hay todavía, legislación del Estado (español) para aplicarla” y “el artículo 44 de la Constitución (española) declara que la expropiación y la socialización son funciones del estado (español), es decir, ¡el estatuto de autonomía catalana se había pasado! La Generalitat tendría que esperar que Valencia tomara la iniciativa. ¡Pero Companys había firmado el decreto de octubre! Eso era durante la revolución.

La agencia principal de contrarrevolución económica era el GEPCI, la conocida organización de hombres de negocios añadida en grupo a la sección catalana de la UGT por los estalinistas, pero repudiada por la UGT a nivel nacional. Con carnets sindicales en los bolsillos, estos hombres hacían con toda impunidad lo que no se hubieran atrevido a hacer nunca antes del 19 de julio contra los obreros organizados. Muchos de ellos no eran pequeños comerciantes, sino que eran grandes empresarios, Recibían trato preferencial para conseguir créditos financieros, materias primas, servicios de exportación, etcétera, en contra de las fábricas colectivizadas. Un pequeño detalle basta para destruir el mito estalinista de que eran pequeños almacenemos, establecimientos de una persona sola. En junio de 1937 los trabajadores del vestido redactaron una escala de sueldos, idéntica a la de las colectivas del vestido, y trataron de negociarla con las fábricas de ropa capitalistas. Los dueños rechazaron las demandas. Pero ¿quiénes eran los dueños? Miembros todos ellos del GEPCI, es decir, como los empleados a los que estaban rechazando las subidas de sueldos, ¡eran miembros de la UGT de Cataluña! (*Solidaridad Obrera*, 10 de junio). ¿Se atrevería el burócrata sindical más reaccionario, del estilo de Bill Green o Ernest Bevin, a proponer que los jefes y los trabajadores pertenecieran al mismo “sindicato”? No, este paso atrás sólo podía venir de los estalinistas, imitando a la Italia fascista y a la Alemania nazi.

En junio, bajo el *slogan* de “municipalización”, el PSUC lanzó una campaña para arrancar el transporte y las industrias eléctrica, gas y otras importantes de las manos de los trabajadores. El 3 de junio, la delegación del PSUC proponía formalmente al Consejo Municipal de Barcelona que municipalizase los servicios públicos. Al día siguiente, por supuesto, los concejales de la CNT serían expulsados, y los estalinistas tendrían los servicios públicos en sus manos para tomar el siguiente paso de devolverlos a sus antiguos dueños. Pero esta vez les hicieron frente no sólo los dirigentes de la CNT -que sin este campo, que se debería empezar por la vivienda-, sino por la respuesta masiva de los trabajadores afectados. El Sindicato de Trabajadores del Transporte empapeló cada pared de la ciudad con gigantescos posters: “Las conquistas revolucionarias pertenecen a los obreros. Las colectividades obreras son el producto de estas conquistas. Tenemos que defenderlas... Municipalizar los servicios urbanos, sí; pero sólo cuando las municipalidades pertenezcan a los trabajadores, no a los políticos.” Los posters demostraban que desde que los obreros habían tomado el control, había habido un 30 por 100 de aumento en facilidades de equipo, disminución de precios, más obreros empleados, grandes donaciones a las colectividades agrícolas, subvenciones a los trabajadores del puerto, seguridad social

para las familias de obreros muertos o heridos, etc. De momento, el avance estalinista fue derrotado en este campo.

Pero los estalinistas continuaron hacia su meta de destruir las fábricas controladas por los obreros. La Generalitat catalana anunció el 15 de septiembre como el último día para demostrar la legalidad de las fábricas colectivizadas. Ya que la mayor parte de la colectivización había sido hecha de la noche a la mañana para acelerar la guerra civil contra los fascistas, pocas fábricas habían establecido un procedimiento jurídico. ¿Cuáles eran realmente los procesos legales que justificaban las expropiaciones? El decreto original del 24 de octubre de 1936, que hemos discutido en nuestro capítulo sobre el primer Gabinete de la Generalitat, estaba destinado precisamente a ser el comienzo para el futuro, y ahora ¡la Generalitat lo había rechazado! ¡La Generalitat, según su conveniencia y deseo, examinaría ahora el título legal de la revolución social y la encontraría, sin duda, llena de fallos legales! ¡Qué negocio más ridículo! Pero qué trágico.

Los estalinistas, que conservaban el Ministerio de Abastecimientos de la Generalitat desde diciembre, se lanzaron sobre su presa, en primer lugar en las industrias alimenticias, de distribución de mercados, etc., disolviendo los comités obreros de abastecimiento, que hasta entonces habían estado aprovisionando las ciudades y manteniendo los precios bajo control. Incluso en la incompetente prensa de la CNT, y a través de la opacidad de la censura, los relatos reflejaban ahora lo que estaba pasando allí:

“Colectividades, empresas socializadas y cooperativas, que incluyen miembros de la CNT y UGT, han sido escogidos como blanco de ataque por parte de esos que se escondieron desertando el 19 de julio... Los lecheros de ambos sindicatos son detenidos por todos lados, las vacas y las granjas lecheras organizadas legalmente en cooperativas, están siendo confiscadas, aunque sus estatutos han sido aprobados oficialmente por la Generalitat hace bastantes meses. Estas vacas y sus establecimientos lecheros están siendo entregados a sus antiguos dueños... Lo mismo está ocurriendo, aunque todavía a pequeña escala, en la industria panadera... Nuestros mercados, el mercado central del pescado, etc., aunque colectivizados legalmente, están sufriendo también esos ataques viciosos de la antigua burguesía. Son animados por las venenosas campañas organizadas diariamente por la prensa del Partido, que ha llegado a ser el campeón en la defensa del GEPCI (Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales). Ya no se trata sólo de una lucha contra las

colectividades de la CNT, sino contra todas las conquistas revolucionarias de la CNT-UGT.

¡Demos un puñetazo a los fascistas y contrarrevolucionarios escondidos tras un carnet sindical!” (*Solidaridad Obrera*, 29 de junio).

“¿Está el Ministerio de Abastecimientos al servicio del pueblo o ha sido transformado en un gran mercader?”, preguntaba la prensa de la CNT. “Los alimentos básicos son: arroz, judías verdes, azúcar, leche, etc. ¿Por qué no están incluidos entre los artículos que el Comité de Distribución formado recientemente por la UGT-CNT, distribuye equitativamente por los almacenes de Barcelona, sea cual sea la organización a la que pertenecen?” En vez de eso, esos artículos básicos estaban incontrolados, dejados a merced del GEPCI. *La Noche* (26 de junio), respondiendo a la amargura de las masas: “¡Pena capital para los ladrones! Abusos escandalosos de los vendedores a expensas del pueblo.” Y, tras mostrar con estadísticas oficiales la subida precipitada de los precios de los alimentos entre junio de 1936 y febrero de 1937, *La Noche* decía: “¡No hubiera estado mal si los precios se hubieran mantenido a ese nivel! Se puede hablar con las amas de casa sobre la subida del coste de la vida desde febrero. Está alcanzando cifras inaccesibles... Debemos crear alguna forma de protección para los intereses del pueblo contra el egoísmo de los comerciantes que están llevando esto a cabo con total impunidad.”

Sí, era en el campo de la alimentación en el que los estalinistas habían mantenido la garra por más largo tiempo. Y el resultado: hambre; sí, verdadera hambre se pasaba en Cataluña. La amargura de las masas se manifestaba en *Solidaridad Obrera* (19 de septiembre):

“Madres proletarias con hijos en el frente sufren aquí estoicamente el hambre junto a sus inocentes pequeños... Decimos que los sacrificios deben ser hechos por todos y es una situación inconcebible, ya que en la actualidad hay lugares en que, pagando precios fuera del alcance de cualquier obrero, es posible obtener toda clase de alimentos. Esos restaurantes lujosos son verdaderos focos de provocación y deberían desaparecer, como deben desaparecer todos los privilegios de cualquier sector. Desigualdad flagrante, privilegios, son en tales casos un terrible disolvente de la cohesión popular. Tienen que ser eliminados a toda costa... Protegidos... Ha entrado en acción una repugnante casta de especuladores y logreros que trafican con el hambre del pueblo...”

Repetimos que nuestro pueblo no teme sacrificios, pero no tolera monstruosas desigualdades... ¡Respetar al proletario que lucha y sufre!”

Sí, las masas no temen a los sacrificios. Los trabajadores de Petrogrado sufrieron las privaciones más extremas, ni siquiera había agua corriente en la ciudad durante la guerra civil. Pero lo que allí había pertenecía a todos a partes iguales. No son las desnudas punzadas del hambre lo que retuerce las caras de los obreros barceloneses, de sus mujeres e hijos. Es que mientras ellos pasan hambre, la burguesía come lujosamente, y esto ¡en medio de una guerra civil contra el fascismo! Pero ésa es la consecuencia inevitable de no haber terminado con la “democracia” burguesa.

A todos los que habéis sido impresionados por el “sentido común” estalinista de luchar modestamente por la democracia, ¿empezáis a entender lo que significa, en concreto, en las torturadas almas del pueblo español?

XIV. La conquista de Aragón

La fértil provincia de Aragón era la encarnación viva de la lucha victoriosa contra el fascismo. Era la única provincia realmente cubierta por los fascistas y luego conquistada con las armas. Era especialmente el orgullo de las masas catalanas, pues ellas habían salvado Aragón. A los tres días de la victoria en Barcelona, las milicias de la CNT y el POUM salieron para Aragón. El PSUC era pequeño entonces y ayudó poco o nada. Nombres de batallas imperecederas -Monte Aragón, Estrecho Quinto, etc.- estaban asociados sólidamente con los héroes de la CNT y el POUM que las habían ganado. Fue en la victoriosa conquista de Aragón donde Durruti adquirió su fama legendaria de líder militar y las fuerzas que él llevó a la defensa de Madrid en noviembre fueron las tropas de piquete cuya moral victoriosa había sido forjada en las victorias de Aragón.

No había sido una razón secundaria para los éxitos de Aragón el que, bajo la dirección de Durruti, las milicias marchaban como un ejército de liberación social. Cada ciudad arrebatada a los fascistas se transformaba en una fortaleza de la revolución. Las milicias patrocinaban elecciones de comités de pueblo, a quienes entregaban todas las haciendas y su equipo. Los títulos de propiedad, hipotecas, etc., fueron quemados en hogueras. Después de transformar de esta manera la vida del pueblo, las columnas del POUM-CNT podían seguir adelante, seguros de saber que cada pueblo que dejaban tras sí lucharía hasta la muerte por el campo que ahora era suyo.

Apoyados por su éxito en la liberación de Aragón, los anarquistas se encontraron con muy poca resistencia del bloque estalinista-burgués en los primeros meses. Los consejos municipales de Aragón fueron elegidos directamente por las comunidades. El Consejo de Aragón era al principio ampliamente anarquista. Cuando se formó el Gabinete de Largo Caballero, los anarquistas estuvieron de acuerdo en dar representación a otros grupos antifascistas en el Consejo, pero hasta los últimos días de su existencia las masas de Aragón estuvieron agrupadas en torno a las organizaciones libertarias. Los estalinistas eran un grupo pequeño y sin influencia.

Por lo menos tres cuartas partes de la tierra eran cultivadas por las colectividades. De 400 colectividades, sólo 10 se adhirieron a la UGT. A los campesinos que deseaban cultivar el campo individualmente, se les permitía hacerlo así, siempre que no emplearan mano de obra. El ganado era poseído individualmente para el consumo familiar. Las escuelas eran subvencionadas por la comunidad. La producción agrícola aumentó en la región del 30 al 50 por 100 con respecto al año anterior, como resultado del trabajo colectivo. Numerosos excedentes fueron entregados voluntariamente al gobierno, gratis, para ser usados en el frente.

Intentaron poner en práctica algunos principios libertarios en el campo del dinero y los sueldos. Los sueldos se pagaban por un sistema de cupones canjeables por bienes en las cooperativas. Pero esto no era más que un piadoso cuento a la tradición anarquista, ya que los comités que llevaban a cabo la compra y venta de bienes con el resto de España usaban dinero a la fuerza en todas las transacciones, así es que los cupones no fueron más que un sistema interno de contabilidad, basado en el dinero que tenían los comités. Los sueldos se basaban en la unidad familiar: a un productor soltero se pagaba el equivalente a 25 pesetas semanales más por cada hijo. Este sistema tenía una seria debilidad, particularmente cuando en el resto de España operaba un sistema de gran disparidad de sueldos entre obreros profesionales y manuales, ya que eso impulsaba a los técnicos a emigrar a Aragón. Sin embargo, de momento, la convicción ideológica que inspiraba a muchos técnicos profesionales en las organizaciones libertarias hizo que se superara esta debilidad. Es verdad que, con la estabilización de la revolución, un periodo transicional de mayores salarios para obreros cualificados y profesionales tendría que ser instaurado. Pero los estalinistas que tuvieron el descaro de comparar la situación de Aragón con la monstruosa disparidad de salarios de la Unión Soviética parecían haber olvidado completamente que el salario familiar -que es la esencia del “a cada cual de acuerdo con sus necesidades” de

Marx- era una meta a la que dirigirse, de la que la Unión Soviética está infinitamente más lejana bajo Stalin que bajo Lenin y Trotsky.

La mayoría anarquista en el Consejo de Aragón llevó en la práctica al abandono de la teoría anarquista de la autonomía de la administración socioeconómica. El Consejo actuaba como una agencia centralizadora. La oposición estaba en tan desesperanzadora minoría en Aragón, y las masas estaban tan unidas al orden nuevo, que no hay ningún dato de una sola reunión de masas estalinistas en Aragón en oposición directa al Consejo. Se celebraban muchas asambleas conjuntas con participación estalinista, incluso hasta tan tarde como el 7 de julio de 1937. Ni en esas asambleas ni en ninguna parte de *Aragón* repitieron los estalinistas las calumnias que la prensa estalinista extendía por todas partes para preparar el terreno a una invasión.

Muchos dirigentes extranjeros vieron Aragón y lo alabaron: entre ellos, Carlo Rosselli, el dirigente antifascista italiano, que servía como comandante en el frente de Aragón (él y su hermano fueron asesinados por los fascistas italianos cuando estaban de permiso en París). El destacado socialista francés Juin escribió una fuerte defensa de Aragón en *Le Peuple. Giustizia e Libertá*, el órgano dirigente antifascista italiano decía de las colectividades de Aragón: “Los beneficios manifiestos del nuevo sistema fortalecían el espíritu de solidaridad entre los campesinos excitándoles a mayores esfuerzos y actividad.”

Los beneficios manifiestos de la revolución social, sin embargo, pesaban escasamente en la balanza contra las implacables necesidades del programa estalinista-burgués para establecer un régimen burgués y ganar el favor del imperialismo anglo-francés. La condición previa para tal favor era la destrucción de todo vestigio de revolución social. Pero las masas aragonesas estaban unidas. La destrucción, por tanto, debería venir de fuera. Una vez que el gobierno de Negrín llega al poder, una tremenda campaña de propaganda contra Aragón fue lanzada en la prensa burguesa y estalinista. Y, tras tres meses de esta clase de preparación, se lanzó la invasión.

El 11 de agosto, el gobierno decretaba la disolución del Consejo de Aragón. Para sustituirlo se nombró un gobernador general “con las facultades que la legislación en vigor atribuye a los gobernadores civiles”, legislación de los días de la reacción. El gobernador general, Mantecón, demostró ser, sin embargo, una figura decorativa. El trabajo real fue hecho por las fuerzas militares bajo la dirección del estalinista Enrique Líster.

Uno de los héroes prefabricados de los estalinistas (CNT publicó su fotografía con el título “Héroe de muchas batallas. Lo sabemos porque el Partido Comunista nos lo ha dicho” -la ironía era el único camino de pasar la censura-), Líster, marchó con sus tropas

hasta el fondo de Aragón. Los consejos municipales elegidos directamente por la población fueron disueltos por la fuerza. Las colectividades fueron divididas y sus dirigentes encarcelados. Lo mismo que con los prisioneros del POUM en Cataluña, ni siquiera el gobernador general supo a dónde fueron a parar los miembros del Comité Regional de la CNT arrestados por la banda de Líster. Habían obtenido salvoconductos del gobernador general, pero ni eso les salvó. Joaquín Ascaso, presidente del Consejo de Aragón, fue encarcelado acusado de... ¡probar joyas! La censura del gobierno prohibió a la prensa de la CNT publicar la noticia del encarcelamiento de Ascaso, se negó a revelar el lugar del encarcelamiento y desde su asqueroso punto de vista reaccionario tenían razón. Porque Ascaso era carne y hueso de las masas, como el difunto Durruti lo había sido, y las masas habrían derribado las cárceles con sus propias manos.

Baste decir que la prensa oficial de la CNT -no demasiado ansiosa de levantar a las masas- comparó el asalto a Aragón con el sometimiento de Asturias por López Ochoa en octubre de 1934.

Para justificar la violación de Aragón, la prensa estalinista publicó cuentos fantásticos; *Frente Rojo* escribía:

“Bajo el régimen del extinguido Consejo de Aragón, ni los ciudadanos, ni la propiedad, podían contar con la mínima garantía... El gobierno encontró en Aragón arsenales gigantescos de armas y miles de bombas, cientos de ametralladoras de último modelo, cañones y tanques reservados allí, no para luchar contra el fascismo en el frente de batalla, sino propiedad privada de los que quieran hacer de Aragón un bastión desde el que luchar contra el gobierno de la república... No hay un campesino que no haya sido obligado a entrar en las colectividades. Los que se resistían sufrieron en su cuerpo y su pequeña propiedad las sanciones del terror. Miles de campesinos han emigrado de la región, prefiriendo dejar el campo a sufrir los viles métodos de tortura del Consejo... El campo fue confiscado, y anillos, medallones, e incluso los cacharros de barro de cocina fueron confiscados. Los animales fueron confiscados, el grano e incluso los alimentos cocinados y el vino para el consumo doméstico... En el Consejo Municipal se instalaron conocidos fascistas y jefes falangistas. Blandiendo carnets sindicales, oficiaban de alcaldes y concejales, de agentes del orden público de Aragón, bandidos de origen ejercían una profesión y un gobierno de bandidaje.”

¿Esperaban que alguien creyera seriamente todas estas tonterías? La mentalidad policial de los estalinistas estaba evidentemente en la coartada de que se preparaba una insurrección. ¿Las armas? El frente de Aragón había caído bajo completo control del gobierno el 6 de mayo, con un miembro del partido estalinista, el general Pozas, al mando supremo. Antes de eso la prensa de la CNT, POUM, FAI desde octubre de 1936 había abundado en largas quejas de que el frente de Aragón estaba siendo despojado de armas, y que la guardia armada de las colectividades de Aragón -realmente con el frente irregular y cambiando, era parte de la línea de defensa del frente- fue peligrosamente despojada de armas. Durante ocho meses se hicieron estas acusaciones desde la prensa, plataformas y radio y con ellas la acusación de que la ayuda rusa estaba condicionada a que los estalinistas controlasen adónde iban a parar las armas que llegaban. Los estalinistas habían respondido a esas acusaciones específicas con absoluto silencio, Ahora, en la atmósfera de purga de agosto de 1937, su respuesta era ¡que las armas estaban allí! Nadie iba a creer, ni se podía esperar que lo hiciera, esta majadería, ni siquiera los mismos miembros del Partido.

Pero las acusaciones no necesitan una refutación seria, ya que el 18 de septiembre el hombre que probablemente había sido el mayor culpable, que había aterrorizado, instalado fascistas, etc., Joaquín Ascaso, fue liberado de la prisión. Si los estalinistas estaban preparados para probar sus cargos contra Ascaso, incluso en sus corruptos tribunales, ¿por qué no lo hicieron? La respuesta es: los cargos eran bobadas. Sin embargo, lo que era terriblemente real era la destrucción de las colectividades de Aragón.

Después de que el bloque estalinista-burgués conquistó Aragón y la historia de su invasión empezó a filtrarse hacia el movimiento obrero mundial, donde los estalinistas no se atrevieron a intentar repetir sus fantásticos cargos, adoptaron una nueva línea de conducta que trataba de cambiar estas denuncias por la idea de que la disolución del Consejo de Aragón era necesaria para reorganizar el frente de Aragón. Así, Ralph Bates escribía:

“Ha habido denuncias exageradas contra el Consejo de Aragón, pero creo que lo siguiente puede ser demostrado con evidencia detallada: la aplicación general de posturas extremas en el campo y reforma social habían confundido e incluso enfrentado al campesinado y a obreros no anarquistas; el control anarquista de los comités militares de pueblo había impedido sin duda la conducción eficiente de las operaciones... Así, pues, el problema era poner esta faja de Aragón bajo el control del

gobierno de Valencia, como parte de una campana para reformar las fuerzas militares de Aragón” (*New Republic*, 27 de octubre de 1937).

Esta última coartada tenía dos funciones: primero, alejarse de los absurdos cargos en que la disolución se había justificado al principio; segundo, cubrir el hecho de que, aunque el gobierno central había tenido completo control del frente de Aragón desde mayo, sus llamadas ofensivas habían sido fracasos. La infinita infamia de todo esto se verá clara si nos volvemos ahora a la cuestión militar y examinamos el frente de Aragón como parte del programa total de estrategia militar.

XV. La lucha militar, bajo Giral y Largo Caballero

La guerra no es más que la continuación de la política por medios violentos. Un manifiesto tirado sobre las líneas enemigas, expresando las aspiraciones de los campesinos que carecían de tierra, también es un arma de guerra. Tener éxito en incitar una revuelta tras las líneas enemigas puede ser infinitamente más eficaz que un ataque frontal. Mantener la moral de las tropas es tan importante como equiparlas. Cuidarse de oficiales traicioneros es tan importante como entrenar oficiales eficientes. En resumen, la creación de un gobierno de obreros y campesinos por el que las masas trabajaran y murieran como héroes es el mejor accesorio político de la lucha militar contra el enemigo fascista en la guerra civil.

Con estos métodos, los obreros y campesinos rusos derrotaron a la intervención imperialista y a los ejércitos de la Guardia Blanca en 22 frentes, a pesar del bloqueo económico más rígido que se haya impuesto nunca a una nación. En la organización y dirección del Ejército Rojo bajo condiciones tan adversas, Trotsky parecía hacer milagros, pero estos milagros estaban compuestos de política revolucionaria, de capacidad de sacrificio, trabajo y heroísmo de una clase defendiendo su libertad recién ganada.

Que la estrategia política reaccionaria determinaba una estrategia militar falsa del gobierno republicano se demuestra analizando el curso de la lucha militar.

Del 19 de julio al 4 de septiembre de 1936 -siete semanas decisivas- el Gabinete de Giral del Frente Popular estaba a la cabeza, con el apoyo político incondicional de los estalinistas, y los socialistas de Prieto (Prieto, en realidad, era parte extraoficialmente del Ministerio, abriendo un despacho en el gobierno el día 20 de julio).

El gobierno de Giral tenía alrededor de 600 millones de dólares en oro a su disposición. Recuérdese que el embargo real de venta de municiones a España no fue

establecido hasta el 19 de agosto, cuando la Cámara de Comercio británica derogó todas las licencias de exportación de armas y aviones a España. De esta manera, el régimen de Giral tuvo por lo menos un mes para comprar almacenes de armas, ¡pero la maldita verdad es que no compró casi nada! La historia del intento traidor de Azaña-Giral de llegar a un compromiso con los fascistas ya ha sido contada. Un hecho más: Franco y sus amigos esperaron seis días antes de formar su propio gobierno. Más tarde, Gil-Robles revelaría que esperaron con expectación un arreglo satisfactorio con el gobierno de Madrid. Para entonces las milicias habían surgido de las filas de los obreros y Giral ya no tenía poder para satisfacer las exigencias de Franco.

Las victorias más importantes de las primeras siete semanas fueron: la lograda marcha de las milicias catalanas sobre Aragón, usando la socialización del campo tanto como los rifles; y el ataque de la flota republicana al transporte de tropas de Franco de Marruecos a la Península.

“La lealtad de una gran parte de la marina impidió decisivamente a Franco el transportar un gran número de tropas marroquíes a la Península en las primeras dos semanas de la guerra. La patrulla naval del Sur hizo el transporte por mar extremadamente difícil. Franco se vio obligado a recurrir al transporte aéreo, pero era un trabajo muy lento. En lo que respecta a esto, el gobierno tuvo, de nuevo, la oportunidad de organizar la defensa y reunir reservas”, escribían dos estalinistas entonces³⁴. Lo que se les olvidaba añadir era que los buques de guerra estaban bajo el mando de los comités democráticos de marinos, que, como las milicias, no tenían fe en el gobierno de Giral y siguieron adelante con las operaciones, a pesar de la pasividad del gobierno. El significado de este hecho se hará evidente cuando lleguemos a la política naval del Gabinete Caballero-estalinista-Prieto.

Las terribles derrotas de Badajoz e Irún terminaron con el Gabinete de Giral. La razón de la caída de Irún fue contada en un parte conmovedor por Pierre van Paasen:

“Lucharon hasta el último cartucho los hombres de Irún. Cuando no tenían más munición, lanzaban paquetes de dinamita. Cuando se les acabó la dinamita, atacaron con las manos vacías y lucharon hombre a hombre, mientras el enemigo, sesenta veces más fuerte, les asesinaba con las bayonetas. Una muchacha mantuvo acorralados a dos carros armados por media hora, tirando bombas de glicerina. Entonces los marroquíes asaltaron la barricada de la que ella era el único defensor vivo y la hicieron pedazos. Los hombres de Fort Martial mantuvieron a 300

³⁴ *Spain in Revolt*, por Gannes y Repard, pág. 119.

legionarios a distancia durante más de medio día tirando piedras desde la colina en que la vieja fortaleza está encaramada.”

Irún cayó porque el gobierno de Giral no había hecho ningún intento de proveer a sus defensores con munición. El Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña, que había transformado ya las fábricas disponibles en talleres de municiones, había enviado varios vagones de munición a Irún por el ferrocarril regular de Cataluña a Irún. Pero ese ferrocarril va parte del camino por territorio francés, y el gobierno del “camarada” Blum, el aliado de Stalin, había detenido los coches en Behobia, justo al otro lado de la frontera, durante días..., pasando por el puente a Irún después que los fascistas habían ganado.

El Gabinete de Giral dio paso al “real y completo” gobierno del Frente Popular de Caballero-Prieto-Stalin. Sin ninguna duda, contaba con la confianza de una gran parte de las masas. Las milicias y los comités de marinos obedecían sus órdenes a la primera.

Había tres campañas militares de gran importancia que el nuevo gobierno tenía que llevar a cabo. Había, desde luego, otras tareas, pero ésta eran las más importantes, las más urgentes, y esencialmente las más sencillas.

1. Marruecos y Algeciras

Marruecos fue la base militar de Franco durante los primeros seis meses de la guerra. De allí tenía que traer los moros y legionarios y provisiones militares.

Los primeros éxitos de la marina republicana bajo los comités de marinos en hostilizar las líneas de comunicación de Franco con Marruecos fueron seguidos por otros. El 4 de agosto, el crucero republicano *Libertad* bombardeó la fortaleza fascista de Tarifa en Marruecos. Fue un golpe mortal para Franco. Tan mortal que fue contestado por el primer acto de intervención abierta italiana: un avión italiano bombardeó el *Libertad*. Cuando barcos de guerra republicanos se colocaban en posición para un bombardeo a gran escala de Ceuta en Marruecos, mientras los transportes fascistas se estaban cargando, el buque de guerra alemán *Deutschland* navegaba descaradamente de un lado a otro entre los barcos de guerra republicanos y Ceuta para impedir el bombardeo. Una semana más tarde, un crucero español detuvo al buque de carga alemán *Kamerun*, lo encontró cargado hasta el puente con armas para Franco y le impidió atracar en Cádiz. Después de esto, Portugal se pasó abiertamente a los fascistas, permitiendo al *Kamerun* descargar en los puertos portugueses y se mandaban las municiones por tren a Franco. Los comandantes navales alemanes recibieron orden de disparar sobre todo barco español que tratara de detener barcos

alemanes de munición. Si las operaciones navales republicanas hubieran continuado, habían sido fatales para Franco y sus aliados tendrían que desenmascarse completamente para salvarlo.

En este momento se formó el Gabinete de Largo Caballero y Prieto, ahora en estrecha colaboración con los estalinistas, y el “hombre de Francia” de siempre llegó a ser ministro de Marina. Terminó con las operaciones navales frente a Marruecos y el estrecho de Gibraltar, y retiró a las fuerzas leales que habían mantenido Mallorca.

La tarea del momento era impedir que los moros y legionarios desembarcaran en Algeciras y constituyeran ese ejército que pronto iba a hacer esa temible marcha desde Badajoz directamente a Toledo, y a través de Toledo y Talavera de la Reina a las puertas de Madrid. La primera línea en esa tarea le pertenecía a la Marina. *Esta no fue usada para este fin.*

En vez de esto, a mediados de septiembre, casi la flota entera, incluyendo el buque de guerra *Jaime I*, los cruceros *Cervantes* y *Libertad* y tres destructores, recibieron la orden de abandonar Málaga y ¡dar todo el rodeo a la Península hasta la costa vizcaína! Dejaron atrás el destructor *Ferrándiz* y el crucero *Gravina*. El 29 de septiembre, dos cruceros fascistas hundieron al *Ferrándiz*, tras bombardear y alejar al *Gravina*. ¿Cuáles eran las razones que determinaban que las fuerzas navales salieran para la costa de Vizcaya?, mientras los partes de noticias informaban -por no citar más que un ejemplo-: “Un pesquero armado que transporta tropas marroquíes de Ceuta y escoltado por el *Canarias*, el *Cervera*, un destructor y un bote torpedero cruzaron el estrecho esta tarde. El convoy desembarcó las tropas en Algeciras sin obstáculo alguno. Transportaba desde Marruecos un abastecimiento de armas de campaña y de otras clases, y abundantes abastecimientos de municiones” (*New York Times*, 29 de septiembre). ¿Cuáles eran las razones? Ciertamente, no militares, ya que las fuerzas enviadas a Vizcaya eran más que suficientes para mantenerse frente al convoy armado fascista; y, ciertamente impedir las comunicaciones con Marruecos era la tarea principal de la Marina.

Hanson W. Baldwin, experto militar americano, escribiendo (en el *New York Times* el 21 de noviembre) sobre la cuestión naval en España, decía:

“La marina española ha sido descuidada en gran medida, particularmente en los recientes años, problemáticos, de la historia de la república, y nunca ha sido dirigida o usada convenientemente. Pero con una tripulación eficiente, bien instruida, el puñado de cruceros y destructores españoles hubiera sido una fuerza a tener en cuenta, particularmente en la estrecha cuenca del Mediterráneo, *donde barcos bien manejados*

podieron hace tiempo haber cortado la línea de comunicación del general Franco con sus reservas de fuerzas en África...

A juzgar por las informaciones, un tanto oscuras, *la mayor parte de los barcos* -a pesar de los esfuerzos de los oficiales- continuaron enarbolando la bandera roja, amarilla y malva de España (republicana) o izaron las banderas rojas en sus mástiles...

... pero, en resumen, el papel de la marina en la guerra civil no ha sido hasta la fecha gran cosa. Los encuentros ocasionales en que los barcos han participado han tenido, en la mayoría de los casos, calidad de ópera bufa y han dado fe de la pobre puntería y pericia náutica de las tripulaciones.”

Las operaciones republicanas del 27 de septiembre en Zumaga, cerca de Bilbao, demostraron, sin embargo, fuego certero. Sin embargo, lo esencial es que hubiera sido sencillo equipar a los barcos de guerra republicanos con tripulaciones capaces. Toulon, Brest y Marsella estaban llenas de miles de marinos socialistas y comunistas, veteranos de la armada, incluyendo cañoneros expertos y oficiales. Podían haber mandado la flota más que de sobra, y otros buques que pudieron haberse construido en los astilleros más importantes, en Cartagena, en manos de los republicanos.

Finalmente, al volver de la costa del Norte, la flota fue anclada lejos del estrecho, en Cartagena, y allí estuvo, excepto para unos cuantos viajes al Sur. Se sabía que existía cuando, por ejemplo, el 22 de noviembre submarinos extranjeros entraron en el puerto de Cartagena y lanzaron torpedos, uno de los cuales dañó al *Cervantes*. El mismo día el ministro de Marina anunció la reorganización de la flota para combatir intentos de bloqueo..., y eso fue lo último que se oyó del proyecto. Los buques de transporte de Franco se movían a sus anchas entre Ceuta y Algeciras, transportando las docenas de miles de tropas y armamento que necesitaban.

En una carta a Montseny, pidiendo que los ministros anarquistas lucharan públicamente contra la falsa política del gobierno, Camillo decía de la Marina: “La concentración de las tropas que vienen de Marruecos, la piratería en las Canarias y las Baleares, la toma de Málaga, son las consecuencias de esta inactividad. Si Prieto es incapaz de iniciativa, ¿por qué es tolerado? Si Prieto está limitado por una política que paraliza la flota, ¿por qué no denunciar esta política?”

¿Por qué Prieto y el bloque gubernamental siguieron esta política suicida? No era más que un factor de la política general que se basaba en asegurarse la buena intención de Inglaterra y Francia. Lo que perseguían estaba claro. Una política naval agresiva de los

republicanos semejante a la que habían demostrado en los incidentes de agosto frente a Marruecos hubiera precipitado la etapa decisiva de la guerra civil. Hubiera amenazado con aplastar a Franco inmediatamente. Alemania e Italia, que habían comprometido su prestigio al apoyar a Franco, quizá se sintieran forzadas a tomar decisiones desesperadas en su defensa, como, por ejemplo, recurrir abiertamente al uso de las armadas italianas y alemanas para barrer a los republicanos del estrecho. Pero Inglaterra y Francia no podrían retenerlo en adelante. Que la guerra abierta pudiera haber comenzado así no era una garantía. Alemania e Italia, especialmente antes del 9 de noviembre de 1936, en que reconocieron formalmente al régimen de Burgos, podían haber retrocedido antes que precipitar la guerra. Si los revolucionarios hubieran estado a la cabeza y se hubieran lanzado audazmente en agosto y septiembre a una campana naval sistemática y hubieran tenido éxito en aislar Marruecos de España, entonces probablemente Alemania e Italia se hubieran retirado lo más graciosamente posible. El imperialismo anglo-francés, sin embargo, no estaba interesado en la victoria de los republicanos, sino en mantener a distancia una crisis de guerra mientras resistían las intromisiones en sus intereses imperialistas en el Mediterráneo. Y ellos iban a su aire debido a la orientación anglo-francesa del gobierno republicano. Cada mes que pasaba de aquí en adelante, con Alemania e Italia comprometidas más profundamente, se hacía cada vez más probable una explosión internacional si la Marina era activada. *Simplemente dejó de existir como arma republicana.*

Este es el primer ejemplo terrible de cómo la política contrarrevolucionaria debilitó la lucha militar.

La misma orientación anglo-francesa explica la negativa de atacar por tierra Algeciras, el puerto español donde desembarcaban las tropas fascistas que venían de Marruecos. Málaga estaba colocada estratégicamente para ser punto de partida de este ataque. En vez de esto, fue dejada sin defensa. Estaba defendida principalmente por las fuerzas de la CNT, que suplicaron en vano desde agosto hasta febrero que se les diera el equipo necesario; Málaga fue invadida por una fuerza de desembarco italiana, mientras la flota que pudo haberle detenido permanecía anclada en Cartagena. Málaga cayó el 8 de febrero. Durante dos días, antes de la caída, las milicias no recibieron ninguna orden de los cuarteles y, el día antes de la caída de Málaga, descubrieron que los cuarteles habían sido ya abandonadas sin decir una palabra a las milicias defensoras. No fue una derrota militar, sino una traición. La traición esencial no fue la deserción del último minuto del Estado Mayor, sino la línea

política que dictaba la inactividad de la Marina y el no usar Málaga como base contra Algeciras³⁵.

Si no hubiera sido posible por mar o por tierra, había todavía otra manera de luchar contra la base marroquí de Franco. Citamos a Camillo Berneri:

“El ejército fascista basa sus operaciones en Marruecos. Deberíamos intensificar la propaganda en favor de la autonomía de Marruecos en cada sector de influencia panislámica. Madrid debería hacer declaraciones bien claras, anunciando el abandono de Marruecos y la protección de la autonomía marroquí. Francia observa con preocupación la posibilidad de repercusiones e insurrecciones en el norte de África y Siria; Inglaterra ve la agitación por la autonomía egipcia reforzada lo mismo que la de los árabes en Palestina. Es necesario sacar provecho de esos miedos adoptando una política que amenace desatar la revuelta en el mundo islámico.

Para tal política hace falta dinero y rapidez para mandar agitadores y organizadores a todos los centros de emigración árabes, a todas las zonas fronterizas del Marruecos francés” (*Guerra di Classe*, 24 de octubre de 1936).

Pero el gobierno republicano, lejos de levantar los temores ingleses y franceses de iniciar la insurrección en el Marruecos español, procedió a ofrecerles ¡concesiones en Marruecos! El 9 de febrero de 1937, Del Vayo, ministro de Asuntos Internacionales, entregó a Francia e Inglaterra una nota, cuyo texto exacto no fue nunca revelado, pero que más tarde se dio a conocer, sin que el Gabinete lo haya desmentido, que incluía los puntos siguientes:

³⁵ El 21 de febrero, el subsecretario de la guerra, José Asensio, fue destituido y arrestado junto con el coronel Villalba por la traición de Málaga. El comisario de Guerra, Bolívar, un estalinista que se había unido a Villalba al abandonar los cuarteles, no fue arrestado. Tampoco fue revelada ni una palabra de que Antonio Guerra, representante estalinista en el mando militar de Málaga, se quedó atrás y pasó a los fascistas. Nada fue revelado hasta que el comité nacional de la CNT llegó a estar realmente desesperado -por el momento- por los asaltos estalinistas. (*CNT boletín*, Valencia, 26 de agosto 1937.) El día que cayó Gijón -ocho meses más tarde- el gobierno anunció que juzgaría a los traidores de Málaga -Asensio, el general en jefe; Cabrera y otro general-. ¿Por qué juzgar a esos y no a los culpables de Bilbao, Santander, etc? Porque Málaga cayó bajo Caballero, mientras las traiciones más desvergonzadas del Norte tuvieron lugar bajo Negrín...

“1. Al proponer basar su política europea en una colaboración activa con Gran Bretaña y Francia, el gobierno español propone la modificación de la situación africana.

2. Al desear un pronto final de la guerra civil, susceptible de ser prolongada por la ayuda alemana e italiana, el gobierno está dispuesto a hacer ciertos sacrificios en la zona española de Marruecos, si los gobiernos británico y francés toman medidas para impedir la intervención italo-alemana en los asuntos españoles.”

La primera insinuación de la existencia de esta vergonzosa nota apareció un mes más tarde de su comunicación, en la prensa inglesa y francesa, el 19 de marzo, cuando Eden se refirió a ella de pasada. Los ministros de la CNT juraron que ellos no habían sido consultados sobre esta comunicación. Berneri se dirigió a ellos mordazmente: “Formáis parte de un gobierno que ha ofrecido a Francia y a Inglaterra ventajas sobre Marruecos, mientras desde julio de 1936 debería haber sido obligatorio para nosotros proclamar oficialmente la autonomía política de Marruecos... ha llegado la hora de publicar que tú, Montseny, y los otros ministros anarquistas no estáis de acuerdo con la naturaleza y el significado de tales propuestas... Se sobrentiende que uno no puede garantizar los intereses ingleses y franceses en Marruecos y al mismo tiempo agitar para una insurrección allí... Pero esta política debe cambiar. Y para cambiarla debe hacerse una declaración fuerte y clara de nuestras intenciones, porque en Valencia se están moviendo algunas influencias para hacer la paz con Franco” (*Guerra di Classe*, 14 de abril de 1937). Pero los dirigentes anarquistas permanecieron en silencio y Marruecos permaneció tranquilo bajo Franco³⁶.

2. *La ofensiva contra Zaragoza y Huesca*

Si se mira la prensa española, o francesa o americana, de agosto a noviembre, se observa el agudo contraste entre las derrotas republicanas en los frentes del Centro y el Oeste y las victorias en el frente de Aragón. Las tropas CNT, FAI y POUM predominaban en Aragón. Obedecían las órdenes militares de los oficiales burgueses mandados por el gobierno, pero los mantenían bajo vigilancia. Para finales de octubre, habiendo

³⁶ El único panfleto oficial de la CNT sobre Marruecos que yo he podido encontrar es: “Lo que España podría haber hecho en Marruecos y lo que ha hecho”, un discurso de González de Reparaz del 17 de enero de 1936, diciendo cómo él trató de hacer que la monarquía y la república organizaran las cosas

conquistados los bordes montañosos de monte Aragón y Estrecho Quinto, las milicias aragonesas estaban en posición de tomar Huesca, la entrada a Zaragoza.

La importancia de tomar Zaragoza puede ser rápidamente entendida con una ojeada al mapa. Situada en medio de la carretera de Cataluña y Aragón a Navarra, el corazón del movimiento fascista. Tomada Zaragoza, la retaguardia del ejército fascista que cubre la provincia vasca estaría en peligro, lo mismo que la retaguardia de las fuerzas convergentes en Madrid desde el Norte. Así, pues, una ofensiva en este frente permitiría que la iniciativa de la lucha militar pasara a los republicanos. Además, Zaragoza había sido una de las grandes fortalezas de la CNT, y había caído en manos fascistas sólo por la traición completa del gobernador civil, miembro del partido de Azaña y designado por él.

Incluso hasta finales de septiembre había todavía una huelga general obrera en Zaragoza, aunque sus dirigentes estaban siendo asesinados por medio de una tortura lenta por negarse a terminarla. Un fuerte ataque a Zaragoza hubiera sido acompañado por el levantamiento de los obreros dentro, como prometían los anarquistas.

Para tomar las ciudades de Huesca y Zaragoza, fuertemente fortificadas, eran necesarios, sin embargo, aviones y artillería pesada.

Sin embargo, desde septiembre en adelante se desarrolló un boicot sistemático, dirigido por el gobierno contra el frente de Aragón. La artillería y los aviones que llegaban del extranjero, a partir de octubre, eran enviados sólo a los centros controlados por los estalinistas. Incluso en lo referente a rifles, ametralladoras y municiones se impuso el boicot. Las plantas de munición de Cataluña, que dependían del gobierno central en materia de finanzas, fueron forzadas a entregar sus productos a los destinatarios que el gobierno escogía. La prensa de la CNT, FAI y POUM declaraba que la descarada discriminación contra el frente de Aragón venía impuesta por los estalinistas, apoyados por los representantes soviéticos. (Los amigos de Largo Caballero admiten ahora esto.) Los planes del gobierno para la transformación de las milicias en un ejército burgués no se podían llevar a cabo mientras las milicias de la CNT conservaran el prestigio adquirido en una cadena de victorias. Así, pues, el frente de Aragón debía ser detenido. Esta situación, entre otras, llevó a los líderes de la CNT al gobierno central. Las dos figuras principales del anarquismo español, García Oliver y Buenaventura Durruti, trasladaron sus actividades a Madrid. Durruti llevó lo más escogido de las tropas del frente de Aragón. Pero el boicot al frente de Aragón continuó a pesar de todas las concesiones anarquistas. Ya que era

eficazmente en Marruecos y ¡cómo no lo hicieron! Ni una indicación del único consejo que un revolucionario puede dar sobre la cuestión colonial: salir de Marruecos.

fundamental para la estrategia del bloque burgués-estalinista romper el prestigio y el poder anarquista a toda costa. Seis meses de quejas y demandas de la prensa anarquista y del POUM pidiendo una ofensiva en el frente de Aragón se encontraron con un silencio absoluto de la prensa estalinista-burgués. A continuación, los estalinistas empezaron a calumniar las actividades de las milicias de la CNT en ese frente, y a usar ese hecho como una prueba de la necesidad de un ejército burgués. La contrapropuesta de la CNT-POUM por un comando unificado y un ejército disciplinado bajo control obrero fue derrotada.

Durante muchos meses los estalinistas negaron al mundo exterior su sabotaje al frente de Aragón. Pero cuando los hechos se hicieron demasiado bien conocidos, los estalinistas inventaron una coartada: Se enviaron armas a montones al frente de Aragón, pero los “trotskistas” las desviaron a través de tierra de nadie hacia los fascistas (*Daily Worker*, 5 de octubre de 1937). Como todas las historias maquinadas por los estalinistas, ésta llevaba su falsedad inherente en la cara. El POUM, los llamados “trotskistas”, tenían como máximo diez mil hombres en este frente. La fuerza dominante, aquí era la CNT. ¿Eran ellos -con su prensa clamando por esas armas- tan tontos como para no ver lo que el POUM estaba haciendo? ¿O esta historia era simplemente una preparación para el día en que los estalinistas acusarían a la CNT de haberse confabulado con el POUM para desviar armas hacia los fascistas?

El penoso armamento en el frente de Aragón ha sido descrito por el escritor inglés George Orwell, que luchó allí en el batallón del PLI. La infantería “está todavía peor armada que una escuela estatal inglesa del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales” con “gastados rifles Máuser que normalmente se obstruían después de cinco tiros; aproximadamente una ametralladora por cada 50 hombres, y una pistola o revólver para alrededor de 30 hombres. Estas armas, tan necesarias en guerra de trincheras, no fueron enviadas por el gobierno y se podían traer sólo ilegalmente y con dificultades muy grandes”.

“Un gobierno que manda al frente niños de quince años con rifles de cuarenta años y mantiene sus mejores hombres y sus armas más nuevas en la retaguardia -concluía Orwell- tiene claramente más miedo de la revolución que de los fascistas. De aquí la débil política militar de los pasados seis meses y de aquí el compromiso con que casi ciertamente terminará la guerra” (*Controversy*, agosto de 1937).

Así, pues, el gobierno perdía la oportunidad que se le presentaba en Aragón de recuperar la iniciativa y llevar la guerra a territorio fascista.

3. *El frente del Norte*

Bilbao, y las ciudades industriales y mineras del hierro y el carbón que la rodeaban, constituía una zona industrial concentrada solamente inferior a Cataluña, que tuvo que construir sus plantas metalúrgicas de la nada cuando empezó la guerra civil. Bilbao debería haber llegado a ser el mayor centro de municiones de España. Desde esta base materias, los ejércitos del Norte deberían haber sido dirigidos puntualmente al Sur, hacia Burgos, y al Este, contra Navarra, para unirse a las tropas del frente de Aragón. La estrategia dictada era del tipo más elemental.

Sin embargo, los capitalistas vascos eran los dueños de la región vizcaína. Debido a que había estado bajo la influencia inglesa durante un siglo, no tenía ningún entusiasmo por unirse a Franco y a sus aliados italo-germanos. Sin embargo, la burguesía vasca no tenía tampoco ninguna intención de luchar hasta la muerte contra Franco. Gracias al apoyo de los partidos Socialista y Comunista, los capitalistas vascos no habían sufrido la toma de sus fábricas por los obreros después del 19 de julio. Pero no tenían la garantía de que la victoria republicana no fuera seguida por una toma de las fábricas.

La cuestión de la propiedad determinó la conducta militar del gobierno regional vasco. Esto se vio ya a mediados de septiembre de 1936, cuando los fascistas avanzaron sobre San Sebastián. Antes de que el ataque fuera completado, San Sebastián se rindió. Antes de la retirada de la burguesía vasca, echaron de la ciudad a las milicias de la CNT que querían destruir el equipo de las fábricas y otros materiales útiles, para impedir que cayeran en las manos de los fascistas. Como precaución posterior, 50 guardias armados vascos fueron dejados atrás para proteger los edificios. Así, pues, la ciudad fue entregada a Franco intacta. La burguesía razonaba; si la propiedad se destruye, es para siempre; pero si hacemos eventualmente la paz con Franco, puede que él nos devuelva nuestra propiedad.

Cuando esto pasó, yo escribía, el 22 de septiembre de 1936: “El frente del Norte ha sido traicionado.” Los ministros anarquistas han revelado después que ésta era la opinión del Gabinete de Largo Caballero. Lo que retrasó la realización completa de la traición por seis meses, sin embargo, fue la estupidez de los oficiales de Franco que tomaron San Sebastián. Los 50 guardias dejados atrás para proteger los edificios fueron asesinados, los propietarios burgueses que se quedaron atrás para hacer la paz con Franco fueron

encarcelados y algunos ejecutados y los habitantes aterrorizados. El frente vasco se endureció por algún tiempo.

En diciembre, sin embargo, el gobierno vasco estaba intentando de nuevo un armisticio. En un momento en que Madrid todavía rechazaba cualquier negociación, para intercambiar prisioneros, los vascos negociaban este acuerdo:

“El hecho de que el grupo vasco estaba negociando en San Sebastián se hizo público sólo ayer. El escritor sabía, sin embargo, que la delegación había dejado Bilbao hacía más de una semana... se dirigió a Barcelona, pero su misión allí terminó insatisfactoriamente. Los delegados vascos expresaron su decepción con el estado de cosas en la capital catalana... y se cree que también se ofendieron por la actitud de los catalanes contra la Iglesia.

En cualquier caso, el resultado ha sido que han decidido sondear a los dirigentes de San Sebastián con la esperanza de llegar a alguna clase de compromiso y quizá ultimar una tregua.

Se sabe que durante el último mes o dos el frente del Norte ha estado quieto con bastante confraternización con los de uno y otro lado” (Hendays, despacho fronterizo. *New York Times*, 17 de diciembre de 1937).

Cualquier duda sobre la autenticidad de esta información fue disipada el mismo día por “Augur”, la voz oficiosa del British Foreign Office:

“Los británicos han estado trabajando para promover armisticios locales entre los rebeldes y los leales. La oferta del gobierno regional vasco en Bilbao de llegar a una tregua en Navidad fue debida directamente a la discreta intervención de los agentes británicos que esperan que esto pueda llevar a una suspensión completa de las hostilidades.

Los franceses -añadía “Augur” -están ejerciendo similar influencia en Barcelona, donde su éxito no es tan señalado porque los deseos del presidente Companys de terminar con el derramamiento de sangre han sido espantados por comunistas y anarquistas” (*New York Times*, 17 de diciembre de 1936).

Nada de esto, desde luego, aparecía en la prensa republicana, donde la censura estaba ahora en pleno ejercicio. Tales informes circunstanciales, particularmente uno que llevaba el

nombre de “Augur”, y que apareció en periódicos de la categoría del *New York Times* y el *Times* de Londres, requerían por lo menos una negativa formal, y se hubiese podido negar. Pero ni el gobierno ni la prensa estalinista, sin embargo, se atrevieron a negar los hechos: porque eran ciertos.

La burguesía vasca, simplemente, no tenía una razón básica para luchar contra el fascismo. Si la lucha exigía sacrificios serios, ellos estaban listos para retirarse. Uno de los factores que les dio tregua, sin embargo, fue el crecimiento del movimiento CNT en la región vasca. Aquí los estalinistas y socialistas de derechas, sentados en el Gobierno regional con la burguesía (la CNT había sido dejada atrás cuando la Junta de Defensa dio paso al gobierno), facilitaron la traición. Con el pretexto más ínfimo imaginable -el gobierno vasco invitó a las milicias de la CNT a unirse a la celebración de la Semana Santa y el Comité Regional de la CNT y la prensa denunciaron indignados al ceremonial religioso-, el Comité Regional completo y la plantilla editorial de *CNT del Norte* fueron encarcelados el 26 de marzo, y las imprentas entregadas a los estalinistas. La persecución sistemática de la CNT a partir de este momento fue el camino para pasarse al lado de Franco.

El gobierno republicano era consciente del peligro, consciente de la negativa de Bilbao a transformar sus plantas para los fines de abastecimientos de armas, conscientes de la criminal inactividad del frente vasco, que permitió a Mola mover sus tropas hacia el Sur para unirse al sitio de Madrid. ¿Por que no hizo nada el gobierno? Desde luego, el Gabinete mandó numerosos emisarios a Bilbao, halagaron a los vascos, hicieron lo que pudieron por complacerlos; envió generales a colaborar con los dirigentes vascos -Llano de Encomienda, que hacia muy poco tiempo que había sido puesto en libertad después de ser juzgado por una corte marcial de Barcelona acusado de complicidad en el levantamiento, ¡llegó a ser comandante en jefe del Norte!-, pero estas medidas, naturalmente, no llevaron a nada. Había *sólo una manera* de salvar el frente del Norte: enfrentando a la burguesía vasca con un poderoso frente unido de las fuerzas proletarias de la región, listo para tomar el poder si la burguesía vacilaba, y preparándose para ello con una crítica ideológica de los capitalistas vascos. Esta manera, sin embargo, era extraña a este gobierno que temía, sobre todo, el levantamiento de las masas por la iniciativa política.

Pero había un sector del frente del Norte que estaba activo, Asturias. Hemos visto cómo a las cuarenta y ocho horas de conocer el levantamiento, 5.000 mineros asturianos llegaban a Madrid. En unas pocas semanas habían barrido a los fascistas, excepto en la bien fortificada Oviedo, que había sido la sede de una fuerte guarnición pretoriana desde el

aplastamiento de la comuna asturiana en octubre de 1934. Todo minero en Asturias hubiera dado su vida por tomar Oviedo. Armados con unos pocos rifles y bombas de dinamita cruda, los mineros sitiaron pronto Oviedo, tomando pronto los suburbios. La caída de Oviedo les hubiera dejado el camino libre para una ofensiva contra Castilla la Vieja. Portavoces asturianos clamaban en Valencia por unos pocos aviones y la artillería necesaria para derribar las defensas de Oviedo. Se les envió de vuelta con las manos vacías. ¿Cuál era su crimen? Los obreros asturianos abolieron la propiedad privada de la tierra y colectivizaron la vivienda y la industria. El fuerte movimiento CNT, mano a mano con la UGT -aquí de tendencia revolucionaria, como se demostró en su órgano *Avance*, bajo la dirección editorial de Javier Bueno-, controlaban exclusivamente la producción y el consumo. Se sabía que intentaban, cuando Oviedo fuera suyo, proclamar aquí de nuevo, como en 1934, la comuna asturiana... El gobierno les invitó a derramar su sangre en cualquier parte excepto por la comuna. Decenas de miles de ellos, a falta de otra cosa, se unieron a los republicanos en todos los frentes. Su valor en la lucha se hizo legendario. Pero se quedaron bastantes frente a Oviedo, sitiando la guarnición hasta el último momento...

4. *¿Por qué Madrid llegó a ser el frente clave?*

Con Marruecos y las líneas de comunicación con la Península tranquilas, el frente del Norte, aquietado gracias a la pasividad vasca, y con el sabotaje gubernamental al frente de Aragón, Franco estaba en una posición de dictar el curso de la guerra, de escoger sus puntos de ofensiva a voluntad. Nunca dejó la iniciativa a los republicanos, que tenían que aceptar la batalla donde y cuando el enemigo quería.

Así, pues, Franco pudo lanzar sus fuerzas principales contra Madrid. En octubre, el sitio de Madrid estaba muy avanzado. Franco quería la capital de la nación para dar a sus aliados italianos y alemanes una base seria para que su régimen fuese reconocido. Y, en verdad, según parece, el reconocimiento alemán e italiano se dio el 9 de noviembre de 1936, creyendo que Madrid estaba a punto de caer, y este reconocimiento proveería de mayor incentivo para asegurar una rápida caída. Según parece, también Franco hizo aquí su mayor disparate estratégico cuando intentó, en su prisa por tomar Madrid, un ataque frontal en vez de completar el sitio cortando la carretera de Valencia. Los fascistas se aferraron obstinadamente a esta estrategia durante meses, dando a los republicanos la oportunidad de fortificar la zona lo suficientemente para resistir los ataques por los flancos cuando éstos se

produjeron en febrero y marzo. El hecho significativo a señalar en la frontera de Madrid fue *el uso de métodos políticos revolucionarios*. Si Madrid caía, se acababa todo para los estalinistas. En España, su prestigio se limitaba al V Regimiento de Madrid -en realidad, un ejército de más de 100.000 hombres- y la Junta de Defensa que desde el 11 de octubre era responsable de la defensa de Madrid y que estaba controlada por los estalinistas. Internacionalmente, el prestigio del Komintern y la Unión Soviética se hubiera minado irrevocablemente con la caída de Madrid. La retirada a Valencia y Cataluña hubiera significado un balance de fuerzas nuevo con los estalinistas ocupando un puesto secundario. De esa nueva fase podía haberse recurrido a una guerra revolucionaria contra el fascismo, que hubiera terminado con todos los planes de Eden, Delbos y Stalin. Había que mantener Madrid a toda costa. Por extrema necesidad, los estalinistas abandonaron los métodos puramente burgueses, pero sólo por un tiempo y dentro de los límites de Madrid.

Los métodos de defensa que en otras ciudades eran propuestos por las organizaciones locales del POUM, CNT y FAI y realizados por aventureros, y porqué arrojaban a la burguesía liberal en manos del enemigo, aprobados aquí por los mismos estalinistas el 7 de noviembre, cuando un ataque fascista alcanzó los suburbios de la ciudad. Un panfleto de la CNT de esta semana merece ser citado:

“Avisábamos ayer al pueblo de Madrid de que el enemigo estaba a las puertas de la ciudad, y les aconsejábamos llenar botellas con gasolina y ponerle mechas para ser encendidas y tiradas a los tanques rebeldes cuando entraran en la ciudad.

Hoy aconsejamos otras precauciones. Cada casa y apartamento conocido en el distrito por ser habitado por simpatizantes fascistas debe ser concienzudamente registrado en caso de armas. Parapetos y barricadas deben ser levantados en todas las calles que lleven al centro.

Cada casa de Madrid en que viven antifascistas debe constituir en sí misma una fortaleza y se deben ofrecer a los invasores todos los obstáculos si intentan pasar por las calles de la capital. Disparad sobre ellos desde los pisos altos de los edificios, contra los cuales el fuego de sus metralletas carecerá de eficacia. *Sobre todo debemos limpiar Madrid de la Quinta Columna de fascistas desconocidos.*”

Uno de los alardes de Mola -que cuatro columnas convergían sobre Madrid, y una quinta se formaba dentro secretamente- había dado a los obreros un espléndido *slogan*: aplastar a la Quinta Columna. Habían desaparecido las severas críticas gubernamentales -y

estalinistas- contra los “registros ilegales”, “las ocupaciones y arrestos desautorizados”, etc. Más de 500 guardias de asalto fueron arrestados y encarcelados en esos días por sospechosos de fascistas -la primera y última vez que los estalinistas aprobaron una purga tal de elementos burgueses-. El programa de los estalinistas era “todo el poder para el gobierno del Frente Popular” y, por consiguiente, eran hostiles a los comités de fábrica y barrio. Sin embargo, por primera vez, la desesperación les obligó a abandonar esta postura. El V Regimiento, controlado por los estalinistas, lanzó un manifiesto que, entre otras cosas, pedía a las masas que erigiesen comités de calle y barrio para vigilar a la Quinta Columna dentro de la ciudad³⁷. Los comités obreros marchaban por las calles incitando a todo hombre capaz a construir barricadas y trincheras. La Junta de Defensa organizó consejos independientes para la alimentación, municiones, etcétera, y cada uno de ellos crecía diariamente, transformándose en organizaciones de masas. Comités de mujeres organizaban las cocinas y lavanderías para las milicias. Se encontraron los medios en esta ciudad no industrial para empezar -esto también por iniciativa de la base- la producción de munición. Los estalinistas no se olvidaron de continuar la persecución del POUM, pero incluso esto amainó y se permitió a los militantes del POUM tomar parte en la defensa de la ciudad. Fueron meses gloriosos, aunque cargados de muerte: noviembre, diciembre, enero, ¿qué era esto? “El pueblo en armas.”

Los estalinistas estaban tan desesperados que incluso dieron la bienvenida a la entrada triunfal en Madrid de las tropas de la CNT, seleccionadas de las columnas del frente de Aragón, cuya heroica conducta destruyó el mito difamador, que ya había sido preparado por los estalinistas, sobre las milicias de Aragón. Poco después de traer estas tropas, sin embargo, el anarquista Durruti fue muerto y el foco de atención fue dirigido hacia Miaja.

Así y todo, los métodos políticos usados en los frentes del Sur, Norte y Aragón, siguieron igual. La incesante campaña de la CNT, POUM y secciones de la UGT por una ofensiva en todos los frentes como la mejor manera de ayudar a Madrid, y la única manera de levantar el sitio de la ciudad, fue ignorada.

Tampoco el “pueblo en armas” siguió siendo el defensor de Madrid. En enero el peligro inmediato había pasado, y el bloque burgués estalinista volvió a la “normalidad”. Fueron desalentados y después suprimidos los registros de casa por casa tras los fascistas y

³⁷ Ralph Bates menciona este hecho (*New Republic*, 27 octubre 1937) como si implicase que era típico de la política estalinista. Le desafío a encontrar *un solo* ejemplo más en que los estalinistas hicieran una propuesta similar.

sus armas por parte de los comités obreros. Los obreros fueron reemplazado por soldados en las barricadas callejeras. El trabajo de los comités de mujeres pasó a ser misión del ejército. No se desarrolló nunca más la iniciativa de las masas. La corriente iba ahora en la otra dirección, aunque el sitio de Madrid no había sido levantado. El semanario del POUM fue suspendido indefinidamente en enero. En febrero, la Junta tomó la radio del POUM y la imprenta del *Combatiente Rojo*. El estalinista José Cazorla, comisario de Policía de la Junta, organizó la represión legal e ilegal. Si sus arrestos de obreros no eran sancionados por los tribunales populares, él se encargaba “Dichos grupos absueltos a cárceles o los mandaba a batallones de milicias comunistas en posiciones avanzadas para ser usados como ‘fortificaciones’.” Simultáneamente se relajó la presión contra la derecha y Cazorla libertaba a muchos fascistas y reaccionarios. Estas acusaciones fueron hechas por Rodríguez, comisario especial de prisiones (*Solidaridad Obrera*, 20 de abril de 1937), y la petición de la CNT de una investigación fue rechazada. La disolución de la Junta completó el giro dado hacia métodos burocráticos burgueses para llevar a cabo la defensa de Madrid.

La única victoria militar del Gabinete de Caballero fue la derrota en Guadalajara de las divisiones italianas en marzo –una victoria inesperada, como se demostró, por la falta de preparación de reservas y materiales para completar la derrota de los italianos-. El no coordinar la lucha en Madrid con ofensivas en todos los frentes, por las razones políticas que hemos señalado, convirtió, por negligencia, a Madrid en el frente clave y simultáneamente hizo imposible el levantamiento del sitio de Madrid.

XVI. La lucha militar bajo Negrín-Prieto

Que el “gobierno de la victoria” continuaría inevitablemente la desastrosa política militar de su predecesor se hizo evidente el día en que se constituyó. Prieto continuaría su política de inactividad naval y su discriminación política en la asignación de aviones a los frentes. El era ahora también cabeza del ejército, con todos los servicios en un único Ministerio de Defensa, pero el Consejo Supremo de Guerra, establecido en diciembre, estaba ya dominado por el bloque estalinista-burgués a través de su mayoría en los ministerios. (La “demanda” estalinista de que el Consejo funcionara normalmente, planteada el 16 de mayo, no era más que un paso más para intentar hacer de Caballero la cabeza de turco por la manera en que era llevada la guerra.) La línea política que había dictado la estrategia militar previa –hostilidad a encender la mecha de la revuelta en el norte de Africa, apoyo a la burguesía vasca contra los obreros, persecución en Cataluña y Aragón-, todo esto continuaba, pero intensificado.

Además, el Gabinete de Negrín añadió nuevos obstáculos a la continuación de la guerra.

En la cuestión de las nacionalidades –relación con pueblos minoritarios-, el régimen de Negrín se puso no sólo a la derecha de Largo Caballero, sino también a la derecha de la república de 1931-33. La centralización burocrática que los monárquicos y fascistas defendían, había sido un factor importante para la alineación de los pueblos catalán, euzkera (vasco) y gallego. Una vez que la guerra civil empezó, la limitada autonomía de los catalanes y vascos se había ensanchado de hecho. Una declaración de autonomía para Galicia hubiera facilitado inconmensurablemente la guerra de guerrillas allí. No se hizo porque habría sentado un precedente para Cataluña. El régimen de Negrín procedió, como hemos visto, a quitar autonomía a Cataluña. Mientras que los bolcheviques habían ganado fuerza para la prosecución de la guerra civil mediante la intensificación de la lealtad de las naciones autónomas minoritarias, el gobierno republicano extinguió el fuego de las aspiraciones nacionales.

La paga de los milicianos fue reducida de 10 pesetas a diarias a siete, mientras que la escala ascendente de los oficiales era: 25 pesetas para teniente de segunda; 39 para teniente de primera, 50 para capitanes y 100 para tenientes coroneles. Así, pues, las diferencias económicas reforzaban agudamente las regulaciones militares. No es necesario hacer mucho hincapié en el nocivo efecto en la moral de los soldados y la subordinación, cada vez mayor, a los oficiales que esto producía.

El frente del Norte entero pronto iba a ser traicionado por la burguesía vasca y los oficiales, y la Quinta Columna de simpatizantes fascistas en la Guardia Civil y de Asalto y entre la población civil. La lucha contra la “Quinta Columna” era una parte inseparable de la lucha militar. Pero, como Camillo Berneri había escrito, incluso antes de la intensificación de la represión bajo Negrín, “está bien claro que durante los meses en que se hace un intento de aniquilar a los (CNT-POUM) “incontrolados, el problema de eliminar la Quinta Columna no se puede resolver. La supresión de la Quinta Columna primordialmente debe ser conseguida por medio de actividades de investigación y supresión que sólo pueden ser llevados a cabo por revolucionarios con experiencia. Una política interna de colaboración de clases y de consideración hacia las clases medias lleva inevitablemente a la tolerancia hacia elementos que son políticamente dudosos. La Quinta Columna está hecha no sólo de elementos fascistas, sino de todos los descontentos que esperan una república moderada”.

Mientras el frente del Norte fue dejado a la burguesía vasca, el frente de Aragón fue sometido a una purga tremenda. El general Pozas inició en junio lo que, ostensiblemente, era una ofensiva general. Tras varios días de lucha artillera y aérea, se dio órdenes de avanzar a la división 229 (antiguamente la Lenin del POUM) y a otras formaciones. Pero el día del avance ni la artillería ni la aviación fueron preparados para protegerse. Pozas declaró que se hizo así porque las fuerzas aéreas estaban defendiendo Bilbao. Los soldados del POUM se dieron perfecta cuenta de que eran expuestos deliberadamente. Pero no ir a la lucha hubiera dado al bloque estalinista-burgués un argumento contra el frente de Aragón. Fueron a la línea de fuego. Un flanco fue claramente asignado a una Brigada Internacional (estalinista), pero poco después de que empezara el avance recibió órdenes de retirarse a la retaguardia. El teniente coronel a cargo de una formación de guardias de Asalto en la otra ala, felicitó más tarde a las tropas del POUM: “En Cariñena me advirtieron que cabía la posibilidad de que vosotros nos disparaseis por la espalda, no sólo no fue así, sino que gracias a vuestro valor y a vuestra disciplina hemos evitado una catástrofe. Estoy dispuesto a ir a Cariñena a protestar contra los que siembran las semillas de la desmoralización para hacer triunfar su política partidista.”

Durante esta ofensiva, Cahue y Adriano Nathan, comandantes del POUM, fueron muertos en acción. La Policía venía en ese momento a arrestar a Cahue como “fascista-trotskista”.

Cuando acabó el ataque, la 29 fue enviada a la retaguardia. Eso, según la costumbre, hubiera significado entregar los rifles -¡aún no había bastantes para la línea de fuego y la retaguardia en este frente!-; pero las tropas del POUM sospecharon y se negaron a entregar las armas. Se declararon listos para volver al frente. Pocos días después dos batallones de la división fueron mandados sobre Fiscal (en el frente de Jaca) a rechazar un ataque fascista. No sólo rechazaron el ataque, sino que reconquistaron posiciones y material perdido previamente. Entonces fueron retirados a esperar nuevas órdenes, pero no se les envió con su división. ¿Por qué? Para desarmarlos. Pozas lo ordenó. Se les concentró en el pueblo de Ródano y rodeados por una brigada estalinista. Se les quitaron todos los objetos de valor: relojes, cadenas, incluso buena ropa interior y zapatos nuevos. Los dirigentes fueron arrestados, al resto se les dejó ir a pie. Cuando caminaban de vuelta a casa, muchos fueron arrestados en las ciudades al pasar. La única razón por la que no se usaron los mismos métodos contra el resto de la división era que las noticias corrían muy de prisa y Pozas temía que las divisiones de la CNT vinieran en su defensa. Pero unas semanas más tarde la

29 Brigada fue disuelta oficialmente, los hombres que quedaban fueron distribuidos a lo largo y a lo ancho en pequeños grupos³⁸.

La División Ascaso (CNT) fue hecha pedazos también. *Acracia*, órgano de Lérida de la CNT, escribía:

“Ahora sabemos exactamente por qué no se tomó Huesca. La última operación en Santa Quiteria suministra una buena prueba de ello... Huesca estaba rodeada por todas partes y sólo la traición de las fuerzas armadas (controladas por el PSUC) fue responsable por el desastre con que terminó esta operación. Nuestras milicias no fueron apoyadas por la fuerza aérea, y fueron de esta manera dejadas sin defensa de cara a un fuerte ametrallamiento de las fuerzas aéreas fascistas. Esto es sólo una de las numerosas operaciones que terminaron de la misma manera a causa de la misma traición de las fuerzas aéreas.”

Poco después hubo una sesión plenaria del Comité Central del PSUC en Barcelona. Entre los prominentes participantes estaban los “camaradas” general Pozas, mayor del frente de Aragón; Virgilio Llanos, comisario político del frente, y el teniente coronel Gordón, Estado Mayor...

Se había ofrecido a las tropas del frente de Aragón aceptar el control del gobierno central, prometiéndoles que esto sería el fin de todos sus problemas. En vez de esto, esta medida se utilizó para descomponerlas todavía más. El corresponsal en el frente del anarquista *Libertaire* (París) escribía el 29 de julio:

“Desde que el gobierno central se hizo cargo del control, el boicot financiero se ha acentuado. La mayor parte de las milicias hace mucho tiempo que no reciben su paga. En Bujaranas de Durruti, ambos –oficiales y soldados- no han visto un céntimo durante los últimos tres meses. No pueden lavar la ropa porque no tienen jabón. En más de un sitio, visitado tras algunos meses de ausencia, he encontrado camaradas a los que conocía bien: ahora están pálidos, delgados y visiblemente debilitados. El estado físico de las tropas es tal que no pueden mantener ejercicios prolongados. No pueden marchar por más de 15 kilómetros por día. En la región de Farlete, las tropas viven de la caza, sin ello morirían de hambre.”

³⁸ Este relato viene del corresponsal del frente de *Avanti* (emigrado a París), órgano de los socialistas-maximilitas italianos, difícilmente una fuente trotskista o POUM.

La persecución sistemática de las principales fuerzas del frente de Aragón difícilmente podía sentar las bases para victorias militares, aunque en Belchite y Quinto la 25 División (CNT) dio buena cuenta de sí misma. Pero el supuesto éxito de la ofensiva de julio en el frente de Aragón no fue más que un alarde informativo. “¿Resultados? —escribía el órgano ilegal anarquista *Libertad* (1 de agosto)-: Dos pueblos perdidos en el sector del Pirineo y 3.000 hombres muertos. Esto es lo que llaman un éxito. ¡Desastroso, calamitoso, vergonzoso éxito!”

Tras la caída de Santander (26 de agosto), la persecución de las tropas de la CNT disminuyó de alguna manera. Pero ahora viene la terrible lección de las consecuencias de crear fuerzas de represión contrarrevolucionarias, como la División Karl Marx, controlada por los estalinistas. En medio de una ofensiva en el sector de Zuera, “cincuenta oficiales de esta División y 600 soldados se pasaron a los fascistas. Como resultado de estas desertiones, un batallón fue destruido. A pesar del valor de las fuerzas de la CNT, no se pudo terminar bien la operación. El enemigo tenía el tiempo necesario para recuperarse y era imposible continuar el ataque. Tras un breve Consejo de Guerra que se organizó inmediatamente, 30 oficiales de la División Karl Marx fueron ejecutados. Además, el comisario político de la División, Trueba, miembro del PSUC, fue destituido” (*Amigo del Pueblo*, órgano ilegal de Amigos de Durruti, 21 de septiembre). Ni qué decir tiene que a la prensa de la CNT se le prohibió publicar los hechos.

1. *El frente del Norte*

Debido a que estaba comprometido en la política de colaboración de clases todavía más que el gobierno de Caballero, el gobierno de Negrín no hizo nada para oponerse al sabotaje, cada vez más descarado, de la burguesía vasca. Este frente estuvo casi inactivo durante todo el período que va de noviembre de 1936 a mayo de 1937, en que los fascistas lo eliminaron del todo. Tampoco se utilizaron esos seis meses para preparativos económico-militares. Es necesario recordar que Euzkadi (País Vasco) era la segunda región industrial después de Cataluña, y superior a ella en concentración de industria pesada, con plantas de hierro y acero en medio de la zona de minas de hierro y carbón. No se hizo nada de nada para desarrollar aquí una gran industria de guerra. Por este crimen los estalinistas tenían igual responsabilidad que la burguesía, ya que dos representantes del Partido eran ministros en el gobierno autónomo. Al golpe contra la CNT en marzo, cuando el Comité Regional fue encarcelado y su prensa confiscada, siguió ahora la represión

sistemática de obreros, y la prohibición de asambleas públicas. Así, pues, la única fuerza que podía haber evitado la traición fue aplastada por el bloque estalinista-burgués.

En el Gabinete de Largo Caballero, como hemos dicho, había temores constantes sobre la lealtad de los vascos. Las continuas amenazas de Irujo de abandonar la lucha eran una prueba clara de que la burguesía no estaba seriamente comprometida en la lucha contra el fascismo y que no lucharía si las condiciones amenazaban con destruir su propiedad. Como consecuencia, cuando Franco comenzó a moverse en el Norte, Largo Caballero planeó una ofensiva a gran escala en el frente sur de Madrid para atraer el fuego de las fuerzas fascistas. Según sus amigos, 75.000 soldados, completamente equipados, iban a entrar en acción, pero dos o tres días antes de la fecha en que debería empezar la ofensiva fue obligado a dimitir. El primer acto de Negrín fue ordenar la retirada de esas tropas. Sea como fuese, el caso es que no se lanzó ninguna ofensiva para aliviar Bilbao, ni en Madrid ni en Aragón, hasta mediados de junio, cuando ya era demasiado tarde.

Pero el factor decisivo en la pérdida de Bilbao fue la traición descarada. “Ni siquiera los cañones pesados de los insurrectos –escribía el corresponsal del *New York Times*- podían haber destruido algunas de las fortificaciones subterráneas con sus tres capas de cemento armado y bloques situados cada tres millas por toda la costa de Vizcaya.” Los mismos insurrectos dicen que el “anillo de hierro” de fortificaciones no se podía haber tomado nunca de no haber sido los vascos “superados por la maniobra”. “Superados por la maniobra” era nada más que un eufemismo fascista para designar la traición. Después de la caída de la ciudad, este hecho fue admitido por la delegación vasca en París, que culpó a un ingeniero que tuvo a su cargo la construcción de las fortificaciones y que se pasó a Franco con los planos. Un análisis de la historia de la delegación reveló que el ingeniero en cuestión se había pasado al otro lado *meses antes*. ¿Por qué no se usó el período intermedio para planificar de nuevo las fortificaciones? Pero la coartada era un subterfugio, ya que, como podía pensar cualquier novato en ciencia militar, la simple posesión de los planos no resolvería para los fascistas el problema de atravesar la fortificación. *Se les dejó pasar a través del anillo de hierro*.

Supongamos que aceptamos la coartada vasca. ¿Por qué entonces no se defendió de la misma manera que se había luchado en el sitio de Madrid, a pesar de no estar ésta tan ventajosamente situada? Es un axioma elemental de la ciencia militar, que no se puede tomar una ciudad grande hasta que la gran mayoría de sus edificios –verdaderas fortificaciones- han sido arrasados hasta el punto que no ofrecen ya protección a las tropas sitiadas. El proceso de arrasar edificios a cañonazos y bombardeos requiere un equipo

enorme que los fascistas no tenían. En Madrid habían destruido menos de un octavo de la ciudad después de un año de cañonazos y bombardeos.

¡Pero la burguesía no esperó a que se produjese el bombardeo de Bilbao! El 19 de junio rindieron la ciudad, como había hecho con San Sebastián el septiembre pasado. La política vasca de entregar ciudades intactas no tiene paralelo en ninguna guerra moderna, ¡menos todavía en una guerra civil!

El corresponsal prorrepblicano del *New York Times* (21 de junio de 1947) escribía:

“Detalles conocidos hoy de las últimas horas del gobierno vasco en Bilbao muestran cómo alrededor de 1.200 milicios, que antes de la guerra civil habían sido soldados en el ejército regular, decidieron en las horas de la madrugada, después de que los puentes hubieran sido volados, que el caos había ido ya lo suficientemente lejos, y tomaron el control de la ciudad en la calidad de policía. Las milicias de Asturias y Santander fueron echadas de la ciudad.

Ayudados por algunos policías y guardias civiles, este batallón aceptó la rendición de sus compañeros de la ciudad, les quitó las armas y después izó una bandera blanca en la Telefónica. Durante la noche recorrieron las casas, asegurando a la gente que no había razón para el pánico y colocaron un cordón en la calle principal que impidió a las excitadas masas acercarse demasiado a las tropas nacionales cuando entraron en la ciudad.”

Leizada, ministro de Justicia del gobierno vasco, iba por detrás supervisando la traición. Con excepción de 17 (de los que volveremos a saber pronto), todos los rehenes fascistas fueron soltados y enviados con antelación hacia las líneas fascistas como una oferta de buena voluntad antes de que las tropas hubieran alcanzado la ciudad. Para simplificar: el ejército regular vasco, dirigido por los líderes burgueses, se dio la mano con la “policía republicana” para atacar a los asturianos y a la milicia por la retaguardia; desarmaron a cuantos pudieron, y dismantelaron las casas y las barricadas que los obreros habían preparado para la lucha en las calles. Poco después de la ocupación, la misma policía se puso las boinas carlistas y se convirtió en la policía regular de Franco.

Los intentos de la prensa UGT y CNT de hacer sonar la alarma tras la caída de Bilbao fueron hechos trizas por la censura. Se permitió al Estado Mayor vasco permanecer al mando de las tropas en retirada. Cuando, en pocas semanas, los fascistas iniciaron una segunda ofensiva, la ciudad.

Dos días antes de la caída de Santander, el Estado Mayor vasco y los restantes miembros del gobierno escaparon a Francia en un buque de guerra británico. Esto fue revelado por el *New York Times*, el 25 de agosto, en los siguientes términos:

“En el momento de la caída de Bilbao los vascos liberaron todos sus prisioneros, excepto 17. Ahora se considera que éstos corren el más grave peligro, ya que los vascos admiten que no es posible protegerlos por más tiempo de los elementos extremistas en Santander.

Cuando la embajada británica estuvo de acuerdo en hacerse cargo de los prisioneros, dispuso también la evacuación de los vascos que los habían estado guardando y de los demás miembros del gobierno vasco...

Se espera que toda la maniobra haya sido llevada a cabo antes de que los elementos más violentos en Santander se den cuenta de lo que está pasando.”

Al día siguiente (25 de agosto), el buque de guerra británico *Keith*, con representantes vascos y fascistas a bordo, llegó a Santander y “rescató” a los oficiales vascos y a los 17 fascistas.

El presidente Aguirre no estaba en Santander. Fue haciendo banquetes a través de España, sin decir nada, y luego se unió a sus colegas en Bayona (Francia), donde sacaron el comunicado siguiente:

“La delegación del gobierno vasco, refugiada en Bayona, asume la responsabilidad de aprobar lo siguiente: la ofensiva de Franco contra Reinosa terminó con terribles consecuencias. En un terreno compuesto de grandes montañas y profundos desfiladeros, las tropas de Franco avanzaron con una velocidad incomprensible. Los técnicos militares estaban sorprendidos por la velocidad del avance, no sólo de la infantería, sino de la artillería pesada y de montaña, lo mismo que los servicios pesados pertenecientes a los diversos regimientos y armas. Esta era una hazaña imposible o muy difícil y es una prueba de que los accidentes del terreno no fueron utilizados para resistir al ejército de Franco.

De cara a este avance, las tropas del ejército de Santander no ofrecieron resistencia al enemigo. No sólo no llegaron a tomar contacto con el enemigo, sino que se negaron a retirarse de tal manera que pudieran ser organizadas para la defensa.

La organización del ejército de Santander fue destruida desde el momento en que empezó la ofensiva. Ni las comunicaciones ni los servicios sanitarios, ni medios

de evitar ataques por sorpresa, funcionaron. No se pudo establecer ninguna línea de resistencia, ya que los batallones que no se rindieron al primer encuentro escaparon campo a través en el más completo desorden.

Ni el Estado Mayor de Santander, ni el del ejército del Norte, controlaron la ofensiva en ningún momento. Pasado Reinosa, no pudieron encontrar ni las posiciones ni la situación de sus tropas, ni ninguna unidad con la que pudieron contar.

Reinosa fue rendida al enemigo sin tiempo para evacuar a la población. La fábrica de artillería cayó en manos de los rebeldes, con sus talleres de construcción naval casi intactos, y todo el material de construcción, incluyendo 38 baterías de artillería.

La única resistencia que el enemigo encontró en su avance fue la que le ofrecieron los batallones vascos que avanzaban hacia el frente. La incomprensible conducta (de los otros) llevó a cuerpos del ejército vasco a darse cuenta de que habían sido víctima de una traición, y que el avance de las tropas de Franco había sido facilitado de tal manera que el conjunto del ejército vasco cayera en su poder.

Los vascos que habían resistido casi noventa días la brutal ofensiva (contra Bilbao), incomparablemente más terrible que la de Reinosa, sin tener los medios a su disposición que tenía el ejército de Santander, no pueden explicarse de ninguna manera razonable el hecho de que un terreno de 80 kilómetros se perdiera en ocho días de manera tal. Es necesario añadir a estos hechos que la ofensiva contra Euzkadi fue por sorpresa, mientras que la de Reinosa había sido anunciada y fue anticipada.

Cuando se confirmó la situación real, el alto mando del ejército vasco se preocupó de salvar sus tropas y de impedir que sus efectivos cayeran en manos del enemigo. A esta misión ha consagrado todos sus esfuerzos con la ayuda del gobierno vasco, que en este grave y difícil momento continúa dando pruebas de su capacidad y serenidad”³⁹.

Alguien cometió traición, pero no nosotros, era el resumen y sustancia de este sorprendente documento, aparte de sus calumnias contra los milicianos asturianos y santanderinos, 15.000 de los cuales fueron ejecutados con fuego de ametralladora tras la rendición de Santander.

³⁹ De *Boletín*, CNT, Valencia 11 septiembre.

Un despacho de la prensa parisina del 26 de agosto nombraba a alguno de los traidores, informando que el comandante de la Guardia de Asalto, Pedro Vega; el comandante de las tropas vascas, Ángel Botella, y el capitán Luis Téllez, se presentaron en la avanzada de las tropas fascistas y ofrecieron la rendición de Santander, pero advirtieron que un batallón de milicias de la FAI había decidido luchar hasta la muerte.

¿Quién, conociendo un poco a los milicianos de la CNT y de Asturias, podría imaginar que no permanecerían en sus puestos listos para luchar contra la muerte? Miles de ejemplos de su profundo heroísmo pueden ser contados. ¿Por qué se iban a rendir y no luchar, sobre todo, los milicios asturianos, que habían aprendido en octubre de 1934 que los acuerdos de no represalias no eran mantenidos por los reaccionarios? Por otro lado, los vascos no podían nombrar una batalla en la que se defendieran hasta el final. La coartada del documento de Aguirre no tenía sentido. No había un contraste sorprendente entre lo que pasó en Bilbao y los acontecimientos en Santander. Por el contrario, simplemente seguían el mismo patrón.

Repetimos: la burguesía no tenía un interés serio en la lucha contra el fascismo. Rendir su propiedad intacta a Franco, con la perspectiva de una reconciliación eventual, era infinitamente preferible a la destrucción de su propiedad en una lucha a muerte. El que no se hubiesen pasado a Franco al empezar fue debido primordialmente a sus conexiones británicas. Pero durante la ofensiva contra Bilbao se “resolvió” el problema: los británicos habían llegado a un entendimiento con Franco en lo concerniente a las provincias vascas. Tal como fue revelado por el autorizado Frederick Birchall en el *New York Times*, los bancos británicos habían concedido vastos créditos a Franco, a través de contactos holandeses, y éstos habían de ser garantizados por productos de la región vasca. Entonces sobrevino la brecha en el “anillo de hierro”. Pero incluso sin un acuerdo final con Gran Bretaña, los fascistas hubieran recibido Bilbao y Santander intactas, de la misma manera que San Sebastián les había sido entregada en el septiembre pasado.

Estamos dispuestos a concederle a Aguirre que también otros fueron traidores. Una vez más, antes de que las tropas fascistas entraran en Santander, las guardias civiles y de Asalto, ayer “leales” patrullaban las calles desarmando milicianos asturianos e impidiendo la lucha callejera. Estos policías estaban bajo el mando del ministro de Interior (hombre de Prieto), y directamente bajo el mando de un director general de Policía estalinista, que había disuelto los consejos de guardias antifascistas para limpiar la Policía de elementos dudosos.

¿Y qué hay de ese Consejo Supremo de Guerra, cuyo “funcionamiento real” había sido una de las demandas estalinistas que no había sido satisfecha por Largo Caballero, que sólo podía ser satisfecha por Negrín?

¿Y qué hay de esos dos ministros estalinistas en el gobierno vasco, que habían salido de Bilbao -¿podemos estar seguros de que ellos conocían mejor a sus colegas que nosotros!- incluso antes que Aguirre? ¿Qué testimonio ocular podían ofrecer? La prensa estalinista ni siquiera ha mencionado nunca la existencia de estos dos ministros⁴⁰.

Los vascos se sacudieron la culpa de los hombres con acusaciones vagas. Que había ocurrido una traición lo habían testificado autorizadamente. Es un hecho que el gobierno no abrió una investigación, ni audiencias, y ¡no lanzó ningún manifiesto sobre esta cuestión!

Los comentarios de la UGT y la CNT sobre la caída de Santander fueron hechos trizas por el censor, ya que se atrevieron a sacar conclusiones. Sin embargo, una ola de amargura estremeció a las masas. ¿Era esto por lo que luchaban? Por lo menos les tenían que ser hechas concesiones verbales. Incluso el órgano de Prieto, *El Socialista* (31 de agosto), había declarado: “Sin revelar ningún secreto podemos hacer esta afirmación: Hubo traición en Málaga; la hubo en Bilbao; la hubo en Santander... El Estado Mayor abandonó Málaga sin luchar; los líderes militares se fueron a Francia cuando Bilbao estaba en peligro; otros estaban de acuerdo con el enemigo para facilitar su entrada en Santander.”

Los estalinistas intentaron cargar toda la culpa sobre la burguesía vasca, en una declaración de su oficina política a mediados de septiembre. Sus párrafos críticos corroboran nuestro análisis:

“La larga inactividad de éstos (los frentes de Bilbao y Santander) no se usó para reorganizar el ejército o para fortificar seriamente nuestras posiciones. Los cuadros que fueron minados por la traición no fueron depurados; la promoción de nuevos elementos a posiciones de mando no fue fomentada...”

En las provincias vascas y en Santander, la política que hubiera satisfecho los deseos de los trabajadores y campesinos no fue llevada a cabo. Los grandes terratenientes y los dueños de las grandes empresas que mantenían contactos con los fascistas retuvieron sus privilegios, y esto enfrió el entusiasmo de los combatientes.

Un podrido liberalismo aseguró impunidad para la Quinta Columna... La prohibición de reuniones políticas aisló al gobierno e incluso al Frente Popular de la

⁴⁰ Excepto que, seis meses después de la caída de Bilbao, un ministro fue expulsado del Partido Comunista -claramente para justificar con una cabeza de turco los crímenes de Stalin.

capa activa del pueblo e impidió la utilización del coraje y el entusiasmo de los ciudadanos para defender las ciudades.

La cuestionable conducta y la deshonestidad de los medios empleados por ciertos elementos (además de otras causas que no pueden ser examinadas ahora) ayudaron a minar el entusiasmo de la población, a debilitar la fuerza de los soldados...” (reimpresión, *Daily Worker*, 25 de octubre de 1937).

Obsérvese que el comunicado no se refería –ni podía hacerlo- a la agitación previa del Partido Comunista de cercenar los privilegios de la burguesía, por las muy buenas razones de que, precisamente en el nombre de la unidad antifascista, el Partido dirigió la lucha *contra* la interferencia con la alta burguesía. Recordemos la declaración del líder de Partido, Díaz, en la anterior sesión plenaria del Comité Central:

“Si los diversos intentos prematuros de “socialización” y “colectivización”, llevado a cabo al principio, que fueron el resultado de un entendimiento poco claro de la presente lucha, se pueden justificar por el hecho de que los grandes terratenientes e industriales habían abandonado sus estados y fábricas y que era necesario a toda costa continuar la producción, ahora, por el contrario, no pueden ser justificados de modo alguno. En el momento actual, cuando hay un gobierno del Frente Popular, en el que están representadas todas las fuerzas envueltas en la lucha contra el fascismo, tales cosas no sólo no son deseables, sino absolutamente intolerables” (*Internacional Comunista*, mayo de 1937).

Tras esto, ¡qué profunda hipocresía quejarse de que “los grandes terratenientes y los dueños de las grandes empresas que mantenían contacto con los fascistas retuvieran sus privilegios”!

Todavía más importante, el Manifiesto estalinista terminaba no con una crítica de la burguesía, sino con la denuncia usual de los trotskistas y la atribución a los contratiempos en el Norte “a la falta de unidad y de firmeza en el frente antifascista”. ¡Una crítica pseudomarxista fue puesta de esta manera al servicio de un programa de intensificada colaboración de clases!

En la primera sesión de octubre de las Cortes apareció la delegación vasca, la mayoría venía de París y allí volvió después. “La Pasionaria” habló por los estalinistas: ni una palabra sobre la aparición de la burguesía vasca. En vez de eso: “Sabemos que los salarios

que ganan los obreros no son suficientes para cuidar de sus hogares... En este sentido, tenemos ejemplos de lo que ocurre cuando los obreros no están satisfechos; tenemos el ejemplo de Euzkadi, donde los obreros seguían con los mismos salarios porque los mismos establecimientos capitalistas continuaban.” ¿Cómo se puede caracterizar a estas ruines palabras? La única conclusión que se puede sacar de ellas es que los insatisfechos obreros habían perdido la lucha militar. ¡La única culpa de la burguesía era que no habían dado a los obreros mejores salarios! ¡Ni la pseudoradical referencia a “los mismos establecimientos capitalistas” era algo más que demagogia. ¿Por qué no pidió “La Pasionaria” que los otros establecimientos capitalistas que quedaban en la España republicana fueran entregados a los obreros? Por el contrario, el Gabinete estaba tomando las fábricas y el campo de las manos de los obreros y devolviéndolos, sistemáticamente, a los antiguos dueños, como hemos visto.

2. *La caída de Asturias*

Las milicias de Asturias y Santander —en su mayoría CNT y socialistas de izquierdas— lucharon amargamente por cada palmo de tierra. El terreno aquí era todavía más favorable para la defensa que la ondulada región de Santander. Los dinamiteros asturianos que mantuvieron su poder inalterablemente en los suburbios de Oviedo, habían inmovilizado la guarnición allí desde julio de 1936. Los obreros tenían en sus manos una pequeña fábrica de armas y munición en Trubia y materias primas del distrito minero, y esto, unido a las considerables reservas militares traídas de la región de Santander, significaba la base material para controlar el Norte indefinidamente. En conjunto, había cerca de 140.000 soldados armados en la zona republicana del Norte. Mientras el Norte aguantara, Franco no podría lanzar ninguna gran ofensiva en ninguna parte. El tremendo contraste entre la resistencia ofrecida por los asturianos y las rendiciones previas de Bilbao y Santander se veía en el hecho de que ni un solo pueblo era entregado antes de que la artillería fascista lo hubiera demolido. Y cuando el cerco forzaba la retirada, nada que pudiera ser usado era dejado atrás. “Los asturianos están dispuestos a dejar sólo ruinas humeantes y desolación tras ellos cuando son obligados a abandonar finalmente una ciudad o un pueblo... Los insurrectos lo encontraron todo dinamitado y normalmente quemado hasta los cimientos” (*New York Times*, 19 de octubre de 1937). Cada palmo de tierra costó a los fascistas gigantescos gastos en materiales y hombres, hasta la caída de Cangas de Onís).

Entonces ocurrió algo. Pero no en la región de Oviedo, bajo firme control de las milicias. Tampoco entre las fuerzas que tras retroceder de Cangas de Onís habían

establecido nuevas líneas, sino en la región de la costa al este de Gijón, donde estaban las tropas vascas, bajo el mando directo del Estado Mayor, estacionado en Gijón. El fascista Navarrese avanzó 26 millas a lo largo de la costa, desde Ribadesella, a través de ciudades y pueblos, en tres días... Incluso así, el grueso de las fuerzas estaba a 15 millas al este de Gijón cuando la ciudad se rindió, el 21 de octubre.

¿Por qué no se defendió Gijón? Había todavía suficientes reservas para continuar la lucha por un período de tiempo. Una vez más hemos de repetir: una ciudad con edificios es una fortaleza natural que tiene que ser arrasada antes de ser tomada. No había alternativa -retirarse a alguna otra parte-, ya que no había ninguna otra parte donde los 140.000 soldados o los civiles pudieran ir. Tampoco podían tener ilusiones en que Franco no ejecutaría a miles y miles, especialmente milicianos mineros. Así y todo, el gobierno dejó a estos hombres a merced de Franco. Ya el 16, la Associate Press informaba de la llegada a Francia del gobernador de Asturias y otros oficiales del gobierno, quienes, según informes de los oficiales de aduanas, llevaban papeles que probaban que el gobierno central había consentido su marcha. (El despacho del día siguiente informaba que la tripulación española de la nave se había negado a alimentarlos.) El 20, de la United Press informaba de la llegada al aeródromo de Viráis de “cinco aviones de guerra republicanos españoles y un avión comercial francés que transportaban *oficiales fugitivos de Gijón*”. “Los aviadores declararon que dejaron Gijón por orden del mando de su escuadrón cuando estalló la lucha en las calles, y su comunicación con otras unidades militares fue cortada... Después de interrogados, los aviadores fueron liberados y entregados a las autoridades consulares españolas en Bayona.” De la misma fuente, el mismo día: “El gobierno español reanuda la presión sobre ingleses y franceses para acelerar la evacuación de civiles de Gijón y *asegurar el traslado de oficiales* del ejército de 140.000 hombres obligados a retroceder hacia el mar.” Belarmino Tomás, gobernador de Gijón, escapó a Francia el 21. Así, pues, el gobierno salvó a sus funcionarios, sin importarle el destino de las masas armadas.

Ni siquiera tuvieron estas masas la oportunidad de morir luchando en vez de frente al escuadrón de ejecución. Un socialista, Tomás, había sido nombrado gobernador de Gijón, como una concesión a los obreros. Pero esto no fue más que una fachada de izquierdas. En los dos meses que duró su mandato no se tomaron medidas para purificar la oficialidad del ejército vasco, o la plana mayor de Santander, o los otros oficiales, o crear patrullas obreras para limpiar la ciudad de la Quinta Columna. Las guardias civiles y de Asalto de Gijón no fueron depuradas tampoco. El resultado fue que las masas se encontraron en una trampa mortal:

“La columna costera (de los fascistas), una de las cuatro que dirigía el avance estaba más cerca de Gijón –14 millas por carretera-, cuando la ciudad se sublevó. La radio de Gijón inició sus noticias a las diez de la mañana con el repentino anuncio: “Estamos esperando con gran impaciencia... ¡Viva Franco!”

Poco después de las tres y media de la tarde las tropas fascistas entraban en la ciudad. Mientras tanto, la radio de Gijón había explicado que la noche anterior, *cuando los dirigentes del gobierno se marcharon*, organizaciones clandestinas de insurgentes se habían echado a las calles en grupos armados y habían tomado la ciudad” (*New York Times*, 22 de octubre de 1937).

Tres días más tarde se descubría el papel de la “policía leal republicana”. “La misma fuerza de policía que ha mantenido siempre el orden público y regulado el tráfico estaba de servicio allí hoy.” Una vez más las fuerzas pretorianas del gobierno y sus aliados burgueses se habían pasado a Franco. Fue lingüísticamente apropiado que la oferta formal de rendición a Franco viniera del coronel Franco, un “republicano leal”. Nada había sido destruido: la pequeña planta de munición, las fábricas, etc., cayeron intactas en manos de Franco. Este hecho iluminaba el parentesco de los oficiales y funcionarios del gobierno que habían escapado. O habían ayudado directamente en la traición y, por tanto, la ciudad estaba intacta o, más posiblemente, no se atrevieron a informar a los soldados de que la ciudad no iba a ser defendida y, por tanto, huyeron secretamente sin dar ningún aviso a las masas de organizar su propia defensa.

“El gobierno de la victoria”, como lo había bautizado “La Pasionaria”. Seis meses bastaron para demostrar la grotesca ridiculez de tal nombre. La única “justificación” concebible es contra los obreros y campesinos hubiera sido su victoria militar. Pero precisamente de su política reaccionaria se deriva su desastrosa política militar. Si España permanece bajo este terrible yugo y se sumerge más en los abismos, o se libra de estos organizadores de derrotas y consigue la victoria -cualquiera cosa que pase-, la historia ha dado ya al gobierno Negrín-Stalin su verdadero título: “El gobierno de la derrota.”

XVII. Sólo dos caminos

Dieciséis meses de guerra civil han demostrado que todos los caminos señalados al pueblo español se reducen a dos nada más. Uno es el camino que nosotros señalamos:

guerra revolucionaria contra el fascismo. Todos los otros caminos se dirigen al mercado por el imperialismo anglo-francés.

El imperialismo anglo-francés no tiene ni la más mínima intención de ayudar a la victoria de los republicanos. Incluso el estalinizado *New Republic* (27 de octubre de 1937) se vio, al final, obligado a admitir: “Está claro que a estas alturas la preocupación de Francia e Inglaterra sobre la victoria fascista en España ha llegado a ser -sí no lo era desde un principio- una consideración completamente secundaria.”

La cuestión española no es más que un factor en el conflicto de intereses entre los poderes imperialistas, y será “resuelta” finalmente si los imperialistas de ambos campos se salen con la suya -sólo cuando lleguen al punto de un ajuste general de todas las cuestiones, es decir la guerra imperialista.

Siendo el que más tenía que perder, el bloque anglofrancés se abstuvo de la guerra, aunque con el tiempo tiene que luchar para mantener lo suyo. Hasta este momento evita enfrentamientos decisivos, en España como en todas partes. Permitió un chorrito de ayuda a los republicanos por parte de la Unión Soviética, porque no quería la victoria de Franco mientras sus aliados italo-alemanes dominaban su régimen. Los intereses británicos se habían dirigido, entre tanto, a arreglarse con Burgos para la explotación conjunta de la región de Bilbao, dominada por la propiedad británica. La primera semana de noviembre, Chamberlain anunció el establecimiento de relaciones formales con Franco (como una limosna a los sentimientos antifascistas, los oficiales diplomáticos y consulares fueron designados simplemente como “agentes”), mientras Eden aseguraba al Parlamento que una victoria de Franco no significaría un régimen hostil a Gran Bretaña. Así, pues los amos del bloque anglo-francés se preparaban para la victoria de Franco.

Cualquiera que fueran los temores que el bloque anglofrancés pudiese tener sobre una victoria sobre Franco, lo que no querían era una victoria republicana. Una victoria temprana hubiera sido el preámbulo de una revolución social. Incluso ahora, tras seis meses de represión por el gobierno de Negrín, los gobernantes anglo-franceses dudan de si una victoria republicana no sería seguida por una revolución social. Tienen razón. Ya que los millones de obreros de la CNT y UGT, atados por la guerra civil, al terminarla victoriosamente harían añicos los límites burgueses del Frente Popular. Más todavía, una inminente victoria republicana significaría un golpe tal al prestigio italo-alemán, que éstos se verían obligados a contraactuar con una invasión de España a escala de guerra imperialista en un intento de contener el Mediterráneo. El peligro para la “línea de vida del imperio”

por parte del bloque anglo-francés pondría la guerra a la orden del día. El deseo anglo-francés de posponer la guerra llevó de esta manera a la oposición a la victoria republicana.

La única razón por la que el bloque anglo-francés no buscó abiertamente a Franco fue porque no se atrevía a abandonar su principal ventaja en la guerra que se avecinaba: el mito de la guerra democrática contra el fascismo por el que el proletariado era movilizadado en apoyo de una guerra imperialista.

La principal preocupación del imperialismo anglo-francés era, desde el principio, ¿cómo posponer la guerra, mantener el mito democrático y además empezar a echar de España a Hitler y a Mussolini?

La respuesta era evidente también: un compromiso entre los campos republicano y fascista. Tan pronto como el 17 de noviembre de 1936 “Augur” manifestaba semioficialmente que los agentes británicos estaban trabajando por un armisticio local en el Norte, mientras que los agentes franceses estaban haciendo lo mismo en Cataluña. Incluso el socialpatriota Zyromski manifestaba en *Populaire* (3 de marzo de 1937): “Se pueden observar movimientos dirigidos a conseguir una paz que significaría no sólo el final de la revolución española, sino también la pérdida total de las victorias sociales conseguidas.” El socialista de Largo Caballero, Luis Araquistain, embajador en Francia desde septiembre de 1936 a mayo de 1937, declaraba más tarde: “Hemos contado demasiado, en ilusión y esperanza, con el Comité de Londres, es decir, en la ayuda de las democracias europeas. Ahora es el momento de darse cuenta de que no podemos esperar nada decisivo de ellos a favor nuestro, y por lo menos de uno de ellos mucho en contra nuestra” (*Adelante*, 18 de julio de 1937).

El gobierno de Negrín se puso enteramente en las manos del bloque anglo-francés; y los discursos de Negrín, especialmente el pronunciado en las Cortes el 1 de octubre, enfatizando la necesidad de prepararse para la paz, y su discurso tras la caída de Gijón, revelaron que el gobierno estaba preparado para llevar a cabo las propuestas anglo-francesas de un compromiso.

La cara de Negrín no estaba vuelta hacía el frente de batalla, sino hacia Londres y París. La orientación del gobierno fue resumida concisamente por el prorrepublicano Matthews, tras la caída de Gijón: “En resumen, hay más desaliento aquí por la discusión de Londres que por lo que ha pasado en el Norte.” Matthews continuaba:

“Había un párrafo en el discurso del primer ministro, Negrín, radiado ayer por la noche, que expresa tan perfectamente la opinión del gobierno que merece ser

recogido: “Una vez más nuestros enemigos extranjeros tratan de tomar ventaja *del ingenuo candor de las democracias europeas con gran sutileza...* Y yo ahora aviso a los países libres de todo el mundo, ya que nuestra causa es su causa. *España aceptará cualquier medio de reducir la angustia de este país*, pero que las democracias no se dejen seducir por el maquiavelismo de una decisión vil”.” (*New York Times*, 24 de octubre de 1937).

Es verdad que este párrafo expresaba perfectamente la opinión del gobierno. Si no hubieran sido tan trágicas para las masas las consecuencias de esta política, uno se reiría a carcajadas ante la imagen del “ingenuo candor” de la pérfida Albión y el Quai d’Orsay. Temiendo que iba a ser abandonado de una vez por todas, Negrín suplicaba de esta manera a sus mentores imperialistas que recordaran que él “aceptará cualquier medio de reducir la angustia de este país”. ¿No lo había demostrado ya reprimiendo a los obreros?⁴¹

Que el gobierno republicano había acordado apoyar un compromiso con los fascistas es confirmado no sólo por las fuentes autorizadas revolucionarias y por las burguesas, sino también por una fuente estalinista:

“Un representante del gobierno español que estuvo presente en la coronación del rey Jorge VI señaló a Eden, ministro de Asuntos Exteriores, el plan de Valencia para terminar la guerra civil. Se iba a declarar una tregua. Todas las tropas extranjeras y voluntarios de ambos lados se iban a retirar de España inmediatamente. Durante la tregua no se moverían las líneas de batalla. Después de que se hubiera eliminado a los extranjeros, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y la Unión Soviética, iban a trazar un plan, que el gobierno español *se comprometía a aceptar por adelantado*, por medio del que la voluntad de la nación española en lo referente a su futuro político y social pudiera ser autorizadamente determinado” (Louis Fischer, *The Nation*, 4 de septiembre de 1937).

En el mejor de los casos, tal arreglo significaría un plebiscito bajo la supervisión de los poderes europeos. Con Franco en posesión de un territorio que incluía a más de la mitad del pueblo español y con los bloques italo-alemán y anglo-francés compitiendo por la amistad de Franco, uno puede imaginarse el resultado del plebiscito: unidad de los elementos burgueses de ambos lados en un régimen bonapartista, adornado al principio

⁴¹ *Chautemps* refleja la antipatía burguesa y fascista de Valencia. Por tanto, constantemente urge a Valencia a moderar la acción y enfatizar el carácter democrático del régimen. “¿Este testimonio es de Louis Fischer?” (*The Nation*, 16 octubre 1937.)

con derechos democráticos formales, pero gobernando a las masas especialmente con la fuerza armada del ejército de Franco.

Tal era el final de la vía propuesta por los imperialistas anglo-franceses y aceptada ya por el Gobierno de Negrín. Había todavía dificultades objetivas de por medio: Franco esperaba ganarlo todo y era animado a seguir luchando por Alemania e Italia. Pero este tanto estaba claro. Sí no una victoria completa de Franco, con quien Inglaterra y Francia se habían reconciliado ya, entonces lo mejor que podía venir de la “ayuda” anglo-francesa era un régimen conjunto con los fascistas.

A Stalin podía parecerle esto una píldora difícil de tragar. Se disfrazara como se disfrazara, un compromiso con los fascistas sería siempre un golpe terrible para el prestigio estalinista en todo el mundo. Sin embargo, antes de romper con el objetivo principal de la política soviética -llegar a una alianza con el imperialismo anglo-francés-, Stalin estaba preparado a aceptar un arreglo impuesto por ellos. Él “encontraría una fórmula”. Los mismos argumentos que fueron utilizados para justificar la entrada soviética en el comité de no-intervención, si se aceptaban, justificarían el acto final de la traición contra el pueblo español.

Recordemos los raídos argumentos. “La Unión Soviética estaba expresamente en desacuerdo con el pacto de no-intervención. Con el apoyo suficiente de los partidos socialistas, los movimientos obreros y antifascistas del mundo, además del apoyo de los partidos comunistas, la Unión Soviética hubiera podido detener el movimiento de no-intervención antes de que empezara”⁴². ¿Tenemos que recordarle a alguien que Stalin nunca trató de movilizar el movimiento obrero mundial antes de firmar el pacto de no-intervención? ¿Si el régimen de Stalin no tenía poder para detener a los bandidos, tenía necesariamente que unirse a ellos? Los estalinistas entendieron muy bien el papel de Inglaterra: “El Gabinete de Baldwin midió su situación internacional para ganarse la buena voluntad de los futuros dictadores de España (y)... para impedir una ría del Frente Popular... Se ha visto lo necesario para afirmar positivamente que Gran Bretaña ha llegado a su propio acuerdo con el general Franco”⁴³. ¿Pero qué importaba el destino de España, el futuro de la revolución europea? Todo eso carecía de peso en la balanza de Stalin frente a la tenue amistad del imperialismo francés: “La Unión Soviética no podía enfrentarse abiertamente a Blum en el pacto de no-intervención, porque eso hubiera sido utilizado por

⁴² Harry Gannes: *How the Soviet Union Helps Spain*, noviembre 1936. Esta fue la disculpa estalinista oficial para apoyar el Comité de Londres.

⁴³ Op. cit.

Hitler y la facción pronazi del Gabinete *Tori* de Londres, que trataba de provocar eso precisamente”⁴⁴. ¿Entonces? ¿Pretender simular que el comité de no-intervención tiene su utilidad? “En vez de permitir que la confabulación de los ministros nazis y los conservadores para enfrentarse a España, la Unión Soviética se esforzaba por hacer *¡todo lo que podía dentro del comité de no-intervención* para detener los envíos de armas fascistas a España!”⁴⁵

Del mismo modo, no nos cabe la menor duda, Stalin se esforzaría en hacer todo lo posible *dentro del compromiso del comité* para conseguir un trato equitativo en la participación de los republicanos en el régimen conjunto con los fascistas.

Precisamente en estos últimos meses, cuando el esquema anglo-francés estaba tramando su forma definitiva, Stalin encontró una coartada nueva con que complementar a las dadas por el pacto franco-soviético y la “seguridad común”, con la que empujar a los republicanos a una dependencia todavía mayor del bloque anglo-francés.

Louis Fischer dio la excusa bastante crudamente:

“La guerra española ha tomado dimensiones tan amplias y está durando tanto tiempo que Rusia por sí misma, especialmente si debe ayudar a China también, no puede soportar todo el peso. Alguna otra nación o naciones debe contribuir... Si Inglaterra salvase a España de Franco, Rusia estaría dispuesta quizá a salvar a China de Japón” (*The Nation*, 16 de octubre de 1937).

Así, pues, China se convierte en una excusa para no ayudar decisivamente a España, mientras España sigue siendo la excusa para no ayudar a China. “Si Inglaterra salvase a España de Franco...”

El pueblo español era también dirigido hacia la pendiente del imperialismo anglo-francés por la Internacional Comunista, desde luego, y por la Internacional Laborista y Socialista. Aparte de gestos piadosos, como organizar colectas, las dos internacionales tan sólo habían pedido que los obreros presionaran a “sus” gobiernos democráticos para que ayudaran a España. Se pide al “proletariado internacional” que obligue a la realización de sus principales demandas en defensa del pueblo español, es decir, la inmediata retirada de las fuerzas armadas intervencionistas de Italia y Alemania; el levantamiento del bloqueo; el reconocimiento de todos los derechos internacionales del legítimo gobierno español; la

⁴⁴ Op. cit.

⁴⁵ Op. cit.

aplicación de los estatutos de la Liga de las Naciones contra los agresores fascistas” (*Daily Worker*, 19 de julio de 1937). Todas estas “demandas” son peticiones de *acciones gubernamentales*, ya que los laboristas británicos y los socialistas franceses sabían que una acción gubernamental sería sólo se podía hacer en caso de guerra, y ya que sus amos capitalistas pusieron bien claro que todavía no estaban listos para la guerra, se quejaron del empuje demasiado precipitado del Komintern. Dimitrov sólo pudo contestar a su acusación de ser traficantes en guerras, calificándola de “vergonzosa especulación sobre los sentimientos pacifistas de las masas en general”. Pero los socialistas y laboristas eran uña y carne con los estalinistas en lo que se refiere a poner el destino del pueblo español en las manos de “sus” gobiernos. Ya que ambos se habían comprometido a apoyar a sus capitalistas en la guerra venidera.

* * *

¿De dónde saldría la dirección para organizar a las masas españolas en la lucha implacable contra la traición e España?

Esa dirección difícilmente podía salir de los dirigentes de la CNT. El menor de sus crímenes no fue el negarse a fortalecer a los obreros contra toda ilusión de ayuda anglo-francesa. El mismo Manifiesto del 17 de julio de 1937, dirigido al proletariado del mundo declarando, “sólo hay una salvación: vuestra ayuda”, lanzaba un *slogan* perfectamente aceptable para el bloque estalinista-burgués: “Haced presión sobre vuestros gobiernos para que tomen decisiones favorables a nuestra lucha.” El discurso de Roosevelt en Chicago fue aclamado por la prensa de la CNT. Según *Solidaridad Obrera* (7 de octubre), demostraba que “la unidad democrática en Europa se conseguirá sólo con una acción enérgica contra el fascismo”.

Los dirigentes de la CNT insistían en su vieja política. A cambio de volver a entrar en el gobierno pidieron una fórmula para salvar la cara, que el Frente Popular se llamase Frente Antifascista. Muchos de los periódicos locales anarquistas, cercanos a las masas, reflejaban su desacuerdo con la conducta de la dirección. Uno escribía:

“Leer una buena parte de la prensa anarquista y de la CNT de España indigna a uno si no lo hace romper a llorar de rabia. Cientos de nuestros camaradas han sido masacrados en las calles de Barcelona durante la lucha de mayo, a causa de la traición de nuestros aliados en la lucha antifascista; sólo en Castilla han sido asesinados por lo menos cien camaradas cobardemente por los comunistas; otros camaradas han sido

asesinados por el mismo partido en otras regiones, campañas de difamación y mentiras de todas clases, públicas y encubiertas, son llevadas a cabo contra el anarquismo y la CNT, para envenenar y retorcer el espíritu de las masas contra nuestro movimiento. Y frente a esos crímenes nuestra prensa continúa hablando de unidad, de decencia política; pidiendo lealtad por encima de todo, calma, serenidad, espíritu de sacrificio y todos esos sentimientos en que nosotros somos los únicos que creemos y sentimos, y que sólo sirven para que otros sectores políticos se cubran sus ambiciones y traiciones... No decir la verdad de ahora en adelante sería traicionarnos a nosotros mismos y al proletariado” (*Ideas*, Bajo Llobregat, 30 de septiembre de 1937).

Pero la conducta de la dirección de la CNT se hizo todavía más vergonzosa. La ira de las masas, tras la caída de Santander, obligó a los estalinistas a pronunciar algunas palabras de apaciguamiento; pidiendo el cese de la campaña contra la CNT. Después de lo cual, incluso los más de izquierdas de los periódicos grandes de la CNT aclamaron inmediatamente: ‘La rectificación que indudablemente se ha empezado a producir en la política del Partido Comunista” (*CNT*, 6 de octubre). La caída de Gijón, aislado todavía más al gobierno de las masas, condujo a negociaciones para obtener el apoyo de la CNT. Olvidadas todas las quejas, los dirigentes de la CNT se apresuraron a declarar que estaban dispuestos a entrar a formar parte del gobierno.

De los dirigentes de la UGT todavía hace falta decir menos. No dijeron ni una palabra en defensa del POUM. Largo Caballero no hizo ni una sola declaración en público durante cinco meses, mientras los estalinistas preparaban la escisión de la UGT. El pacto de acción conjunta firmado por la CNT y la UGT el 9 de julio, que pudo haber organizado la defensa de los derechos más elementales de los trabajadores, ni siquiera salió a la luz. El grupo de Largo Caballero, aunque representaba la mayoría en las federaciones provinciales del Partido Socialista, no fue más lejos de una protesta contra los actos del no representativo Comité Nacional de Prieto. En vez de ser sus aliados, los dirigentes de la UGT simplemente debilitaron más a los ya impotentes dirigentes de la CNT.

Del POUM ya no se puede hablar como de una entidad. Estaba irrevocablemente dividido. Todos los golpes de la dirección habían sido dirigidos contra la izquierda, mientras la derecha había sido cortejada y halagada. *El Comunista*, de Valencia, había ido abiertamente en contra de las decisiones del Partido, manteniendo notoriamente una línea de Frente Popular, moviéndose firmemente hacia el estalinismo. Finalmente, una semana antes de la declaración de ilegalidad del Partido, el Comité Central se vio obligado a publicar una moción (*Juventud Comunista*, 10 de junio) declarando: “El Comité Central ampliado... ha acordado proponer al Congreso la expulsión sumaria del grupo fraccional que en Valencia ha trabajado contra la política revolucionaria de nuestro querido partido.”

El Congreso del Partido no llegó a celebrarse. Estaba fijado para el 19 de junio, pero fue precedido por los registros y detenciones del 16 de junio. El POUM no estaba preparado en absoluto para el trabajo ilegal, como indicó el rápido éxito de los registros. Si se hubiera celebrado el Congreso, se hubiera encontrado a los principales centros del Partido, Barcelona y Madrid, alineados con la izquierda en Contra de la dirección. Un grupo de izquierdas pedía la condena del Bureau de Londres y la creación de uno nuevo, la Cuarta Internacional. El otro declaraba: “Se ha demostrado que no existe en nuestra revolución un verdadero partido marxista de vanguardia.”

No era entonces a las organizaciones existentes como tales a las que uno se podía volver buscando dirección para impedir un compromiso con los fascistas. Por fortuna, únicamente los líderes no fueron afectados por los acontecimientos. Entre las masas de la CNT y la UGT nacieron nuevos cuadros que buscaban una salida.

Los Amigos de Durruti tenían un significado especial, ya que representaban una ruptura consciente con el tradicional antiestatismo anarquista. Declararon explícitamente la necesidad de órganos democráticos de poder, junta o soviets, para el derrocamiento del capitalismo, y las necesarias medidas es les contra la contrarrevolución Puestos fuera de la ley el 2 mayo, restablecieron su prensa pronto. A pesar de la triple ilegalidad en que los había puesto el gobierno, los estalinistas y la dirección de la CNT, *Amigo del Pueblo* expresaba las aspiraciones de las masas. *Libertad*, publicado también ilegalmente, era otro órgano anarquista disidente. Muchos periódicos locales anarquistas, lo mismo que la voz de la juventud Libertaria y muchos grupos FAI locales, se levantaron contra la capitulación de los dirigentes de la CNT. Algunos todavía tomaron la desesperanzada vía de “no más gobiernos”. Pero el desarrollo de los Amigos de Durruti era un presagio del futuro de todos los obreros revolucionarios de la CNT-FAI.

Las masas de la UGT y los socialistas de izquierdas habían mostrado hacía mucho tiempo su impaciencia con la pusilanimidad de la dirección. Pero la primera señal visible de la cristalización revolucionaria no se produjo hasta octubre, cuando 500 jóvenes se separaron de la Juventud Unificada para construir una organización revolucionaria de juventudes socialistas. Simultáneamente, la escisión de la UGT, forzada por los estalinistas, hizo consciente, efectivamente, a muchos obreros de la necesidad de salvar a sus sindicatos de los destructores estalinistas. En esta lucha todos los problemas fundamentales de la revolución española se plantearon ineludiblemente, la naturaleza del sindicalismo de la lucha de clases, el papel del partido revolucionario entre las masas. De aquí cristalizarían las fuerzas para el nuevo partido de la revolución.

Aquí estaba, pues, la hercúlea tarea de los bolcheviques-leninistas. Esta Cuarta Internacional, condenada a la ilegalidad por la dirección del POUM, incluso en la cumbre de la revolución, organizados por los expulsados del POUM en la primavera de 1937, buscando un camino hacia las masas, deben ayudar a fundir la izquierda del POUM, la Juventud Socialista revolucionaria y los obreros politizados de la UGT y la CNT, para crear los cuadros del partido revolucionario español. ¿Podría ese partido, si se basaba en fundamentos revolucionarios, ser otra cosa más que un partido en la plataforma de la Cuarta Internacional?

Verdaderamente, ¿en qué otra parte podría buscar camaradería y colaboración internacional? Las internacionales Segunda y Tercera eran los órganos de la traición del pueblo español. No era por casualidad que la izquierda del POUM pedía el repudio del Bureau de Londres, el llamado Bureau Internacional para la Unidad Socialista Revolucionaria. Ya que este centro, al que el POUM había estado afiliado, había saboteado la lucha contra el sistema de maniobras de el POUM había sido una de las víctimas.

Mientras el mismo POUM había denunciado desde el principio los juicios de Moscú y había difundido un “análisis trotskista”, el Bureau de Londres había trabajado en dirección opuesta. Se había negado a colaborar en una comisión de investigación sobre los juicios de Moscú. ¿Por qué? Brockway -que entonces participaba en una campaña conjunta PLI-PC, “Campaña de Unidad”- soltó bruscamente la razón: “Causaría prejuicios en círculos soviéticos.” ¡Así, pues, Brockway proponía... una comisión para investigar al trotskismo! Al ser acusado por esta actitud, Brockway se defendió impugnando el carácter de la Comisión de Investigación, encabezada por John Dewey.

Mientras el Bureau de Londres explotaba, el SAP (Partido Socialista Obrero Alemán) había atacado al principio los juicios de Moscú, pero pronto abandonó toda crítica al

estalinismo, firmando un pacto conjunto por un Frente Popular en Alemania. *Juventud Comunista* (3 de junio) informaba de la escisión en el Bureau de Londres juvenil: “La juventud del SAP había firmado uno de los documentos más vergonzosos que la historia del movimiento obrero alemán ha conocido.” El mismo día que la dirección del POUM era detenida como agentes de la Gestapo, *Julio*, el órgano juvenil del PSUC (19 de julio), bajo el encabezamiento “Trotskismo es sinónimo de contrarrevolución”, aclamaba la política de las secciones juveniles del PLI y el SAP y señalaba orgullosamente que los afiliados suecos del Bureau de Londres estaban aproximándose firmemente a la política estalinista del Frente Popular.

Más absurda todavía fue la postura de los otros aliados del POUM, los grupos de Brandler-Lovestone. Durante una década habían defendido cada crimen de la burocracia estalinista, debido a una falsa distinción entre la política de Stalin en la Unión Soviética y la errónea política del Komintern en los demás sitios. Cuando Zinoviev y Kamenev fueron condenados a muerte, estos defensores del estalinismo habían defendido la terrible realidad como una reivindicación de la justicia soviética. Del mismo modo habían defendido el segundo juicio de Moscú en febrero de 1937. Yo estaba presente en una asamblea pública en el centro Lovestone cuando Bertram Wolfe se disculpó porque un representante del POUM había llamado a los juicios tramas fraudulentas. Sólo después de la ejecución de los generales rojos el grupo Lovestone había empezado -sin explicación alguna- a cambiar de política. Durante diez años habían hecho lo que habían podido para ayudar a Stalin a pegar la etiqueta contrarrevolucionaria sobre los trotskistas, e incluso cuando se vieron obligados a aceptar el análisis trotskista de la purga de Stalin, estos cabezas de latón continuaron siendo enemigos implacables del resurgimiento de la revolución en Rusia, como en cualquier otra parte. Lo mismo que el SAP, la sección sueca, etc., salieron del Bureau de Londres, para ser reemplazados por el movimiento Brandler-Lovestone. El cambio apenas ha significado alguna mejora.

¿Cómo se preparó el Bureau Internacional por la Unidad Socialista Revolucionaria para la defensa del POUM? Su asamblea del 6 de junio de 1937 adoptó dos mociones. La moción número 1 decía:

“Sólo el POUM ha reconocido y proclamado la necesidad de transformar la lucha antifascista en una lucha contra el capitalismo bajo la hegemonía del proletariado. Esta es la razón real para los feroces ataques y calumnias del *Partido Comunista aliado con las fuerzas capitalistas* en el Frente Popular contra el POUM.”

La moción número 2 decía:

“Cada medida tomada contra la clase obrera revolucionaria de España es al mismo tiempo una medida en favor de los intereses del imperialismo anglo-francés y un paso hacia un compromiso con los fascistas.

En esta hora de peligro hacemos un llamamiento a las organizaciones obreras del mundo entero, y *particularmente* a la *Segunda y Tercera internacionales...* Tomemos, por lo menos, una postura contra todas esas maniobras traicioneras de la burguesía mundial.” (El subrayado es, mío.)

Una moción para la izquierda, otra para la derecha medio estalinista. Esto es el Bureau de Londres⁴⁶.

¿Pero no son los principios que tú propones para el reagrupamiento de las masas españolas construcciones intelectuales ajenas a las masas? ¿No es demasiado tarde?

⁴⁶ En el número 4 de junio de *New Leader*, el dirigente del PLI Fenner Brockway dio al POUM algunos consejos en esta coyuntura crítica. He aquí algunos extractos relevantes: “Es importante que el POUM, junto con otras fuerzas obreras, se concentre en la lucha contra Franco... El Partido Comunista Español ha criticado justificadamente la ausencia de coordinación en el frente y la mala organización de las fuerzas armadas. El POUM debe tener cuidado de no aparecer como oposición a las propuestas que facilitarían la eficiencia en la lucha contra Franco, pero eso no significa que deba aceptar sin una protesta la vuelta a la estructura reaccionaria del antiguo ejército.” Esta clase de consejo tenía lugar una semana antes de que el POUM fuera proscrito. Que la tarea del POUM era la lucha inexorable e implacable contra el gobierno sin tener ninguna confianza en los dirigentes de la CNT y la UGT, hacer propuestas de frente unido para la defensa concreta y diario de los derechos elementales de los obreros y combinar inmediatamente trabajo legal e ilegal -esto, naturalmente, iba más allá de Brockway-. El mismo número lleva una carta del representante del PLI en España, McNair, al dirigente estalinista Dutt, empezando así: “Es doloroso para mí el verme forzado a enfrentarme con un camarada del PC en vista del deseo que tengo de ver la unidad entre los partidos obreros... Todavía mantengo el punto de vista que lo más importante que tenemos que recordar es que la campaña de unidad en Gran Bretaña debe engendrar unidad en España en vez de permitir que la falta de unidad española rompa la campaña de unidad en Gran Bretaña...”

No. Nosotros los revolucionarios somos los únicos cos en el mundo. Ya que nosotros simplemente articulamos aspiraciones fundamentales de las masas, verdaderamente, lo que ellas están diciendo ya a su manera. Nosotros simplemente clarificamos la naturaleza de los instrumentos, sobre todo, la naturaleza del partido revolucionario y del estado obrero, que las masas necesitan para conseguir lo que quieren. Nunca es demasiado tarde para las masas para empezar a abrir el camino hacia la libertad. Pesimismo y escepticismo son lujos de unos pocos. Las masas no tienen otra salida que luchar por sus vidas y por el futuro de sus hijos.

Si nuestro análisis no ha iluminado las fuerzas más profundas de la revolución española, recordemos unas cuantas palabras de Durruti en el campo de batalla de Aragón, cuando dirigía las mal armadas milicias en el único avance sustancial de toda la guerra civil. El no era un teórico, sino un dirigente activo de las masas. Todavía más significativamente sus palabras expresan la perspectiva revolucionaria de los obreros con conciencia de clase. Los dirigentes de la CNT han enterrado estas palabras más profundamente que enterraron a Durruti. Pero recordémoslas:

Para nosotros es una cuestión de aplastar al fascismo de una vez por todas. Sí, a pesar del gobierno.

“No hay un gobierno en el mundo que luche a muerte contra el fascismo. Cuando la burguesía ve que se le escapa el poder de las manos, recurre al fascismo para mantenerse. El gobierno liberal español podía haber hecho impotentes a los fascistas hace mucho tiempo. En vez de eso, se adaptaba, hacía compromisos y tiempo. Incluso en este mismo momento hay hombres en este gobierno que quieren ir con calma con los rebeldes. Nunca se sabe, sabes -se reía-. El presente gobierno puede necesitar todavía esas fuerzas rebeldes para aplastar el movimiento obrero...

Nosotros sabemos lo que queremos. Para nosotros no significa nada el que haya una Unión Soviética en alguna parte del mundo, en el nombre de cuya paz y tranquilidad los obreros alemanes y chinos fueron sacrificados al barbarismo fascista por Stalin. Nosotros queremos una revolución aquí, en España, ahora, no quizá tras una próxima guerra. Nosotros estamos dando a Hitler y a Mussolini muchos más problemas con nuestra revolución que todo el Ejército Rojo de Rusia junto. Estamos estableciendo un ejemplo para la clase obrera alemana e italiana de cómo luchar con el fascismo.

No espero ninguna ayuda para una revolución libertaria de ningún gobierno del mundo. Puede que los intereses conflictivos de los diferentes imperialismos tengan alguna influencia sobre nuestra lucha. Es bastante posible. Franco está haciendo lo que puede para meter a Europa en el conflicto. No dudará en movilizar a Alemania en contra nuestra. Pero no esperamos ayuda, ni siquiera de nuestro propio gobierno, en última instancia.”

“Te sentarán en un montón de ruinas si tú resultas victorioso”, dijo Van Paasen.

Durruti contestó:

“Siempre hemos vivido en barrios bajos y agujeros. Sabremos cómo apañarnos por algún tiempo. Pero, no debes olvidar, podemos construir también. Somos nosotros los que construimos esos palacios y ciudades aquí en España, en América y en todas partes. Nosotros los trabajadores, podemos construir otros en su lugar. Y mejores. No le tenemos miedo a las ruinas. Vamos a heredar la tierra. No hay la menor duda sobre eso. La burguesía puede destruir y arruinar su propio mundo antes de que deje la escena de la historia. Nosotros llevamos un mundo nuevo, aquí, en nuestros corazones. Ese mundo crece a cada minuto”⁴⁷.

10 de noviembre de 1937.

⁴⁷ Entrevista de Durruti con Pierre van Paasen. *Star*, Toronto, septiembre 1936.

ÍNDICE

Introducción	4
-------------------------------	---

La guerra civil en España

1. El nacimiento de la república. 1931	7
2. Las tareas de la revolución democrático-burguesa	11
3. El gobierno de coalición y el retorno de la reacción	20
4. La lucha contra el fascismo. Noviembre 1933-febrero 1936	27
5. El gobierno del Frente Popular y sus aliados, 20 de febrero-17 de julio de 1936	35
6. La lucha de las masas contra el fascismo a pesar del Frente Popular: 16 de febrero a 16 de julio de 1936	41
7. Contrarrevolución y doble poder	48

Revolución y contrarrevolución en España

1. La razón del levantamiento fascista	64
2. Los "aliados" burgueses en el Frente Popular	70
3. La revolución del 19 de julio	78
4. Hacia una coalición con la burguesía	83
5. La política de la clase obrera española	88
6. El programa del gobierno de coalición de Largo Caballero	102
7. El programa de gobierno de la coalición catalana	108
8. El renacimiento del estado burgués. Septiembre de 1936-abril de 1937	117
9. La contrarrevolución y las masas	127
10. Los días de mayo: Barricadas en Barcelona	136
11. La destitución de Largo Caballero	160
12. El gobierno de la victoria	172
13. La conquista de Cataluña	182
14. La conquista de Aragón	199
15. La lucha militar bajo Giral y Largo Caballero.	204
16. La lucha militar bajo Negrín-Prieto	220
17. Sólo dos caminos	234